MARIA CLARISA MOYANO

CARLOS MOYANO
EL
EXPLORADOR DE LA PATAGONIA

LIBRERIA "EL ATENEO" EDITORIAL

BIBLIOTECA SOCIETÀ SALESIANA
TORINO
ORATORIO

Al Rmo. Sr Rector Mayor de la Congregación Salesiana.
P. Renato Ziggiotti
Muy respetuosamente
María Luisa Moyano

CARLOS MOYANO

EL EXPLORADOR DE LA PATAGONIA

Buenos Aires - Mayo 25 de 1956

BIBLIOTECA SALESIANA CENTRALE

Calle Alsina 3238 - Buenos Aires

MARIA CLARISA MOYANO

CARLOS MOYANO
EL EXPLORADOR DE LA PATAGONIA

BIBLIOTECA CENTRALE ★ SALESIANA

BUENOS AIRES
1948

IMPRESO EN LA ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINE

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Copyright by the autor, Buenos Aires

Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, Ameghino 838.
Avellaneda - Buenos Aires

Carlos M. Moyano

1887

PRESENTACIÓN

Entre los modernos exploradores de nuestro país, Carlos M. Moyano ocupa el primer lugar por el volumen de su obra. Durante diez años sus expediciones se suceden casi sin interrupción, irradiando de Santa Cruz en toda dirección, y ellas proporcionan la primera carta de la Patagonia, hasta allí totalmente desconocida.

Se debatía entonces la cuestión de límites con Chile, y así la mayor parte de sus tareas respondieron a orientaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, al que desde un principio quedó asignado el joven marino, sin dejar de pertenecer al escalafón naval y ejerciendo a la vez funciones de vigilancia costera.

Aun más tarde, cuando volvió a Buenos Aires con el grado de capitán de fragata y desempeñó diversas funciones en la administración naval, siguió muchos años asesorando al Departamento de Relaciones Exteriores en las cuestiones de límites.

Su carrera fué así principalmente terrestre y en gran parte extraña a la Marina. Y por más que sus trabajos le merecieran el mayor aprecio de los jefes navales, y rápidos ascensos, no debe sorprender que terminado el conflicto de límites y desaparecido Moyano del escenario en que había sido personaje providencial, la Marina de guerra lo olvidara casi por completo.

Transcurrió luego un tercio de siglo. La primera reivindicación de su memoria partió de su hija María Clarisa, en 1931, con el libro "Carlos Moyano: Viajes de exploración a la Patagonia", *en el que reunió todos los informes y documen-*

tos relativos a su padre; laboriosamente buscados en memorias ministeriales, anales del Instituto Geográfico y archivo de Relaciones Exteriores. Desconfiando probablemente de las propias fuerzas, se limitó entonces a eso, o sea al relato oficial de las campañas.

No hizo pues, una biografía, pero proporcionó los materiales más importantes para hacerla; tales las vértebras con que los museos reconstruyen especies desaparecidas. El que escribe se ocupaba precisamente de un ensayo de Historia Naval, y habían llamado su atención tanto las expediciones y méritos de Moyano como el olvido en que se lo tenía. Aprovechó pues los materiales así disponibles para la primera monografía sobre el explorador. Ella se publicó en el Boletín del Centro Naval *y en la revista patagónica* Argentina austral, *y sirvió ulteriormente de base para una conferencia dada en Mendoza bajo los auspicios del Ministerio de Marina.*

La figura de Moyano así configurada a través de una serie de valientes exploraciones resultaba de grandes proporciones, pero por desgracia quedaban muchos vacíos, con lo que la reconstrucción era un tanto incompleta e insegura, como ocurre a veces en los museos.

Felizmente la señorita Moyano continuaba entretanto incansablemente la tarea que le había impuesto el amor filial, y esta vez no con los documentos oficiales sino con las cartas, borradores y apuntes de su padre y con el recuerdo de los relatos escuchados de sus labios.

Ahora, con el presente volumen, la figura está completa, en todos sus detalles, con calor y color de vida.

A través del libro vemos así a "Carlitos Moyanito" *en el ambiente patriarcal, casi bíblico, de la provincia, en el virtuoso hogar mendocino; travieso y decidido hasta presentarse personalmente al gobernador pidiéndole permiso para disparar los cohetes..., de que no dispone; el milagro de su salvación en el terremoto del 61, y su tardía, pero empeñosa dedicación a los estudios primarios. La autora da una excelente descripción de la catástrofe, profundamente grabada en la memoria de su padre y familiares.*

Luego el curioso período de desorientación, como el de la paloma mensajera cuando se la suelta del canasto. A los quince años Carlos, enviado a Buenos Aires con una beca

para estudios secundarios, no llega a destino, y casi se le pierde el rastro durante tres años... Por fin, después de varios ensayos en el periodismo y casas de comercio, encuentra por sí solo el rumbo; pero éste no será el severo claustro del Colegio Nacional sino un camino de aventuras...: el mar. *La familia afligida recibe noticias de que el hijo perdido viste uniforme de guardiamarina en la escuadra del coronel Guerrico y en operaciones de guerra civil.*

Menudo de talla y corto de edad —18 años— debe reunir notables condiciones de carácter, pues en seguida lo vemos secretario del jefe —lo que requiere preparación—, y poco después encargado de la derrota del Rosales *en el mar, y en estudios de marea en una barra de río —funciones que exigen juicio y energía—. A los dos años de su ingreso recibe despachos de subteniente.*

La Marina de Guerra, entonces exclusivamente fluvial, se orienta hacia el mar y su principal instructor será el capitán Piedra Buena, el legendario "petrel de tormenta" del mar austral. El subteniente Moyano se embarca con él y en seguida, a los 21 años, recibe el cargo de segundo. La destartalada pero velera goleta Santa Cruz *llega al puerto homónimo, y Moyano recibe allí la primera impresión del desierto patagónico... ¿Qué hay más allá de esa pampa desolada?*

Esa misma pregunta se la formula en Buenos Aires el Ministro de Relaciones Exteriores, preocupado por la expansión chilena hacia la costa del Atlántico. Expansión por demás positiva: en los últimos años varias naves de guerra chilenas han entrado en la ría de Santa Cruz y ejercido actos de soberanía. La empresa de pesca de don Ernesto Rouquaud, con valioso capital, ha sido desbaratada par ellas; el guanero Marie Amélie *capturado y llevado al Estrecho. Cuando están en la ría esas naves chilenas, Piedra Buena —representante patético,* ad honorem, *del pabellón argentino— queda bloqueado unas leguas más adentro en su pequeño establecimiento de las salinas con los indios.*

El ministro consulta a Piedra Buena, y la respuesta se le da en un informe del año 1877, suscrito a la vez por el veterano Piedra Buena y el novicio Moyano. Nada se sabe, absolutamente, del enorme territorio entre los ríos Negro y Santa

Cruz. Su mapa es todavía el del jesuíta Falkner, de un siglo antes: todo en blanco, salvo los profusos enterratorios de indios, *como si aquello fuera necrópolis de un gran imperio extinguido...*

La visión de ese desamparo tendrá influencia decisiva en el destino de Moyano. Parecía estar muy a gusto en su contacto con Guerrico y Piedra Buena, y con el mar que acaba de surcar. Sin embargo puede más la atracción del desierto, y el rumbo que parecía definitivo se altera bruscamente, y esta vez para siempre. Moyano será "el explorador de la Patagonia" *y da comienzo a sus expediciones.*

Casi en seguida, crisis internacional. Un segundo guanero acaba de ser apresado en Santa Cruz por los chilenos y tres naves de guerra argentinas surgen ¡por fin! en la desierta ría. Naves de río y desparejas, pero al menos de guerra, tripulaciones militares y oficialidad llena de entusiasmo.

Moyano queda desde luego incorporado a la escuadra y entonces podrá acaso volver al mar. Sin embargo no ocurre así.

La crónica de la memorable expedición Py ha sido hecha por uno de sus protagonistas, el capitán Santiago Albarracín, en sus amenas Páginas de ayer, *pero apenas trae una breve mención de Moyano. La explicación está sin duda en que la factoría de Piedra Buena distaba algunas leguas del surgidero de la escuadra, y en que el gran servicio a cargo de Moyano fué el abastecimiento de carne fresca a la escuadra con la continua cacería de guanacos y avestruces. ¿Quién para eso si no él? No tuvo así tiempo para terciar en las charlas de sus camaradas en la cámara de los buques.*

La escuadra se aleja, cumplida su misión de izar el pabellón sobre la Patagonia, y Moyano reanuda sus exploraciones de primavera y verano, alternadas con funciones de vigilancia costera como delegado marítimo y subprefecto. Sus trabajos se elogian cada año en la Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores. El vacío en el plano de Falkner se llena con el trazado de lagos, ríos y serranías y recibe la consagración de los geógrafos en el gran Congreso Internacional de Venecia.

Moyano ha abierto la "ruta de los arreos", que debe reem-

plazar al precario acarreo del ganado en pailebotes y goletas, y ya han llegado las primeras tropas de Rawson y del Carmen. Por otra parte el tratado de 1881 ha afirmado nuestra soberanía sobre los páramos del sur y ahora se trata de colonizar. La gobernación de "La Patagonia" se subdivide, y Moyano, capitán de fragata y primer gobernador de Santa Cruz, a los 29 años, desarrolla notable actividad para atraerse pastores y ganados malvinenses y arraigarlos en nuestros campos vírgenes. Su fecunda labor es recordada con el mayor aprecio por los pocos "pioneers" sobrevivientes.

De esa época es su casamiento, con una señorita malvinense de familia inglesa, y aquellas nupcias fueron acontecimiento extraordinario en la Patagonia. El transporte de la armada Villarino, *capitán Spurr, es enviado especialmente a las Malvinas para traerse a la novia con su familia; en la pequeña capilla toda la pompa posible: la novia de raso blanco, con ricos encajes y los clásicos azahares, el novio con uniforme de gala; la bendición por el venerable misionero padre Beauvoir. La rumbosidad tehuelche se manifiesta en ricos presentes, entre ellos un quillango de pieles de zorro, tan soberbio que sería luego regalado al general Roca, y por éste a su vez a la princesa Eulalia de España; otro quillango era de pieles de chara antes de salir del cascarón. El viaje de bodas a Carmen de Patagones, durante un mes, y luego a Buenos Aires.*

Su gobernación sólo duró tres años. A los 32 años de edad la extraordinaria resistencia física de Moyano está ya resentida por la intensidad de sus campañas y no le permite más el clima austral. Tiene que abandonar definitivamente el teatro de su misión histórica: la Patagonia que abrió de par en par.

A partir de entonces se radica en Buenos Aires y ejerce altas funciones en Marina y Relaciones Exteriores. Una última expedición —la más penosa de todas— lo lleva sin embargo a la zona cordillerana del Chubut, hasta empalmar casi su ruta norte-sur con la que antes lo llevara a descubrir el lago Buenos Aires viniendo desde el sur.

En 1905, valetudinario a los 50 años, Moyano se acoge al retiro del hogar y sobrevivirá cinco años más. Sólo dos o tres veces le será dado visitar a su querida Mendoza.

Su hija nos da, con abundancia de anécdotas, una prolija semblanza de Moyano: vivaz y ágil en los años mozos, juicioso en la madurez, culto y amigo de los libros, sociable y reservado a la vez; conversador ameno, capaz de tocar con criterio toda clase de temas, cortés y afable, aficionado a la mecánica y observador práctico de los descubrimientos científicos de su época —química, fonógrafo, rayos X, etc.—. Su rasgo saliente fué sin duda la modestia, la aversión innata a toda jactancia y exteriorización, y es probable que ella le perjudicara en el reconocimiento de sus méritos.

La figura del "explorador de la Patagonia" está ahora completa, y una estatua de bronce, erigida por los pobladores del territorio, la recuerda sobre la margen del Santa Cruz. Pero el homenaje más valioso a su memoria es sin disputa este del amor filial, la fijación escrita de los recuerdos, "aere perennior" o sea más duradera que el bronce. Su hija María Clarisa fué la Antígona de sus últimos años de dolorosa enfermedad y ella recogió ávidamente sus coloridos relatos de aventuras con barcos, páramos y tehuelches. No los entendía bien entonces, pero asimismo se le grabaron suficientemente en la memoria, y los años se encargaron luego de burilarlos con creciente relieve. El resultado es este hermoso libro cuya portada me hizo el honor de confiarme.

TEODORO CAILLET BOIS
Capitán de fragata

RECUERDOS

Cuando yo era muy niña, en uno de los aposentos de casa había un viejo reloj que marcaba el tiempo. En las treguas de mis juegos infantiles, el tic tac de aquel reloj me impresionaba de una manera extraña, indefinible para mí, como si me hablara de algo agradable y remoto, de algo que debía aguardar.

¡Cuán lejos estaba yo de entender el significado de ese tic tac!...

Sólo después comprendí que marcaba la gravedad del tiempo que pasa inexorable para no volver, y que, segundo a segundo, va acumulando el fino polvo del tiempo que vela y pule, en el transcurso de los años, los contornos de los hechos de la vida diaria; luego la vemos como a través de un velo que, quizás por designios de lo Alto, unas veces es tenue y transparente y otras espeso e impenetrable, por donde no se filtra ni el más leve rayo de luz.

Han pasado muchos años. En el recogimiento de una silenciosa sala de mi hogar, oigo el tic tac de un viejo reloj que me impresiona ahora en la misma forma que en mi infancia.

Pero ese sonido isócrono, antes indefinible para mí, me trae ahora los ecos de las narraciones que oyera a mi padre siendo pequeña. Desfilan por mi memoria los relatos de sus viajes, las anécdotas, las tradiciones de familia y mil recuerdos lejanos, aunque muchos de ellos han sido borrados por el polvo del tiempo.

Por un instante despiertan de un largo y profundo sueño, del que no creyeron o no debieron despertar algunos, por lo baladíes e insustanciales.

Son sólo ~~un~~ el reflejo de un momento vivido en otros tiempos.

Estos recuerdos hubieran permanecido en la intimidad, pero habiendo llegado a la convicción de que ya quedan muy pocas personas, o casi ninguna, que hubiera vivido en contacto directo con mi padre y pudiera suministrar datos certeros sobre su vida y modalidades, y siendo yo tal vez la única que estuviese en posesión de algunos de ellos, me he decidido a escribirlos aun cuando vayan mal hilvanados y muchos carezcan de verdadero interés.

Son ellos como las pequeñas líneas que independientemente nada valen, pero que reunidas ayudan a formar la imagen de un cuadro.

Algunos detalles mínimos y secundarios de los antepasados los he ampliado con datos de origen fidedigno, que sirvieron para ayudar a despertar mis recuerdos adormecidos, pero la médula de todos ellos está en los relatos que oí directamente a mi padre. Ese es el único mérito que tienen: provenir de sus labios, o de los de mis mayores, y también extraídos en parte mínima de viejos pliegos. Luego, habla elocuentemente la documentación adjunta.

Al tratar de las modalidades y carácter de mi padre, podrá tildárseme de que hago su elogio, pero no es así, sólo que no he podido evitar que mi pluma siga los relieves de su vida, como el viajero que debe ajustar sus pasos a las sinuosidades del terreno.

El amor filial me ha llevado a reunir estos recuerdos como un homenaje espontáneo a su memoria.

María Clarisa Moyano.

I

ASCENDIENTES

Los Moyano

Oí decir a mi padre que había nacido en la ciudad de Mendoza el 4 de noviembre del año 1855.

Descendiente de familias tradicionales de Cuyo, su apellido se remonta hasta uno de los fundadores de esa ciudad, en el año 1561, el capitán don Pedro Moyano Cornejo.

La rama de la que él descendía se había radicado en San Juan de la Frontera, como se le llamaba antiguamente. Decía que sus antepasados, que llevaron legítimamente el apellido Moyano, se habían distinguido por su honorabilidad y rectitud. Su bisabuelo don Clemente Moyano era mendocino; se radicó en San Juan y allí se casó con doña Josefa Pinas Jofré, el 13 de setiembre de 1773.

La fama de la caballerosidad de don Clemente fué grande, y perduró largos años después de su muerte; hasta 1870 aún se recordaba su memoria con respeto. Era hijo del capitán don Melchor Moyano (de quien era bisabuelo el susodicho capitán don Pedro Moyano Cornejo). Del matrimonio de don Clemente y doña Josefa nacieron varios hijos, entre ellos don Posidio José Moyano; hombre de espíritu elevado y culto por naturaleza, poseía una fina intuición que le hacía captar las cosas fácilmente.

Se dedicó al comercio, fuente principal de riqueza en ese tiempo en San Juan; con ese objeto hacía frecuentes viajes a Buenos Aires, a Chile y otras partes.

El 30 de diciembre de 1812, en la ciudad de San Juan, contrajo matrimonio don Posidio con doña Ana María Borrego,

hija de don Pedro Borrego y de su esposa doña María Ignacia Jofré.

De esta unión nacieron cuatro hijos: Carmen Gerónimo en 1813, luego Agustina, Braulio y Tito Moyano. Sus tres hijos menores quedaron solteros pues sólo don Carmen Gerónimo se casó. Éste siendo muy joven se unió en matrimonio con doña Carlota Ramírez, la que falleció a los pocos años dejándole dos hijas pequeñas, Carlota y Aurora.

Don Carmen fué hombre de empresa. Había heredado de sus mayores, junto con el amor al trabajo y una actividad infatigable, las demás virtudes morales que los caracterizaron como caballeros y hombres de bien en toda la extensión de la palabra.

Era don Carmen de temperamento bondadoso, resuelto, firme en sus convicciones, generoso y espontáneo, y de juicio sereno. Estas bellas cualidades hicieron de él un hombre bien querido y respetado por todos, tanto en los círculos de la alta sociedad a la cual pertenecía, como entre los humildes.

Hasta en lo físico estaba bien dotado: esbelta y alta figura, porte noble y distinguido, cabellos negros y tez muy blanca.

Las actividades comerciales lo atrajeron y tuvo éxito en ellas. Poseía una tropa de carretas de bueyes con las que transportaba productos de Cuyo a Buenos Aires, y de regreso hacía cargar sus carretas con las mercancías necesarias para su provincia.

En esos tiempos, empresas de esa clase fueron el origen de las fortunas de muchos hombres distinguidos de esas provincias.

Don Carmen, también solía hacer trabajos de mensuras de campos.

Los Astargo

Hacía varios años que se había establecido en San Juan don Bartolomé Astargo, chileno, originario de San Felipe de Aconcagua. Se alejó de su patria atraído por la fama de las minas sanjuaninas.

Tenía vocación por esa clase de actividades, y no se dió reposo recorriendo las sierras en busca de un rico filón. En Huachi encontró lo que buscaba, y obtenida la concesión para explotar algunas minas de plata, oro y plomo, contrató perso-

nal capacitado y se dedicó a su laboreo, alcanzando el éxito apetecido.

Don Bartolomé se había casado con la dama sanjuanina doña Trinidad Fonseca, mujer inteligente y de altas virtudes, que había templado su carácter en las contrariedades. Su padre don José Miguel Fonseca, hombre de costumbres severas, la había sometido desde niña a prácticas rigurosas, llegando a no permitir que aprendiera a leer y escribir por absurdos temores de que cuando llegara a la mocedad pudiera escribirle a algún pretendiente. No obstante la prohibición de su padre, a escondidas ella aprendió a leer.

Ya estaban lejanos los hermosos días en que con patriótico entusiasmo, San Juan contribuyera a la organización del Ejército de los Andes, en el que se incorporó don Pedro Nolasco Fonseca, hermano de doña Trinidad, junto con tantos otros jóvenes distinguidos de esa provincia, acudiendo al llamado que les hiciera el general San Martín. También se habían apagado los ecos jubilosos de las demostraciones con que fueron recibidas las huestes libertadoras. Esos felices tiempos habían transcurrido muy presto; a los cuyanos les aguardaban épocas difíciles de predominios y ambiciones.

El cambio sucesivo de gobiernos regulares por otros arbitrarios, trajo días muy amargos a los pueblos de Cuyo.

Las familias fueron las víctimas obligadas de los que se disputaban el poder. Tan pronto perseguían y mataban a los enemigos políticos hasta en sus mismos hogares, como hacían saqueos domiciliarios por lo que creían transgresión a sus mandatos, según fuese el capricho de quien tuviera el poder.

El no simpatizar con los mandatarios ocasionales, muchas veces equivalía a la pérdida de la libertad, cuando no de la vida si las cosas se extremaban.

Esos pueblos castigados no podían progresar; no obstante en los períodos de relativa calma los laboriosos cuyanos penosamente lograban reunir un pequeño capital, pero pronto eran despojados de él por los nuevos mandones que llegaban, que siempre hallaban medio para hacer pasar a sus arcas insaciables los dineros del pueblo, ya fuese con gabelas arbitrarias o con el precio del rescate de libertades; cuando los bienes de las víctimas no alcanzaban a cubrir la cantidad exigida, familiares y amigos contribuían con aportes hasta completar el monto reclamado. En ese sentido hubo una gran solidaridad, pues nadie estaba a salvo de caer en desgracia.

Los habitantes de Cuyo debieron poner a prueba su temple durante esos años de extravío ocasionado por las luchas montoneras. Puede decirse que fueron breves las treguas de que gozaron.

Los esposos Astargo-Fonseca tenían tres hijas: María (Mariquita), Cesaria, Clarisa.

Don Carmen Gerónimo Moyano frecuentaba la casa, y fué así cómo, enamorado de la mayor de esas niñas, Mariquita, la pidió en matrimonio.

Era Mariquita de tez blanca mate, de cabello y ojos color castaño oscuro; menuda, graciosa y espiritual, de temperamento muy sensible y bondadoso y de inteligencia vivaz que cautivaba a cuantos la trataban. No es, pues, de extrañar que don Carmen fijara sus ojos en ella.

Don Bartolo y doña Trinidad, celosos de la felicidad de su hija, no pusieron reparos a ese pretendiente, pues ya les eran conocidas las virtudes que adornaban a don Carmen.

Por ese tiempo debía ocurrirle a Mariquita un incidente desagradable.

EL BAILE DE LOS FEDERALES

Cada cambio brusco de gobierno o arribo de oficiales, significaban para las familias algún motivo de angustia o zozobra, por los desmanes que solían cometerse.

Las familias que podían hacerlo se apresuraban a huir hacia los lugares internados en las sierras, pero las más, ya fuese por falta de tiempo o de medios, debían afrontar las nuevas situaciones. Las madres con hijas jóvenes las llevaban prontamente a los conventos para substraerlas de tantos males.

Cierta vez en que el gobernador de San Juan, general Nazario Benavídez, se hallaba ausente, llegó a esa ciudad un grupo de federales exaltados.

La sociedad debió rendirles honores con fiestas, bailes y otros agasajos.

A la llegada de la delegación, las madres se dieron prisa en internar a sus hijas en casas religiosas. Doña Trinidad Fonseca de Astargo pudo hallar plaza para sus dos hijas menores: Clarisa y Cesaria, pero no así para Mariquita, la mayor, que ya era conocida en los círculos sociales, y como tal estaba obligada a concurrir a los agasajos que se rindieran a los forasteros. Doña Trinidad deploró el contratiempo, pero debió resignarse y estar preparada para afrontar cualquier disgusto.

Las autoridades dieron una orden, por la cual todas las damas debían mandar la víspera del baile las ropas con que concurrirían al mismo, para ser sometidas a su juicio, las que darían el visto bueno según fuera su parecer, sin cuyo requisito se exponían a sanciones.

Cumpliendo con ese mandato doña Trinidad, como las otras damas, envió su vestido de seda negra y el de Mariquita, de seda de color verde nilo. Verificada la revisación, las autoridades dieron el visto bueno, y las criadas regresaron con las prendas.

La noche del baile, concurrió Mariquita con su madre y otros familiares.

La fiesta se desarrollaba con toda normalidad. Mariquita con otras niñas y jóvenes formaban un grupo lleno de animación. De pronto Mariquita dió un grito. Uno de los oficiales federales aprovechando que ella se hallaba distraída por la conversación, se acercó por la espalda, y con rapidez pasmosa, rasgó el vestido con una navaja desde el escote hasta abajo, dándole al mismo tiempo un tirón para que el traje cayera de sus hombros.

Doña Trinidad presa de la más grande indignación corrió a cubrir la desnudez de su hija con su mantón de brocato y, acompañada de otras damas se retiraron de la fiesta.

La sociedad irritada debió sufrir esta afrenta como tantas otras. Averiguados los motivos para cometer tal atropello con la niña, dieron por respuesta que el color verde nilo del vestido de ella no era del agrado de las autoridades.

Habían pues, procedido con toda malicia cuando la víspera le dieron la aprobación luego de revisado.

BIBLIOTECA CENTRAL

LA BARBA DE DON CARMEN

Corría el año 1840. San Juan atravesaba un período de relativa calma, después de salir de una de las tantas épocas borrascosas que debió soportar ese pueblo valiente y sufrido.

Gobernaba entonces esa provincia el general don Nazario Benavidez cuya esposa, doña Telésfora Borrego, era tía carnal de don Carmen Gerónimo Moyano.

Aquella calma se vió turbada por la suspicacia de ciertos grupos que creían ver conspiradores en todas partes y se les antojó, con o sin fundamento, síntoma sugestivo el uso de la barba en forma de U.

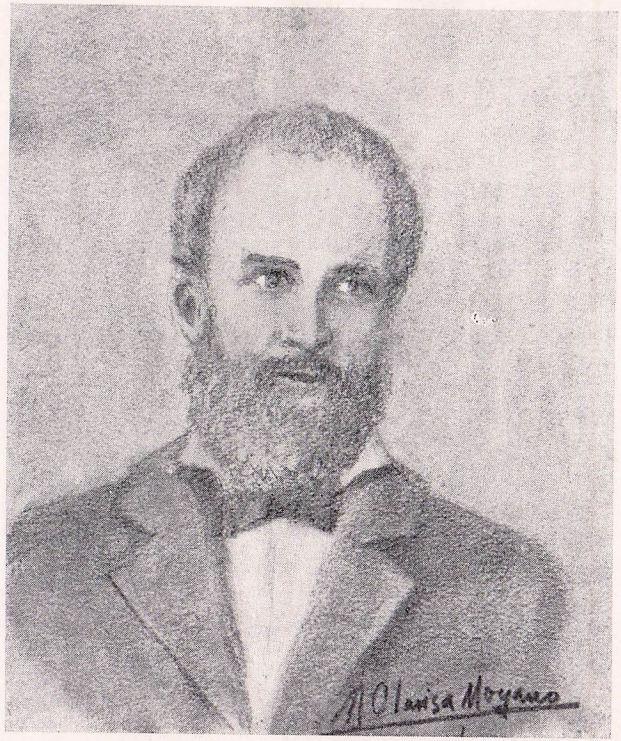
Un sábado a la noche arribó de regreso de un viaje a Chile don Carmen Gerónimo Moyano; con el trajín consiguiente de la llegada no tuvo tiempo de enterarse de la nueva que corría. A la mañana siguiente, como buen cristiano que era, fuese a misa a la catedral, a cuyo frente estaba la plaza mayor, donde ese día, desde temprano, hacían ejercicio los soldados de un batallón. En un descanso de ellos, un grupo de militares observó que varios vecinos respetables, que presenciaban los ejercicios, llevaban la barba en forma de U. No aguardaron más, y a sable y en seco, procedieron a afeitarlos. En esos momentos salió don Carmen de la catedral; al verlo los soldados con su barba en U, creyeron estar en presencia de otro conjurado, y sin más trámite lo rasuraron como a los demás y en la misma forma: a sable y en seco.

Cuando se enteró el general Benavídez del atropello cometido con su sobrino político, se llenó de indignación y ordenó severo castigo para los ejecutores.

VIAJE DE BODAS

Don Carmen propuso a su novia Mariquita, realizar el viaje de bodas a Buenos Aires. Mariquita aceptó gustosa.

Un viaje a Buenos Aires en esa época, era algo muy temerario para una mujer. La travesía además de ser larga y



Don Carmen Gerónimo Moyano

Doña Mariquita Astargo de Moyano

fatigosa estaba erizada de peligros en casi todo el trayecto; eran tres meses de marcha en los que se vivía en un continuo sobresalto.

Contrapesábanse todos esos riesgos y molestias con el halago del viaje en compañía del que en esos días sería su esposo. Luego la novedad de salir de su provincia serrana para conocer una gran ciudad de la que tanto se decía. Su corazón joven y emprendedor no reparaba en obstáculos. Su alma bien templada, acostumbrada a sobrellevar contrariedades, y sus dieciocho años le daban valor para todo. Don Carmen que conocía bien su carácter sabía que aceptaría su proposición.

El cuatro de mayo de 1842 se realizó la boda de Mariquita Astargo con don Carmen Gerónimo Moyano, en la ciudad de San Juan de Cuyo, en la iglesia de San José; bendijo la unión el Rdo. Padre José Miguel Mallea. El novio contaba 29 años de edad, ella 18.

Partieron acompañados de los mejores augurios de ventura y con sus corazones henchidos de felicidad; sus esperanzas puestas en el porvenir.

En esos tiempos se justificaba plenamente la frase consagrada con que se despide a todo viajero: "Feliz viaje". Los suyos quedaban en la mayor zozobra por lo que pudiera acontecer en el camino. ¡Eran tan frecuentes los asaltos de los indios!

Emprendieron el viaje de bodas.

Fué escogida la mejor de las carretas de don Carmen y engalanada con primor para la pareja enamorada, y tomando la delantera de la pesada caravana se alejaron de Cuyo al paso tardo de los bueyes.

¡Hermosura de esos tiempos patriarcales en que no arredraban penurias ni sacrificios! El ideal lo superaba todo.

Para hacer la travesía se organizaban grandes tropas compuestas por más de 50 carretas. Los dueños de los vehículos concurrían con ellos para formar el conjunto que se pondría en marcha.

Era preciso tener muy presente el viejo proverbio: "La unión hace la fuerza", para hacer frente al peligro en caso de asalto.

Iban como doscientas personas que debían estar unidas y solidarizadas para las tribulaciones y las alegrías; formaban así

un pueblo que se trasladaba en una pequeña fortaleza movible.

No era sólo la indiada la que podría ocasionar desazón a las familias viajeras. En esos grupos heterogéneos eran frecuentes los actos de rebelión entre los componentes; no todos eran personas honorables.

Al organizarse la caravana debía estar sujeta al mando de un capataz, el que estaba encargado de mantener el orden.

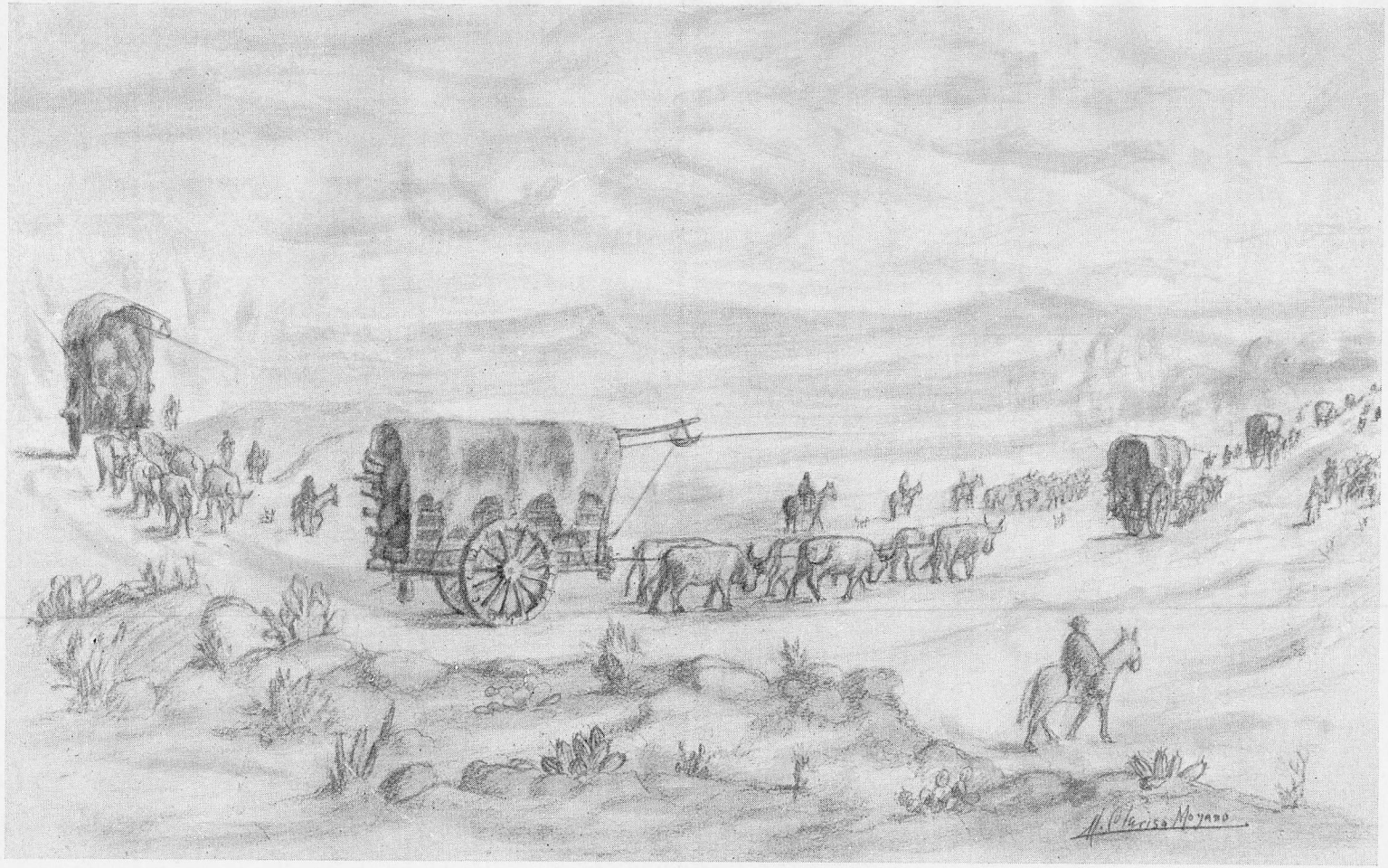
Veamos lo que dice Sarmiento respecto a esto:

> Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles, cuya gente tiene costumbres, idioma y vestidos peculiares que la distingue de los otros habitantes, como el marino se distingue de los hombres de tierra.
>
> Es el capataz un caudillo, como en Asia el jefe de una caravana; necesítase para este destino una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y turbulencia de los filibusteros de tierra que ha de gobernar y dominar él solo en el desamparo del desierto. A la menor señal de insubordinación, el capataz enarbola su chicote de hierro, y descarga sobre el insolente golpes que causan contusiones y heridas; si la resistencia se prolonga, antes de apelar a las pistolas, cuyo auxilio por lo general desdeña, salta del caballo con el formidable cuchillo en mano y reivindica bien pronto su autoridad por la superior destreza con que sabe manejarlo.
>
> La tropa de carretas lleva además armamento, un fusil o dos por cada carreta, y a veces un cañoncito giratorio en la que va a la delantera. Si los bárbaros la asaltan, forman un círculo atando unas carretas con otras, y casi siempre resiste victoriosamente la codicia de los salvajes ávidos de sangre y de pillaje.

Llevaban más de quinientos bueyes, además de los caballos y mulas necesarios. En las carretas de la delantera iban las familias para evitar la polvareda que levantaba la tropa. Llevaban también sus criadas.

Una de las carretas se destinaba a polvorín y cada una disponía por lo menos de un arma de fuego.

Las características de estos vehículos eran diversas. Las más antiguas, llamadas tucumanas, eran largas y angostas y sus ruedas enormes. Tenían fuertes ejes de madera dura que producían un chirrido peculiar, que en el silencio de los campos desiertos se oía desde una legua de distancia. El boyero sentado al pértigo llevaba una picana corta con la que azuzaba a los primeros bueyes. Generalmente se ponían tres o cuatro yuntas y para éstas se usaba una chuza larga que medía de 10 a 12 metros y estaba sujeta a la parte alta de la



Tropas de carretas de Cuyo

carreta para facilitar su manejo. Cada carreta tenía una dotación de 16 bueyes. Casi todos estos vehículos llevaban adornos de flecos de variados y fuertes colores, lo que constituía el lujo del boyero.

La marcha se iniciaba a las 4 de la mañana, se hacían cortos intervalos de descanso durante el día, y a las 4 de la tarde se formaba rodeo, o cuadro con las carretas, poniendo dentro los bueyes y demás animales para protegerlos mejor en caso de ataque por la indiada.

Se establecían guardias nocturnas, que debían dar el alerta al menor indicio sospechoso.

Dice Sarmiento en su "Facundo":

En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas, y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el sur al más ligero susurro del viento que agita las hierbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede sorprenderla desprevenida, de un momento a otro.

Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algún caballo que está inmediato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hacia atrás.

Al continuo sobresalto en que debían vivir se añadían las demás molestias consiguientes a tan larga travesía. La pesada caravana iba transponiendo leguas y leguas al paso tardo de los bueyes, y el crujido característico de los ejes acompañaba como un ritmo su marcha cadenciosa.

¡Cuántas jornadas iguales, monótonas, atravesando desiertos, regiones sin agua y de pobre vegetación, arenales que parecían interminables, el cruce de los ríos por los vados! ¡Cuántas cosas se sucedían en esos tres meses de marcha! Era el paso fugaz de un índice de civilización que osaba introducirse en el desierto hostil, del que aún no podía posesionarse.

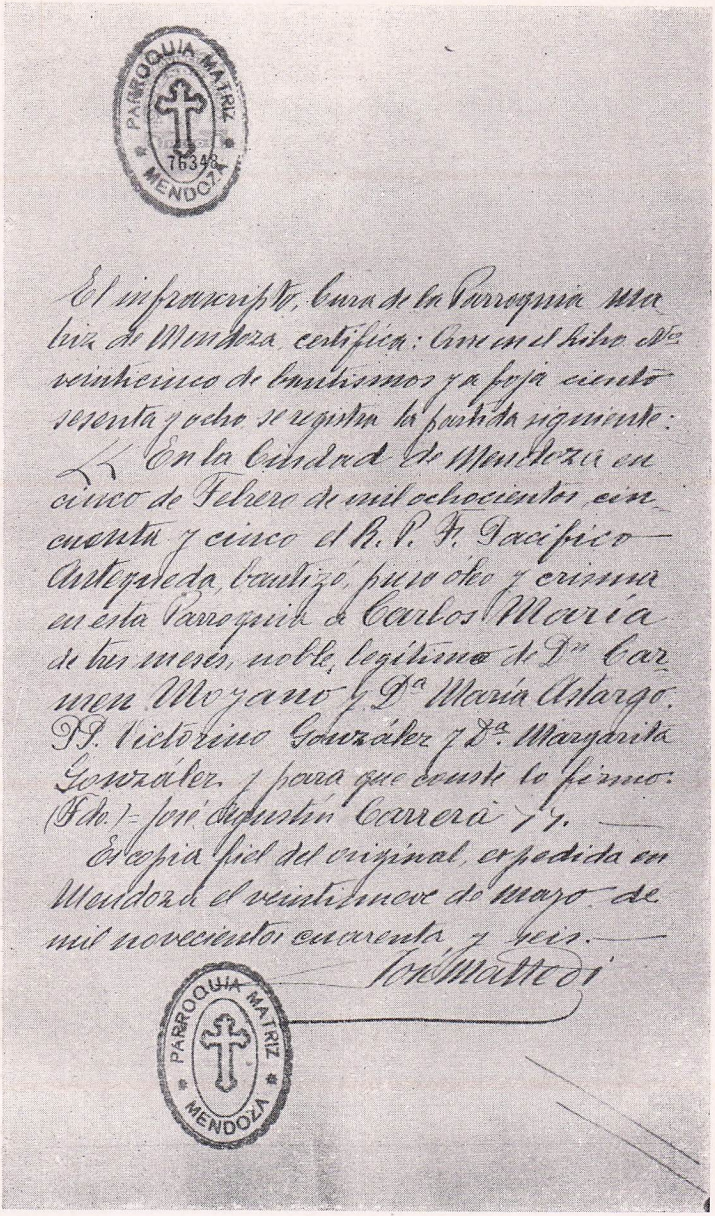
Llegaron a Buenos Aires, y debemos suponer que la travesía fué feliz, pues nada se dijo en contrario.

Al cabo de un año regresaron a Mendoza llevando su primer hijo, Alejandro, que había nacido en Buenos Aires el 8 de febrero de 1843.

Por ser más conveniente a los intereses de don Carmen, el nuevo hogar se estableció en Mendoza a su regreso de Buenos Aires.

También los suegros, don Bartolo y doña Trinidad, se trasladaron a Mendoza, fijando allí su residencia. En 1845 falleció don Bartolo.

Pasaron algunos años, y después de Alejandro nacieron otros hijos: Atalívar, Moisés, Carlos María y Julio.


PARROQUIA MATRIZ
76348
MENDOZA

El infrascripto, Cura de la Parroquia Matriz de Mendoza certifica: Que en el libro de veintiseis de bautismos y a foja ciento sesenta y ocho se registra la partida siguiente: En la Ciudad de Mendoza en cinco de Febrero de mil ochocientos cincuenta y cinco el R. P. Fr. Pacífico Castagneda, bautizó, puso óleo y crisma en esta Parroquia a Carlos María de tres meses, noble, legítimo de Dn Carmen Moyano y Dª María Astargo. PP. Victorino González y Dª. Margarita González. Y para que conste lo firmo: (Fdo.)= José Agustín Correa y G. —

Es copia fiel del original, expedida en Mendoza el veintinueve de mayo de mil novecientos cuarenta y seis. —

PARROQUIA MATRIZ
MENDOZA

Partida de nacimiento

II

NIÑEZ

EL CUARTO HIJO

Cuando nació el cuarto hijo del matrimonio, creyéndolo muerto lo dejaron a un lado sin prestarle atención, pero algún curioso se acercó en seguida a la criatura y, sin comprender que obedecía a un designio, no se contentó con mirar ese cuerpecito inerte; le dió una sacudida y una palmada, con lo que el niño dió señales evidentes de que vivía.

Era el 4 de noviembre de 1855, día de san Carlos Borromeo, en cuyo honor le pusieron el nombre de Carlos María.

Cuando contaba tres meses de edad fué bautizado por el Rdo. Padre F. Pacífico Antequera, siendo padrinos don Victorino y doña Margarita González.

Aunque la fe de bautismo da, por deducción lógica, que nació en el año 1854, él y sus familiares decían que había nacido en 1855. En un borrador de su foja de servicios escribió de su puño y letra esa fecha como la de su nacimiento.

Su padrino de confirmación fué don Saturnino Zapata.

LA MENDOZA DE ENTONCES

La vida en la vieja Mendoza transcurría sin mayores inquietudes. Cuyo, como todo el país, comenzaba a reorganizarse en la paz interna que tanto necesitaba, contribuyendo

cada uno de sus habitantes con el esfuerzo personal para encauzar a la patria hacia la prosperidad.

Varias industrias florecieron allí.

El cultivo de la seda, que a principios del siglo promoviera don Tomás Godoy Cruz, prosperó en forma beneficiosa. Se instalaron hilanderías; en telares rústicos y domésticos y también con maquinarias sencillas se tejió la seda; de allí salían ponchos, frazadas, y diversidad de prendas de vestir; que luego traspasaron el límite de la provincia y se exportaron al litoral.

El mejoramiento en la elaboración de los vinos los preocupaba, y también se hicieron ensayos para preparar champaña.

Proyectábase entonces instalar una fábrica de cristales, para lo que se estaba formando una sociedad.

Había además una fundición de campanas.

La carrocería mendocina era muy apreciada, y se exportaba a otras provincias.

Y no faltó quien dedicó sus afanes a la fabricación de pianos de regular calidad, y llegó a exportar algunos a San Juan.

Para que no se olvidaran las pasadas amarguras, la vida laboriosa y la recién alcanzada tranquilidad se veían conmovidas de vez en cuando con la noticia de que los indios habían cometido nuevos atropellos saqueando alguna caravana de carretas o llevando un malón a poblaciones internadas en los territorios semidesiertos.

Siendo Mendoza punto central de Cuyo, era el lugar de enlace entre Chile y Buenos Aires y el arribo forzoso de las caravanas y arreos procedentes de allí y de San Juan, por lo que había siempre gran actividad.

TEMPESTAD EN LA CORDILLERA

Don Carmen, además de hacer viajes a Buenos Aires con carretas, se trasladaba a Chile con arreos de ganado vacuno, que allí vendía. En Chile compraba mercaderías del país o venidas de los puertos del Pacífico. En esas tareas lo se-

cundaba su hermano Tito, que ya era muy experto en ellas.

Cierta vez regresaban de uno de esos viajes a través de la Cordillera. Los livianos y seguros cascos de las mulas serranas los llevaban por ásperos senderos y peligrosos desfiladeros.

Las moles del macizo andino sobrecogen al viajero con su grandeza. Sus variadas formas y colores nos presentan paisajes de ensueño, y en algunos momentos la majestad de los montes parece perder materialidad para darnos una vaga sensación de lo infinito, una visión fugaz de un país extraterreno.

Pero no siempre son propicias esas cumbres al viajero que se atreve a hollar sus dominios; algunos deben pagar subido tributo.

Pareciera que un hado maléfico, el viejo Gualicho de los huarpes, fuese el guardián de las cumbres, y agazapado en sus recónditos pliegues aguardara a las víctimas por él escogidas para el raro tributo.

Después de sacudir el letargo de los días serenos atisba con sed de sangre y vidas el paso de los viajeros para descargar implacable sobre ellos su zarpa de huracán y de nevisca.

Don Carmen y sus compañeros atravesaban esa región cuando fueron sorprendidos por un violento temporal. El "viento blanco" los azotó y les hizo perder la ruta. La Providencia quiso que hallaran un lugar donde guarecerse, y apretujados entre los animales salvaron la vida milagrosamente. Amainado el temporal trataron de hallar de nuevo el camino; tres días estuvieron perdidos entre la nieve que aún caía.

Por fin y tras sufrimientos indecibles lograron orientarse y llegar a uno de los refugios que de tanto en tanto hay construídos en esos parajes. Ya no caminaban, se arrastraban, auxiliándose como mejor podían. Exhaustas sus fuerzas, don Carmen se dejaba conducir.

Ya dentro del refugio supo la horrible desgracia que le había ocurrido: la blancura implacable de esas soledades había quemado sus pupilas para siempre.

Él había sido la víctima elegida para la inmolación.

La pérdida de la vista de don Carmen llenó de dolor a

los suyos. Podría decirse además, que fué el punto inicial de las desgracias que pronto habrían de sobrevenirles.

En adelante se vería reducido a la triste situación de inválido. En forma brusca quedaron truncadas las actividades de ese hombre que casi no había conocido el reposo, viajando sin cesar de un punto a otro en pos del bienestar de los suyos, tan pronto en San Juan, como en Chile, en Mendoza o en Buenos Aires.

Dura debió ser pues la transición, pero su carácter bien templado, de cristiano sincero, le hizo sobrellevar con entereza el infortunio. Se dedicaría con mayor tiempo a la formación del carácter de sus hijos; su desgracia tuvo una derivación inesperada por el bien que pudo hacer a propios y extraños.

Su bien sentada fama de hombre de juicio sereno y ecuánime se acrecentó y fué convirtiéndolo en el consejero de todos, que acudían a él en busca de la solución de sus problemas familiares o de cualquier índole, que don Carmen resolvía con justicia y caridad.

Era respetado y querido de todos; decíase que tenía el juicio y la sensatez de un anciano y que su aspecto era patriarcal a pesar de ser hombre joven aún.

Desde su retiro de ciego continuó manejando sus intereses.

COHETES VOLADORES

Carlitos tenía ya algo más de cuatro años.

Sus hermanos mayores se entretenían con frecuencia disparando cohetes voladores. El pequeño Carlos quería participar también de ese juego, pero ellos no se lo permitían por su corta edad; en vano insistía sin lograr que lo complacieran, y entre otros pretextos le decían que él no tenía permiso para disparar cohetes voladores.

Ya cansado decidió obtener un permiso por su cuenta. Fuése a la Casa de Gobierno y pidió ver al gobernador, que lo era entonces el coronel Laureano Nazar.

Los guardias se resistían a complacer el deseo del niño, pero al fin, ganados por su decisión y simpatía, lo condujeron al despacho del mandatario.

Debió ser muy grande el deseo de ver a ese señor, para decidirse a afrontar la presencia de los guardias que siempre lo habían intimidado. Cerró los ojos para no verlos, se dejó conducir por ellos a través de patios y galerías llenas de gente y llegó al despacho del gobernador.

Éste se sorprendió al ver a tan pequeño visitante; interrumpiendo sus ocupaciones lo atendió con simpatía, preguntándole cómo se llamaba y cuál era el objeto de su visita.

El niño respondió que se llamaba "Carlitos Moyanito" [1], y que iba a pedirle permiso para disparar cohetes voladores.

El gobernador lo autorizó a disparar cuantos cohetes quisiera.

Carlitos agregó:

—¡Es que no tengo cohetes, señor gobernador!

A éste le agradó la inocencia del niño; se la celebró y llamando a un guardia lo mandó comprar cohetes, que regaló a "Carlitos Moyanito".

¡Con qué cara de triunfo llegaría el pequeño a su casa a contar a sus hermanos que no sólo tenía el permiso anhelado sino hasta los mismos cohetes!

FUGA

A Carlitos no le gustaba dormir la siesta.

Su madre lo encerraba durante esas horas de sol ardiente, pero él siempre hallaba un medio de escapar.

En una de esas siestas de calor bochornoso fué encerrado como de costumbre, y esta vez su madre creyó que no se escaparía pues le sacó los pantaloncitos y se los llevó.

Pasado un rato oyó gran algazara afuera; extrañada inquirió lo que ocurría y se enteró que Carlitos tenía la culpa. Luego de fugar del encierro, su hazaña de ese día fué encaramarse en la copa de un altísimo árbol.

Su madre se preguntaba cómo habría salido del encierro y además sin pantalones. El salir fué cosa fácil por el

---

[1] Siendo muy pequeño daba ese diminutivo a su apellido, nombre que le quedó en el trato familiar: "Moyanito".

hueco de una ventanita; lo de la prenda lo solucionó con un saco de uno de sus hermanos: metiendo las piernas por las mangas se lo calzó a modo de pantalones. Ya libre y viendo un árbol tentador, decidió trepar por él, pero alguien hizo burla de su rara vestimenta y, avergonzado, trepó más alto. Su madre le ordenaba bajar, pero al mismo tiempo estaba llena de zozobra pensando que al menor descuido podría caerse el pequeño. Él anunciaba desde lo alto que no bajaría hasta que no le dieran sus pantalones. Fué tanta la porfía que su madre debió mandar a otro niño para que se los subiera. Sólo bajó cuando los tuvo.

LA TRÁGICA MENDOZA DE 1861

Se hallaba en Mendoza haciendo estudios de su especialidad, el geólogo francés Mr. Augusto Bravard. Hacía tiempo venía observando un barómetro, que en un principio se creyó que estaba descompuesto. Su penetración le hizo ver que el funcionamiento no se había alterado, y atribuyó sus anormalidades a perturbaciones que debían provenir del subsuelo de la ciudad. Así lo manifestó, agregando que podría ocurrir una catástrofe.

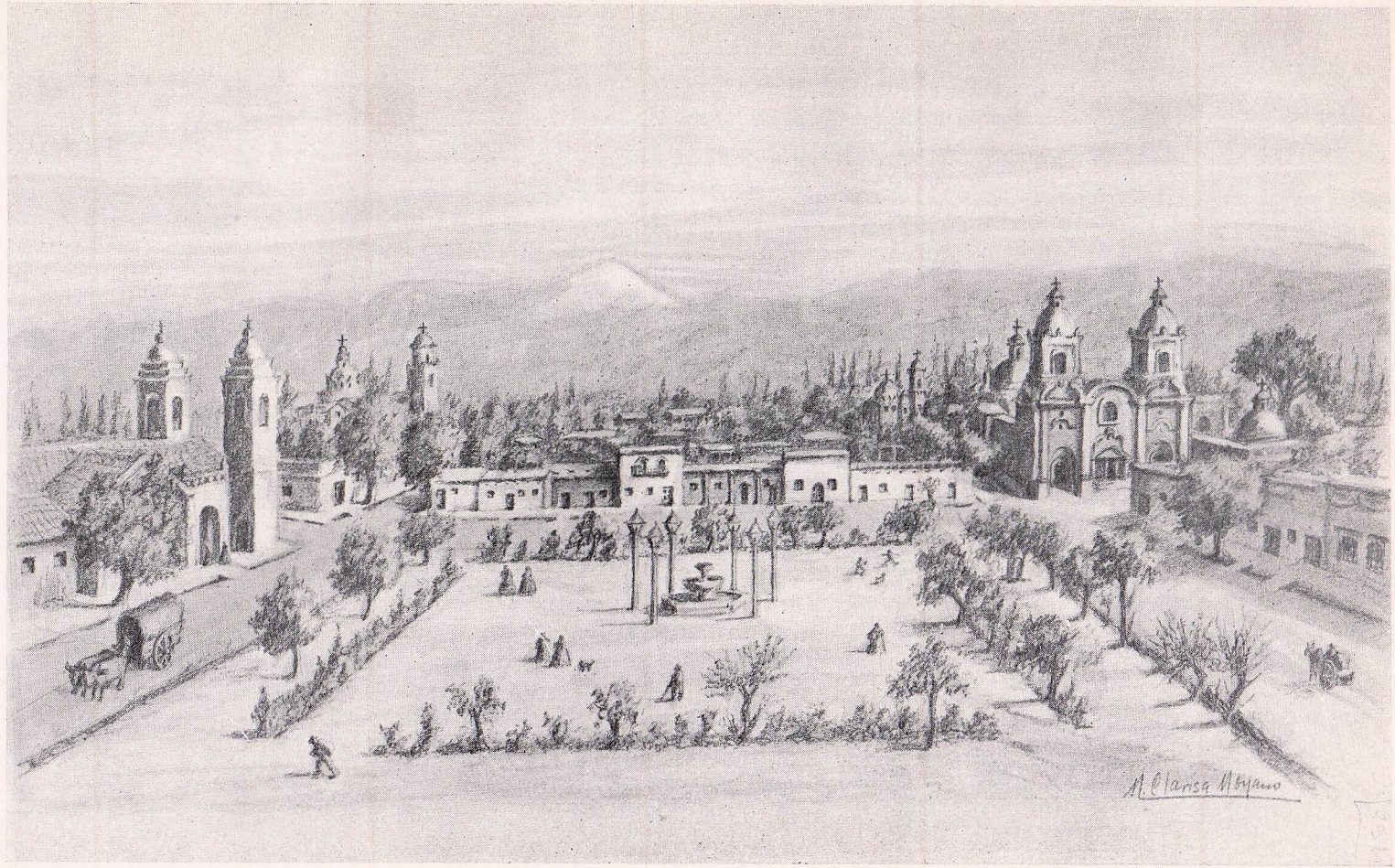
Cundió la noticia, provocando la alarma consiguiente. Pesaroso quizás de haber cometido una imprudencia, el sabio se encerró en un absoluto mutismo, sin volver a dar más explicaciones.

Marzo 20 de 1861

Como todos los días, Carlitos había ido a casa de su abuela doña Trinidad. Ya casi anochecía cuando llegó la Delfina, criada de la casa de sus padres, para llevárselo. El niño se resistió a regresar tan pronto y doña Trinidad, que tenía predilección por él, apoyó el pedido de su nieto para que se quedara un rato más. El pequeño siguió jugando.

La sala de la casa de doña Trinidad era una habitación amplia, cuyo piso estaba cubierto con un gran "chuse" [1]. A

[1] "Chuse": alfombra, palabra quichua usada antiguamente en Cuyo.



Mendoza antes del terremoto. Plaza de Armas

Iglesia Matriz

San Francisco

San Agustín

Santo Domingo

los costados había mesas de arrimo con candelabros, una de ellas con espejo; el piano cuadrangular, pesado; diversas sillas y un gran sofá como para cuatro personas, de madera de caoba lustrada y tapizado de rojo, con los brazos en forma de roscas hacia adentro, en cuyos huecos había un almohadón cilíndrico. A los pies del sofá un banquito tapizado con cuentas de vidrios de colores; a un costado, algo retirado, un gran brasero de bronce de ancha boca, apoyado en bajo soporte de madera oscura, estaba aguardando el invierno para templar el ambiente con su confortable carga de brasas.

Allí, en la sala, estaba sentada al piano la tía Cesaria ejecutando algunos estudios musicales.

La buena criada Gabina encendió las velas de uno de los candelabros, con lo que se esparció una leve luz amarillenta por la habitación.

Cansado de jugar, Carlitos entró en la sala; allí estuvo un rato dando vueltas, como suelen hacerlo los niños, se acercó al sofá y se sentó en él; luego, favorecido por la penumbra, y a hurtadillas de su abuela, se estiró cuan largo era; ¡qué bien se estaba allí! Era blando y ¡qué grande le parecía!; por mucho que se estiraba no lograba tocar el otro extremo del asiento con los piecitos. Por último, rendido de tanto andar y arrullado por las armonías del piano quedó profundamente dormido.

El día fué pesado, con la atmósfera turbia. Las actividades de la ciudad se desarrollaron como todos los días.

Era miércoles santo, y cuando anocheció, la mayoría de los habitantes concurrieron a los oficios religiosos.

Sonaron las ocho y media de la noche de aquella fatídica fecha. De pronto se oyó un trueno terrorífico, seguido de retumbo ensordecedor, al tiempo que una conmoción violentísima desplomaba la ciudad entera convirtiéndola en pocos momentos en un montón de escombros. Clamores y ayes de dolor se entremezclaban con el bramido de los truenos subterráneos. Nuevos sacudimientos iban derrumbando los trozos de muros que aún se mantenían en pie; las paredes de ambas aceras se entrecruzaban unas con otras, sepultando a los que huían despavoridos. Una densa nube de polvo se elevaba de las ruinas; focos de incendio estallaron en diversas partes, y al obstruirse las acequias se produjeron inundaciones.

Los violentos remesones eran precedidos por horribles truenos subterráneos, que parecían prolongarse a lo largo de los montes.

Disipado el espeso polvo de los primeros momentos, el lúgubre cuadro quedó iluminado por la luz de la luna que dos días después debía alumbrar en su plenitud la rememoración del drama del Gólgota.

Los que lograron salvarse huían aterrados, sin tener plena conciencia de lo que ocurría; algunos vagaban atónitos, como enajenados, creyendo que había llegado el fin del mundo.

Pasado el primer momento de pavor e inconsciencia, en que quedó como paralizada la voluntad, los que podían tenerse en pie, tambaleantes, trataban de prestar ayuda a los que yacían aprisionados entre los escombros. Al sufrimiento físico se agregaba la angustia por la suerte corrida por los seres queridos.

Aunque heridos y estropeados, cada uno procuraba llegar a donde moraban sus deudos. Era muy difícil orientarse, pues sólo algunos árboles les servían de punto de referencia. A tumbos sobre los escombros, y perdiendo la estabilidad por los remesones, eran solicitados a cada rato por los que hallaban al paso, para que les ayudaran a socorrer a los suyos. Así los que se encontraban distantes de sus hogares demoraron mucho tiempo antes de poder llegar a ellos.

La tierra se agitó, como por sacudimientos espasmódicos, durante toda esa aciaga noche.

Los perros y animales domésticos agregaban sus aullidos lastimeros.

A ese ambiente de caos se agregó un azote más. No bien cundió la noticia de la catástrofe, de los alrededores de lo que fuera ciudad comenzaron a llegar, como aves de rapiña, bandas de forajidos a remover escombros, emprendiendo el saqueo de cuanto hallaron de valor. Sus instintos asesinos en nada se detenían. Las víctimas infelices, mal heridas o semienterradas, que les imploraban socorro, eran ultimadas para despojarlas de joyas y dinero; en su premura por robar anillos y pendientes a las mujeres, les cortaban los dedos y las orejas estando aún con vida. Sus manos criminales impidieron salvarse a muchas víctimas que sucumbieron por falta de un pronto auxilio.

Ese era el cuadro horrible que presentaba la infortunada Mendoza la noche del 20 de marzo de 1861.

LOS MOYANOS EN LA CATÁSTROFE

¿Qué fué de la familia Moyano? La tía Cesaria estaba ilesa: se halló sin saber cómo, vagando por las que habían sido calles, sin conocer con certeza lo que había sucedido. Tenía la sensación de que aquello era el fin del mundo.

Al jovencito Alejandro, el terremoto lo tomó en la calle. Estaba internado en un colegio, pero ese día, desde temprano buscó un pretexto cualquiera para salir del establecimiento y darse un descanso, hacer *la rabona,* como suele decirse. Durante el día anduvo por distintas partes sin atreverse a ir a casa de sus padres, temiendo recibir una justa reprimenda. Eso le valió la vida, pues la mayoría de sus compañeros de colegio perecieron.

Doña Mariquita se salvó milagrosamente; no así don Carmen, que más invalidado que los demás a causa de su ceguera pereció debajo de los escombros. Hallaron muertas a las dos hijas mayores de don Carmen, y a los otros niños Atalívar y Moisés. El más pequeño, Julio, de cinco meses de edad, murió en su cuna.

Doña Trinidad pereció aprisionada entre las paredes del zaguán de su casa; además los malhechores profanaron su cadáver cortándole las orejas y los dedos de las manos para robarle las joyas.

La tía Clarisa estuvo sepultada debajo de los escombros durante varias horas; cerca de su cabeza habían quedado huecos libres que le permitían respirar; penosamente la salvó su esposo tras larga tarea.

Los deudos de la familia, en la mayor angustia, trataban de hallarse unos a otros.

Desolados ante cuadros tan horribles buscaban febrilmente al pequeño Carlos, removiendo escombros. Por fin lo hallaron salvo y sin ningún rasguño. El sofá de la casa de su abuela, en el que se había quedado dormido se tumbó, quedando ileso el niño en el hueco que se había formado; los movimientos violentísimos de la tierra echaron sobre el sofá el pesado piano que se hallaba próximo, y sobre éste cayeron los escombros. La solidez de esos muebles salvó la vida del pequeño, obedeciendo a un designio de la Providencia.

UN RELATO DE LA CATÁSTROFE

El terremoto segó alrededor de 12.000 vidas. El geólogo Mr. Bravard pereció la noche del desastre. Familias hubo en las que no se salvó ni uno solo de sus miembros.

La tierra se abrió en grietas y en distintos lugares aparecieron fuentes termales.

Veamos el emocionante relato hecho por don Pompeyo Lemos, respetable caballero mendocino. Dice así:

Tuvo lugar la catástrofe la noche del Miércoles Santo del año 1861, como a las nueve de la noche, de un modo tan impremeditado a pesar de algunas versiones que se habían esparcido referentes a acontecimientos de esta especie precisamente en esos días, que el pueblo de Mendoza, de índole descuidada y mansa, estaba tranquilo. Un señor Bravard viajero francés, de profesión naturalista que visitaba entonces este país, pronosticó para dos años después la destrucción de Mendoza por terremoto, que debería acontecer a causa de las muchas corrientes eléctricas que observaba en esta tierra y las mismas que aún se notan.

Una hora antes de la catástrofe, más de 7.000 mendocinos yacíamos humildemente prosternados en el polvo de la antigua plaza de armas, escuchando la palabra de un padre jesuíta, tan pronto amenazadora, sentenciosa y precursora de terribles castigos, como cariñosa y humilde. Predicaba en el atrio del templo Matriz, en el costado sur de la plaza donde provisoriamente habían establecido un púlpito y decía con énfasis: "... de dos Mendozas que hay en el mundo una deberá perecer, ¡tenedlo en cuenta!

El que estas líneas escribe, hijo de Mendoza, de veintidós años de edad en aquella fecha, después de las Caídas, se dirigió al hotel Tessier, situado a espaldas del templo de San Agustín, acompañado de un joven ingeniero, que pereció esa misma noche. Como a las nueve, de esa noche fatal, me encontraba con mi amigo en el comedor del citado hotel y en el momento de recibir las tazas de café que habíamos pedido, sentimos desvanecimientos y como si el suelo se moviese como sobre agua, e inmediatamente se oyó un ruido terrorífico, como si miles de carros cargados de piedras fuesen arrastrados por toda la ciudad, procediendo oscilación y ruido del costado oeste de la ciudad como si viniese de las cumbres de la cordillera. En ese momento sacaba casi a la fuerza a mi amigo al medio del patio, tirándole de un brazo, y les gritaba a más de cincuenta personas que se hallaban en el salón que saliesen afuera, porque aquello era un terremoto. En ese momento el suelo se hacía olas quebrándose y partiéndose el pavimento, abriendo rasgaduras profundas en todas direcciones. En tan crítico momento mi amigo a viva fuerza se deshizo de mis manos que lo sujetaban en el medio del patio de la casa

y corrió para entrar en el comedor, no sé con cuál intención, siendo aplastado a mi vista por una muralla del salón. Entonces viéndome solo, traté de librarme saliendo a la calle.

Llegado a la puerta no sé cómo me detuve dos minutos, pretendiendo escaparme para que no me aplastase a mi vez la casa de enfrente, del Sr. José María Lima, que era un edificio nuevo y alto y que en efecto se cayó a mis pies. Salvándome de la muerte, salté en un instante a la calle impelido por una puerta que al mismo tiempo se rompía, quedando yo ahogado por una inmensa nube de tierra en el medio de la calle hasta que, como a los tres minutos, se aplicó mostrándome la luna llena en el cénit en todo su esplendor. En ese instante de espantosa confusión de gritos, lamentos, ruidos siniestros, atroces, acompañados de aullidos pavorosos, llantos desconsoladores y rodeado de llamas y escombros, me sentía enloquecer, pero felizmente vino en mi ayuda el buen instinto de salvarme.

En aquellos terribles momentos escuché a mis pies la voz del dueño del hotel que me pedía socorro; inclineme y revolví los escombros donde encontré al citado Sr. Tessier completamente enterrado; lo descubro en parte, pero no me es posible libertarlo completamente, tenía una pierna hecha pedazos y apretada con las ruinas del muro. Entonces me pidió que entrase donde existió el hotel y buscase a su señora y a su hijita; así lo hice discurriendo inútilmente en aquel panteón donde sólo encontré muertos y a una infeliz viejecita casi ciega que se había salvado de la hecatombe como por milagro, a la que conduje al lado del señor Tessier, y me despedí para dirigirme al lugar de la casa de mi familia.

Pero para este lado de la ciudad se veían ruinas amenazadoras y muchos incendios, por lo que me dirigí hacia el sur hasta la bocacalle y me encontré con la señora Paula y muchas otras conocidas. Como de donde existió la esquina sudoeste de la calle provenían fuertes lamentos de niños, allí me dirigí y efectivamente encontré un jovencito que bregaba en el suelo, todo estropeado con el pilar de la esquina en el espinazo, del que lo libré, dejándolo al cuidado de las señoras nombradas. Seguí al este, sobre escombros, moribundos y cadáveres hasta doblar al norte para dirigirme a la plaza de Armas; allí me encontré con algunos conocidos, como don Leopoldo Suloaga, don Juan Francisco Coria, don Juan Garay y otros muchos. Allí me detuvieron tres hombres pobres, pidiéndome los acompañase a sacar de unas ruinas a una pobre niña, que estaba en peligro y pedía auxilio, y que ellos no podían libertarla solos. Efectivamente me enseñaron a mano izquierda, en unos edificios que se estaban viniendo abajo con los continuos temblores que se sucedían por intervalos, una pobre joven tendida en un catre desvencijado, lastimada con una viga del techo rota encima. Haciendo increíbles esfuerzos, y con peligro de nuestras vidas, quitele la viga, cargando con catre y mujer hasta dejarla afuera en salvo. Seguí hasta la plaza que se iba llenando de enfermos, moribundos, asustados, llenos de desesperación y terror. Seguí al norte hasta el medio de la bocacalle de la Cañada, frente a San Francisco, cuyo templo estaba en pie, con sus torres desquiciadas por venirse abajo, como todo el murallón del

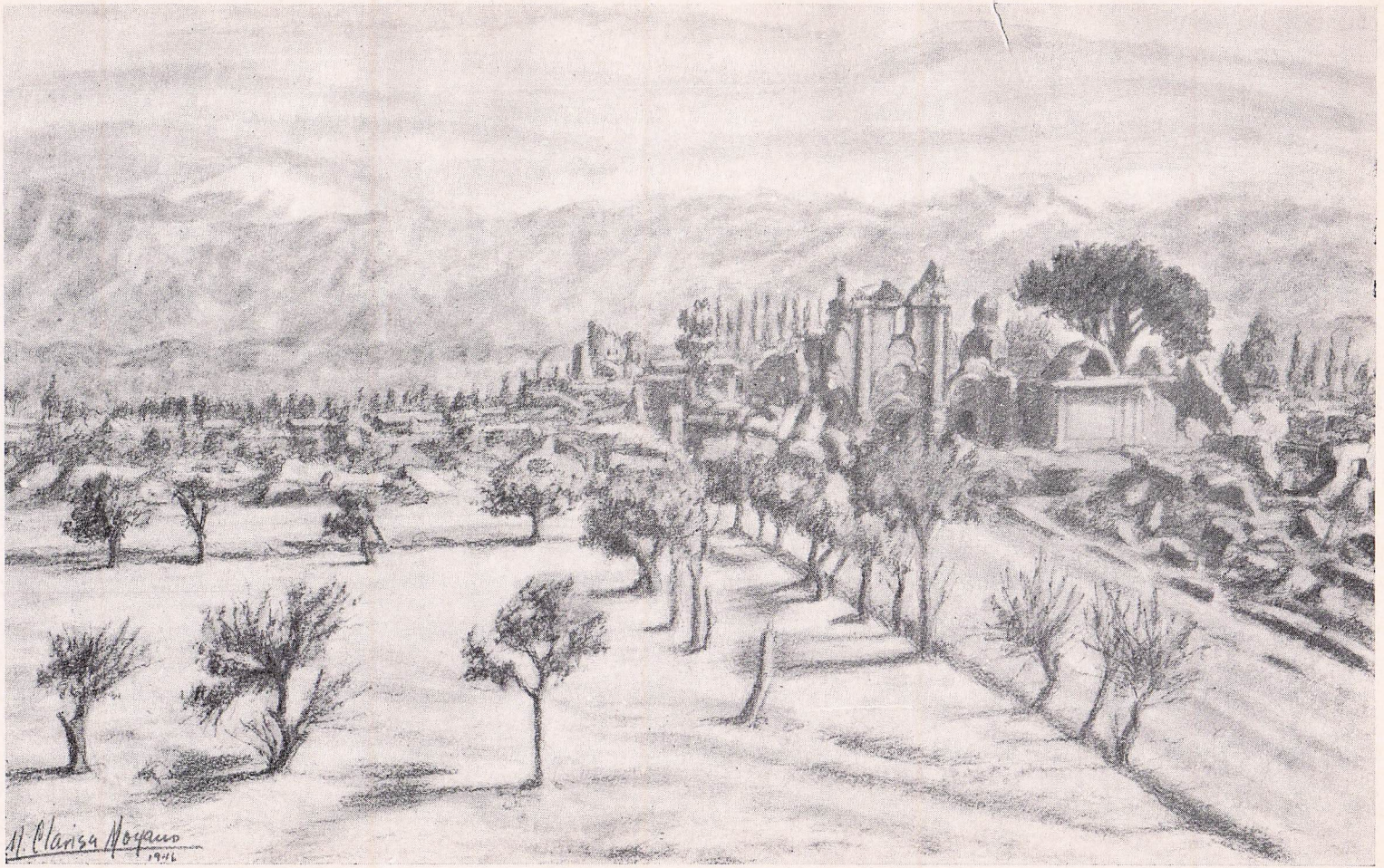
claustro que miraba al este, que estaba inclinado ya para derrumbarse casi en toda la cuadra, sobre la calle, motivo por el que no me moví de mi puesto, viendo lo que ocurría. En esos instantes, vi venir como para el atrio del templo, a la luz de la luna que dejaban pasar los escombros por la calle que aún se veía desocupada, convidándose con premura para la plaza, muchas personas conocidas, más de sesenta, al parecer, como don Julián Aberastain, don Abelardo Tabanera, señorita Isolina Ortiz, etc.

En esos instantes se produjo un fuertísimo temblor, echando abajo una de las torres del templo que cayó cerca de mis pies, derrumbándose, asimismo con tremendo estrépito todo el murallón del claustro, sepultando y dando muerte instantánea a casi todas las personas que acabo de mencionar.

De allí me volví a la plaza con objeto de encontrar un buen compañero y proseguir mi propósito de ser útil a mis comprovincianos, como efectivamente así sucedió, asociándose para mi obra el santo y benemérito presbítero don Modesto Vega, con quien visité gran parte de las ruinas, haciendo cuanto nos fué posible hasta venir el día, hora en que nos separamos para buscar nuestras familias, cansados de tanto caer y levantar y tanto ver sufrir, lo cual si lo narrase habría para nunca acabar. Debo consignar y me acuerdo que una de las cosas de aquella aciaga noche que me causó mayor miedo y horror, fué que al conducir por una calle del norte de la ciudad, en su cama de dolor, donde acababa de desembarazar la hermana de un amigo mío, don Jorge Corvalán, con el catre y la enferma a cuestas, yo, mi amigo y otros sujetos, a un lugar más libre y seguro donde alojarse, que no fuera como en su casa, que estaba en peligro de derrumbarse, un temblor fuertísimo que se produjo, abrió profundas grietas en la calle, en una de las cuales estuve a punto de caer y tal vez de perecer, pero me escapé del peligro no sé cómo: lo cierto es que casi del suelo me levanté con enferma y cama. Ya casi de día, después de dar inconscientes vueltas por la ciudad, buscando la casa de mis padres por lugares que me eran completamente desconocidos al parecer, sin duda el instinto me puso delante de las ruinas de lo que fué mi hogar, en el cual, encontré a dos de mis tías aplastadas y muertas por el terremoto acontecido, una prima mía con un brazo trozado, y asimismo una señora Moyano a quienes su hermano y yo, servimos de únicos médicos y cirujanos, haciéndoles la única y primera cura, que sin duda fué bien hecha y acertada, pues que les bastó para sanarlas [1].

---

1 Relato tomado de la REVISTA DE LA JUNTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE MENDOZA. (Tomo X.)



Mendoza todavía en ruinas, en 1884

Leemos también en un diario de la época:

No hay carne ni víveres y el agua está a mucha distancia, porque se han secado todos los canales. Numerosas personas recorren la ciudad despavoridas, interrogando a los grupos por sus deudos, a quienes la catástrofe ha sorprendido fuera de sus casas, para acudir a buscarlos en los puntos donde podrían hallarse. El terror, el hambre y la desolación preocupan los ánimos; empiezan a llegar bandadas de campesinos, provistos de herramientas, unos para auxiliar a la desgracia, otros para descubrir el botín. En todas las calles y a cortas distancias se ven cadáveres cuya putrefacción es una nueva amenaza: el mal se agrava por horas, el fuego cunde y la autoridad permanece impasible, pues no se la ve tomar ninguna medida.

. . . . . .

Acaban de llegar de San Juan varios vecinos respetables con algunos carruajes para transporte de familias, y otros recursos que han sido aceptados con gratitud por los vecinos. Estos caballeros filantrópicos regresan para traer nuevos y abundantes recursos. Mucho debemos ya a los vecinos de San Juan. Sigue el saqueo.

. . . . . .

Hoy es día de salida del correo para el litoral y hasta este momento que son las 12 del día no se sabe quién ni dónde se despachará el correo, habiendo muerto todos los empleados de esta oficina.

. . . . . .

El coronel don Juan de Dios Videla, es uno de los que han formado colonias de desgraciados que viven a su sombra y favor, y a quienes alimenta gratis. Además, vigila toda la parte de la ciudad y suburbios, impidiendo los robos. En el resto de la ciudad siguen los saqueos [1].

Pronto llegó a San Juan la infausta nueva, llevada por un hombre que salió huyendo de la ciudad destruída.

Doña Telésfora Borrego de Benavídez que, como se recordará, era tía carnal de don Carmen Moyano, hizo enganchar inmediatamente cuanto vehículo halló a mano para enviarlo a Mendoza con víveres, y auxiliar a la familia Moyano y demás deudos salvados. A todos se les debía conducir a su casa en San Juan, con los muebles y enseres que pudieran recobrar de las ruinas.

La desvalida familia, anegada en su dolor, dió gracias a Dios por el auxilio providencial; y engrosó la larga caravana de atribulados sobrevivientes que emigraban a la hospitalaria San Juan.

---

[1] "La Tribuna", Buenos Aires, abril 14 de 1861. (Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza. Tomo X.)

La tía Telésfora acogió en su casa con todo cariño a sus sobrinos y demás miembros de la familia; los colmó de atenciones, ejerciendo con ellos la caridad que le era proverbial; su noble acción mitigó en algo las penas de la familia, pero la salud de doña Mariquita se quebrantó bajo el peso de tanta desventura: había perdido madre, esposo y tres hijos, además de sus dos hijastras Aurora y Carlota, a las que amaba tiernamente. Hasta las criadas, que eran miembros integrantes de la familia habían perecido.

EN SAN JUAN

La casa de la viuda del general Nazario Benavídez ocupaba un amplio solar. A ambos lados de la puerta de calle había habitaciones con corredores que daban a un gran patio central; más al fondo la huerta, donde había parrales, árboles frutales, etc. En un galpón uno de los pocos coches que poseía San Juan en esos años: la diligencia traída por Benavídez al regreso del *Acuerdo de San Nicolás*.

La tía Telésfora era una señora baja, gruesa, de noble tipo criollo. No desmintió su fama de mujer buena y generosa, que durante y después del largo gobierno de su esposo, enjugó tantas lágrimas de pobres y perseguidos. Hasta los más acerbos enemigos políticos de su esposo la respetaban.

Acogió en su casa no sólo a Mariquita, la viuda de su sobrino Carmen Moyano, y a los dos hijos que le quedaron después de la catástrofe de Mendoza, sino a las hermanas de ella, Cesaria Astargo, viuda de don Benito Torres, y Clarisa Astargo de Sayanca, esposa del educacionista don Manuel E. Sayanca.

La tía Telésfora prodigaba tiernos cariños al más pequeño de sus sobrinos nietos, Carlitos Moyano, que apenas tenía uso de razón, y procuraba como todos los de la familia disipar de su mente el recuerdo de la negra pesadilla.

Para distraerlo, la buena tía le refería pacientemente los maravillosos cuentos de "Las Mil y Una Noches", anécdotas y tradiciones lugareñas.

Una de las anécdotas fué la siguiente:

ARRIA DE MULAS

" . . . Sucedió en los tiempos de Rosas. Partieron para Buenos Aires, en uno de sus periódicos viajes comerciales, mi hermano Pascasio, mi cuñado y abuelo tuyo Posidio Moyano, don Procopio Sánchez, y creo que esa vez iba con ellos el coronel Serapio Obejero. En esos viajes conducían productos sanjuaninos para venderlos en Buenos Aires y también en el trayecto. Puede decirse que ése fué uno de los medios de vida de estas provincias. Llevaban vino dulce, aguardiente anisado, nueces, pasas de uva y de higo, aceitunas, charqui y tabletas[1]. Lo vendían todo y traían de regreso telas, herramientas y tantas otras cosas que luego vendían aquí.

Se juntaban varios comerciantes y organizaban arreos de mulas cargueras para llevar esas mercaderías. Dividían el arreo en grupos de 7 u 8 animales, y cada uno de estos grupos era cuidado por un arriero. Iba mucha gente y bien armada, para poder defenderse y ayudarse en caso de ataque por los indios, que siempre andaban al acecho y codiciaban las arrias de mulas más aún que las carretas, por estar las primeras más indefensas.

"También debían estar alerta cuando sabían de algún tigre cebado por esos campos. En cambio, a veces encontraban venados y avestruces, que les permitían variar sus comidas hechas generalmente a base de charqui. También solían hallar "lampalaguas", gruesos culebrones de más de tres metros de largo, pero inofensivos, pues sólo comen ratones y otras sabandijas o uno que otro pollo descuidado.

"Demoraban bastante en llegar a destino; era lenta la marcha de carguero, y además solían quedarse varios días en las poblaciones de tránsito, para comerciar algunas de sus mercaderías.

"Pues bien, nuestros viajeros llegaron a Buenos Aires tras de sus mil penurias, y entraron por la calle de los Mendocinos (actual Maipú) para dirigirse a los corralones donde debían llevar el arreo de mulas; además por allí estaban las hospederías frecuentadas por los viajeros de Cuyo. Al llegar se les comunicó que Rosas había dado un decreto ordenando a todo forastero que entrase en la ciudad presentarse en el Departa-

[1] Tabletas: alfajores de dulces diversos.

mento Policial para dar su nombre y llenar otras formalidades. Así lo hicieron. Un escribiente apuntaba: Procopio Sánchez, Posidio Moyano, Pascasio Borrego, Serapio Obejero. Al comisario le sonaron mal los nombres, y creyendo que se trataba de una burla se indignó y los dejó detenidos. Ellos aseguraban que procedían con formalidad, pero el funcionario mandó levantar un sumario e investigar en las hospederías de la calle de los Mendocinos. Como allí eran muy conocidos se presentaron gustosos muchos comprovincianos y amigos para atestiguar la veracidad de los nombres y la honorabilidad de los detenidos, que así fueron puestos en libertad."

COMO LISTA DE PONCHO

El terremoto del año 1861 marcó un jalón luctuoso en la vida mendocina, dividiendo dos épocas con un tajo formidable y nefasto que dejó huellas indelebles en todos sus habitantes. Quien más, quien menos, debió llorar algún miembro querido, cuando no a toda la familia.

El profundo abatimiento de doña Mariquita sólo hallaba consuelo en los dos hijos que le habían quedado.

La tía Telésfora, que con tanto cariño la había acogido, juntamente con sus hermanas Cesaria y Clarisa y sus cuñados, hacía cuanto estaba de su parte para darle consuelo.

Para tratar de olvidar, siquiera unos ratos, se dedicó a hacer hermosas labores.

Como se recordará, Cuyo fué uno de los lugares en nuestra patria donde comenzó el cultivo de los gusanos de seda. Doña Mariquita se puso en la tarea de hilar las ricas hebras, y con ellas tejió en telar un hermoso ponchito para su hijo Carlos. Al girar el huso entre sus finos dedos y cuando deslizaba la lanzadera por los lisos de la trama, iría entretejiendo sus lágrimas y también las plegarias por la ventura de su pequeño.

Era una tela gruesa muy suave, de tacto agamuzado, de color tostado canela, con rayas blancas y rectas.

¿Fueron esas listas blancas símbolo de la rectitud que había de caracterizar la vida de su hijo?

Muchos años más tarde en una oportunidad dijo él:

Que tanto su vida como la de sus antepasados había sido recta como lista de poncho, sin zig-zag de ninguna clase.

En la intimidad de su hogar, los días frescos ponía sobre sus hombros, a modo de chalina, ese ponchito hecho por su madre. Era para él la prenda más preciada, de la que nunca se había separado, cuidándola como a un tesoro.

Hoy se encuentra en el museo de la Patagonia, en Bariloche, junto a su retrato.

El destino quiso que siguieran juntos.

DESPUÉS DEL TERREMOTO

La que antes fuera una ciudad floreciente yacía en la más grande desolación, pero su pueblo sufrido no se dejó abatir por la catástrofe. Pronto se levantaría de nuevo.

Comenzó la excavación de los escombros, pero algunos sitios de la ciudad debieron aguardar varios lustros antes de ser removidos por completo. Hasta después de 1880 aún permanecían parajes casi intactos.

Parecía como si los sobrevivientes y aun los descendientes de la primera generación hubieran sentido un religioso respeto por esos sitios que habían servido de tumba a sus deudos.

Tan honda fué la impresión sufrida por ese pueblo dolorido, que debieron pasar muchos años antes que se aquietaran los espíritus. Sus hijos conservaron la impresión penosa de la catástrofe transmitida por los padres, y sólo al correr del tiempo se amortiguaría, pero sin olvidarla.

Cuando alguno de los sobrevivientes recordaba la tragedía, se sobrecogía, y sus palabras y expresión revelaban que tenía aún vivo en su memoria el espanto de esa noche fatídica, que no se borraría mientras viviese. Aun cuando no se refirieran a ese tema, en sus conversaciones situaban los hechos para *antes* o *después* del terremoto. El año 1861 no contaba como fecha numérica, sino como un jalón de muerte y ruina. En ellos permanecía latente y desgarrante ese recuerdo.

La nueva ciudad debía levantarse hacia el suroeste de la antigua, en la vieja quinta o potreros de San Nicolás. En esa dirección comenzaron los trabajos.

Las familias que emigraran a San Juan y a otros parajes, comenzaron el retorno a Mendoza y a los que antes fueran sus solares, para reconstruir en ellos sus moradas si les fuera posible.

El educacionista don Manuel E. Sayanca levantó su casa en la calle Rioja. Muchos de los atemorizados habitantes se resistieron a construir con adobes solamente, pues los sacudimientos sísmicos se hicieron más frecuentes desde el 20 de marzo de 1861. En previsión de nuevos derrumbes algunos propietarios hicieron sus casas de modo que les ofrecieran mayor seguridad; los tabiques y otras partes de las mismas las construyeron de "quincha" [1].

Don Manuel mandó hacer la suya en esa forma, y contigua a ella, en el mismo solar, las aulas de su "Colegio del Salvador". Le dió ese nombre en prueba de respetuoso recuerdo por un hecho ocurrido en el terremoto. Su casa como todas, quedó en ruinas, sólo un lienzo de pared resistió, y era precisamente donde estaba colgado un cuadro con la imagen del Salvador. Imagen que siempre conservó con veneración.

El "Colegio del Salvador" fué un establecimiento prestigioso en que se educó la mayoría de la juventud mendocina de esos años; allí se impartía una enseñanza muy completa y los estudiantes aprendían a conciencia.

Don Manuel, además de poseer su título de maestro, obtenido en Chile, era hombre de vasta cultura y dominaba varios idiomas. Lo secundaba en sus tareas un cuerpo de muy buenos profesores para atender a los numerosos alumnos.

HUÉRFANOS

La familia Moyano también regresó a Mendoza, como la mayoría de los habitantes que se salvaron de la catástrofe del 20 de marzo de 1861.

---

[1] Quincha: palabra quichua. Tabique de cañas o ramas cubierta de barro.

El tiempo transcurrido no había mitigado la pena de doña Mariquita y, pese a los cuidados, su mal se agravó, falleciendo en Mendoza el 12 de junio de 1863. Dejaba a sus hijos cuando más la necesitaban, sobre todo Carlitos que era tan pequeño. Ellos refugiaron su cariño en sus tías Clarisa y Cesaria, las que se hicieron cargo de los huérfanos.

Fueron a vivir a casa de la mayor de ellas, Cesaria Astargo, entonces viuda de Torres, y que al poco tiempo contraía segundas nupcias con don José V. Gamir, perteneciente a la Guardia Nacional. Ese hombre de carácter duro y autoritario hizo sufrir cruelmente a los niños.

Su tía Cesaria era una mujer buena y candorosa, pero incapaz de ejercer una acción monitora sobre sus sobrinos, aunque los colmaba de cariño.

La tía Clarisa Astargo de Sayanca, mujer muy inteligente y de un tacto exquisito, tomó a su cargo la dirección moral de sus sobrinos, dedicándole especial atención a Carlitos por sus pocos años. Ella lo consideraba como su hijo mayor, y él por su parte sentía verdadera veneración por ella.

Casi todos los bienes que poseían sus padres en Mendoza se perdieron con el terremoto, y lo poquísimo que logró salvarse fué necesario venderlo para poder vivir. Hasta la vajilla de plata y otros objetos de valor debieron ser sacrificados.

Las propiedades que aún les quedaban en San Juan por herencia de sus padres y abuelos habían mermado tanto que su renta no alcanzaba para mantenerlos.

Alejandro, ya de 20 años, ayudaba al sostenimiento del hogar de su tía Cesaria con el escaso producto de su trabajo personal.

ANALFABETO

Carlitos puede decirse que despertó al uso de la razón en medio de la tragedia. Muerte, ruina, desolación, emigración a otra provincia, su madre sumida en el más grande abatimiento, y la pobreza que se cernía sobre la familia. Esto último, en su inocencia de niño, no podía afectarlo; además era una familia que, no obstante su posición, vivía en forma sencilla.

Apenas comenzaba a alentar su ánimo atribulado cuando falleció su madre.

Sus tías y su hermano hacían lo indecible por consolar al niño, pero la verdad era muy cruel. Su pequeña alma había sufrido rudamente, por lo que tenía como una necesidad de sustraerse a la realidad, y la forma en que se revelaba era en su deseo que le refirieran cuentos maravillosos. Las *Mil y una noches* tenían para él un encanto que lo subyugaba, llevándolo a una región de ensueño.

Fué pasando el tiempo, y el niño no quería contraerse a los estudios ni aprender a leer. Era vivaz e inteligente, su imaginación vagaba en la observación de las cosas, pero no había modo de hacerlo estudiar. Quizás los métodos pedagógicos de la época, poco flexibles a las distintas modalidades de los pequeños, contribuyeron a ese retardo. Años después, en una carta que le escribió a uno de sus amigos de la infancia, hacía referencia al doloroso recuerdo que conservaba de sus años de escolar.

Las *Mil y una noches* constituían su mayor atractivo, pero llegó un día en que no halló quién le sirviera de lector. Ya tenía nueve años cumplidos.

El deseo de sumergirse en ese mundo maravilloso y de leyenda pudo más que su desidia por el estudio. Con ese acicate comenzó a aprender a leer, y con ello a dar sus frutos el estudio.

Se despertó en él el deseo de saber, y fué tal el ansia que lo dominó que no cesó en toda su vida, tratando de superarse a sí mismo cada día.

Hizo sus estudios en el ya citado colegio del Salvador, de su tío político don Manuel E. Sayanca, en forma de poder seguir carrera universitaria.

CANOTA

Los veranos la familia se trasladaba con el pequeño Carlos a Canota, hermoso lugar de campo y sierra, situado hacia el norte de la ciudad de Mendoza y como a la mitad del cami-

no a Villavicencio. Se halla recostado al pie de los primeros contrafuertes de la precordillera, y antiguamente fué habitado por los indios.

En ese tiempo tenía derechos sobre una parte de esa posesión una tía lejana del pequeño, doña Magdalena Moyano de Molina, en cuya casa solían hospedarse.

Uno de esos veranos, Carlitos estuvo a punto de perecer ahogado allí en una gran pileta. En su imprudencia de niño, no sabiendo nadar, o creyéndose con más fuerzas de las que contaba en ese entonces, tan pequeño, se arriesgó hasta la parte más honda; pero la Providencia velaba sobre él..., otros niños advirtieron el peligro en que se hallaba y dieron voces, con lo que acudió don Ángel María Molina y lo salvó del trance.

Sus ojos de niño fueron acostumbrándose a contemplar panoramas llenos de grandeza. Por el lado del norte y del sur hermosas sierras; al poniente, a poco de ascender se ven asomar detrás de los montes las crestas nevadas, y por el oriente inmensas llanuras descendentes que se pierden en la línea del horizonte. Esos paisajes agrestes, sin más límite que los que le marca la naturaleza bravía del lugar, nutrieron su espíritu desde pequeño.

Quizás eso influyera para que luego considerara la vida desde un plano de altura, y la afrontara de manera que las pequeñeces no le estorbaran para ver hacia adelante, hacia el porvenir.

EL HORNO

En la casa de la tía Cesaria había un horno de adobes y barro, como se estilaba tener entonces en todas las casas mendocinas.

El horno se caldeaba con más o menos frecuencia, según fueran las necesidades domésticas.

Comenzaron a notar que cuando se prendía fuego a la leña dentro del horno solían producirse explosiones, tan a menudo, que tenían alarmados a los habitantes de la casa. En cada explosión volaban los adobes cercanos a la tronera; se reparaba el desperfecto, pero era en vano, porque a la pró-

xima vez que se caldeaba, volvía a formarse un boquete al volar los adobes.

La tía Cesaria, en su bondad y candidez, no sabía en qué pensar y todos se daban a cavilaciones. Llegaron a suceder esos fenómenos con tal violencia que pusieron en peligro la estabilidad del horno.

Tras largo discurrir, alguien dijo haber hallado la solución. Era el demonio quien quería tomar posesión del horno, y se valía de ese medio para atemorizar a los habitantes de la casa; un criado agregó que había percibido olor a azufre. Eso era concluyente; ya no cabía duda para la tía; más valiera no habérselo dicho. Se llenó de temor y angustia a la sola idea de tener al enemigo de huésped en su casa; era el colmo que viniera él a complicar las cosas, ya bastante enredadas con el mal carácter de su marido.

La servidumbre, compuesta en su mayor parte por mujeres tímidas, juntamente con la crédula tía Cesaria pusieron el grito en el cielo y después de una serie de "bienaigas" [1] y otras exclamaciones semejantes, la tía resolvió hacer pronta diligencia para que fuese un sacerdote a su casa a bendecir el horno y ahuyentar así a mandinga.

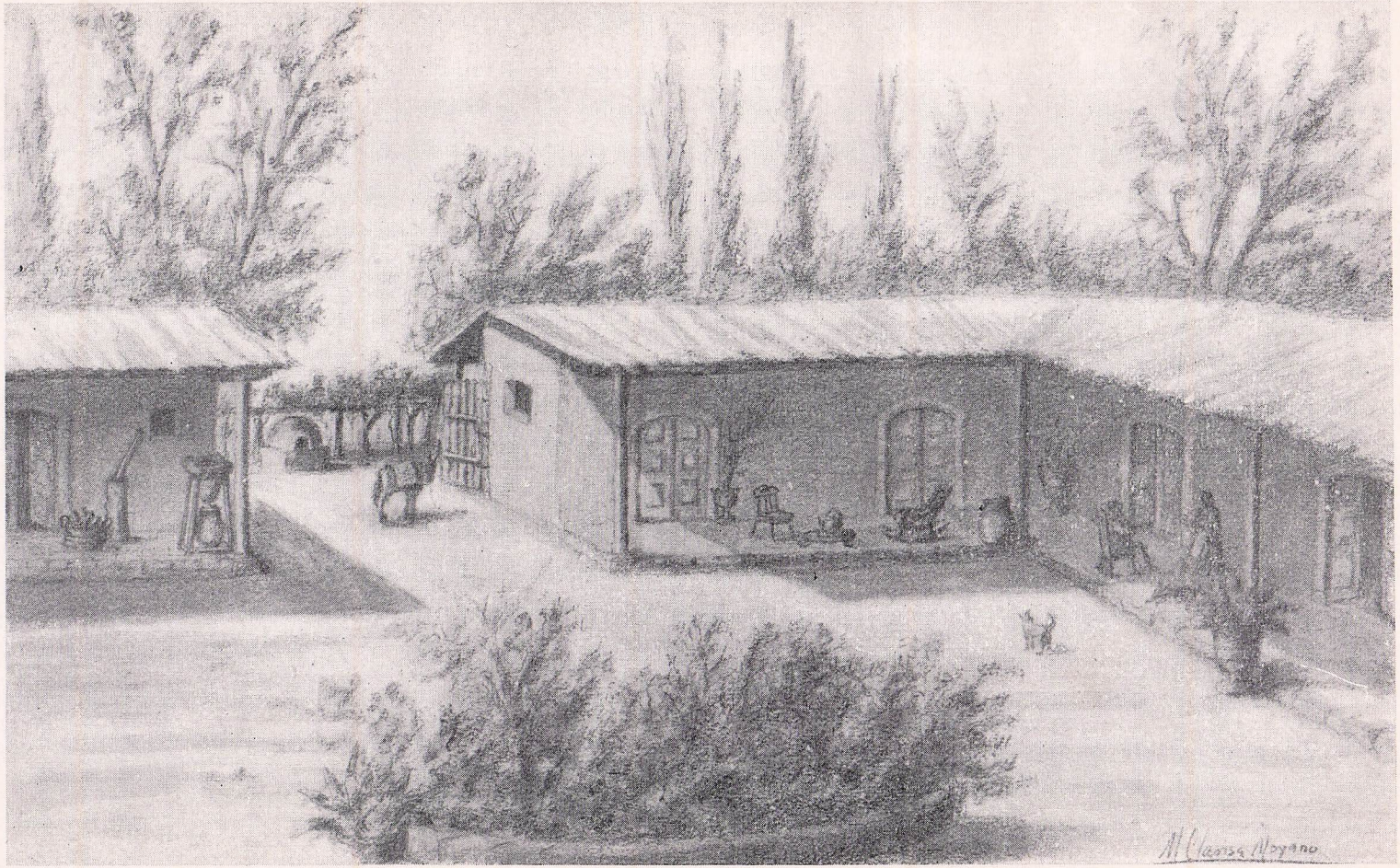
No se sabe si logró su propósito, pero se comprobó que Carlitos estaba en el secreto de las explosiones; eran él y su primo Alcibíades Torres (hijo del primer matrimonio de su tía Cesaria), junto con otros niños, quienes se encargaban de poner pólvora, convenientemente disimulada, cerca de la tronera del horno.

LA TÍA PEPA

Carlitos tenía una tía abuela, doña Josefa de Orbe de Rodríguez, hija del segundo matrimonio de su bisabuela doña Justa Robledo del Carril, que al enviudar de don José Miguel Fonseca había contraído matrimonio con un señor de Orbe, de noble estirpe hispana.

Doña Pepa fué mujer de clara inteligencia y muchas vir-

[1] "Bienaiga": modismo popular cuyano, derivado o corrupción de "bien haya".



Antigua casa cuyana

tudes. Estaba casada en segundas nupcias con un caballero español, don Ramón Rodríguez, que gozó de mucho prestigio por su honorabilidad.

Era poseedora en ese entonces de la finca "Del Pino" situada cerca del Plumerillo. La finca tiene ahora abolengo histórico, pues debajo de uno de sus antiquísimos pinos solía descansar el general San Martín; las amplias y sólidas construcciones de esa casa sirvieron de alojamiento a las tropas del Ejército Libertador, y en los extensos potreros pastaban sus caballadas.

Al regreso de San Juan, después del terremoto de 1861, ya instalados en Mendoza que comenzaba a resurgir, Carlitos y su familia solían pasar temporadas en esa finca.

Recordaba que cuando niño se sentaba con orgullo debajo del histórico pino que había dado sombra al gran Capitán de los Andes, y allí pasaba largos ratos. En su pequeña cabeza ya asomaban las ideas de patria, estimuladas por los relatos que oyera a sus mayores.

Doña Josefa de Orbe de Rodríguez vivía en San Juan en los tiempos de Rosas. En su casa se hacían reuniones para aunar fuerzas contra el tirano, y ella cooperaba con todos sus medios; allí se preparaban armas, municiones, etc.

No faltó quién los delatara. Los conspiradores fueron detenidos, y con ellos la tía Pepa.

Entre otros castigos los condenaron al exilio en Jáchal, adonde debían ser conducidos a pie y en las más humillantes condiciones, como un arreo de ganado.

Cincuenta leguas dista Jáchal de la ciudad de San Juan. Para esos pobres caminantes se multiplicaba al infinito la distancia por la desolación y aridez de esos campos, verdaderos páramos sin aguadas ni sombra alguna en terreno pedregoso calcinado por el sol.

Las penurias y fatigas no amedrentaron el espíritu de la tía Pepa, que supo soportar con entereza esos rigores, confiando en que llegaría el día de la victoria de la causa.

A la caída del tirano, cuando regresó a San Juan, halló su casa en ruinas, totalmente saqueada; hasta los marcos de las puertas y ventanas habían sido arrancados.

La tía Pepa falleció en Mendoza en 1863. Mi padre conservaba de ella un recuerdo muy afectuoso y de admiración por su valentía e inteligencia; refería muchas anécdotas de

su vida que abonaban en ese sentido, y decía que esa mujer se había adelantado cien años a su época.

SIESTA INTERRUMPIDA

Una calurosa siesta de estío, la buena tía Cesaria dormía profundamente en su "cuja", como llamaba ella a la cama. De pronto sucedió algo inusitado.

Un sacudimiento horrible conmovió la casa entera y a un mismo tiempo volaron piedras, golpeando en todas direcciones.

Despertó la tía aterrorizada creyendo que se trataba de un nuevo terremoto. Despavorida salió al corredor, para saber qué era aquello. Las demás personas de la familia y la servidumbre se habían levantado al estruendo, presas de la mayor inquietud. Las mujeres gritaban y pedían misericordia al cielo. ¿Qué había pasado?

Carlitos era el causante. Su afición a la pólvora era muy grande y lo había inducido a hacer tamaño desaguisado. En su inconsciencia infantil no podía calcular las proporciones que alcanzaría su entretenimiento.

Aprovechando la hora de la siesta, en que dormían los mayores, se propuso hacer un ensayo con el explosivo. Secundado por su primo Alcibíades y con la concurrencia de otros niños, pusieron en práctica el proyecto.

Había en la casa un gran patio de piso enladrillado; levantaron un ladrillo de la parte central y colocaron en su hueco una carga de pólvora con mecha suficientemente larga para darles tiempo a ponerse en salvo disparando a la calle.

Los efectos no se hicieron esperar. Una fortísima explosión hizo volar los ladrillos del patio, que como proyectiles disparados en toda dirección golpearon violentamente cuanto hallaron a su paso: puertas, ventanas, "cancos" [1] con plantas, tinajas del agua, etc; cuanto vidrio había en la casa quedó hecho añicos, y en medio de todo fué suerte no ocurriese desgracia mayor alguna.

---

1 "Cancos": macetas.

Debido tal vez al poco o ningún respeto que le inspiraba su tío político Gamir, que con sus gritos y arbitrariedades había perdido toda autoridad moral sobre Carlitos, y por el carácter candoroso y poco avisado de su tía Cesaria, el niño aprovechaba para hacer en casa de ella esa clase de travesuras tan peligrosas, las que nunca hubiera intentado hacer en la casa de su tía Clarisa, a la que tanto quería y respetaba.

EL LOCO DON TOMÁS

En ese tiempo había en Mendoza un pobre señor que había perdido la razón. Era un personaje pintoresco que a pesar de tener su juicio perturbado conservaba principios honorables.

La presencia de los niños inquietaba en sumo grado a don Tomás, quien se mostraba receloso de todos ellos, pues no desperdiciaban oportunidad para molestarlo de todas maneras, ya con inocentes bromas, ya con pesados desmanes.

Para prevenirse de esas tropelías e infundirles temor, llevaba siempre consigo un bastón con proporciones de verdadero garrote. Él mismo lo había hecho con el tronco de un arbolito de durazno, cuya raíz retorcida le servía de mango.

La presencia de ese adminículo era lo único que imponía un poco de respeto a los revoltosos.

Los niños apenas lo veían comenzaban a fastidiarlo. Cuando iba de visita a las casas de familia, donde era bien recibido por las personas mayores, si pedía agua para beber, los niños, a descuido, solían ponerle insectos u otras cosas extrañas dentro del vaso; por lo que le quedó la costumbre de mirar dentro del recipiente antes de beber cualquier líquido. Pero donde más lo molestaban los muchachos era en la calle o en campo abierto. Allí se ponían de manifiesto sus prevenciones recíprocas.

En las calurosas siestas de estío, los rapaces aprovechaban las horas de sueño de los mayores para echarse por las polvorientas calles de la vieja Mendoza. El pobre loco era generalmente el objeto de sus entretenimientos; y los encuen-

tros terminaban por lo regular en pendencia de variado volumen.

La intromisión de don Tomás en sus persecuciones de de perros vagabundos o cacerías de lagartijas y "matuastos" [1] entre los viejos adobones, originaba invariablemente una disputa que terminaba con palos, piedras, corridas y caídas en las acequias. Por cierto que los muchachos más grandes solían ser los más insolentes.

Carlitos, siendo muy niño, presenció, sin tomar parte en ella, una refriega brava. Ese día la suerte favoreció a don Tomás y los revoltosos llevaron la peor parte, pues el famoso bastón se asentó con violencia sobre las costillas de los muchachos poniéndolos en desbandada.

Los rapaces no se quedaron conformes con la paliza y juraron vengarse.

Fueron a los cerros a buscar "quiscos "(cactus), redondeados y erizados de agudas espinas, que utilizarían con sus hondas como proyectiles.

Sitiaron la casa de don Tomás durante varias horas, pero el loco, en medio de su extravío, comprendió quizás las intenciones malignas de los chicuelos y no salió. Ellos, impacientes, comenzaron el ataque desde la acera de enfrente a la puerta y ventana de la casa; una que otra vez don Tomás se asomaba a mirar rápidamente, pero una lluvia de quiscos y piedras volaba cerca de él. Acostumbrado a esa clase de entreveros, sabía esquivarlos, limitándose a trancar bien puerta y ventana, y luego resguardado detrás del portón de la huerta les arrojaba piedras desde allí. Su prudencia al no salir le valió no sufrir daño.

El alboroto fué advertido por personas mayores que acudieron prontamente a dispersar y castigar a los insolentes muchachos.

Aunque el pequeño Carlos no tomara parte en estos desmanes, no por eso dejaba de hacerle alguna travesura inocente a don Tomás, respondiendo a la reacción lógica que debía producir en él la aversión que el pobre loco sentía por todos los niños sin excepción.

Contaba mi padre que después de muchos años de ausencia de Mendoza, de la que se había alejado siendo un adoles-

[1] "Matuastos": tipo especial de réptil, propio de la región.

cente, cuando volvió a ella fué a visitar a don Tomás; éste lo reconoció y no viendo ya en él rastros del niño, lo recibió cordialmente.

Don Tomás ganaba un amigo con cada muchacho que se transformaba en hombre, pero en su pobre mente enferma veía un presunto enemigo en cada niño que nacía. Así siguió su lucha incesante.

No obstante su perturbación mental don Tomás tenía salidas agudas.

Un día estaba sentado en una plaza de Mendoza, entretenido viendo cómo comían y se revolcaban unos pajaritos. Acertó a pasar por allí un notario, conocido por sus malos manejos profesionales, el que saludó cordialmente a don Tomás y le preguntó qué hacía allí, a lo que éste respondió: —Estoy viendo estos pajaritos tan lindos, que tienen tantas plumitas y no hacen mal a nadie; en cambio ustedes con una sola pluma dejan en la calle a medio mundo.

Cierta vez don Tomás se enteró de que el gobernador haría una visita a la cárcel. Esperó su llegada en la puerta y, como él tenía acceso franco en todas partes, luego que entró el gobernador se incorporó a la comitiva oficial. Su Excelencia pasó revista a los reclusos. Don Tomás por su parte interrogaba a los presos:

—¿Por qué "estáis" preso "vos"?

—Señor, porque robé una gallina y...

—¡Bien hecho que te hayan puesto preso! ¿No "sabís" que el único que tiene derecho a robar es el señor gobernador?

VELAS

Sentía Carlitos inquietudes por ganarse la vida de alguna manera. Consiguió un molde para hacer velas, un "velero", y con unas monedas pedidas a sus tías compró sebo.

Puso convenientemente las torzadas de pabilo en cada espacio, derritió el sebo y lo vertió en el molde. Cuando estuvo frío lo calentó ligeramente y al volcarlo resbalaron suavemente

las velas. ¡Qué saltos de alegría!... El ensayo había salido bien.

Tomó las velas y se fué con ellas a ofrecerlas en venta a las casas de las amigas de sus tías. Se las compraron en seguida, prometiéndole ser sus clientes.

Lleno de entusiasmo continuó en su empeño. Las velas que hacía con el sebo recién derretido salían blancas, hermosas, no así las últimas que por la borra quedaban ennegrecidas. Pensó entonces teñirlas. A algunas les dió color con añil, a otras las teñía de colorado empleando cochinilla que él mismo sacaba de los cactus de los cerros vecinos, y resultó que las de color fueron preferidas por su clientela.

En vista del éxito y para ampliar la capacidad de producción se asoció con un pariente, niño como él, y la unión de ambos, impulsada por el espíritu tesonero de Carlitos, dió sus frutos. El negocio marchaba a maravilla. Tanta era la demanda que debieron tomar un peón a sueldo para hacer las faenas más rudas; un pobre vasco se prestó a ello encargándose de traer el sebo del mercado, acarrear leña, etc. Ellos tomaban la parte de más cuidado.

La humilde industria prosperó y Carlitos tuvo la satisfacción de sentirse capaz de ser útil. Con esto dió la primera muestra de su espíritu de empresa.

III

ADOLESCENCIA

SALIDA DE MENDOZA

A partir de los nueve años Carlitos estudió con ahinco y dedicación hasta terminar los cursos superiores que era posible alcanzar en la Mendoza de entonces. Mucho debió aplicarse para recuperar el tiempo en que se había encaprichado en no aprender a leer.

En marzo de 1870 recabó del Gobierno de su provincia una beca para ingresar en el Colegio Nacional de Buenos Aires, la que le fué acordada en el mismo día de su pedido.

Al mismo tiempo su tutor pidió autorización para disponer de fondos con destino a la educación y traslado del muchacho a Buenos Aires. La nota dice así:

Vistos: Estando conforme el Defensor de Menores en que se invierta en la educación del menor Carlos Moyano la parte de haber de éste, en la observancia de los art. 15 y 19 T 10 - S 2 L I CC, se autoriza a su tutor, don Benjamín Bates, para gastar en el objeto que expresa *Un mil quinientos pesos,* del capital heredado por el menor, y además de las rentas ordinarias de los bienes, y para que lo traslade a Buenos Aires a ocupar la beca de que hace mención en el anterior pedimento. Notifíquese original.

ROSARIO DONCEL.

A mediados de 1870 y a los quince años de edad, sin más bagaje que los conocimientos arriba señalados, y el espí-

ritu de empresa que lo caracterizó, Carlos Moyano se alejó de Mendoza para abrirse por sí mismo un camino en la vida.

Se apartó de sus grandes cariños, su tía Clarisa y su hermano Alejandro, sin saber cuándo volvería a verlos, pero una fuerza misteriosa lo impulsaba hacia la busca de nuevos horizontes.

Los medios de comunicación ya habían progresado. Existía un servicio regular de mensajerías para pasajeros y correspondencia, para la travesía hasta el Rosario, de donde se proseguía por río el viaje a Buenos Aires.

Eran coches grandes de cuatro ruedas con capacidad para 8 ó 10 pasajeros, cuyos equipajes se ponían en el techo; tirábanles tres o cuatro yuntas de caballos, y en uno de éstos iba montado el postillón.

Solían acompañar a las mensajerías viajeros a caballo que aprovechaban para prestarse mutua ayuda y defensa en caso —aún frecuente— de ataque de indios, por lo que iban todos bien armados.

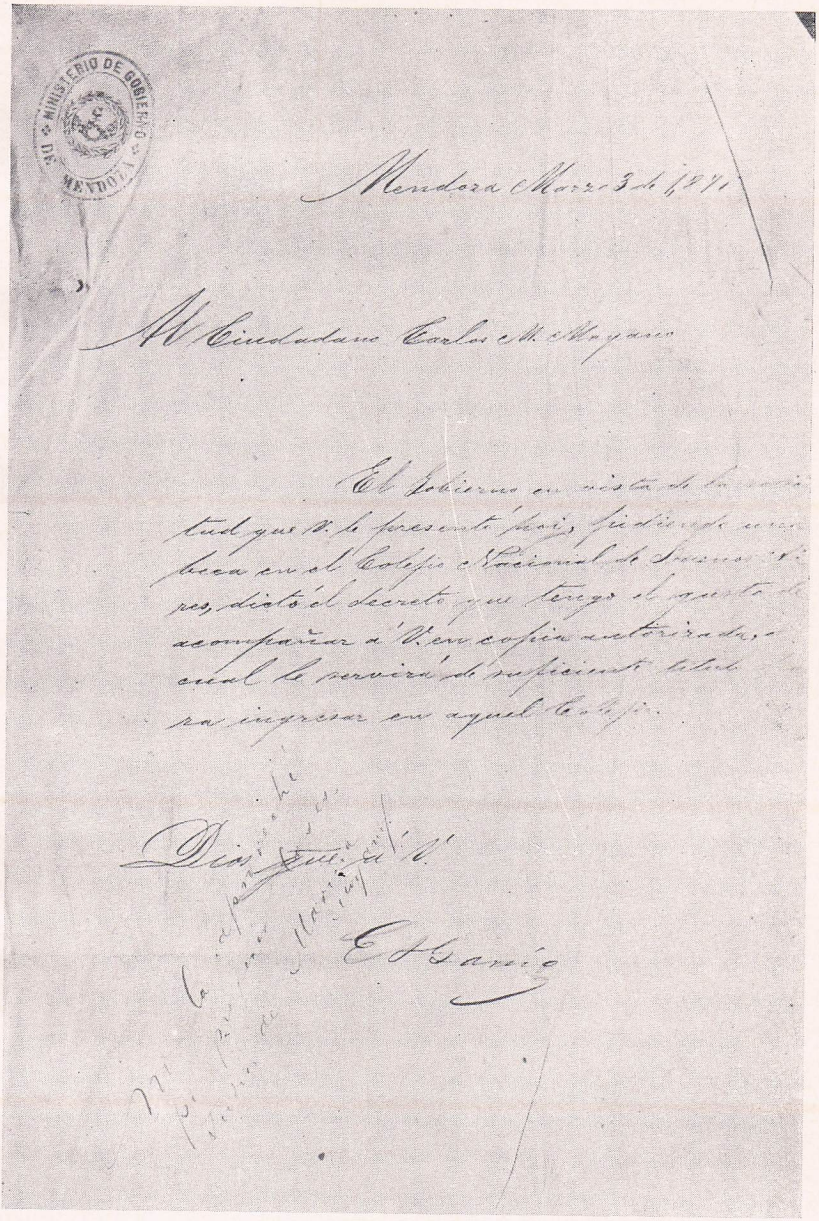
La duración del viaje era de 20 días más o menos, según los inconvenientes, como ser falta de caballos para las "remudas" en las postas, mal tiempo, etcétera.

Se viajaba de día y se pernoctaba en las postas. Estas eran ranchos miserables, donde toda clase de insectos y sabandijas se encargaban de torturar al fatigado viajero, hasta obligarlo a dormir afuera; además el agua era generalmente de pésima calidad.

En una de estas postas, la de *La Cabra,* fué donde asesinaron al general Acha en 1841.

Los lugares principales por donde pasaban eran: Villa de la Paz, San Luis (antiguamente llamado de la Punta de los Venados), Río Cuarto, Villa María, Rosario.

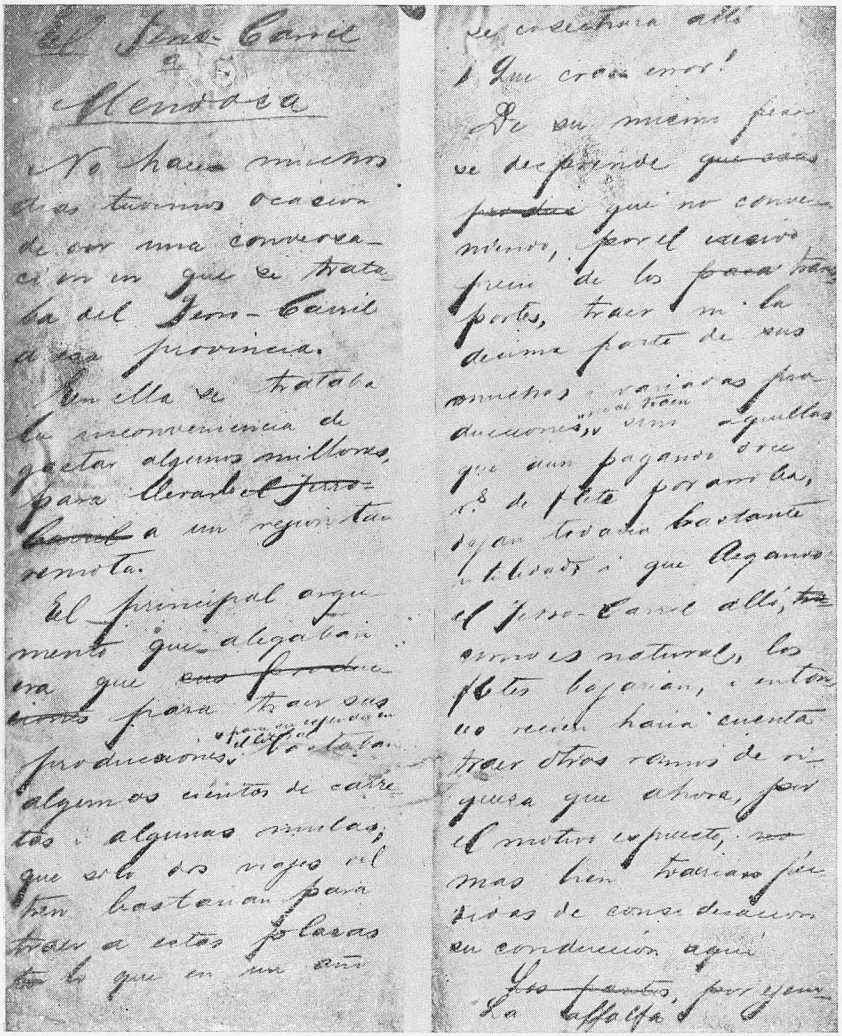
En caso de urgencia se hacían marchas forzadas para abreviar el viaje. En ocasión del terremoto de Mendoza de 1861, una comisión de auxilio, andando día y noche, cubrió la distancia en el tiempo "record" de diez días.

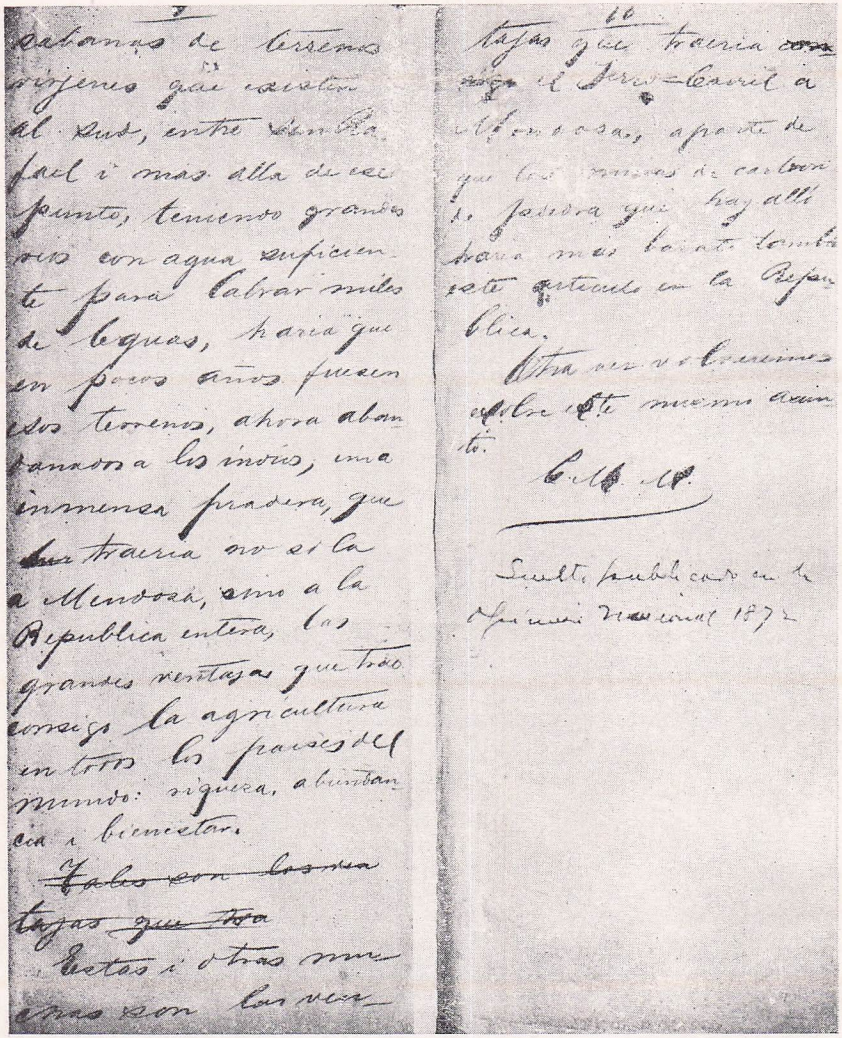


Nota que acompañaba a la beca otorgada por el gobierno de Mendoza al joven Moyano

"El Ferrocarril a Mendoza"

(Primera página del borrador de Moyano)





Ultima página del borrador "El Ferrocarril a Mendoza"

EN EL LITORAL

Cuando partiera de Mendoza, llevaba según vimos el propósito de continuar estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires. El viaje incluía una escala forzosa en el Rosario. Allí se quedó Moyano y tardaría algunos años en llegar a Buenos Aires. ¿Qué lo indujo a no proseguir su viaje, y a tentar otras actividades?

Ya dijimos que como consecuencia del terremoto sólo le quedaba un hermano —Alejandro— y era estrecha la unión entre ambos. Alejandro contrajo matrimonio en 1872 con doña Ermidia Sayanca, y sólo tuvo dos hijos: María Aurora y Carlos Atalívar. Jovial y sincero, fué muy apreciado por su rectitud y honorabilidad.

No dejaba de preocuparle que su hermano Carlos, casi niño aún, se alejara de su lado, y con medios de comunicación lentos y poco seguros. Pero Carlos ya había revelado carácter decidido, y no se atemorizaba fácilmente.

Las primeras cartas que desde el Rosario escribió a Alejandro se perdieron. Durante varios meses éste no tuvo noticias directas de él, lo que lo tenía afligido y preocupado; el resentimiento comenzaba a entristecerlo, pues sus amigos ya tenían cartas de Carlos, pero no él. Por fin recibió una, cariñosa como todas las antes enviadas, y que no habían llegado a destino.

Pasado algún tiempo la familia comenzó a recibir números del periódico "La Opinión Nacional", del Rosario, donde aparecían publicados sueltos, escritos por el adolescente. Sobre esto le escribe Alejandro con fecha 15 de diciembre de 1871:

> Con indecible placer todos hemos leído el artículo que me recomiendas, escrito por ti, que Clarisa al verlo no pudo contener sus lágrimas de gozo. Te felicito, pues, y me felicito también yo, porque hayas principiado bajo tan halagüeños auspicios y hago votos por la realización de tus fundadas esperanzas.

Alejandro, entre otras actividades, se dedicaba al comercio de haciendas y otros ramos, como lo hicieran sus mayores.

Al año siguiente planeó un viaje con fines comerciales al Rosario, vigilando la conducción de haciendas por arrieros,

pero la verdadera finalidad fué el deseo de ver a su hermano Carlos.

En el año 1872 aparece en "La Opinión Nacional", del Rosario, un suelto escrito por Carlos, en el que vemos que ya comenzaban a preocuparlo curiosamente los problemas del progreso. Dice así:

"EL FERROARRIL A MENDOZA"

No hace muchos días tuvimos ocasión de oír una conversación en que se trataba del ferrocarril a esa provincia.

En ella se trataba la inconveniencia de gastar algunos millones para llevarlo a una región tan remota. El principal argumento que alegaban era que para traer sus producciones, para su expedición al litoral, bastaban algunos cientos de carretas y algunas mulas; que sólo dos viajes del tren bastarían para traer a estas plazas lo que en un año se cosechara allí ¡Qué craso error!

De su mismo peso se desprende que no conviniendo, por el excesivo precio de los transportes traer ni la décima parte de sus muchas y variadas producciones que no se traen, sino aquellas que aún pagando doce rs., de flete por arroba dejan todavía bastante utilidad, y que llegando el ferrocarril allí, como es natural, los fletes bajarían y entonces recién haría cuenta traer otros ramos de riquezas, que ahora por el motivo expuesto más bien traerían pérdidas de consideración su conducción aquí.

La alfalfa, por ejemplo, que en el Rosario y Buenos Aires, vale casi tanto como las verduras que se expenden en el mercado, en Mendoza valen tan poco, en el verano especialmente, que la mantención de un caballo, que aquí vale quince pesos por mes, allá cuesta el ínfimo precio de dos rs. bolivianos; como se puede ver por los avisos que continuamente se publican en los periódicos de aquella localidad.

La alfalfa, repetimos, que en las carretas sería una locura traer por su volumen y poco peso, se podría traer aquí en tal cantidad y a tan poco precio, que haría cuenta tal vez exportarla a Europa, de donde nos la importaron cuando la guerra del Paraguay, y nos la hicieron pagar a tan subido precio.

El trigo, que aquí vale diez pesos, allá vale dos, y tal vez entonces sea menos, porque no se cosecharía sólo para el consumo, como se hace ahora, sino en grande escala y lo suficiente para darlo más barato a Chile y los Estados Unidos, en lo cual saldría ganando el pueblo.

Al maíz le sucede otro tanto.

Los vinos que se toman en estas poblaciones son unas composiciones químicas que dañan considerablemente la salud, y no sólo esto, sino que se pagan bien caro.

Mendoza en este sentido está bien adelantada: sus cosechas son muy abundantes y su uva es de una calidad tal que se han imitado con mucha perfección las marcas más afamadas, Champaña, Burdeos, Borgoña, Jerez, Madera, etc.

Con gran trabajo se consigue traer algunas pipas acá; pero de esto no se puede juzgar a causa de que los medios de conducción exigen algunas precauciones que desvirtúan su generosidad y buen paladar, se le pone mucho alcohol, a fin de evitar de que con el sol y el continuo movimiento que tiene en la carreta no se avinagre. Aun así, los inteligentes no trepidan en afirmar que son exquisitos y sobrepasan a muchos vinos que en calidad de buenos se venden a doble precio en esta plaza. Otra prueba más en su abono son los premios que obtuvieron en la Exposición Universal de París.

Con la facilidad del ferrocarril se podrían traer en toda su pureza, sin mezcla alguna, y entonces se tomarían aquí tan buenos vinos como allá.

Los ricos alfajores los tendríamos en abundancia, porque teniendo en cuenta la facilidad, ligereza y baratura de los transportes, la fabricación de ese artículo no se haría en tan corta cantidad.

La miel se consigue allí a 6 rs. la arroba, la cera a tres pesos, y con motivo de que no hay expendio de este artículo, por la razón de que no cuesta nada la conservación de las abejas, en cada casa de familia existen suficientes para el consumo; algunos criadores dejan ir y perderse los enjambres por la poca utilidad que la falta de expendio les deja.

Ahora bien, si los cosecheros tuvieran en vista una venta fácil y provechosa, y sobre todo segura, no dejarían perder sus crías y al contrario, tratarían de multiplicarlas.

Es natural que las siembras no se hagan allí en grande escala por falta de consumidores, pero teniendo los hacendados la seguridad de que sus cosechas se venderían a buen precio y con seguridad, estamos seguros que no sólo sembrarían el terreno labrado que existe, sino que tratarían de labrar el doble.

Esta halagüeña perspectiva haría que las inmensas sabanas de terrenos vírgenes que existen al sur, entre San Rafael y más allá de este punto, teniendo grandes ríos con agua suficiente para labrar miles de leguas, haría que en pocos años fuesen esos terrenos, ahora abandonados a los indios, una inmensa pradera que traería no sólo a Mendoza, sino a la República entera, las grandes ventajas que trae consigo la agricultura en todos los países del mundo: riqueza, abundancia y bienestar.

Estas y muchas otras son las ventajas que traería el ferrocarril a Mendoza, aparte de que las minas de carbón de piedra que hay allí, haría más barato también este artículo en la República.

Otra vez volveremos sobre este mismo asunto.

C. M. M.

En el Rosario, Carlos había conocido a un doctor Monguillot, que estaba vinculado a "La Opinión Nacional".

De esa ciudad pasó a Concordia, donde estuvo empleado en la casa de comercio Zorraquín y Robinson desde junio de 1872 hasta fines de febrero de 1873.

Se alejó disgustado con uno de los socios, y se dirigió a Federación, donde a los pocos días recibió una cariñosa carta del otro socio señor Robinson; entre otras cosas le decía:

La noticia de su salida de nuestra casa me ha venido como un trueno, y no sé a qué atribuirla, porque en cuanto a reducir los gastos en la casa creo que es una economía mal entendida, pues no hay conveniencia en cambiar un personal práctico por otro reducido a ignorantes que para nada sirven.

En cuanto a su sueldo, a pesar de que nada quedó arreglado con mi socio al respecto, suficiente es que yo le prometí tal o cual cosa; de manera que me hará el bien de decirme cuántos meses estuvo en nuestra casa para mandarle en la primera diligencia la diferencia de 20 P. a 40 P. mensual, que gustosamente pagaré de mi bolsillo antes que permitir que un dependiente de la casa, merecedor de más estimación, sea tratado con tanta indiferencia.

. . . . . .

En fin, amigo, Ud. sabe tanto como yo lo que hemos sufrido, y en vez de deplorar lo sucedido, debe felicitarse.

La carta de recomendación gustosamente la adjunto; quisiera ser más castellano para expresar mejor mis ideas; mas Ud. conoce mi buena voluntad y deseo que ésta le será útil en el porvenir.

Adiós, Moyano, lo saluda su siempre amigo

ALBERTO ROBINSON.

El señor Robinson le envió la recomendación escrita por él en la que, entre otras cosas le decía:

Durante los nueve meses que ha ocupado su puesto en nuestra casa, no hemos observado en Ud. la cosa más mínima que pudiera ofender su honor; lo contrario, fidelidad, honradez y caballerosidad, y sólo tenemos que sentir el motivo de su salida de nuestra casa.

Tenemos la firme convicción que cualquiera sea su ocupación en el ramo comercial, dará Ud. sobrada satisfacción a la persona o personas que lleguen a ser sus mandantes, y con mucho gusto lo recomendamos muy mucho.

El señor Robinson sentía por él un gran aprecio; le escribió en seguida anunciándole el inmediato envío del dinero ofrecido, y agregaba que si entretanto necesitaba de algo lo

Carlos Moyano a los 17 años

En Entre Ríos, 1872

pidiera en su nombre a alguno de sus amigos radicados en Federación.

A los pocos días Moyano recibió en efecto el importe prometido.

Un par de meses más tarde (3 de abril de 1873), uno de sus compañeros de la casa de Concordia nos entera de que el joven Moyano seguía por entonces orientado hacia el comercio:

Mucho me alegro que Ud. para poder realizar su nuevo negocio, haya tomado una colocación de 60 Pat., que no hay duda es un buen adelanto contra lo que ganaba aquí.

Para terminar con las andanzas comerciales de Moyano, transcribiremos un párrafo del inglés acriollado Robinson en carta del 16 de mayo de 1873:

. . . . . .

Aquí mi amigo, corren muchas noticias, pero de cierto nada podemos sacar, y nos conformamos con el refrán: "Tiempo de guerra, tiempo para mentir".

Reciba Ud. una nueva aseguranza (sic) del cariño y consideración de su amigo

ALBERTO ROBINSON.

Este párrafo, extraño a las actividades comerciales y hablando de guerra, bien pudiera dar la clave en la aparente desorientación de Moyano.

EN BUSCA DE RUMBO

¿Por qué no ingresó Moyano en el Colegio Nacional de Buenos Aires utilizando la beca otorgada por el Gobierno de Mendoza?

La explicación decisiva la daría él mismo estampando al pie del documento de la beca:

No la aproveché por preferir los estudios de Marina.

El motivo para no iniciar de inmediato los estudios fué quizás el que su temperamento inquieto y andariego no se aviniera con la vida sedentaria en los claustros del colegio y

luego en la Universidad. Deseaba vivamente cultivar su espíritu, pero alguna fuerza misteriosa intervino para retenerlo y demorar su entrada a la casa de estudios.

Nos habla elocuentemente de esa inquietud el hecho de que la correspondencia durante el período comprendido entre 1870 a 1873 le fué dirigida a muy diferentes lugares: Villaguay, Gualeguaychú, Sauce en Montiel, Concordia, Federación.

Tal vez aguardara alguna oportunidad, entonces vaga e incierta, que le ofreciera un ambiente más ajustado a su idiosincrasia.

Las primeras tentativas de orientación en la vida las había hecho en el periodismo, luego en casas de comercio; pero esas actividades, por lo visto, no convenían a su carácter, y los mismos tropiezos se encargaban misteriosamente de encauzarlo hacia el verdadero destino.

Se hallaba todavía en período de titubeo e incertidumbre pero próximo ya a la orientación definitiva.

IV

EN EL MAR

GUERRICO Y EL "ROSALES"

MOYANO SUBTENIENTE

Cuando niño solía decir Moyano a sus tías que él ocuparía un lugar destacado en la carrera de las armas. En junio de 1873 logra, por fin, la satisfacción de su anhelo, la incorporación a la armada nacional como guardiamarina "a guerra".

Suponemos que la expresión "a guerra" significaría un nombramiento provisional, como el de "aventurero" que se empleaba años antes para la incorporación de oficiales en el curso de operaciones bélicas, sujeto más tarde a confirmación.

La Armada, entonces enteramente fluvial, se hallaba ocupada en el período final de los levantamientos jordanistas en Entre Ríos, que llevaban ya tres años y que terminarían a los pocos meses.

En el período de un año se le registran al guardiamarina Moyano embarques en los vapores *Sirena, Gualeguay y Garibaldi,* revistando en el *Pavón.* Su jefe es el coronel Martín Guerrico, quien en seguida le asigna funciones de secretario.

Debió ser muy buena la impresión que de él se formó Guerrico pues terminada la contienda se le destina —2 de marzo de 1874— al bergantín goleta *Rosales,* velero que manda dicho jefe y que iniciará viajes a la costa sur para adiestramiento de oficiales.

En agosto de 1874 el guardiamarina Moyano recibe el

siguiente comunicado, fechado el 22 desde Rada Exterior de Buenos Aires:

Pongo en su conocimiento que con esta fecha, el señor jefe de la Escuadrilla del Sur, teniente coronel don Martín Guerrico, ha tenido a bien habilitar a Ud. en la clase de Subteniente de Marina.

Por tanto, de hoy en adelante montará Ud. Guardia de Oficial.

RAFAEL BLANCO.

Con el *Rosales* Moyano realiza en dos años cuatro viajes: uno hasta Santa Cruz con escala en Patagones y tres hasta Bahía Blanca o Patagones.

El viaje a Santa Cruz (agosto a diciembre del 74, casi cuatro meses de duración) es memorable por varias razones.

Hacía unos cuarenta años que nadie se ocupaba de la Costa Sur, de modo que tuvo casi carácter de exploración, y no sólo geográfica sino también militar, científica y económica; el *Rosales,* en efecto, llevó de segundo a Rafael Blanco, entre otros oficiales a Martín Rivadavia y Atilio Barilari, al naturalista Carlos Berg y a un joven español José Menéndez, que se quedaría para siempre en la Patagonia. Se tenían vagas noticias de la intromisión de las autoridades de Punta Arenas y de naves de guerra chilenas en la ría de Santa Cruz, y Guerrico llevaba misión de comprobarla. (No encontró allá a los chilenos, pero sí unas casillas erigidas por ellos, y además estaban desiertas las instalaciones de la animosa empresa Rouquaud, desbaratada por ellos.)

En el curso de estos viajes, el novicio subteniente Moyano recibe de Guerrico la singular distinción del cargo de derrota del barco; además en cierto momento, durante una escala en Patagones, 14 de septiembre de 1874, Guerrico le confía la misión de sondar la entrada a San Blas:

Instrucciones para el Guardiamarina habilitado de Subteniente, don Carlos M. Moyano:

Se trasbordará Ud. a bordo del Cutter *White* con el piloto don Juan González y aprovechando el primer viento favorable zarparán para la bahía de San Blas, con el objeto de verificar en la baja y alta marea si está conforme la profundidad que marca el plano de Fitz

Roy en la Punta Rubia y ver que los dos pilotos que lo acompañan se instruyan bien de los canales de entrada de la Bahía, para entrar más tarde, en caso necesario, con el *Rosales*.

Posesionado Ud. y los pilotos de las distancias para la entrada, aprovecharán el viento más favorable para volver a este punto.

Además de estos viajes por mar el joven Moyano realiza en 1875 y 1876 cuatro viajes menores entre Buenos Aires, Luján, Ensenada y Martín García.

Así, pues, Moyano, con un solo año de embarco, "dragoneaba" ya de subteniente en septiembre de 1874. Al año siguiente, 27 de diciembre, recibió la efectividad del grado.

CON EL LEGENDARIO PIEDRA BUENA

En 1875 se intensifica en la Armada el adiestramiento de oficiales en la navegación a la costa sur. El Gobierno resuelve (ley 26 de junio) subvencionar un servicio de comunicaciones, con barco mercante en que practicarán sus oficiales. El capitán Luis Piedra Buena, que ya tiene bien adquirida en el sur su reputación de marino y de patriota, adquiere la vieja goleta *Berta* y se ocupa activamente de remendarla en Buenos Aires, tarea que le ocupará varios meses.

El 27 de abril de 1876 el subteniente Moyano recibe en Buenos Aires la siguiente nota de Guerrico:

Por orden superior pasará Ud. inmediatamente a prestar sus servicios como piloto bajo las órdenes del capitán don Luis Piedra Buena, debiendo Ud. a la vuelta de su viaje continuar sus servicios a bordo de este buque.

Se trataba probablemente de tomar parte, con fines de instrucción, en los preparativos de la *Berta,* que hacia entonces se rebautizó con el nombre significativo de *Santa Cruz*. Graves noticias de incidentes con los chilenos, en el puerto de ese nombre, precipitaron la partida. El 11 de junio Moyano recibe de M. Cordero, Comandante General de Marina, la siguiente comunicación:

Por orden superior se le concede permiso para que acompañe al capitán Piedra Buena en su viaje a la costa patagónica.

(Según anotación personal de Moyano, éste asumió en la *Santa Cruz* el cargo de segundo comandante y realizó varios viajes hasta ser puesto a las órdenes del ministro de Relaciones Exteriores —doctor Bernardo de Irigoyen— con motivo de la cuestión de límites.)

El primer viaje se inició el 20 de octubre de 1876, y tuvo por escalas al Chubut, Deseado y Santa Cruz; fué temerario por las malas condiciones en que se hallaba la nave para hacerse a la mar y sólo la pericia y el arrojo de Piedra Buena pudieron llevarlo a buen fin.

Veamos lo que dice el capitán don Cándido Eyroa, en su biografía del capitán Piedra Buena, respecto a ese viaje:

VIAJE AL SUR EN LA "SANTA CRUZ"

La "Santa Cruz"

A principios del año 1876, penetrado el Superior Gobierno, de la imperiosa necesidad que en aquella época se sentía de mantener una comunicación más o menos constante con los puertos de la Patagonia, y deseando por otra parte llevar la presencia del hombre civilizado hasta los confines de aquellas desiertas playas, para asegurar más y más el dominio del pabellón argentino sobre aquellos apartados puertos, confió al capitán Piedra Buena la realización de aquella benéfica idea, y desde luego le señaló una subvención para que con un buque particular pudiese emprender aquel servicio.

Careciendo por completo de recursos para proporcionarse ese buque, su cuñado político, el señor Richmond, ayudado de otro señor, le compraron la inolvidable goleta *Santa Cruz*. He dicho "inolvidable", por más de un motivo; entre ellos recordamos que, debido a las patrióticas intenciones de su capitán y a la benéfica iniciativa del señor Héctor Alvarez, en aquel entonces subsecretario de Marina, tuvimos algunos oficiales de marina la fortuna de ir en ella, y bajo el mando de tan digno capitán, a conocer por primera vez las costas del sud.

De aquellos viajes, precursores después de otros, hemos sacado muchos oficiales, conjuntamente con los primeros rudimentos marineros, muchas provechosas lecciones.

El estado de la *Santa Cruz*, al ser comprada, era de lo más lamentable: sus fondos y su arboladura reclamaban una pronta reparación. Salir a la mar en aquel estado, era exponer de una manera imprudente la vida de sus tripulantes. Comprendiéndolo así su nuevo capitán, proyectaba efectuar en él una recorrida general, pero cuando

iban a empezar los trabajos recibió del Gobierno orden terminante de salir para Santa Cruz y puertos intermedios.

No aviniéndose con su carácter interponer dificultades, y mucho menos temores en asuntos de mar, máxime cuando se trataba de cumplir una orden del Gobierno, calló la situación del buque, pues como él decía, era una vergüenza ir a decir a última hora al Gobierno que el buque que tenía a sus órdenes era *lerdo* y que de *viejo* se le estaba *cayendo* la *quilla*.

Así, pues, al recibir orden de marcha no pensó más que en tomar víveres y en ocultar a sus marineros el lamentable estado de la *Santa Cruz*.

No obstante los ruegos de sus amigos, y en particular del señor Richmond, para que no partiera con la goleta hasta después de repararla, salió del Río de la Plata a los dos días de recibida la orden, dirigiendo su rumbo a la rada del Chubut, para de allí seguir después al río Santa Cruz.

Para dar una idea de su original audacia y de su gran estrella, recordaremos aquí algunas de las peripecias que nos contaba al hablarnos de su primer viaje en la *Santa Cruz*.

Cuando me hice a la vela, con aquellos trapos viejos que constituían el aparejo de la goleta, lo primero que hice antes de llegar al Pontón del Banco Chico, fué probar las fuerzas de aquella *zambomba*. El viento soplaba favorable, bastante fresquito, lo que me permitió hacerle dar algunas zambullidas y apreciar sus condiciones marineras, que por cierto no resultaron del todo malas; caminaba poco más que la tortuga, pero en cambio tenía la facilidad del tiburón para virar de bordo, y el aguante del monte Sarmiento para resistir vela.

Cuando pasamos por el Pontón del Banco Chico, aprovechando el entretenimiento de la guardia de marineros, en ver al pontón quedándose por la popa, me bajé a la bodega, para apreciar en qué estado se encontraba el agua, que *calladita* se entraba como un manantial por los fondos del casco; y cuando me veo que había subido como tres pulgadas sobre el lastre de arena, que tenía tres pies de espesor, me dió miedo de que los *carcamanes* se fueran a asustar cuando vieran la bodega en aquel estado; y como esto no me convenía antes de que saliéramos del Río de la Plata, extendí ligerito, para medio disimular la cosa, la vela de la lancha y el foque viejo sobre el agua, evitando de este modo que no *cantase* tanto al balancearse al compás del buque; yo no quería que aquella *música* llegase al oído de los marineros.

Después de arreglar aquello como pude, subí a cubierta con mucho disimulo, trayendo unos pedazos de cabos viejos, que tuve la buena idea de distribuir a los marineros, para que se entretuvieran en engazar la motonería de repuesto; era un pretexto para tenerlos quietos.

A medianoche, favorecidos por un viento fuerte del N. O., dejábamos por la popa el paralelo del Cabo San Antonio; estábamos, pues, ya en plena mar, y no temía ya a las protestas de los marineros, el arribo era ya imposible.

Después de situarme en la costa, favorecido por la oscuridad me bajé a la bodega, y ¡diablo! el agua en ella me llegaba hasta las rodillas; en cinco horas había aumentado 20 pulgadas; era ya demasiado esto para permanecer con los brazos cruzados, y por lo tanto había llegado ya la hora de que la bomba empezase a funcionar. Así, pues, tan pronto como estuve en cubierta, hice arrimar a los marineros, y dándoles yo mismo el ejemplo, empezaron a picar.

A las dos horas de estar funcionando la bomba, viendo los marineros que aquella maldita agua no se agotaba, medio empezaron a abrir el ojo y a mirarse unos a los otros, único idioma con que los más podían comunicarse, pues por una casualidad, en nueve marineros que tenía a bordo, estaban representadas siete naciones, cuatro de ellas de idioma distinto. Yo, el único que podía entenderme con ellos, esperaba por momentos el *chubasco* de protestas, que aquéllos descargarían sobre mí; mientras tanto continuaba dando impulso al volante de la bomba, al compás de un canto inglés muy del caso, que cuando muchacho había aprendido a bordo de un buque americano. El canto, acompañado de mi indiferencia, les hacía por momentos desechar toda sospecha del peligro.

A las cuatro de la mañana, empezó, como yo esperaba, el cuchicheo entre los marineros que salían y los que entraban de guardia. Uno de ellos, italiano, se baja a la bodega y después de darse cuenta de lo que allí pasa, sale a cubierta invocando el auxilio de no sé qué Santa Madona y San Genaro. A los gritos de este flojo empezaron uno tras otro a bajar a la bodega. Entonces me coloqué al lado de la escotilla, para recibir allí al que más se *atufase*, pero afortunadamente, la cosa se resolvió inmediatamente, sin necesidad de menear palo. La mayoría de ellos, los más flojos, protestaron, hablaron de reclamar al cónsul y no sé qué otras cosas más, que yo les permití, para después decirles:

—Bueno, pues, para poder reclamar al cónsul, para que San Genaro y la Santa Madona nos auxilien, es necesario que piquemos la bomba, antes que el buque se vaya a pique, con que vayan picando, que no hay tanta agua.

Aquellos pobres tenían razón. La cosa no era para dormirse sin pensarlo mucho, pero no era tampoco como para temer por la vida; diez horas de bomba todos los días, nos permitirían llegar sin novedad a Santa Cruz. Esto se lo hice comprender así a los menos resignados, y desde entonces quedó organizado para todo el viaje el servicio de bomba; en cada cuarto se picaba alternativamente dos horas.

. . . . . .

Dos meses después regresaba sin novedad con su goleta *zambomba* —como él la llamaba— al puerto de Buenos Aires, después de cumplir a satisfacción todas las órdenes del Gobierno.

Atlántico austral

(Foto Néstor Gianolini)

LA DESCONOCIDA PATAGONIA

El viaje de la *Berta - Santa Cruz* a la Patagonia con Piedra Buena tuvo profunda influencia en el destino del joven oficial, pues lo alejó del mar para lanzarlo a actividades terrestres que le ocuparían muchos años. La nota de Guerrico preveía su retorno al *Rosales,* una vez terminado el viaje con Piedra Buena, pero Moyano no regresó sino que se quedó en el puerto de Santa Cruz. Pudo más que el mar la atracción de la desierta Patagonia, y debió influir en el cambio de orientación la necesidad del momento, por razones de política internacional, de conocer el territorio hasta entonces desconocido así de argentinos como de chilenos.

El hecho es que en la memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de 1877 se registra un curioso informe, suscrito no sólo por Piedra Buena sino también por el joven Moyano, que por su falta de experiencia patagónica no podía intervenir en él más que como secretario o asesor "letrado" del veterano.

El informe, confesión paladina del enorme desconocimiento del territorio, dice así:

BREVES APUNTES SOBRE EL RÍO CHICO Y TERRITORIO DE SANTA CRUZ

Presentado al Ministerio de R. E. por los señores Luis Piedra Buena y Carlos M. Moyano

(Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, 1877. Límites con Chile) [1]

Señor ministro:

El interés que V. E. ha manifestado siempre por todo lo que se relaciona con el adelanto y prosperidad de la Nación, es lo que nos ha movido a dirigirle estos apuntes; tanto más, cuanto que hemos sabido el proyecto que abriga el Superior Gobierno de colonizar estas vastas y solitarias regiones.

La embocadura del río Santa Cruz se encuentra situada en 5º 10' 30" de longitud oeste del meridiano de Córdoba, y por consiguiente a pocas leguas al este de Magallanes.

---

[1] En este informe, como en los demás de Moyano, hemos subdividido la exposición con subtítulos al costado, a fin de facilitar su lectura.

La República Argentina, dueña de esas posesiones, aún no cuenta con ningún puerto habitado, en la parte más austral.

En la acertada medida del Gobierno de poblar a Santa Cruz, se pueden, pues, conciliar uno y otro objeto, porque, como territorio y como puerto, es superior al Estrecho y en cierto modo a las Malvinas y, prestándole la atención necesaria, pronto nos haría sentir los beneficios que está destinado a dar en el futuro.

Esperamos que V. E. nos disculpe haber entrado en las anteriores consideraciones, que quizás no son de este lugar, y pasamos a dar una idea, aunque deficiente, de la topografía de este puerto, la que nos ha hecho conocer alguna permanencia en él.

El puerto de Santa Cruz es reputado por uno de los buenos que hay en la América del Sud sobre la costa del Atlántico. Su abrigada cuenca, de cerca de una milla de ancho, y su facilísima entrada, lo hacen accesible a los buques de mayor calado y porte que haya en el mundo, pues que las mareas crecen, por término medio, de 30 a 40 pies.

El río está formado por dos brazos que se unen próximamente a 25 millas del mar, y que corren, el uno del oeste y el otro del noroeste.

El primero es al que regularmente se le da el nombre de Santa Cruz, pero que más propiamente se le llama brazo del oeste, y es bastante caudaloso y navegable en casi toda su extensión, contándose para buques menores de poco calado desde la isla Pavón arriba. El otro, llamado río Chico, tiene menos caudal de aguas, y no es navegable sino hasta donde alcanza la influencia de las mareas.

Entre los dos brazos queda formada una magnífica península que, en forma de ángulo, va aumentando su amplitud sin interrupción hasta las cordilleras. Para distinguirla la llamaremos en adelante la "Península".

Las tierras que se extienden al sur del río, comprendida su prolongación por el brazo del oeste, son muy accidentadas, formando en la ribera altas barrancas, algunas de las cuales tienen más de cien pies de elevación.

De la misma naturaleza son las tierras de la Península y presentan el mismo aspecto y forman idénticas barrancas en la ribera izquierda del brazo del oeste y derecho del río Chico.

La costa del norte, comprendida también su prolongación por este último, es más baja, pero no menos accidentada.

Los accidentes del terreno los forman planicies y profundos cañadones o valles que se suceden con mucha rapidez.

Los brazos y el río mismo en la parte conocida, no tienen valle, a excepción de cortos trechos que no merecen este nombre, pero hay probabilidades de que el río Chico lo tenga a algunas leguas más arriba y que venga estrechándose hasta desaparecer.

A 26 millas del mar las mareas ya no ejercen influencia sobre el agua, encontrándose ésta completamente dulce.

En los cañadones de que hemos hablado se encuentran también comúnmente algunos manantiales de buena agua.

El nacimiento del brazo del oeste, por datos fidedignos proporcionados por Fitz Roy y por la expedición mandada en 1874 por el señor Piedra Buena, parece que lo forman grandes lagunas, la de Viedma y la Redonda (hay duda sobre este nombre).

En cuanto al río Chico, triste es decirlo, señor ministro, pero hasta hoy ningún hombre civilizado nos ha dicho dónde nace.

Antes de tratar de la naturaleza del terreno, diremos algo sobre la hidrografía del río para hacer notar a V. E. la circunstancia que hará tan importante este punto para el porvenir, como puerto, sobre las Malvinas y el Estrecho.

Nos referimos a sus docks o varaderos naturales.

El álveo del río en marea baja franquea un canal cuya profundidad varía de 70 a 20 pies, se ramifica luego ésta en dos, y da paso al sur y al norte de la isla de Leones, situada en medio del río; quedan entonces numerosos bancos de arena, barro y piedras (rodados), que en parte bordean la ribera hasta un cuarto de milla; otros quedan al centro; y la cuenca del río Chico queda completamente en seco.

Estos bancos y especialmente los de arena, ofrecen cómodos y fáciles varaderos a los buques que quieran repararse o componerse, sin peligro ninguno, aunque estén cargados, por el blando lecho en que quedan, y por el abrigo que les prestan las barrancas que con su altura los defienden de los vientos del S. O. que son los que tienen allí más violencia.

En bajamar estos bancos no presentan casi estorbo para la navegación porque quedan los canales muy bien diseñados.

Con el inmenso caudal de aguas que se precipita en el río, a la media marea ya se puede navegar sin inconveniente por todo él, cruzando por sobre los bancos que, cuando menos, tienen ya 20 pies de agua.

Es entonces cuando los buques que van a vararse deben buscar el lugar que crean más adecuado y con el sondaje necesario. A la bajante quedan completamente en seco, y a la creciente pueden salir sin inconveniente.

Estos varaderos han sido ya aprovechados por numerosos buques, entre los que citaremos la barca inglesa *Britania,* de dos mil toneladas, que rehusó pagar tres mil pesos fuertes en un puerto del Brasil por levantarla en un dock y descubrir una vía de agua que tenía, y que viniéndose a Santa Cruz con el cargamento de carbón que conducía, se reparó en pocos días.

Lo único que podemos agregar a este respecto, es que pocos puertos del mundo gozan de estas grandes mareas, reuniendo, las mismas condiciones de abrigo y seguridad para varaderos.

Volvamos ahora al terreno y sus producciones actuales.

Estas tierras pertenecen a la formación "patagónica" o terciaria, la cual se encuentra desprovista de la necesaria capa de aluvión que es indispensable para la producción de cereales, legumbres, etc.

La vegetación que existe no puede producir con residuos este elemento, pues los que deja caer casi pulverizados son regular-

mente arrebatados por los vientos y depositados en los valles o cañadones, por lo cual sólo algunos de éstos se prestarían para la agricultura.

El terreno en general está cubierto de muchas especies de arbustos que proporcionan abundantísimo y buen combustible.

Vienen después otros arbustos pequeños y aromáticos, que sirven para forraje, de los que mencionaremos la "lipeia" (tomillo), "verónica" (llamada *té de Santa Cruz*), y la "genista" (espinosa), "oxales" ("vinagrillo"), y en mayor abundancia la "stipa", conocida con el nombre de pasto bravo, y la "stalice" con el nombre de pasto dulce; entre las leguminosas citaremos, las "adcemias". Estas plantas son las que abundan en el terreno en general, pero en los cañadones abundan además, entre las leguminosas, el "sathirius", y también la "anémona", "ranúnculos" y el "eradium" (alfilerillo).

Todas las plantas son susceptibles de servir de alimento a los ganados caballar, vacuno, lanar y cabrío.

Por todo lo expuesto se saca la conclusión de que este terreno no es a propósito para una colonia agrícola, sino para una colonia mixta de pastores, agricultores y pescadores.

Los segundos deben ser en pequeña escala, solamente para producir lo que requiera el consumo de la colonia.

Hemos dicho ya que el río no tiene valle sino unos cortos pedazos; pero éstos y las muchas islas e islotes que hay pueden ser utilizados, porque la experiencia hecha, prueba que se prestan muy bien para la producción de cereales, legumbres y frutales de toda clase, esperando prosperasen también los sauces, álamos y demás plantas palustres.

Además parece que al abrigo de los cañadones se podrían plantar bosques de "eucaliptus", pinos, paraísos y algunos frutales, como manzaneros, etc.

Nuestra opinión es, pues, que si no puede exportar productos de esta naturaleza, tampoco necesitaría importarlos, porque a medida que aumentase el consumo se arbitrarían también medios de producir.

Lo que se sabía del interior de la Patagonia

Estas conclusiones sólo las aplicamos a los terrenos que se extienden a 40 ó 50 leguas del mar. Naturalmente, a medida que se avance al oeste, y tomando en consideración el declive de las cordilleras, se comprende que deben ser más fértiles, presentando zonas de una naturaleza, si no iguales, al menos semejantes a las que existen en estas mismas latitudes, en el sur de Chile.

Nos explicaremos. Aparte de los escasos datos que han suministrado a este respecto las pocas personas que han explorado esta parte de nuestro territorio, nos induce a creerlo así la casi certidumbre que existe, que estas regiones no han sido obra de un cataclismo rápido, sino de un descenso paulatino de las aguas del mar que, pulgada a pulgada, las han ido descubriendo, y por consiguiente, si consideramos más antiguas las tierras de mayor nivel, debemos creerlas con más elementos para la vegetación, sea espontánea o artificial.

Y ya que tocamos el doloroso punto de las exploraciones y al que damos este calificativo, por lo que podríamos ruborizarnos a este respecto, cremos que no estará de más mencionar las únicas de que tenemos noticias.

Las primeras sobre el nacimiento y topografía del Brazo del Oeste se las debemos al intrépido y desgraciado Viedma, que atravesando las cordilleras, descubrió y dió su nombre a la gran laguna que, a corta distancia de éstas, forma el río con el sobrante de sus aguas; y el que, por la falta de recursos en que se encontraba, no pudo determinar con seguridad la posición geográfica de los lugares que había recorrido. Figura después el ilustre Fitz Roy, acompañado del sabio naturalista Darwin, los que, levantando planos, clasificando plantas e insectos, casi todos desconocidos, y examinando geográficamente el terreno, no pudieron llegar sino a la mitad del camino a recorrerse, en cuyo punto dejaron una botella con un pergamino en que daban a conocer los motivos que les impedían continuar. Esta botella fué después encontrada por la penúltima expedición que a su propia costa mandó el señor Piedra Buena en octubre de 1867, y sobre la cual pasó al Superior Gobierno una memoria acompañada de un plano hecho estimando las distancias por las horas de marcha de los caballos, y los rumbos por un pequeña brújula de bolsillo. La última de que tenemos noticia fué mandada por el teniente coronel Laurence, no conociéndose oficialmente nada de ella.

El resumen de todas las noticias que hemos procurado de los indios, nos dan una misma conclusión: la mayor fertilidad que se nota a medida que se avanza, concluyendo por encontrarse al pie de las cordilleras y bordeando las lagunas de Viedma, magníficos y poblados bosques seculares con maderas apropiadas para construcciones; la navegabilidad del río por embarcaciones de ocho a nueve pies de calado, las que tendrían que luchar con la fuerza de las corrientes; la existencia de lavaderos de oro, y las minas de carbón, yeso, cal y sal, de cuya última materia existen dos ricas salinas a pocas millas de la boca del río, y las que han sido explotadas con éxito para las Malvinas por los señores Piedra Buena y Crespo.

La expedición del señor Piedra Buena nos da a conocer también la existencia de otra laguna, y la de un río pequeño, tributario del Santa Cruz.

Perspectivas de colonización

Ahora diremos una palabra sobre las esperanzas de la población marítima de la futura colonia.

El río se encuentra poblado por una inmensa cantidad de pescado a propósito para salazones y aceites, industria que se podría explotar con éxito, especialmente en verano.

Conocida es también la abundancia de lobos marinos y pájaros niños que hay en toda la costa de la Patagonia, Tierra del Fuego y South Shetland, y el comercio a que esta pesca da lugar por la estima de sus producciones, y se tendrá una idea de la importancia que adquiriría Santa Cruz, convirtiéndose en el centro de esas expediciones.

Es indudable también, en este caso, que será el núcleo de donde

partirán las expediciones coloniales que poblarán los cómodos y buenos puertos que poseemos en esta costa.

Ya que hemos dado una breve idea de los productos de Santa Cruz, analizaremos los medios de vida con que contaría la colonia en su principio y las esperanzas de tener después una vida propia que, de consumidora, la convirtiera en productora.

La situación topográfica que se creyese más adecuada, supongamos recientemente establecida una colonia compuesta de la mejor inmigración mixta: pescadores, pastores, agricultores, y protegida por una autoridad que supiese conciliar sus intereses, y la administrase con tino, cordura y amor a la patria que se requiere para una población que recién nace, y que jamás olvidase que los vicios que al principio se contraen en la educación política moral no se desarraigan jamás. En esta hipótesis, antes que la colonia pudiese hacer uso de su trabajo, tendría dos poderosos elementos de vida: la caza y la pesca.

El ejemplo palpable de que así sucedería, lo tenemos en la colonia chilena de Punta Arenas, en que la caza del avestruz y del guanaco no sólo llena las primeras necesidades naturales, sino que forma uno de los mejores ramos del comercio, como lo prueban los miles de libras de plumas que exporta, lo mismo que quillangos que se venden a veinte y veinticinco pesos.

Figura después la explotación de las minas de sal, que hemos dicho que existen a tres millas al Este de la isla Pavón, y a un cuarto de milla del punto donde pueden atracar para cargar, buques de todo calado. Este artículo tiene en aquellas regiones más importancia de la que pudiera creerse, por el consumo que hacen de él los pescadores de lobos, que actualmente, importado de Europa, se paga a un fuerte precio en Malvinas y el Estrecho.

La numeración de los medios de vida propia con que contaría la colonia en adelante, es una empresa, si no imposible, porque nada hay que lo sea, al menos muy difícil, y más para los que, como nosotros, no cuentan con conocimientos científicos; y también porque no se pueden prever las fuentes de riqueza e industria que en adelante se encontrasen, ni tampoco las dificultades que pudiesen presentarse. Sin embargo, expondremos lo que nos refiere la experiencia ya hecha, y un cálculo razonado y meditado con la seriedad que requiere un asunto tan trascendente.

Dadas las condiciones del suelo, el primer ramo de industria sería la crianza de ganado, vacuno, caballar, lanar y cabrío, de donde provendría la exportación en pie a las colonias chilenas, y la de lanas, pieles, carnes, cuero, etc.

Viene después la pesca en el río, que, con sus salazones hechas en gran escala, podría abastecer una buena parte del comercio por la bondad del artículo.

La caza del avestruz y del guanaco que, por su abundancia, daría una exportación de muchos miles de libras de pluma y quillangos.

La explotación de las minas de sal que atraería a los buques pescadores y serviría para beneficiar la pesca local, y ganados.

La de las minas de carbón que se dice, se han encontrado allí, lo mismo que las de cal, yeso, y lavaderos de oro que se sabe existen.

La utilización de sus docks naturales para reparar los buques del comercio del Pacífico, y el consiguiente movimiento que esta industria promovería.

El corte de maderas de construcción en las lagunas de Viedma, y que pueden conducirse hasta el mar en balsas impulsadas por la corriente del río, como en el Uruguay y el Paraná.

Y, por último, lo que hemos dicho ya, las fuentes de riqueza e industria que pudieran encontrarse y desarrollarse al explorar el río Chico y demás zonas de este territorio casi desconocido.

Esperamos llegar a este punto para indicar otras de las ventajas que traería a la República la colonización de Santa Cruz, ya se mire por la faz política o humanitaria.

Los tehuelches

La reducción de los indios tehuelches, y hacerles adquirir hábitos de trabajo y estabilidad, con la esperanza casi absoluta de utilizarlos en los trabajos pastoriles y en la defensa de la misma colonia.

En la zona comprendida desde el río Chubut hasta el Estrecho de Magallanes, y desde la cordillera al océano, existen varias tribus errantes de estos indios que, recorriéndola en todas direcciones, según la estación, se alimentan y se visten con los productos de la caza.

Estos indios, señor ministro, se dice que formaban antes tribus poderosas; pero hoy día han quedado reducidos a unos pocos cientos de individuos debido a sus guerras intestinas, y a la muy cruda que hasta hoy les hacen sus más crueles enemigos, los pehuenches.

Hace pocos años el Gobierno argentino comenzó a racionarlos, y con este motivo, a pesar de la pobreza de los recursos que le dábamos, miraban con respeto y cariño a nuestro pabellón, al que paseaban en triunfo por las pampas, y estaban pronto a hacer cualquier sacrificio que les pidiésemos por cruento que fuese.

Estos pobres salvajes cifraban su orgullo en llamarse argentinos, y su cacique Casimiro los llevaba a vender sus productos a Punta Arenas, bajo la sombra de nuestra bandera, y enseñaba a los chilenos, como su mejor blasón, un sello de plomo que le había regalado el Superior Gobierno en el que estaba grabado su nombre como "cacique nombrado por el Gobierno argentino".

No nos incumbe investigar los motivos que tuvo la superioridad para suprimirle dichas raciones, pero el caso es que por muchos años se negaron a recibir las que el gobierno chileno les ofrecía con ánimo de atraerlos, hasta que hoy lo hacen por la necesidad.

Las cualidades morales de esos indios son completamente opuestas a la de los pehuenches: son hospitalarios, honrados, patriotas, incapaces de cometer la menor agresión contra un extranjero.

El mejor ejemplo que podemos presentar a este respecto, es el que ofrecen los colonos de Punta Arenas que los siguen cientos de leguas para comerciar, cargados de víveres y objetos que excitan su codicia, y que jamás reciben el menor atropello y vuelven a sus

poblaciones sin ninguna defensa y cargados con sus compras y restos de lo que no han podido vender.

Más aún: se cambian completamente los papeles, pues los comerciantes dan media libra de galleta por una de pluma, y todos los demás cambios tienen la misma base.

Estos son los mismos indios que en día de luctuosa memoria para los colonos del Chubut —que no tenían que comer— los proveyeron de caza y recursos hasta que llegaron los que les mandó el Gobierno.

Es por estos antecedentes que, por medio del racionamiento y una protección sabia y eficaz, se conseguiría que estos indios, de quienes nada hay que temer, dejasen la vida nómade que llevan; y que, dándoles vacas, caballos y ovejas, que ellos mismos conducirían al Río Negro, se fijasen alrededor de la futura colonia, contribuyendo a su prosperidad, riqueza y defensa; prestando una decidida cooperación a las exploraciones que se llevasen a cabo en adelante; en que se aprovecharía el conocimiento práctico que poseen de este territorio que continuamente recorren.

Hubiéramos querido que estos breves apuntes fuesen más ilustrados, más explícitos, en fin, más dignos de quien se los dedicamos, pero no hemos podido más, y hemos contribuído con lo que podíamos.

Empero, nos queda la esperanza que la alta inteligencia de V. E. sabrá suplir las deficiencias que contienen, no dándoles más valor que el que puedan tener por la intención que nos ha dictado, y que es el deseo de ver a nuestra patria, haciendo sentir su fuerza y su dominio en el Atlántico meridional, y que cese también la extrañeza que causa al extranjero cuando ve flotar el pabellón argentino en nuestros propios mares y territorios.

CARLOS M. MOYANO
Subteniente de Marina

LUIS PIEDRA BUENA
Capitán de Marina

A través de las páginas de este informe, junto con los atinados y juiciosos conceptos del experimentado Piedra Buena, surgen los anhelos del joven Moyano. Viene a nuestra memoria aquel artículo escrito por él en "La Opinión Nacional", del Rosario, cuando se insinuaban sus inquietudes por el adelanto de la patria. En aquel tiempo esos problemas escapaban a su acción personal directa, y debía conformarse con los medios a su alcance; su pluma incipiente de periodista le servía para exteriorizar su preocupación.

Ahora ya se trata de algo que puede ser tangible a sus futuras actividades. El bochorno que le produce el descono-

cimiento de esa región lo espolea y lo impulsa a tomar el firme propósito de recorrer la Patagonia entera, para levantar croquis de sus accidentes geográficos; en la mente del joven mendocino comienzan a bullir proyectos.

Años después, cuando presente el informe de uno de sus viajes al ministro, dirá que data de entonces esa resolución.

PRIMERA EXPEDICIÓN (1877)

VIAJE A LOS LAGOS

LA ATRACCIÓN DEL DESIERTO

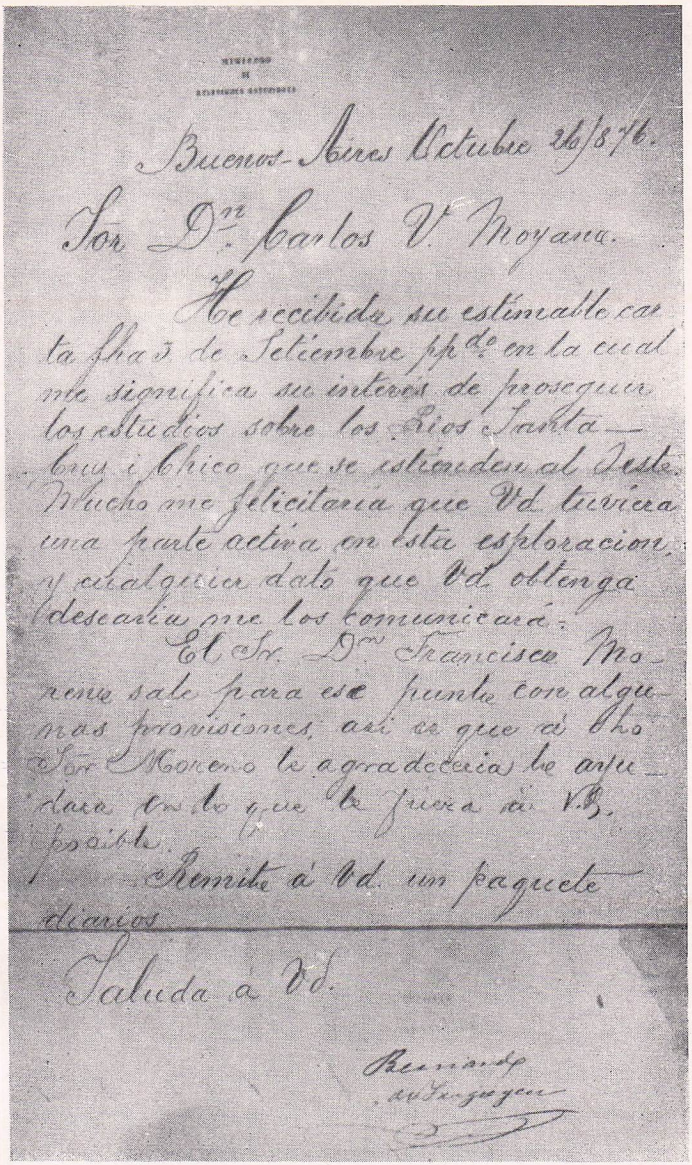
Su primer viaje al lejano sur hizo entrever al joven Moyano la verdadera vocación de su vida, y durante la estada en Santa Cruz se afirmó en ese concepto. Había quedado allí como vigía en puesto de avanzada, pero sus miradas no sólo atisbaban a los intrusos sino que habían sentido el atractivo del misterio en las soledades que lo rodeaban.

Espíritu observador y de empresa, no podía limitar su acción al sólo cumplimiento de la misión que se le había encomendado, y que cumplía a satisfacción.

Delante de él se extendían inmensos territorios cuya incógnita debía despejarse. La patria poseía un tesoro valioso pero envuelto aún en la bruma de lo desconocido. Era un libro del que sólo se habían leído algunas páginas, y éstas eran ásperas y hostiles.

Hallábase frente a un horizonte que le ofrecía amplio campo de acción para sus aspiraciones de ciencia y civilización; no trepidó pues en ponerlas en práctica dedicándoles todos sus afanes.

Muy pronto las extensiones patagónicas, con los gigantescos escalones de sus mesetas, habían de confiarle sus secretos ocultos por tantos años a la civilización.



Buenos-Aires Octubre 26/876.

Sor Dn. Carlos V. Moyano.

He recibido su estimable carta fha 5 de Setiembre pp.do en la cual me significa su interés de proseguir los estudios sobre los Rios Salta— Bco i Chico que se estienden al Oeste. Mucho me felicitaria que Vd. tuviera una parte activa en esta esploracion, y cualquier dato que Vd. obtenga desearia me los comunicará.

El Sr. Dn. Francisco Moreno sale para ese punto con algunas provisiones, asi es que á Vd. Sor Moreno le agradeceria le auxiliara en lo que le fuera dable V.S. posible.

Remito á Vd. un paquete diarios

Saluda á Vd.

Bernardo de Irigoyen

Carta del doctor Bernardo de Irigoyen

Junto con el voluminoso informe enviado por Piedra Buena y Moyano, debió llegar al ministro de Relaciones Exteriores, doctor Bernardo de Irigoyen, una nota de Moyano proponiéndole la exploración del territorio, pues Irigoyen le respondió en carta del 26 de octubre de 1876 como sigue:

Señor don Carlos Moyano:

He recibido su estimable carta fecha 3 de septiembre ppdo., en la cual me significa su interés de proseguir los estudios sobre los ríos Santa Cruz y Chico que se extienden al oeste. Mucho me felicitaría que Ud. tuviera una parte activa en esta exploración, y cualquier dato que Ud. obtenga desearía me lo comunicara.

El señor don Francisco Moreno sale para ese punto con algunas provisiones, así es que al señor Moreno le agradecería le ayudara en lo que le fuera a Ud. posible.

Remito a Ud. un paquete de diarios.

EL VIAJE A LA REGIÓN DE LOS LAGOS

Llegado el señor Moreno a Santa Cruz, ambos jóvenes exploradores iniciaron la marcha hacia las nacientes del río de ese nombre.

Transcribiremos aquí algunas partes del informe que presentó el teniente Moyano al ministro de Relaciones Exteriores al regreso de ese viaje[1]:

La partida (15 enero 1877)

Diversas atenciones nos detuvieron hasta el 15 de enero, fecha en que partimos definitivamente para los lagos, remontando el río Santa Cruz.

Nuestra comitiva se componía, además del señor Moreno y el abajo firmado, de don Francisco Estrella, como patrón de la embarcación, los marineros de la Armada, Francisco y Pedro Gómez, un grumete e Isidoro Martínez, con quien se habían contratado los caballos necesarios para sirgar el bote.

La embarcación medía 18 pies de eslora, 4 de manga y 2 de puntal, y sus condiciones marinas no correspondían al objeto a que se la destinaba.

---

1 Más detalles del mismo podrán leerse en la obra *Carlos M. Moyano; Viajes de Exploración a la Patagonia.*

Eran éstos los elementos con que contábamos para llevar a cabo una empresa en que habían fracasado años antes dos expediciones poderosas, y sólo había alcanzado a realizarla otra expedición argentina bajo el mando del subteniente Feilberg.

No entraré, señor, en detalles sobre los incidentes de nuestro viaje, por creerlos superfluos o de ningún interés; me referiré pues, sólo a las generalidades.

El río se encontraba casi en su máximo de creciente, y nuestra ascensión fué lenta y penosa, no tanto por la rápida corriente que teníamos que vencer, sino por la abundancia de arbustos sobre la costa y los bañados que se formaban, lo que hacía en muchos puntos imposible la sirga y muy difícil a pie, porque había que hacerla por el agua.

A medida que se remonta, su lecho se cierra casi insensiblemente y por tanto la corriente es más rápida: su velocidad media se puede apreciar de seis a ocho millas por hora; pero hay puntos en que por cualquier causa se forman rápidos que son muy difíciles de salvar, o cualquier otra circunstancia imprevista, haría zozobrar la embarcación. A esto se agrega barrancas perpendiculares, algunas de una altura considerable y cuyo paso es también difícil.

Desde Basalt Glen en adelante se encuentran escollos formados por los cantos rodados de la meseta basáltica, y también numerosas peñas erráticas.

Durante el trayecto se siguió cuidadosamente las vueltas del río según el plano levantado por el almirante Fitz Roy, el que, como todos los trabajos del insigne marino, es de una rigurosa exactitud hasta el punto mismo en que las circunstancias lo obligaron a volver atrás en latitud S. 50° 12' 30" y longitud O. de Greenwich, 71° 41', habiendo conseguido esta expedición agregar a la carta del río el croquis de la parte que faltaba.

. . . . . .

Desde el mar hasta Basalt Glen no había que vencer más obstáculos que la corriente, pero desde allí en adelante la navegación exigiría más cuidado a causa de los rodados de basalto o peñas erráticas que podrían encontrarse en el mismo lecho del río, aunque sin interceptar de ninguna manera completamente el paso. A mi modo de ver la parte más peligrosa se encuentra comprendida entre los 70° 10 y los 70° longitud oeste.

Lago Argentino y Boca del Leona

El 14 de febrero penetramos con facilidad relativa en el lago que forma la primera fuente del Santa Cruz y encontramos allí el documento dejado con una bandera nacional por el subteniente Feilberg en 1873.

He dicho la primera fuente, porque según las noticias recogidas de los indios, debíamos encontrar más al N. otros dos lagos en comunicación con éste.

Desde el primer momento principié a levantar el croquis topo-

Lago Argentino

gráfico y a determinar sus posiciones geográficas lo mejor posible.

La embocadura del Santa Cruz tomada en su margen izquierda (en el punto donde existe un palo sujeto con vientos), la situé en latitud sur 50° 14' 20" y longitud 71° 59" 00" oeste de Greenwich.

El 16 nos hicimos a la vela con viento poco favorable, haciendo rumbo a la costa norte para visitar y determinar la posición del río que por aquella parte desagua en el lago, situando su desembocadura en latitud sur 50° 11' 00"

El 17 se hizo rumbo al sudoeste y atravesando por el centro del lago, alcanzamos el lugar denominado "Punta Hualicho".

El tiempo principió a descomponerse y permanecimos allí durante seis días sin arribar ni un palmo hacia el oeste que era lo que nos interesaba. En estas circunstancias vimos en nuestro antiguo vivac señales de que habían llegado los indios, por lo que se resolvió trasladarnos a él, dejando para después la exploración detenida que habíamos proyectado hacer con la embarcación.

Efectivamente estaban allí los indios y, como he dicho, aprovechamos la oportunidad de visitarlos.

Entretanto el croquis no estaba levantado sino hasta su mitad, pero teniendo situados los puntos principales se dejó su conclusión para el regreso, en la esperanza de que para entonces el tiempo hubiese mejorado.

La tarde que partimos de "Punta Hualicho" nos tomó un brisote bastante fuerte del SSO, y a causa de la oscuridad de la noche no pudimos tomar puerto, obligándonos a embicar en la costa. De este contratiempo resultó que perdimos la mejor parte de las provisiones, algunas colecciones del señor Moreno, y la embarcación se salvó de ser despedazada, debido a su sólida construcción.

El oleaje que se forma allí, lo considero igual al que se forma en el puerto de Buenos Aires en los días de viento fresco del sudoeste, solamente que es menos tendido.

Río Koong o Chalia, laguna Tar y lago San Martín

El 25 de febrero partimos con los indios que paraban en un pequeño valle, a un día de camino al nordeste de nuestro vivac.

Allí nos proporcionaron nuevamente cuatro caballos, con los que partimos a continuar las exploraciones de los otros lagos.

Debíamos visitar primero el que queda más al norte y volviendo sobre nuestros pasos, haciendo una ligera desviación, ver luego el central.

En nuestro camino volvimos a encontrar el pequeño río de que he hablado al principio y continuando por el valle nos llevó casi en línea recta al lago, al que los indios dan el nombre de "Kelta".

Este río no sale de éste como lo creíamos al principio, sino que parece se forma de vertientes de los manantiales y desemboca en el valle a corta distancia de unas lagunas de alguna consideración, que es indudable, son formadas solamente por las lluvias y algunos manantiales, porque a pesar de encontrarse a su vez a muy corta distancia del Kelta no tienen comunicación posible con él.

La falta de víveres y, sobre todo, el estado de nuestros caballos

nos impidió absolutamente hacer una exploración detenida de este magnífico lago, no pudiendo, por consiguiente, visitar el río que según los indios desemboca en el norte. Así, después de situar geográficamente la costa sur tomé a ojo un croquis.

. . . . . .

En la costa sur, en el cauce de un arroyo, que parece que en cierta estación se convierte en torrente, recogimos algunas muestras de carbón de piedra, rodado quizás de las montañas próximas.

El lago Viedma (mes de mayo) - El Chaltel

Sin esperanzas ya de continuar al norte nos pusimos en marcha para visitar el lago central, al que los indios dan el nombre de "Charre".

Todos los datos recogidos muestran de una manera palpable que éste es el que visitó Viedma con el nombre de "Capar"; su magnitud, su forma y su posición inducen a creerlo así, a pesar de la opinión unánime de los indios que aseguran que fué el Kelta.

Más aún: en nuestro trayecto entre estos dos, hemos encontrado por tercera vez el afluente del río Chico, y es notorio que Viedma encontró también un pequeño río, que por la situación que le da, no puede ser otro que éste; pero que lo hace correr al Santa Cruz, con el nombre de "Chalia", error fácil de comprender, debido a la variedad e incertidumbre de que adolecen siempre los datos de los indios.

El lago Viedma es el más extenso de los visitados: corre del ONO por donde lo limitan altísimas montañas cubiertas de nieve y algunos ventisqueros, notándose entre aquéllos el Chaltel, volcán que he mencionado antes y que he podido situar ahora con alguna aproximación.

Río Leona y regreso al lago argentino (mes de mayo)

Hacia el sudeste sale el caudaloso río que he mencionado, desembocando en el primer lago del sur, cuya posición situé en latitud sur 49° 48' y longitud aproximada 72° 00' 1" al oeste de Greenwich.

Las observaciones fueron hechas el 3 de mayo en la margen izquierda de la boca del río, al pie de un gran pedruzco errático, único a pocos metros de la costa; y sobre el cual se encontrará un documento que dejamos.

No se puede hacer otra cosa que levantar un croquis a ojo.

Creo inútil aventurarme a decir nada sobre la magnificencia de este lago y sus alrededores, tanto por no creer interesantes estos detalles, cuanto que, por otra parte, tampoco podría conseguirlo, porque sólo su vista puede darnos una idea de lo que es.

El regreso al punto donde había quedado el bote lo efectuamos en el mismo día; no podíamos hacerlo costeando el río, como lo deseábamos, por habernos dicho el guía indio que el camino era impracticable por allí.

Hasta hoy se había admitido la existencia de un grande y único

Lago y ventisquero Viedma

(Foto A. Madsen)

Río de las Vueltas, afluente septentrional del Viedma

lago con el nombre de "Capar" o "Viedma", el que por el sur formaba el Santa Cruz y por el norte el río Chico. Le tocó a esta expedición la fortuna, no sólo de desvanecer este error, sino de situar geográficamente las respectivas posiciones de los otros lagos encontrados.

La situación de éstos sobre el nivel del mar se ha calculado de 420 a 450 pies.

Vueltos al primer lado, permanecimos allí diez días esperando un buen tiempo para continuar con el bote su reconocimiento por el oeste. Pero decididamente la estación no era buena ya: los vientos soplaban siempre frescos y contrarios, por lo que se resolvió hacerlo por tierra.

Exploración al sur del lago

Trasladamos nuestros caballos a la costa sur del río, y el día 18 nos dirigimos a los primeros montes de la cordillera, costeando el lago, y continuando la triangulación, aunque sin las ventajas de antes.

Al día siguiente alcanzamos el monte al que se le dió el nombre de "Mayo", y fué el último punto que pudimos alcanzar con los caballos, porque el camino era impracticable.

El lago se retiraba considerablemente, dividiéndose un poco al Este de este punto en dos brazos, uno al ONO y otro al sudoeste, que era el que seguíamos.

En la imposibilidad de seguir a caballo, lo hicimos penosamente a pie, hasta llegar a una punta desde donde no pudimos ya pasar. Desde allí el brazo parece tomar al sur.

En esta punta, señalada en el croquis con el nombre de "Bandera", al pie de un trozo de piedra, único que se encuentra en la segunda meseta desde la línea de agua, depositamos cuidadosamente resguardado, el pabellón nacional acompañado de un documento.

La situación de este lugar donde quedó tan precioso depósito, no es posible errarla: siguiendo la costa, las dificultades mismas detienen al viajero que quiera visitarlo.

. . . . . .

Lago Rico y su comunicación con el Argentino

Concluídos nuestros trabajos en esta parte, nos dirigimos al sur con el fin de visitar otro lago que en esas inmediaciones situaba la expedición de reconocimiento mandada en 1867 por el capitán Piedra Buena.

Llegado a este lago, al situarlo nos quedó casi la certeza que no es sino la continuación del primero y que el brazo ya mencionado, al dirigirse al sur, llega a este gran bajo y se ensancha considerablemente, dando así lugar a que dicha expedición lo tomase muy razonablemente por un depósito aparte.

Su límite OSO lo forman altas montañas e inmensos glaciares, y por entre los témpanos de hielo que había por aquella parte se notaba la embocadura de otro brazo o canal que se dirige al sudoeste.

Los cerros que lo limitan por todos lados están también cubiertos de grandes bosques.

Al siguiente día volvimos a nuestro vivac, y se dispuso todo para nuestro regreso definitivo.

El 17 partimos del lago con la embarcación y llegamos a la isla Pavón el 19, empleando en ese largo trayecto aproximadamente treinta horas, impulsados por la corriente y dos remos.

. . . . . .

Como vemos, el subteniente Moyano tuvo de compañero a Moreno en la primera de las expediciones patagónicas. Moreno vivió más tiempo que él y adquirió mayor notoriedad científica. Y como consecuencia es creencia muy general que Moyano fué ayudante suyo en la exploración, lo que está equivocado. Moreno era entonces tan joven y desconocido como él, pero ambos se sumaron para realizar una interesantísima campaña.

El distinguido marino y escritor argentino, capitán de fragata Teodoro Caillet Bois, en una conferencia dada en Mendoza el 13 de marzo de 1945 acerca de Moyano, condensó como sigue los resultados de esta expedición.

MORENO Y MOYANO - 1877 - LOS TRES LAGOS

Hacia entonces llegó a Santa Cruz don Francisco P. Moreno, joven de 25 años, con extraordinaria vocación de antropólogo, pero muy poco conocido aún, por más que acabara de realizar una audaz exploración al Neuquén, imperio del cacique Sayhueque, en el curso de la cual había sido el primer blanco en llegar al lago Nahuel Huapí partiendo del Atlántico. Moreno se proponía realizar una exploración de los ríos Chico y Santa Cruz, y el Ministerio de Relaciones Exteriores pedía a Moyano lo ayudara en lo posible e informara por su parte en lo que supiese. No iba, pues, Moyano en carácter de subalterno sino a la par de su después ilustre colega; como marino, él se ocuparía especialmente de la topografía y de la cartografía [1].

---

[1] Del boletín del Instituto Geográfico Argentino, año 1883, tomo 1, página 227, registramos la siguiente mención:

El importante informe que en seguida publicamos, da al tenien-

Sin entrar en detalles, sólo diré que esta expedición de cuatro meses realizó los siguientes descubrimientos:

1º El Chalia no desemboca en el Santa Cruz, como creían Viedma y Fitz-Roy, sino en el Chico.
2º Con un mal bote y a la sirga de caballos, llegan al lago Argentino, ya visto antes por una expedición de Piedra Buena y otra del marino argentino Feilberg. Son los primeros en recorrer el río Orr o Leona, que une a este lago con el Capar o Viedma descubierto por Antonio de Viedma. Queda así comprobada, al menos en parte, la admirable intuición de Darwin y Fitz-Roy de que el río Santa Cruz, por su caudal cerca de la cordillera, debía nacer de una cadena de lagos.
3º Comprueba que el Chalia no nace de un lago sino de manantiales o vertientes.
4º Descubre el gran lago San Martín.
5º Reconoce el gran lago Viedma y a su comunicación con el Argentino. Queda aclarado que se trata de tres lagos, y no de uno solo. Este descubrimiento es comparable casi por su importancia con el de las fuentes del Nilo y de los lagos africanos, realizado poco antes. Sin embargo es justo reconocer que penurias y peligros fueron mucho mayores en África.

NOTA DE GUERRICO

Terminada la expedición el subteniente Moyano regresa a Buenos Aires, donde recibe del coronel Guerrico, fechado en Río Luján, 5 de agosto de ese año, 1877, el siguiente comunicado:

Continuando Ud. en comisión, le comunicó que por ser muy reducido el personal del Estado Mayor de este buque me veo en la necesidad de pedir un Oficial que reemplace a Ud. en él.

Siento perder su valioso concurso, y espero que a su regreso volverá Ud. al puesto que hoy tiene, el cual será entretanto sólo llenado interinamente.

Pero Moyano ya no volverá a figurar como oficial embar-

---

te Moyano, joven que será un geógrafo distinguido, la participación legítima que le corresponde en la gloria del descubrimiento de los lagos y del volcán en las nacientes del río Santa Cruz, hechos que se atribuyen exclusivamente al señor Francisco P. Moreno, por lo general, pero que *"no fué solo, sino con el teniente Moyano, oficial modesto, residente en Santa Cruz hace seis años; y que ha realizado en la Patagonia largas y fecundas exploraciones"*.

cado; en adelante sus derroteros serán hechos sobre tierra firme.

DEL ARCHIVO GENERAL DEL MINISTERIO DE MARINA

Agosto 20 de 1877.

Al señor comandante general de Marina, coronel don Mariano Cordero:

Tengo el honor de dirigirme a V. E. pidiéndole se sirva elevar a la Superioridad el adjunto croquis del río Santa Cruz y sus afluentes; que fué levantado durante la exploración de la comarca, en la que tomé parte por orden de SE. el señor Ministro de Relaciones Exteriores.

En él está comprendido el río Koong, afluente del Chico. Don Antonio de Viedma en su diario de viaje a las cordilleras, al encontrarlo creyó que cruzaba nuevamente el Chico, y por consiguiente no hace mención de él.

He agregado el río Chico con las mismas posiciones geográficas que el capitán Musters le da en la carátula que acompaña a su obra "At home with the patagonians"; y según verá VE., este río no nace donde él cree sino que parece hacerlo más al norte, pues el lago inmediato no tiene una salida visible al Este, al menos hasta donde lo hemos visitado, y en adelante por datos de los indios.

Al remontar el río Santa Cruz he podido observar que es navegable para embarcaciones de siete pies de calado. Su corriente calculada de seis a ocho millas, y en algunos puntos más, hace imposible la navegación a vela o remo, quedando el vapor como único motor que pudiera emplearse con ventajas.

Su primera fuente la creo también navegable, está elevada de 420 a 450 pies sobre el nivel del mar.

La carta del Santa Cruz fué levantada el 1833 por el capitán Fitz-Roy hasta los 71° 12' 30" latitud sur, tocándole a esta expedición la fortuna de completarla hasta el lago, y sentar la existencia de otros dos lagos más que no se conocían, y que se han situado geográficamente.

Tengo el honor de expresar al señor comandante general las seguridades de mi mayor consideración y estima.

CARLOS M. MOYANO

BUENOS AIRES SE INTERESA POR LOS HABITANTES DE SANTA CRUZ

En Buenos Aires, el año 1877, el Gobierno presentó al Congreso el siguiente mensaje:

Honorables señores senadores y diputados: Se ha presentado al Gobierno la necesidad de mandar un reducido número de hacienda a Santa Cruz, para hacer frente a las eventualidades que han ocurrido de quedarse sin víveres los pocos pobladores que existen en aquel territorio. Con el fin de subsanar en lo posible este inconveniente, el ministerio ha dispuesto que se embarquen en la goleta "Santa Cruz", capitán Pidra Buena, cincuenta ovejas, para ser entregadas al subteniente Moyano, de la isla Pavón, que proyecta la colonización en dicho territorio, donde se levanta en estos momentos un plantel modesto de *cuarenta y siete pobladores,* que pueden llegar a ser los fundadores de las *futuras provincias patagónicas.* Este plantel se halla fortificado por un oficial de la marina de Guerra, Moyano, destacado en aquellas apartadas regiones, para representar la autoridad del Gobierno y custodiar la bandera argentina, que cubre ese territorio.

S. M. Laspiur

("Argentina Austral", número 80).

VI

SEGUNDA EXPEDICIÓN (1877)- 1878)

HACIA LAS NACIENTES DEL RÍO CHICO

En septiembre de 1877 el subteniente Moyano parte nuevamente con la goleta de Piedra Buena para Santa Cruz.

A poco de llegar emprende por orden superior una nueva incursión en el desierto, para reconocer el curso del río Chico. En ese viaje lo acompaña otro joven explorador, don Ramón Lista.

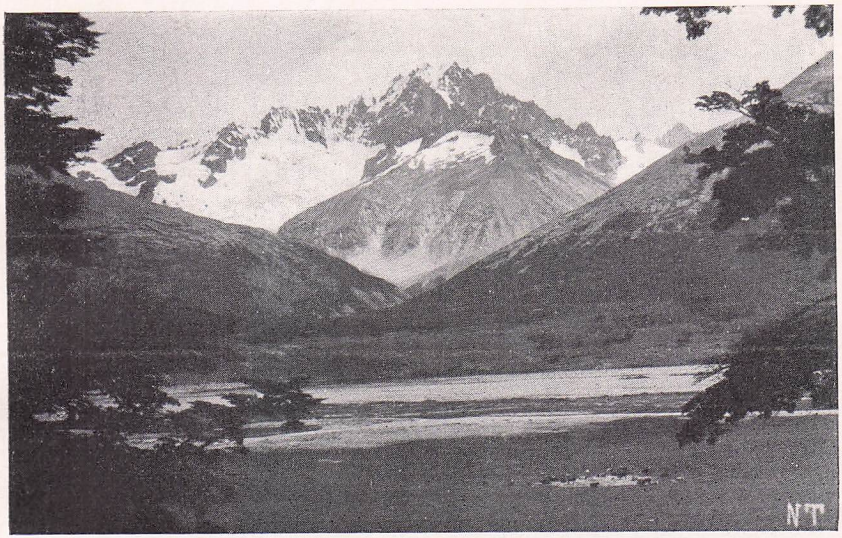
Del informe presentado por mi padre a raíz de ese viaje extraemos las siguientes páginas:

Después del reconocimiento del río Santa Cruz y sus fuentes, quedé sumamente interesado en conocer el río Chico, su único afluente y recorrerlo en toda su extensión; tanto para buscar su origen y conocer la parte que no exploró Musters cuanto para ver los recursos que podría ofrecer para la colonización de esta comarca, asunto que me preocupa desde hace bastante tiempo.

Las muchas excursiones pequeñas que había podido hacer mientras me lo permitían las circunstancias, me habían hecho conocer la parte del río comprendida desde su confluencia con el Santa Cruz hasta el punto en que él a su vez recibe las aguas del pequeño río Koong, del que ya he hablado en informes anteriores.

Con mi apreciable amigo el señor Ramón Lista tuve la ocasión de sorprender el reconocimiento del río hasta sus nacientes, completando el trabajo ya adelantado que sobre él había hecho el capitán Musters.

Así, pues, en el croquis que acompaño, que es el mismo que levanté por orden del señor ministro de Relaciones Exteriores, don Bernardo de Irigoyen, en el viaje que hice en 1877 en compañía del señor Moreno, y que acompañé con un informe en 12 de julio,



Paisaje cordillerano del Sur

he podido agregar ahora el río Chico que en mucha extensión, en aquél, aparecía con líneas dudosas.

En la confluencia Chalia - Chico

Los indios le llaman "Corpen-Aiken" o paradero del junco, y de él partimos el 27 de setiembre con el señor Lista, para buscar las fuentes del río Chico y explorar su parte no conocida.

Los indios no han podido decirnos nada sobre ellas; ninguno conocía el río sino hasta el paradero denominado "Ay-aiken", que es de donde se desvía al norte el camino que va a Patagones, y que hasta allí sigue por la costa.

Algunos aseguran que salía de un lago, otros que no, que lo formaban manantiales.

Hasta "Ay-aiken" hacen ellos ocho marchas por la costa sur y habiendo ido por ella Musters, resolvimos ir nosotros por la del norte.

. . . . . .

A cinco o seis leguas de "Corpen-Aiken" se ve la primera manifestación de la meseta basáltica representada allí por dos trozos aislados, uno de ellos tiene la forma de una fortaleza y se divisa desde una gran distancia.

Ascendimos a su cumbre que la forma una superficie plana de dos a trescientos metros cuadrados y que no es accesible sino por dos o tres puntos en que se corta la barranca perpendicular de basalto que la limita por todos lados.

La dificultad que tuvimos para ascender fué compensada por el magnífico panorama que se presentó a nuestra vista; al este teníamos las altas mesetas que circundan el territorio de San Julián; al oeste Mawaish y algunos picos de las cordilleras con el volcán Chaltel y recogiendo un poco la vista, resaltaba la faja verde del valle del río que corría por él dividido en dos canales que desde algunas millas más abajo forman una isla, larga de algunas leguas y de un ancho medio de una a dos millas.

. . . . . .

Las nacientes del Chico

Hasta aquí, pues, era conocido el río: recorrer lo que faltaba de él hasta sus fuentes era ya de nuestra cuenta. Habíamos caminado dos leguas próximamente al oeste cuando encontramos que el río se separaba en dos brazos.

El uno venía directamente del oeste y el otro del S.S.O., y poco antes de juntarse se inclinaba al sudoeste.

Perplejos nos vimos en el primer momento para decidir cuál fuese el afluente, ambos tenían el mismo caudal de agua, la misma velocidad etc., y tenían por tanto el mismo derecho para ser considerados como el brazo principal.

Ni los indios, ni Musters tenían conocimiento de esto: ¿Cuál pues debíamos seguir?

formarse una remota idea de lo que son.

Carbón

Dejo mi entusiasmo a un lado y continúo para hacer notar algo más positivo.

Mucho tiempo hacía que encontrábamos sobre la costa del río varios trozos de lignito, y hubo un paraje en que en un momento pudimos reunir de cincuenta a sesenta libras.

Este carbón ardía muy bien y lo seguimos encontrando en los infinitos brazos en que después se divide, sin poder dar con el punto de partida que debe ser un extensísimo manto porque, como he dicho, vimos sus rodados, por todos lados donde había aguas que pudiesen arrastrarlos. El señor Lista llevó algunas muestras de él a Buenos Aires.

Si existe este combustible en gran abundancia, como me inclino a creerlo, su explotación sólo podrá efectuarse en un tiempo remotísimo en que las necesidades de la industria sean tales que hagan cuenta vencer las grandes dificultades naturales y las distancias que por el momento las defienden. Las maderas son de la misma clase que las que he encontrado sobre los lagos de Santa Cruz, y sus bosques revisten el mismo aspecto.

En resumen, me permito creer que el río Chico tendrá mucho porvenir el día que por cualquier circunstancia nos veamos en la necesidad de poblar la Patagonia toda, pues es lo mejor de lo mucho mediano que he visto en esta región [1].

REFERENTE A LA EXPEDICIÓN AL RÍO CHICO

El señor Ramón Lista, en sus memorias sobre la expedición al río Chico, al recordar a Moyano, dice:

El subteniente Moyano me decía con frecuencia: "Esta vida tiene sus encantos que no conocéis en Buenos Aires; en este islote se goza de la paz del alma".

La diferencia en el color de sus aguas nos decidió; el brazo del sudoeste las tenía limpias y cristalinas, y el del oeste sucias y de un color rojo tan pronunciado que no dejaba lugar a duda de que provenía directamente del derrite de las nieves acumuladas durante el invierno, y que aun veíamos al oeste en grandes manchones sobre las altísimas mesetas que limitaban lo que calculábamos fuese su valle.

Creíamos pues que el brazo saldría de un lago o al menos tuviese una fuente permanente cualquiera, y lo seguimos.

Áridas y estériles son sus márgenes hasta tres o cuatro leguas en que se entra en un valle encajonado entre altas mesetas, una de ellas basáltica, la del este y la del sudoeste; un lindo manantial lo riega por el oeste y debe inundarse en las grandes crecientes porque hemos visto en su centro trozos de madera de roble que han sido arrastrados desde muy lejos.

Salvada una línea de colinas que se interponen entre este valle y el del río antes de inclinarse al S.S.O., vimos algunos picos de las cordilleras cubiertos de nieve, y en sus bases algunos manchones negros que no nos dejaba duda de que fuesen bosques.

Su primer golpe de vista presenta perspectivas tales que hay verdadero sentimiento de verlas desvanecerse después.

Se ve dibujarse un gran bajo entre las montañas y del cual parece nacer el río; y comunicado con aquél, otra gran cuenca al sur, que en el primer momento nos hizo sospechar fuese el lago San Martín que descubrimos en esas latitudes en 1877, pero nada hay de esto: el río sigue tranquilamente su curso y a poco andar recibe como un tercio de sus aguas de un afluente que viene del sur.

Después de una violenta vuelta del N.N.O. corriendo por un valle ancho con grandes manantiales, deja un poco al sur la entrada que creíamos fuese un lago, fuente del río.

A ocho millas de la vuelta, se juntan dos brazos iguales uno del oeste y el otro del O.N.O., que son los que forman propiamente el río y que salen directamente de las cordilleras.

A ambos seguimos, pero el del O.N.O. fué el que nos llamó más la atención: se interna por un estrecho vallecito formado por altísimas montañas con las cimas cubiertas de nieve y grandes bosques a sus bases, de una madera que impropiamente se conoce con el nombre de roble, porque no lo es.

No puede darse nada más encantador, y desearía tener una imaginación de poeta para ensayar su descripción, que siempre sería pálida.

Esos dos brazos a su vez se dividen y subdividen en mil pequeños arroyitos que nacen de manantiales y de las nieves.

Convencidos ya que el río Chico no tiene otras fuentes que éstas, volvimos atrás, y visitamos el gran bajo de que he hablado.

Es una hoya de cincuenta a sesenta millas cuadradas en cuyo centro, y muy por debajo del nivel del río, se ve una laguna de forma oval que tendrá cuatro a seis millas, pobre resto de algún lago que antes la llenó.

Al sur, al norte y al oeste la limitan montañas cubiertas de

El 3 de octubre dimos principio a la exploración, haciendo flamear por primera vez en aquellas regiones la bandera de la patria.

Cipriano García iba a la cabeza con la gloriosa bandera, seguíale Arias arriando los caballos con un muchacho llamado Máximo (Máximo Clemente), Moyano y yo cerrábamos la marcha. Como se ve el personal de la expedición era muy reducido, pues ningún indio había querido acompañarnos. Para ellos nuestro viaje era una empresa temeraria. Recuerdo que al dejar los toldos, las chinas entonaron un canto monótono, doliéndose de los viajeros que iban *a morir en la tierra grande* (los Andes).

Poco antes de entrarse el sol acampamos en "Chonque-Aike". De la cima del cerro del mismo nombre se divisa el famoso volcán *Chaltel*, visto el año pasado por Moreno y Moyano y descripto por Viedma un siglo antes. De Chonque fuimos a pernoctar al *Cerro de la Ventana*; esa jornada nos resultó sumamente penosa por la gran cantidad de piedras que encontrábamos a cada paso. De todos los cerros que he visto en la Patagonia, ninguno más curioso que éste, no sólo por su forma cuanto por tener un agujero que lo atraviesa de norte a sur. El capitán Musters lo ha figurado de una manera muy inexacta. El 9 de octubre proseguimos la marcha y el día 15 acampamos en "Ay-Aiken", que es el punto más occidental que alcanzó Musters en Río Chico.

Continuando el remonte del río Chico, el día 16 descubrimos un riacho completamente desconocido hasta por los mismos indios.

Es vastamente profundo, con una anchura de 25 a 30 metros. Lo he bautizado con el nombre de *Río Belgrano*.

El día 20, acompañado de Moyano y García, fuimos a visitar el bosque. Éramos nosotros los primeros hombres civilizados que visitábamos aquella región. La temperatura era templada y la nieve que se licuaba en muchos puntos, producía infinidad de hilos de agua cristalina. *Son éstas las fuentes del río Chico.*

En ese punto extremo los árboles eran gigantescos, y Moyano sacó su cuchillo, grabando lo siguiente en el tronco de un roble añoso: "Sociedad Científica Argentina. Lista, Moyano, García. 1878".

Al entrarse el sol, habíamos regresado a nuestro campamento general.

Al otro día reconocimos una gran laguna, vista por Cipriano García desde lo alto de una colina terciaria. (Lago Quiroga).

El 30 de octubre, antes de abandonar los últimos lindes de ese bosque rastrero, bajo el cual tuvimos que arrastrarnos penosamente para poder avanzar algunos metros más, nos detuvimos al pie de unas preciosas colinas de arcilla, dejando allí, debajo de algunas piedras, la bandera nacional que hicimos flamear en aquella región. Dando término a esta emocionante ceremonia, dimos el último adiós a los misteriosos Andes, cuyos picos coronados de nieve parecen

Ramón Lista le entregó dos frascos (de cuarto de litro de capacidad cada uno) llenos de pepitas de oro, que mandaba como obsequio a las pequeñas hijas de su amigo.

Terminada esa expedición, al despedirse mi padre de don

LOS AMOTINADOS DE PUNTA ARENAS

En 1877 se produjo en Punta Arenas el trágico *Motín de los Artilleros,* historiado por don Armando Braun Menéndez. Fueron sus promotores algunos artilleros, que se unieron al centenar y medio de presos y "relegados" (desertores castigados), en la noche del 11 de noviembre, para dominar al resto de la guarnición, y aterrorizar a la pequeña población, que en mayor parte logró huir al vecino bosque. La importante aldea es concienzudamente saqueada durante dos días. Previendo la inminente represión, un centenar de amotinados abandonan luego la población en lamentable éxodo hacia el norte por el desierto de la costa atlántica. En el camino apresan a dos comerciantes españoles, José Montes y José Manzano, que con una buena tropilla de cargueros venían para Punta Arenas; pero ambos conseguirán fugarse casi en seguida. Divididos luego por disensiones, un grupo de 14 evadidos, capitaneados por un tal Estuardo, logra cruzar el río Santa Cruz en la isla Pavón, pero el Chico les cuesta varios ahogados, y de los restantes nunca se sabrá más.

Otro grupo en el que va Riquelme, caudillo del motín, cruza también el Santa Cruz, y algún tiempo después y en número de 33 hombres, 6 mujeres y 2 criaturas, es apresado (12 de enero de 1878) en puerto Deseado por la cañonera *Paraná,* que se ha disfrazado de mercante, ocultando a la numerosa tripulación.

Cuatro días después la misma cañonera se apodera en Santa Cruz de otros 11 sublevados que habían quedado rezagados, junto con tres mujeres y dos criaturas. Los restantes, hasta completar la cuenta, son entregados a los tehuelches en calidad de prisioneros por el delegado de Santa Cruz (Moyano).

Hasta aquí el relato, muy compendiado, del libro de Braun Menéndez. Al último episodio deben referirse las siguientes noticias de un corresponsal de *La Prensa,* año 1878:

Hay en Santa Cruz, adonde llegó la *Paraná* el 15 de enero, una subdelegación de marina a cargo del oficial Moyano, que si mal no entendemos vive solo en aquellos parajes. Pues bien, hacía varios días que este marino se hallaba perfectamente acompañado, si bien puede suponerse por el género de su compañía, que debía echar de menos la grata soledad de antes. Es que se le aparecieron un día 24 hombres armados, con 3 mujeres y 3 niños, pidiendo una hospitalidad que Moyano, muy diplomático, amablemente les concedió. En Santa Cruz no hubo necesidad de tantas tretas como en Deseado para apresar a los motineros de Punta Arenas. Moyano dió aviso al comandante Lasserre, de la *Paraná,* quien desembarcó tropa bien armada, y sin resistencia se entregaron los bandidos.

. . . . . .

Una de las mujeres traía a un niño muy enfermo, robado de la casa del gobernador Doublé Almeida. Moyano, con bondad digna de encomio, curó muchas veces al niño, pero sin resultado. No pudo enviarlo a la *Paraná,* porque se hubiera muerto en el camino, y entonces se le ocurrió entregarlo a la tribu del cacique Orkeke, la misma que llevara a Musters a Patagones. Las buenas mujeres tehuelches tomaron a su cargo a la infeliz criatura y a fuerza de alimentos consiguieron restablecerla. Ahora todos los tehuelches tienen locura por este niño tan blanco y tan hermoso; ningún indio regresa de su cacería sin traerle algún animalito vivo, o cualquier cosa para que se divierta el "cristianito lindo", como ellos lo llaman.

. . . . . .

Días pasados presencié en "Misioneros" (sin misioneros) la ceremonia del bautismo de un indiecito. A falta de sacerdote, hizo las veces de ministro de altar nuestro jefe, el teniente Moyano...

MENUDENCIA

Extracto de una carta afectuosa del capitán Piedra Buena al "estimado amigo" Moyano, en que se refleja la vida de sencillez y pobreza que llevaban esos hombres en la lejana Patagonia:

Río Santa Cruz, en la Barranca Blanca, junio 16 de 1878

He sentido mucho que se hayan quedado el azúcar y la yerba en el momento que yo leía su nota y que quería contestarle: a Pedro [1] le entró el apuro y se fué y todo quedó arriba de cubierta y este terciecito de yerba todavía quedaba en uno de los camarotes; el contramaestre, que yo creía que estaba en cubierta, estaba haciendo masilla para la lancha.

A Isidoro le encargué mucho el azúcar, pero no sabía todavía de la yerba, así es que la dejo aquí, en la creencia que don Guillermo tenga la bondad de llevársela y le pagará la conducción.

Pues amigo me despido de usted con el pesar de no haberle dado el abrazo de siempre; así pues desde aquí lo recibirá de este su amigo y atento servidor

LUIS PIEDRA BUENA.

P. D. — Ayer cuando veníamos con el buque, hemos visto una oveja casi al llevársela el agua, ya tenía el agua hasta la barriga cuando empezó a bajar; estaba como a tres cuadras más abajo de las casas de la salina, acoquinada contra la barranca.

Ayer el señor Cristián, después que fondée, me rogó que lo pusiese en tierra, con tanta exigencia que tuve que ir yo y otro de los marineros, por no dejar el trabajo a bordo, y me dijo que tenía miedo de Bordy e hijo de que lo espiasen para robarlo y hacerse de armas, que él no creía que se hubiesen ido a la Colonia porque no tienen ni un medio, pero sí que esperaba la salida mía para que no lo lleve a Buenos Aires. Así tenga mucho cuidado.

UN COMPAÑERO DE MOYANO

(Relato del capitán de fragata Juan Murúa, entonces guardiamarina)

Al dar fondo en Santa Cruz con la goleta del mismo nombre, vino a bordo el teniente Moyano para solicitar un marinero de la tripulación. El capitán Piedra Buena, sabedor de que me había criado en el campo, me desembarcó prometiéndome tomarme al siguiente viaje. Así fué cómo el destino debía hacerme compartir un tiempo la vida gaucha del puñado de hombres que vivían por entonces en aquel territorio, reunidos todos en la isla Pavón, donde nada convidaba a quedarse, donde los días y los meses transcurrían siempre iguales, aislados del mundo, sin la más pequeña novedad hasta que se divisaba el velamen de la goleta de Piedra Buena.

[1] Dufour, el cuñado de Piedra Buena.

No se puede describir la alegría que experimentábamos entonces, desapareciendo inmediatamente el hastío que al zarpar el buque iba infiltrándose poco a poco en el ánimo de todos.

Así pasaron meses, cuando en los últimos días de noviembre ancló en "Misioneros" la escuadra destinada a afirmar definitivamente nuestra soberanía en aquellas tierras.

Corriendo por esas pampas, junto con Moyano, yo también cooperé al aprovisionamiento de carne para la tripulación, "guanaquiando" desde la madrugada hasta la puesta del sol.

(De *Argentina Austral*, núm. 86. *La patriada del Villarino.)*

VII

SUBDELEGACIÓN EN SANTA CRUZ (1878)

ASCENSO Y DESIGNACIÓN COMO DELEGADO EN SANTA CRUZ

A mediados de 1878 Moyano, siempre en Santa Cruz, es ascendido a teniente en la Armada y designado meses después subdelegado marítimo en Santa Cruz, con una dotación de 15 hombres. (Decreto Avellaneda-Roca, 12 noviembre.)

Los despachos correspondientes al ascenso, fechado éste el 15 de mayo, los recibe con cuatro meses de atraso, en la siguiente nota de don Martín Guerrico, director de la "Escuela Teórico Práctica", puerto de Buenos Aires:

Al subteniente de la cañonera *Uruguay* don Carlos M. Moyano:

Tengo la satisfacción de entregar a usted los despachos de teniente de la Armada, que ha tenido a bien conferirle el Superior Gobierno con fecha 15 de mayo, atendiendo a sus buenos servicios y antigüedad.

LA ESCUADRA DE PY

Dos años antes, en 1876, se había producido en la ría de Santa Cruz un serio incidente internacional con el apresamiento de la barca guanera francesa *Jeanne Amélie* por una nave de guerra chilena.

En octubre de 1878 llega a Buenos Aires la gravísima noticia de que los chilenos han apresado, también allá, a un segundo guanero. la barca americana *Devonshire*. El conflicto internacional llega a su crisis y el presidente Avellaneda decide enviar la escuadra a Santa Cruz.

El capitán Caillet-Bois, en la citada conferencia de Mendoza, resume este episodio en la siguiente forma:

> La singular escuadra de Py parte el 8 de noviembre y llega el 29 del mismo a Santa Cruz, donde no encuentra al presunto adversario; desembarca alguna tropa, iza bandera en la margen sur, y permanece en tranquila posesión en la ría durante varios meses, hasta que le llega la noticia de haberse solucionado el conflicto. Los chilenos afrontaban hacia entonces uno mucho mayor con el Perú, que al año siguiente conduciría a la llamada Guerra del Pacífico. El centro de la tormenta se alejó así providencialmente de Santa Cruz, y dos años después (1881), se celebraba entre Chile y la Argentina el famoso tratado de las "altas cumbres que dividen las aguas" como límite internacional.
>
> Entretanto la escuadra en Santa Cruz carece de subsistencias, pues no le llegan las que deben enviársele de Patagones. El encargado de salvar la situación será Moyano, quien acaba de hacerse cargo de la flamante Subdelegación marítima de Santa Cruz. Con un puñado de aventureros cazadores de avestruz y guanaco, y una jauría considerable de perros, Moyano sale diariamente, de la madrugada a la noche, en grandes cacerías por las inmediaciones; y el hecho es que nunca le faltará carne, por lo menos, a la expedición marítima.

Mi padre se incorporó en efecto, en Santa Cruz, a la valiente escuadrilla del comodoro Py, y participó en todas sus peripecias.

El 13 de marzo de 1879 emprende regreso la escuadra, terminada su misión; Moyano con su pequeña guarnición, queda una vez más dueño del desierto, frente a la perspectiva de un segundo invierno.

Hacia entonces se inicia al norte de la Patagonia la cam-

paña llamada "Conquista del Desierto", o sea la barrida de los indios bárbaros a través de la Pampa, Río Negro y Neuquén. En previsión de que los indios puedan correrse hacia Santa Cruz se refuerza a Moyano con el cúter *Los Estados,* mandado por el alférez Félix Paz.

POLICÍA MARÍTIMA

La foja de servicios de Moyano menciona que éste, al margen de sus exploraciones, desempeñó en 1877-1878, diversas comisiones en Santa Cruz, sea a bordo de la *Santa Cruz,* sea en tierra, y que una de ellas —levantamiento del plano de las salinas de San Julián— fué interrumpida por la llegada de ciento y tantos presidiarios sublevados de Punta Arenas cuando el famoso "Motín de los Artilleros". Estos forajidos, según ya lo hemos visto, se habían corrido al norte a lo largo de la costa atlántica, y una tercera parte de ellos rondaban cerca de Santa Cruz. Moyano se dedicó entonces a organizar y proteger a la pequeña población contra sus depredaciones, hasta conseguir embarcarlos a bordo de la cañonera *Paraná.* que a los dos meses arribó allí comandada por el coronel Lasserre.

SIN NOTICIAS

Mientras el subdelegado Moyano monta guardia en la remota Patagonia, y va escribiendo sus primeras páginas para la geografía, su familia en la lejana Mendoza no tiene noticias de él. Sólo sabe que está allá muy lejos . . ., "en el sur".

Poco después de su ingreso en la marina las noticias escasearon, y por último ya no llegaron sus cartas.

Debido quizás a la constante movilidad propia de la carrera, a las distancias tan largas y a los medios de comunicación tan precarios, sobre todo con la Patagonia, el intercambio de la correspondencia se hacía muy difícil.

La familia estaba desesperada; pasaba el tiempo y nada podían saber de su querido Carlos. Habían fracasado todas las tentativas hechas con ese fin.

Muy afligidas, sus tías mandaron decir misas y rogaban fervorosamente para tener noticias del ausente.

Si entonces la Patagonia era una incógnita para todos los argentinos, para sus buenas tías de Mendoza aparecía como tierra sombría de leyenda y de misterio, y temían que su sobrino hubiese perecido en esas soledades.

Casi tres años estuvieron en esa angustiosa espera. Recién a mediados de 1877 supieron de él.

VIGÍA EN LOS PÁRAMOS DE LA PATAGONIA

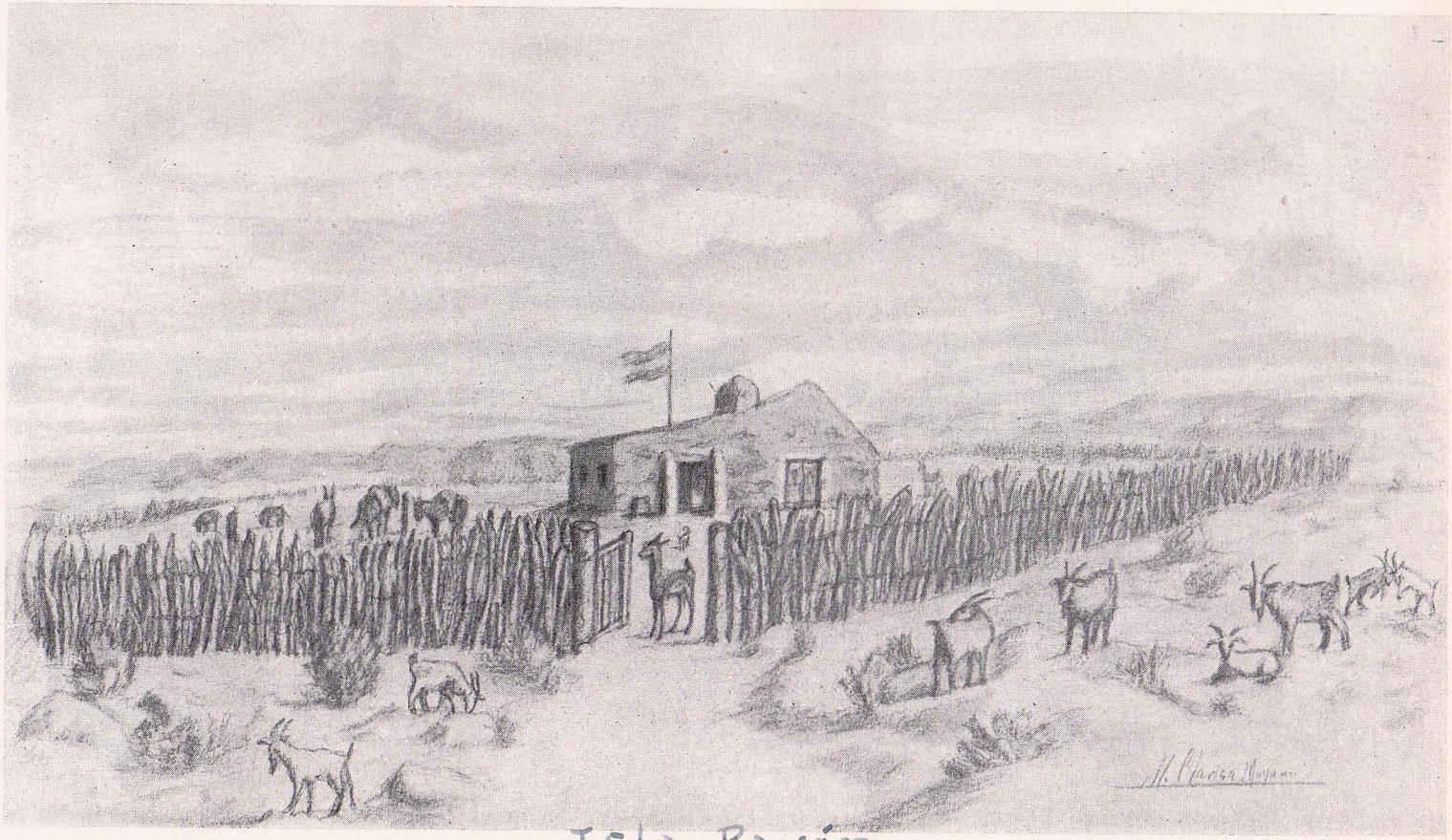
PENURIAS

Los primeros años en Santa Cruz fueron duros y penosos, y mi padre se vió privado muchas veces hasta de lo indispensable. Su alojamiento era un mísero rancho, sin resguardo contra el crudo invierno; por todas partes se filtraba el viento, sin que pudieran evitarlo con calafateo; colocaban sus lechos en los lugares más reparados y trataban de cubrirse con quillangos. La estufa sobrecargada de leña apenas alcanzaba de noche a protegerlos del frío, ni evitaba que el vapor de la respiración se les congelase sobre el bigote.

Largo tiempo hacía que no arribaba nave alguna, y terminados los víveres, los suplían con carne de guanaco y avestruz. Ya ni ropa tenían. Se hicieron unos malos pantalones con los restos de un velamen; los quillangos completaban la vestimenta...

Por fin asomó en el horizonte la ansiada nave, que los pondría de nuevo en contacto con el mundo civilizado y les traería los recursos de que carecían hacía tanto tiempo.

En 1878 el marino argentino don Antonio E. Pérez, entonces teniente de fragata y segundo comandante de la *Constitución,* se hizo eco de las condiciones lastimosas en que hallaron a ese grupo de hombres desamparados, que más que civilizados parecían pobres salvajes, hirsutos y carentes de todo.



Isla Pavón

La tapera de Piedra Buena, cuna de las exploraciones de Moyano

Pero el carácter entero y jovial de mi padre le hacía tomar esas penurias como simples contingencias de la vida. Sus miradas estaban puestas mucho más allá de aquellas miserias y sacrificios, hacia el porvenir de esas vastas extensiones. La senda se presentaba escarpada, llena de aristas, pero la meta merecía el esfuerzo.

Era entonces joven y tenía salud a toda prueba; pronto se reponía sin que le hicieran mella los rigores; antes bien, éstos parecían servirle de acicate.

Vaya como muestra el siguiente párrafo del diario de una de sus expediciones:

Alojados. Llueve toda la mañana y a la tarde hay truenos, granizo, relámpagos y una furiosa turbonada de agua y viento que haciendo volar la carpa nos deja en la posición más desagradable, empapados y sin poder hacer fuego para contrarrestar el intenso frío...

Pocas veces consignaba en sus diarios de viaje estos percances, pero se repitieron con frecuencia. La lluvia intensa o persistente les empapaba las ropas, y no pudiendo reemplazarlas debían secarse junto al fuego si el viento les permitía encenderlo; de lo contrario permanecían con las ropas mojadas.

Años más tarde mi padre evocaba sus recuerdos patagónicos con tanta sencillez que aparecían a mi criterio infantil como si no tuvieran la menor importancia. En mi memoria subsistió su impresión, pero sólo el correr del tiempo había de revelarme la verdad.

Debió ser muy grande la fuerza de voluntad que puso en la empeñosa misión exploradora.

Madurado reposadamente cada plan, no trepidaba en llevarlo a la práctica, y no contaban dificultades ni penurias personales, lo esencial era el logro de su propósito. En sus informes rara vez hacía mención de lo atinente a su persona. Cada exploración realizada satisfacía un anhelo largamente acariciado y constituía un verdadero gozo para su espíritu.

Poseyó tres cualidades valiosas para el triunfo: iniciativa, fuerza de voluntad, perseverancia.

JUICIOS PERIODÍSTICOS

En septiembre de 1878 *La Prensa,* de Buenos Aires, publica noticias recién llegadas de Santa Cruz:

El teniente don Carlos Moyano, partió de aquel puerto a principios de este mes para efectuar una exploración a la cordillera de los Andes, desde el paralelo 52° hasta el 74°. Tomará la dirección norte hasta encontrar las nacientes del río Chubut, al que se propone explorar, como igualmente las costas adyacentes...

Los diarios de Mendoza, por su parte, ya empiezan a ocuparse del joven comprovinciano y transcriben lo que a su respecto se publica en Buenos Aires.

De *El Constitucional,* 7 de noviembre de 1878:

El inteligente joven don Carlos Moyano, hijo de esta provincia, que ocupa el puesto de teniente en la Escuadra Argentina, ha sido nombrado subdelegado de marina en Santa Cruz. Se le ha comisionado últimamente para que practique la exploración del río del mismo nombre, a cuyo efecto le envió el Ministerio de Guerra una lancha a vapor.

EL INSTITUTO GEOGRÁFICO ARGENTINO

El 6 de febrero de 1879 se fundaba en Buenos Aires el Instituto Geográfico Argentino, reclutando en sus filas a los investigadores del país especializados en la ciencia respectiva.

Mi padre fué alistado en esa falange con la siguiente nota, fechada el 27 de febrero de ese mismo año:

Tengo el honor de cumunicar a usted el nombramiento de miembro corresponsal de esta Sociedad. Esperando que usted se digne aceptar este cargo, y contribuir, con el fruto de sus estudios en esa zona del territorio argentino, al adelanto de la geografía del país, que es el objeto principal de esta Asociación. Me repito su S.S.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS
(presidente)

CLODOMIRO URTUBEY
(tesorero)

CLEMENTE S. FREGUEIRO
(secretario)

Desde entonces Moyano estuvo en constante comunicación con esa prestigiosa entidad, la que con el mayor interés seguía paso a paso sus investigaciones geográficas, consignando resultados en las páginas de su boletín.

VIII

TERCERA EXPEDICIÓN

HACIA LOS ANDES POR EL VALLE DEL CHALIA (1879-80)

Mientras en el norte de la Patagonia se desarrolla la "Conquista del Desierto", Moyano reanuda sus exploraciones, y a fines de 1879 reconoce nuevamente al lago San Martín, pues tiene la obsesión, equivocada pero basada en la gran autoridad de Fitz Roy y de Darwin, de que debe comunicarse con el Viedma por algún tentáculo entre la Cordillera. No lo encuentra, pero no queda convencido aún.

Leamos algunas páginas del informe que presentó al Instituto Geográfico Argentino:

EN BUSCA DE UN PASO A TRAVÉS DE LA CORDILLERA

Al señor Presidente del Instituto Geográfico Argentino, doctor Estanislao S. Zeballos:

Como corresponsal de esa sociedad en este punto, creo deber dar cuenta a ella del resultado de una excursión que he hecho a la cordillera de los Andes, donde he encontrado, entre ésta y la precordillera, un lago desconocido hasta hoy, y que supongo comprendido en la región hidrográfica de Santa Cruz.

Debo decir que al salir de aquí para internarme en las cordilleras, no me guiaba solamente la idea de buscar este lago, cuya

existencia previmos en el viaje realizado en 1877; lo hice llevado por otro móvil, que creo de mayor importancia para la Patagonia, pues buscaba a través de los Andes un "Paso" llano y fácil que la pusiese en comunicación con el Pacífico, porque en el caso de poblarse alguna vez con ganados, única industria en perspectiva por el momento, esa comunicación cerca de este paralelo sería de vital importancia para su destino futuro.

. . . . . .

Sólo una de estas cuencas, la del Santa Cruz, fué visitada por el ilustre naturalista Darwin, y al estudiar su formación o estructura geológica imaginó que fuese un antiguo estrecho que, como el de Magallanes hoy, unía en otra época el Atlántico con el Pacífico. Por tanto dando como exacta la hipótesis de este sabio, vendríamos a tener que, siguiendo constantemente por el cauce del antiguo Estrecho, se pasaría los Andes por una depresión no mayor que las más altas mesetas que lo limitan hoy y que entonces debieron ser sus costas. Si así no fuese no podía haber existido comunicación.

Las mesetas a que me refiero tienen una altura media de 3.000 pies, y como el lago Argentino está elevado a 400 pies, más o menos, sobre el nivel del mar, resultaría que, si hoy la comunicación terrestre, o sea el "paso" de que hablado, existiera, la mayor elevación que habría que subir sería aproximadamente de 2.800 pies sobre el nivel del terreno, o mejor dicho, del lago que es el límite por el oeste del citado valle del Santa Cruz.

Al trazarme bien o mal en la imaginación este itinerario, ya sabía yo que era impracticable, porque las costas de los canales del lago Argentino, que como hilos de Ariadna debían llevarnos al otro lado, son altísimos cerros escarpados, intransitables por ninguna parte.

No quedándome esperanza alguna de conseguir mi objeto por aquí, dirigí mis ideas a otro lado y me acordé que las cuencas del Chalia o del río Chico, que personalmente había visitado, eran casi iguales a las del río Santa Cruz; la misma disposición, forma y altura de las mesetas; los mismos caracteres de estructura, y presentando en fin tal analogía unas con otras, que juzgué por mí mismo que si ésta fué considerada como un estrecho antiguo, las otras también pudieron serlo y en este caso se hallaban en condiciones de ofrecerme el "paso" que buscaba.

. . . . . .

Una vez que concebí aquella creencia, elegí el valle del Chalia o Koong para remontarlo y hacer mis rebuscas a inmediaciones del lago San Martín. La costa norte de éste encerraba, por otra parte, para mí un misterio que tarde o temprano me había prometido develar.

LA PARTIDA (14 DE DICIEMBRE DE 1879)

El señor Marcelino Mouret se ofreció a acompañarme; aceptando agradecido su oferta, reuní los pocos elementos propios con que cuento y nos pusimos en marcha con él, un asistente y un indio el 14 de diciembre p. p. con rumbo a las cordilleras, siguiendo el camino de los indios por el valle del Chalia.

Al salir iba lleno de esperanzas; más de una vez, contemplando la carta general de la costa, había procurado adivinar la relación que existía entre las bahías que por este lado del Pacífico se internan hacia el este por el mismo paralelo de la latitud de los valles citados; y al ver que los extremos de unos y otros parecían buscar o encontrarse entre sinuosidades de la cordillera, me parecía hallar en ello algo más que un simple capricho de la naturaleza al situarlos de esta manera.

. . . . . .

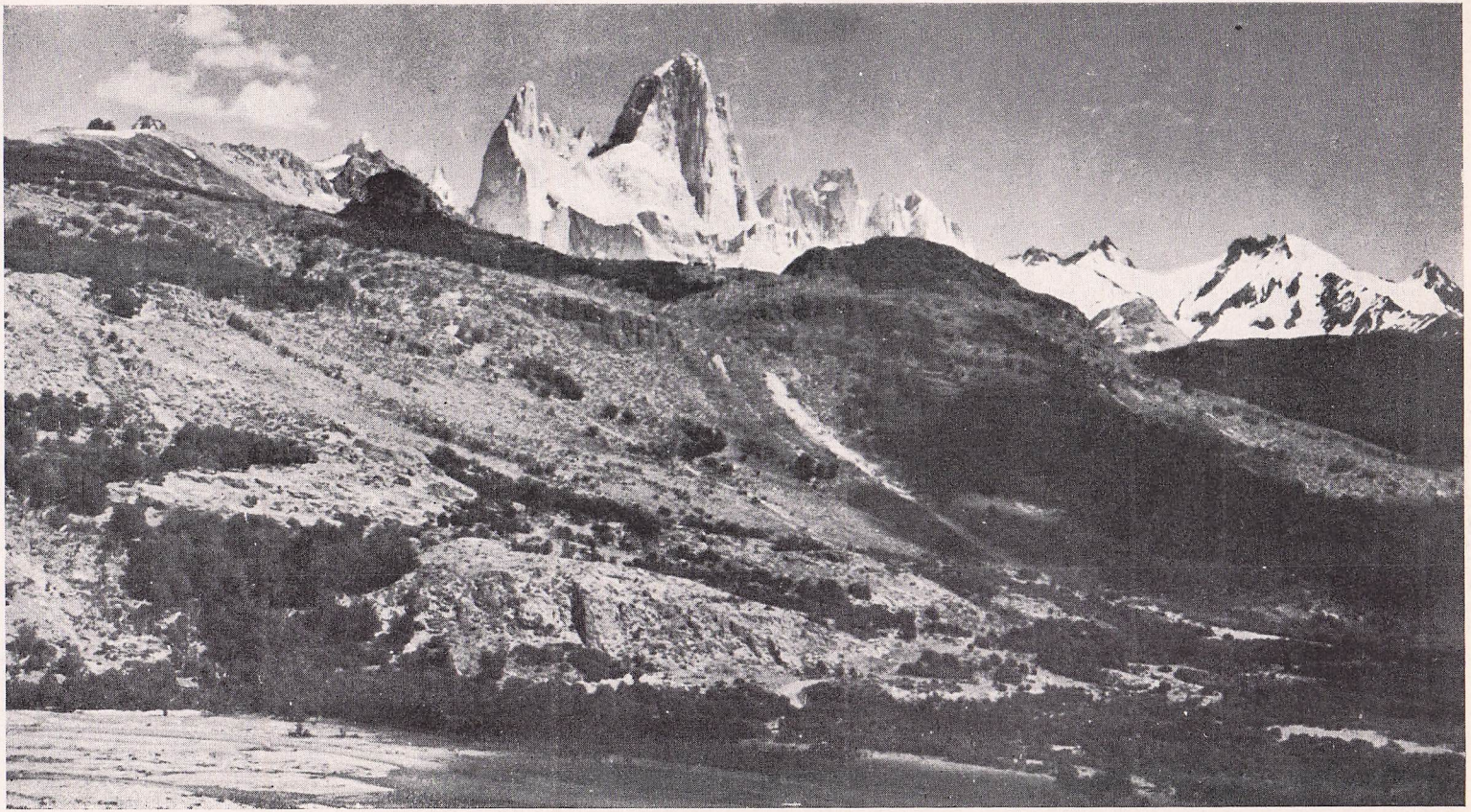
Fósiles

Día 25. Hemos regresado nuevamente al valle del Koong o Chalía y al atravesar el valle estéril, de que he hablado, encontramos abundan grandes trozos de madera petrificada. En uno de éstos vimos mezclados con la madera algunos huesos fósiles pertenecientes a un animal que debe haber sido de gran tamaño: estos huesos están completamente desmenuzados y sólo hay un trozo que puede darnos una idea de las dimensiones de su dueño; su mayor diámetro mide 12 pulgadas y por su forma parece parte de una costilla, en cuya creencia puedo estar equivocado porque no soy perito.

Estos fragmentos, que trataré de llevar a mi vuelta para algún museo, me hacen pensar en la poca suerte nuestra, que al recibir en herencia la actual época geológica no encontrásemos sino páginas medio borradas y en blanco para llenarlas de hipótesis en vez de la historia completa e indubitable de lo que hubo antes y en el momento del cataclismo que de un solo golpe sepultó a todos esos seres como éste que nos muestra hoy sus restos mezclados con el bosque que lo abrigaba; historia que tal vez miraríamos como las de Edgar Poe o las de Gulliver, porque no tendríamos para ello otra unidad de comparación que aquella con que procuramos hoy explicarnos una parte de lo que pasó.

El Chaltel (Fitz Roy)

Desde aquí se distinguen perfectamente los contornos del Chaltel, elevado pico, que en nuestro viaje de 1877, con el señor Francisco P. Moreno, tomamos por un volcán guiados por las contestaciones afirmativas que nos daban los indios cuando los interrogábamos al respecto; y debido a los cuales, por una ilusión óptica fácil de suponer cuando hay de antemano una idea preconcebida, tomábamos por humo algunas nubes de las muchas que constantemente lo cubrían o pasaban por su cima.



El Chaltel, rey de los Andes australes

(Foto Néstor Gianolini)

Brazo del lago San Martín

(Foto A. Madsen)

Al observarlo hoy con la mayor atención y desde hace varios días, ayudado por una atmósfera completamente clara y por un buen anteojo, de que entonces carecíamos, no sólo no he podido notar la menor señal de humo ni rastro de ceniza en sus flancos, sino que el examen de sus contornos y su cima me han convencido que no es un volcán; ni activo ni apagado, y sí un notable y bonito pico de formación eruptiva, que creo es el último límite al sudoeste del macizo de montañas que del noroeste al sudoeste limitan el lago San Martín, y que preceden a la gran Cordillera cuyos picos nevados se ven hacia atrás.

La particular atención que he prestado al Chaltel proviene de que, averiguando últimamente a los indios, con mayores conocimientos de su idioma sobre el modo y forma en que se verifican las erupciones, me he convencido plenamente que estos bárbaros ni saben ni se explican lo que es un volcán, no habiendo visto nunca salir humo ni fuego de la cumbre de éste; que al contestar afirmativamente a nuestras preguntas anteriores, lo hacían por la costumbre que tienen de no confesar ignorancia en ninguna cuestión que se refiere a sus tierras. Es inexacto igualmente que hayan estado a su pie, porque no es probable llegar a él sin salvar obstáculos insuperables al poco interés y ninguna curiosidad del indio.

. . . . . .

Otra vez el lago San Martín

Día 8 de enero de 1880. Me considero indemnizado de las fatigas inherentes a todo viaje, por el placer que siento de ver nuevamente el salvaje y bellísimo panorama del lago San Martín, encerrado por altas montañas cuyas cimas semejan monumentos que la imaginación reconstruye.

. . . . . .

El viento, frío, seco, y acompañado a veces de una granizada, es una de las mayores incomodidades que puede sufrir aquí el viajero, que día y noche se ve atormentado por él. Los arbustos que nos rodean, con sus troncos encorvados todos invariablemente al este, nos hacen comprender con su muda elocuencia que no debemos esperar los días de calma que tanto deseamos, hasta tanto no cese el inmenso desequilibrio que motiva estos temporales, debido al calor abrasador de las planicies del este y el frío glacial de las nevadas cumbres del oeste.

Es preciso aguantar personalmente estos vientos *"a la belle etoile"*, como lo hacemos ahora, para formarse una idea de lo incómodos que son.

Las rompientes del lago hacen un ruido atronador, y a pesar de estar a más de 60 metros de la costa, nos moja siempre una ligera garúa hasta obligarnos a ponernos fuera de su alcance.

Día 9 y 10. El viento continúa con una violencia tal, que no nos permite seguir adelante, a pesar de nuestros ardientes deseos.

El témpano cambia de lugar, y la hendidura que tiene en el

centro le da la forma curiosa de un pailebot navegando con sus cangrejos desplegados.

Me ocupo en rectificar el croquis, lamentando que gruesos nubarrones me impidan tomar la altura meridiana.

Con los anteojos distingo los espesos bosques de robles que adornan las faldas de las montañas.

Desde el mar hasta el punto donde estamos, la vegetación y los caracteres todos del terreno son constantemente iguales: por más que se adelante, se ve siempre lo mismo que se vió desde la costa del mar, con la sola diferencia de que siendo aquí más abundantes las lluvias, los arbustos de la costa llegan aquí a veces a la categoría de semiárboles, y la vegetación en general es un poco más frondosa; pero al llegar a la región andina, con cuyo nombre no puedo calificar aquí sino la que empieza en los primeros cerros, no sólo la vegetación sino hasta los animales son sustituídos por otros. De un lado mesetas más o menos altas con su monótona y no interrumpida vegetación compuesta de pastos fuertes y ralos, y algunos arbustos entre los que predominan los que aquí llaman incienso o molle, calafate o mata negra, pero todos encorvados y raquíticos, a cuya sombra apenas alcanza a cobijarse el guanaco; y del otro lado vemos escarpadas laderas cubiertas de bosques casi impenetrables de grandes árboles, entre los que predomina el "Fagus antarticus"; hondos valles donde abundan pastos tiernos que a veces baja a comer un ciervo característico de esta región, el huemul de los chilenos; se ve en fin más vida, más animación, más bellos paisajes por dondequiera que se ande aquí, y al pasar en pocas horas, casi sin transición, de una región a otra, se creería despertar de un sueño empezado en un país muy lejano.

Día 11. A pesar del fuerte viento, que no cesa, resolvemos salir a rodear el lago hasta donde nos fuese posible por el E.N.E.

El arroyo, poco considerable y pantanoso, es el río que años antes nos habían dicho los indios que entraba al lago, exagerando sus dimensiones.

Atravesamos algunas colinas, y comenzando a ascender la montaña, a poco andar llegamos a los primeros bosques, que hacen penosísima nuestra marcha.

Caminando por la falda, hubimos de volver atrás varias veces, porque los numerosos arroyos que de ella se desprenden están cubiertos en sus orillas de impenetrable bosque, que nos hace dar muchas vueltas y rodeos para pasarlos, lo que comúnmente ejecutamos al fin por los caminos o senderos de los ciervos.

Llegamos por último a un lugar donde es imposible seguir adelante con los caballos, y entonces resolvemos seguir a pie a la cumbre de la montaña en el punto que tiene menos elevación y forma una pequeña quebrada.

Nuevo lago (en realidad un brazo del San Martín)

La ascensión es fatigosa por el viento y las piedras que ruedan bajo nuestros pies, y a poco andar comienzo a oír un sordo rumor

cuyo origen preveo y me da aliento para adelantarme algunos metros a mi compañero.

Algunos pasos más y oigo ya distintamente el rumor característico del mar cuando bate la playa. Hago un esfuerzo y consigo llegar a la arista de la montaña, desde donde contemplo con asombro y con un placer inmenso el cuerpo principal de un lago completamente desconocido para la geografía.

Algunos segundos después llega mi compañero el señor Mouret, y no es menor la alegría que experimenta.

La montaña cae verticalmente sobre las aguas que chocan furiosamente sobre ella produciendo un ruido atronador, y este precipicio de miles de pies de altura causa vértigo.

Al llegar a la cumbre, saliendo del resguardo que nos proporcionaba la pendiente, adquiría allí el viento una violencia tan extraordinaria como no he experimentado en ninguno de mis viajes, ni por mar, ni por tierra. Baste decir que no podíamos tenernos parados y luchamos algunos minutos para avanzar ocho o diez metros hasta ganar el abrigo de un gran block de piedra, desde cuyo punto tenía nuestra vista más amplitud.

La figura de este lago es extraña, pues no se presenta en un solo cuerpo sino que se forma de numerosos brazos que se internan en las montañas y siguen sus ondulaciones. Donde quiera que alcance la vista, presentan éstas el aspecto más salvaje y desolado que se pueda imaginar con sus flancos escabrosos y perpendiculares y completamente desnudos de vegetación. Hacia el este de un recodo, se ven salir tres sillas de cerca de una milla cada una y formada por una sola masa de piedra rojiza y pelada.

La depresión bien acentuada de las montañas del oeste y noroeste dejan seguir sin ninguna duda la ondulación y dirección de los brazos más anchos.

Estos brazos o canales deben internarse mucho más de lo que indica el croquis, porque hasta donde alcanzo a ver (20 ó 25 millas), no hay ni rastros de nieve; y el témpano que este lago ha lanzado al San Martín tiene necesariamente que haberse desprendido de alguna montaña con nieve eterna o algún glaciar del que no hay a la vista vestigios; por lo tanto creo que sus aguas bañan el pie de la misma Cordillera y se internan entre éstas y la precordillera hasta juntarse con el lago Viedma.

Cualquier aficionado a viajes habría envidiado mi posición en la elevada cresta de aquel monte, desde donde podía contemplarse tan bello panorama. Tenía a la vista, a mi frente y a la espalda, los dos únicos lagos de esta región que no habían sido vistos por el hombre civilizado hasta 1877, en que con el señor Moreno visitamos el San Martín, pues que el Argentino era ya conocido antes por Feilberg y la expedición Piedra Buena; y el Viedma fué visitado mucho tiempo ha por el intendente de las colonias del Río de la Plata en la Patagonia. Al canal de comunicación que queda a mi izquierda, oculto por un alto cerro, le di el nombre de "Chacabuco", y no bauticé el lago porque prefiero que lo haga por mí el señor presidente del Instituto Geográfico, doctor Zeballos, pues que deseo

darle de cualquier modo una ligera manifestación de agradecimiento por las bondades con que me ha honrado.

El sol declinaba ya, y hechas las narraciones necesarias dejamos con sentimiento aquella montaña desde donde dominábamos un paisaje que no se borrará jamás de mi memoria.

Al volver contentos y satisfechos a nuestro vivac, brillan en nuestra mente mil fantásticos proyectos de expediciones que muchos años no bastarían a verlas realizar. Confieso que en ese momento nos hallábamos dominados por esa fiebre cuyo nombre ignoro, o no lo tiene, que haciendo converger todas las facultades del hombre hacia un sólo objeto, lo hace marchar hacia él sin que haya dificultad que lo detenga ni peligro que lo arredre.

. . . . . .

Días 14 y 15. Hemos hecho cuanto es posible para seguir adelante, ya sea para reconocer mayor porción del lago o para buscar el "paso" de los Andes que tanto deseo encontrar; pero nos es forzoso reconocer que por este lado estamos encerrados, y que cualquier tentativa nos costaría quedarnos a pie porque los caballos no tienen herraduras.

El único medio de recorrer este lago sería con el empleo de una buena embarcación que pudiese resistir los malos tiempos fondeada, pues una vez internada en él no creo pudiese encontrar buenos ancones o pequeñas bahías donde guarecerse, porque si el viento llegara a echarla sobre cualquiera de estas costas desnudas y escarpadas sería segura la pérdida de sus navegantes, pues o se ahogarían o quedarían fuera del alcance de todo auxilio. Con la ayuda de un carpintero que construyese una o dos embarcaciones con la abundante madera que aquí hay, podría tentarse esta aventura, con éxito casi seguro eligiendo la estación en que haya menos viento y tomando en fin todas las precauciones que la prudencia y la práctica deben dictar al marino.

. . . . . .

En latitud 48º, 54' y longitud 72, 23', 50" oeste de Greenwich sitúo la cumbre de un cerro al que doy el nombre de Alvarez[1].

. . . . . .

Esta expedición, sumada a las anteriores, y el trabajo cartográfico consiguiente valieron a Moyano el ascenso a capitán. (9 de julio de 1880.)

---

[1] Más detalles de este viaje en la obra citada: *Viajes de exploración en la Patagonia.*

FESTEJO DEL DÍA DE LA PATRIA EN LA PATAGONIA

El glorioso día de mayo ha sido festejado con entusiasmo verdadero en estas apartadas regiones, que a pesar de su monotonía tienen algo de encantador, y donde, si hay solamente un puñado de argentinos, no por eso dejan de tener un corazón que late con fervor patrio. Se sirvió un asado de guanaco y picana de avestruz, y por vino, a falta de otro, se hizo uso del que trae el río desde la cordillera, que es muy puro y cristalino. La bandera que flamea aquí desde el 1º de diciembre del año pasado, fué saludada con todos los honores de ordenanza.

El jefe, teniente Moyano, pronunció algunas palabras alusivas a la expedición de la marina de guerra por la posesión efectiva de Santa Cruz, cambiando felizmente su objeto bélico en paz y progreso de las mismas naciones que tan próximas se hallaron a los desastres de la guerra, puesto que un solo cambio de cañonazos en estos parajes, habría sido el estallido del conflicto sin término calculable. Es verdad que la paz es una bendición para las dos repúblicas que en otros tiempos supieron confundir su sangre en los campos de batalla, en busca de lo más grande que pueden ambicionar los pueblos: *su libertad.*

("Argentina Austral", número 157.)

COMUNICACIONES CON LOS SUYOS

La sed insaciable de nuevas exploraciones, con cada una de las cuales agregaba un aporte a la geografía, lo privaron durante muchos años de ir a Mendoza para abrazar a los suyos. ¡Cuánto lo deseaba!

A comienzos de 1879 anunció a su hermano que pensaba ir muy pronto a hacerles una visita. Al contestarle Alejandro, le dice entre otras cosas:

. . . . . .

Irá a recibirte todo Mendoza, que se enorgullece de tener un hijo como tú. Estas no son palabras mías, sino que las he visto escritas muchas veces en *El Constitucional,* que continuamente te tributa merecidos elogios y no deja de transcribir ni uno solo de los que te hacen los periódicos de Buenos Aires.

. . . . . .

Pero aquel propósito no pudo realizarse todavía.

Las cariñosas cartas de Mendoza, especialmente las del hermano y de la tía Clarisa, las esperaba con ansias Moyano

en su soledad; esas cartas eran despachadas con la mayor frecuencia posible en esos años, pero muy pocas llegaron a destino. En una le decía Alejandro:

Continuamente te escribo, y por tu última veo que hace más de un año que no recibes ninguna de las nuestras...

Las encomiendas sufrían igual o peor suerte. Respecto de una le escribe su hermano:

. . . . . .

N. N. lleva el encargo de entregarle la encomienda al señor Richmond para que él te la remita, y sólo así se conseguirá que llegue a tu poder. Con mucho gusto y con más frecuencia te remitiría encomiendas, pero doy con la dificultad de que rara vez van personas conocidas directamente a Buenos Aires, y para mandar cualquier cosa al señor Richmond, es preciso un agente que la reciba en Villa Mercedes, a donde llega el ferrocarril, y otro en el Rosario para hacerla llegar a Buenos Aires; al pasar por tantas manos todo se pierde.

No obstante Moyano recibe algunas cartas que lo llenan de alegría en su aislamiento. El recuerdo de los suyos lo acompaña siempre, y sus problemas le interesan.

Amaba tiernamente a su hermano, que trabajaba con tesonero afán en la lejana Mendoza sin lograr mayor provecho. Cierta vez se entera de que se halla en dificultades y en seguida remedia la situación. En noviembre de 1879 le responde Alejandro al respecto:

Contesto a tu cariñosa carta fecha 13 de febrero, que recién ayer he recibido. Veo que con mucho retardo has recibido las nuestras de febrero.

. . . . . .

Te agradezco el ofrecimiento desinteresado que me haces de lo que posees en San Juan, y mucho más todavía tu deseo y buena voluntad de ayudarme a mejorar mi situación para que trabaje con alivio. Gracias, hermano querido. Pensamientos tan nobles y generosos son propios sólo de hombres de corazón como el tuyo. ...En 16 años de constante y honrado trabajo no he podido adquirir todavía bienes de fortuna suficientes para vivir con holgura en mi vejez, pero la fuerza de voluntad que tengo de seguir aquel propósito, la fe que nunca me abandona y el convencimiento de que tarde o temprano premia Dios al que marcha por el sendero de la virtud, me alientan en mi empeño de asegurar el porvenir de mi familia.

Pienso que por un exceso de cariño fraternal, o que estés en la creencia de que mi situación es demasiado afligente, me ofrezcas tal vez lo único que tengas.

. . . . . .

JUICIOS PERIODÍSTICOS

De *El Constitucional,* de Mendoza, 11 de septiembre de 1879:

Este joven mendocino, explorador de los lagos donde se forma el río Santa Cruz, debe efectuar en breve tiempo un importantísimo viaje, saliendo de la isla Pavón en dicho río, e internándose al norte, hasta llegar al Río Negro. Este viaje tiene por objeto abrir un camino que sirva para la conducción de ganado. Hacemos votos por el éxito de la empresa que va a acometer el intrépido teniente Moyano.

De *La Prensa,* de Buenos Aires, marzo 1 de 1880:

Últimamente se ha llevado a cabo una exploración a las cordilleras de estas latitudes.

El explorador que se ha internado valientemente en el corazón de los gigantescos Andes es el teniente de la Armada don Carlos Moyano, oficial tan modesto como inteligente e ilustrado. Lo acompañaba el señor M. Mouret.

Los resultados de esta exploración han sido coronados por el mejor de los éxitos, habiendo llegado hasta un punto donde ni los indios conocían.

El principal descubrimiento que se ha hecho, es el de un gran lago, también fuente del Santa Cruz, y mucho mayor que el "San Martín" que fué descubierto por el mismo explorador en compañía del señor Moreno en 1877.

El explorador no ha querido bautizar el nuevo lago, dejando esta prerrogativa al Instituto Geográfico Argentino, a cuya sociedad dirigirá en breve su informe y croquis correspondiente.

CARTA DE MOYANO

En abril de 1880 Moyano vuelve a anunciar a los suyos que irá a visitarlos; esa noticia los llena de contento, pero nuevamente es aplazado el viaje, pues sus deberes lo reclaman.

Alejandro sigue paso a paso los adelantos de su hermano; siente íntimo contento con sus progresos, pero al mismo tiempo sufre pensando que le cuesta tanto sacrificio y peligro. En una de sus cartas le dice:

Soy extremoso con los pocos deudos que me quedan y me ha entrado fiebre por verte, tanto que si no vienes pronto, tendré que ir a Santa Cruz a verte. Basta ya de una separación que tanto se prolonga... Tu vida está llena de peligros y privaciones... No has imitado a los que sin salir de las oficinas se engrandecen medrando a la sombra de un mentido patriotismo. La gloria que te ha cabido de ser uno de los primeros que ha llegado a esos parajes, sin que te guiase otro móvil que el engrandecimiento del país, con peligro de tu vida, es un laurel para tu frente. Tu nombre sin mancha ha de figurar en la geografía y la historia argentinas.

...Conozco tu carácter y calculo que habrás hecho mucho más de lo que se menciona. Estimo cuanto te concierne, y cuando supe que has estado a punto de perecer de hambre y otras veces ahogado, o a manos de los indios, se me han caído las lágrimas como a un niño a pesar de creerme bastante hombre y serme muy conocido lo que es sufrir.

...Muy satisfactorio me ha sido ver que piensas con el criterio y la madurez de un hombre de experiencia; te agradezco sobremanera los consejos que me das.

CABALLO DESBOCADO

Realizaba mi padre una de sus exploraciones reconociendo lugares y levantando planos. Marchaba por una de las mesetas basálticas. El crepúsculo ya casi tocaba a su fin, pero él deseaba llegar a un paraje determinado para acampar esa noche. Pronto alcanzarían el borde de la meseta y se dirigieron hacia un lugar donde fuera fácil el descenso.

Ya los envolvían las primeras sombras, cuando de pronto su caballo se asustó de algo que se movía en la semioscuridad y, espantado, echó a correr desbocado.

Mi padre procuró por todos los medios sofrenarlo, o desviarlo, pero todo fué en vano, corría enloquecido sin rumbo, indócil a todo gobierno. El borde de la meseta estaba próximo y allí se desbarrancaría irremisiblemente.

Había que tomar una determinación rápida. Podía saltar del animal y salvarse, pero junto con el caballo se perderían los instrumentos indispensables para continuar los trabajos, y las anotaciones de lo ya realizado, que se encontraban en los bolsillos de la montura.

No podía perder un momento. Sin titubear sacó el revólver y apuntando a la cabeza del caballo disparó el arma, dando

él un salto hacia un lado con la agilidad que le era característica.

En esa forma salvó lo que tenía para él un valor inestimable, aun cuando tuvo que sacrificar su cabalgadura, que de cualquier manera ya la contaba por perdida, pues en la ciega carrera iba a caer en el barranco.

BRÚJULA

En los trabajos que requerían brújula, comprobó que en ciertos lugares de la Patagonia la aguja magnética sufría desviaciones anormales muy notables, por lo que dedujo que debían existir en esos parajes yacimientos de metales que producían esos fenómenos en el instrumento. De ellos habla así en uno de sus diarios de viaje:

. . . . . .

No debe pasar desapercibida una observación hecha en estos parajes: las perturbaciones que sufre la brújula, debidas quizás a la proximidad de depósitos minerales. No es posible fijar con exactitud estas perturbaciones, que varían con las localidades. En monte Mayo llegó a observarse una variación de 69º 33' al NE.

. . . . . .

El vallecito donde nos encontrábamos es una depresión que corresponde a un angosto brazo del lago. Es un lugar pintoresco cubierto de bosques y altos pastizales. Estamos completamente encerrados y nos es imposible rodear de nuevo el lago porque sus costas son todas barrancas de piedra intransitables, ni a pie ni a caballo. La naturaleza pone un dique infranqueable a la ardiente curiosidad que nos domina.

Día 13. Sobre el horizonte del lago[1] y con el sextante de bolsillo, único que felizmente ha llegado en buen estado, tomo la altura meridiana, y me da para este punto 49º 02' 24" latitud sur. Las marcaciones que hago para trazar el croquis no me inspiran mucha confianza, porque de las filtraciones del lago y algunos manantiales se forma un arroyo en cuyo lecho noto mucho óxido de hierro que seguramente se desprende de los cerros vecinos, y me hace sospechar

---

[1] La mención de la meridiana tomada en el horizonte del lago nos la confirma recientemente el ingeniero Norberto Cobos que frecuentó a la familia de Moyano. Éste le refirió que a falta del horizonte de mercurio para el sextante, utilizaba el espejo de agua de los lagos, con la precaución de echarse de bruces en la orilla.

alguna variación en el compás, que no puedo comprobar por falta de horizonte a las horas convenientes para tomar el azimut; pero rectificaré por marcaciones desde el cerro "Pájaro" cuya demora es de 70° este.

Cóndor andino

IX

CUARTA EXPEDICIÓN (1880)

LA RUTA DE LOS ARREOS

Desde hace algún tiempo preocupa al teniente Moyano la necesidad de abrir una ruta de norte a sur para iniciar la explotación ganadera en Santa Cruz.

En carta de Santa Cruz, de 13 de mayo de 1879 expresa su proyecto al coronel Alvaro Barros, flamante gobernador de "la Patagonia", en el Carmen:

Movido por un sentimiento que V. E. apreciará debidamente, me permito dirigirle ésta, solicitando su cooperación para llevar a buen término la idea que me atrevo a creer traerá algunas ventajas para estas despobladas comarcas, si fuese posible realizarlas con felicidad.

Me refiero al medio de facilitar la colonización en regular escala, de varios puntos de esta costa, trayendo ganado vacuno y caballar, por tierra desde Patagones a ésta.

Varios años hace, señor, que trato de ayudar con mis débiles esfuerzos a la colonización de esta comarca, y por la experiencia adquirida veo las dificultades que ocasionarán las conducciones de ganado por mar, lenta y morosísima tarea, que cualquier contratiempo puede interrumpir o desbaratar.

Para salvar, pues, este inconveniente, que retardaría mucho el desarrollo de las futuras colonias, para adquirir otro medio mejor, he recogido datos que me han dado la casi certidumbre de que es posible conducir cuatro o cinco mil cabezas de ganado, desde Patagones hasta aquí, sin faltarles agua ni pasto por el camino de los tehuelches.

La prueba de esto es que continuamente llegan de esa procedencia, pequeñas tribus con dos o trescientas yeguas y algunas vacas; y hace diez o doce años que nos trajo hasta doscientos animales.

Pero esta casi certidumbre no es suficiente para el fin propuesto, y dado el caso de que V. E. creyera digna de aceptarse la idea, y mientras se arbitran los medios de realizarla, quiero aprovechar este intervalo, para ir por tierra de aquí a Patagones para cerciorarme de ello personalmente, y asegurarme sobre el campo, si se puede o no atravesar la Patagonia con ese número de ganado, o cuando menos algo que merezca la pena, vistas las precauciones que deberán tomarse para resguardarlo de los indios ladrones y otros accidentes.

Para realizar el viaje de ida, cuento con una pequeña tribu tehuelche de ese punto, cuya honradez y buena voluntad me son conocidas desde hace años, y que se han ofrecido a llevarme hasta Patagones; así que no necesito gastos de ninguna clase, a no ser la autorización de llevar uno o dos asistentes y dos o tres caballos pertenecientes a esta colonia, y que llegado a esa población se me diesen algunas yeguas para gratificar a los indios que me conduzcan.

Una idea política, cuya importancia no escapará a V. E. me hará poner todos mis esfuerzos a fin de que ese ganado se encuentre inmediato a este río antes de la conclusión del arreglo tan felizmente efectuado con Chile, lo que nos dará la ventaja de poder hacer con él entonces, en la hipótesis de que pueda llegar, el uso que se crea conveniente y demostrar con hechos palpables que la República sólo espera ver concluído el arbitraje, para lanzar al territorio disputado una fuerte corriente de civilización. En posesión pacífica de estas comarcas, y como están llamadas a ser pastoriles, podrían repartirse de a mil vacas en cada colonia, las que pueden establecerse escalonadas en San Julián, Santa Cruz, Puerto Deseado, y en la bahía de San Gregorio en el Estrecho.

Como he dicho antes, un maduro examen de este proyecto, me hace creer que las dificultades materiales pueden zanjarse; pero si a mi llegada a Patagones, causas posteriores lo hiciesen irrealizable, no habría ningún perjuicio; porque los pequeños gastos que he indicado quedarían a mi cuenta; y todo se reduciría a mi licencia por el tiempo del viaje, que me proporcionaría por otra parte el honor de informar a V. E., según me permitiesen mis escasos conocimientos, sobre la región que debo recorrer, siendo mi itinerario el siguiente: seguir el camino de los indios, remontando el río Chico hasta cerca de las cordilleras, doblar con él al norte, llegando al río Senguerr, bajar por éste hacia el Chubut y desde allí atravesar Patagones por caminos conocidos ya. No ignoro las dificultades de este viaje pero tengo la esperanza de vencerlas.

Temo ya, señor, haberme extendido demasiado, y concluyo rogando a V. E. que si no encuentra en esto nada digno de tomarse en consideración, se sirva no dar a esta comunicación carácter oficial; y si en caso contrario, cree que mi viaje puede ser útil desde cualquier faz, lo pongo bajo su patrocinio, pidiéndole se sirva recabar la autorización correspondiente para efectuarlo, dejando interinamente mi puesto en este puerto.

Tengo el honor de saludar a V. E. con mi mayor consideración y respeto.

CARLOS M. MOYANO.

Según veremos más adelante, esta carta no mereció contestación del destinatario.

DEL BOLETÍN DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO

En el tomo II del año 1879, el doctor Zeballos dice así:

De algunos años a esta parte se nota un impulso consolador en los adelantos de la geografía argentina.

Nuestro país, dueño de vastos territorios, en cada uno de los cuales pudieran prosperar varias agrupaciones humanas tan numerosas como las más adelantadas de Europa, apenas los conocía, y sin embargo no fomentaba con sistema ni decisión el progreso de las investigaciones científicas.

Más adelante, al referirse al viaje de don Francisco P. Moreno:

En su viaje al río Santa Cruz fué acompañado por el teniente Moyano de la Armada Nacional, quien levantó las cartas de la exploración, era, podemos decirlo así, el oficial de derrota.

El teniente Moyano tuvo la deferencia de consultarme pidiéndome consejo sobre la publicación de los resultados de sus viajes; y yo le contesté que no lo haga todavía.

Reserve, le decía, todas las observaciones y valiosos estudios que haya hecho en sus viajes, procure corregirlos y completarlos, y después de realizar su nueva e importantísima cruzada de Santa Cruz a Río Negro, dé a luz una relación de viajes con la carta geográfica correspondiente, y será ella la más exacta y adelantada que exista del interior de aquellas vastas comarcas, conquistando su autor la justa celebridad de ser uno de los que hayan recorrido y explorado la mayor extensión de la Patagonia.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

Buenos Aires, 1º de septiembre de 1879.

JUICIOS DE LA ÉPOCA

De un boletín de Instituto Geográfico

Hay otro proyecto de exploración de la Patagonia y es por cierto muy importante. Lo ha planeado y se propone realizarlo el teniente de la Armada don Carlos M. Moyano, oficial tan modesto como laborioso.

Ha explorado ya el río Santa Cruz juntamente con el joven Moreno, el río Chico con el joven Lista, y ha realizado además otras excursiones al río Gallegos, Punta Arenas, Puerto Deseado, San Julián y otros parajes.

Su nuevo proyecto de exploración ha sido comunicado al Gobierno.

DE "EL CONSTITUCIONAL", DE MENDOZA, 6 DE MAYO DE 1881:

La expedición Moyano

El siguiente suelto que tomamos de *El Nacional,* se refiere a una expedición atrevida y de grandiosos resultados que intenta llevar a cabo el joven teniente de marina don Carlos Moyano, hijo de esta provincia.

Habla el colega citado:

Fué Moyano el primero que concibió la idea de trazar un camino terrestre por la costa, desde Santa Cruz hasta Patagones.

La importancia del proyecto era reconocida por todos, pero pocos lo creían realizable. De aquí la inutilidad de las instancias del teniente Moyano para obtener los elementos necesarios a su empresa.

Hoy el expediente ha bajado la prima. Ya no pide cinco caballos y dos raciones de tropa por cuarenta y cinco días; solicita únicamente permiso para ausentarse por dos meses de su ínsula, de aquella famosa ínsula Pavón, donde ha permanecido cuatro años con la bandera en la mano, deteniendo como Manlio las invasiones extranjeras.

—Yo haré la expedición con cuatro meses de sueldo que tengo ahorrado, dice; sólo pido que el Gobierno me acuerde una licencia temporal, para dejar mi puesto de Subdelegado; y si se cree que esto no es conveniente, que se me acepte la renuncia que desde luego interpongo, mandándoseme revisar por una plana mayor.

Pertinaz el mozo, y si no fuera cosa averiguada, que en la costa patagónica no hay metales preciosos, creeríamos que andaba en busca de algún "Trésor des Incas". Rara vez toma el patriotismo forma tan desinteresada; lo común es que el mérito de estas expediciones se gradúe por los pesos que cuestan al tesoro público.

En fin, como creemos que el Gobierno deferirá las modestas exigencias del teniente Moyano, nos avanzamos a saludar como un hecho el descubrimiento de la buscada ruta. Conocemos el plan del explorador y no dudamos del éxito.

Prepárense, pues, para recibir en la Estación 25 de Mayo, una comitiva de tehuelches que habrá recorrido cuatrocientas leguas de

desierto desconocido, para abrir paso a la civilización hasta sus propios aduares.

Son éstos los acompañantes de Moyano. El día fijado concurrirá cada uno con sus caballos, sus boleadoras y sus armas, a devolvernos después de cerca de tres siglos la visita legendaria de Hernandarias de Saavedra.

La expedición Moyano será la más seria y la más fecunda en resultados que habrá llevado a cabo un hijo de esta tierra.

DE "LA PRENSA", DE BUENOS AIRES, DE 21 DE JULIO DE 1880:

Territorios patagónicos

Con mucho retardo llega correspondencia de los mares del sur.

. . . . . .

La Subdelegación de Santa Cruz está perfectamente desempeñada por personas ilustres como el subdelegado teniente don Carlos Moyano, el subteniente Paz y los señores Dávila y Buret.

El teniente Moyano es un joven lleno de abnegación, de carácter emprendedor, a quien no arredran las fatigas, pues ha puesto su corazón y su cabeza al servicio exclusivo de la Nación.

Se ha propuesto hacer de Santa Cruz una colonia que responda a las miras del Gobierno.

Atraviesa solo, en el desempeño de su cometido, aquellas selvas solitarias, sin más compañía que un indio tehuelche y un par de perros que le proporcionan el alimento.

Hace estas correrías para estudiar sus campos, sus arroyos que los atraviesan en mil direcciones, sus bosques vírgenes, sus montañas, y donde quiera que esparce su mirada, no encuentra sino una tierra que espera los útiles de labranza manejados por el hombre civilizado, para brindarle la riqueza que flota sobre su superficie y en sus entrañas.

Este verano piensa hacer un viaje acompañado solamente de dos indios, con el objeto de descubrir un camino para conducir haciendas hasta Santa Cruz, el cual los tehuelches le aseguran que existe.

Al Gobierno le ha pedido permiso exclusivamente para hacer la expedición, pues todos los gastos los hace por su cuenta, sin que le cueste al erario un solo peso m/c.

El Gobierno hará un acto de justicia concediéndole esta autorización, pues este joven tiene la seguridad de encontrar lo que no han encontrado otros exploradores que tantas sumas de dinero le cuestan a la Nación.

DE SANTA CRUZ AL CHUBUT

La primera información

El informe que presentó Moyano al Ministerio de Guerra y Marina dándole cuenta del viaje, estaba precedida de la siguiente nota:

Buenos Aires, febrero 1 de 1881.

Al señor ministro de Guerra y Marina, doctor Benjamín Victorica.

Tengo el honor de dar cuenta a V. E. del viaje que acabo de efectuar a través de la Patagonia en busca de un camino para el transporte de ganados hasta los últimos confines de aquel territorio.

Por causas que más adelante expondré, sólo me ha sido dado trazarlo hasta el Chubut y no hasta el Río Negro, como fuera mi propósito; pero a pesar de esto debo considerarme satisfecho del éxito, porque creo definitivamente resuelta esta cuestión, por ser esta parte precisamente aquella de que no teníamos, hasta hoy, datos de ninguna clase; en cambio el trayecto del Chubut a Patagones es recorrido con frecuencia por vecinos de aquel punto, lo mismo que el de Santa Cruz al Estrecho de Magallanes es transitado todo el año por infinidad de personas, y ha sido ya descripto por viajeros como Musters, Lista y Moreno, que han pasado también por allí.

El encuentro, pues, de esta vía, y los varios datos geográficos que he podido obtener en el viaje, son sus resultados que me permito ofrecer al Superior Gobierno, como también el croquis que acompaño, en el cual he reunido a los estudios de hoy los que he venido haciendo desde cuatro años atrás que he permanecido en las tierras australes, desempeñando las varias comisiones con que el Superior Gobierno se sirvió honrarme.

Desde el río Santa Cruz al Chubut, las posiciones principales están deducidas por observaciones astronómicas que he hecho personalmente, y para el resto me he servido de numerosos datos comparados de los indios, que me merecen confianza hoy día que he podido comprobar su exactitud.

El relieve de las costas, lo he tomado de las cartas marítimas; y la región del Río Negro que he tenido que agregar para el trazo de la vía, está tomada de la carta que acompaña a la obra de Napp.

Al pedir a V. E. que acepte este trabajo, no puedo menos de manifestarle la satisfacción que me causa el haber contribuído, como oficial de la Armada, a cambiar totalmente el aspecto de las cartas de la Patagonia desde cuatro años que hace que emprendí mis primeros estudios en el viaje que hicimos con el señor Francisco P. Moreno.

Antes de entrar en detalles sobre el viaje de que doy cuenta, creo conveniente expresar las causas que me indujeron a efectuarlo.

Dificultad en la vía marítima para el envío de ganado

Deseoso el Superior Gobierno de emprender la colonización en grande escala de los territorios del sur, trató de plantear algunos establecimientos pastoriles como base de la única industria en perspectiva por el momento en la Patagonia, y al efecto, comenzó a hacer por vía de prueba, algunas remesas de ganado en los buques de la carrera a Santa Cruz.

Los pocos animales que llegaron vivos después de tan largos viajes, hechos por regla general en malísimas condiciones, comenzaron desde luego a prosperar; pero su transporte tan deficiente y tan caro contrarió desde el primer momento la acción del Gobierno hasta el punto de suspender momentáneamente los envíos, por considerar que ni aún para planteles convenía pagar los precios que pretendían los contratistas, por cuanto dicha carga caería no tan sólo sobre el país, sino también sobre los colonos.

Como encargado en ese punto relativo a la colonización, sentí doblemente este contratiempo, porque las experiencias hechas con los ganados llegados me afirmaban cada vez más en la convicción que tenía de que aquellos territorios se prestaban para esa industria y veía aplazarse por mucho tiempo quizás su utilización.

La experiencia de los indígenas

La llegada de indios con caballadas en muy buen estado, salidas del Río Negro, donde recibían raciones o comerciaban sus pieles, me sugirió la idea de conocer los caminos por donde venían y aprovecharlos para el transporte de haciendas.

Conozco el modo de ser de los tehuelches, y sabía muy bien que ellos no van ni pasan casi nunca sino por parajes donde pueden irse deteniendo varios días para hacer las cacerías de que exclusivamente viven, trazando sus sendas donde no hay piedras que destruyan sus caballos sin herraduras en las marchas y en las boleadas; y además, como tienen pocos caballos, su toldo y su ajuar lo transportan en sólo dos o tres cargas muy pesadas, con las cuales sólo pueden andar cinco o seis leguas por día, teniendo por consiguiente que detenerse al cabo de ellas en sitios con suficiente agua y pasto para las yeguadas de toda la tribu.

Las primeras tentativas que hice cerca de ellos para obtener noticia de estos caminos, fueron infructuosas, porque el indio es siempre reservado cuando se toca un asunto como éste, al que da, y con razón, la mayor importancia para su seguridad presente y futura.

Contestaciones evasivas, contradictorias entre ellas y con los hechos a la vista, fueron el resultado de mis primeras investigaciones convenciéndome al fin que el único medio que me quedaba era captarme su confianza de una manera absoluta.

Principié por atraerlos haciéndoles numerosos regalos de ropas y prendas de plata que hacía llevar de Buenos Aires, y al cabo de algún tiempo sucedió lo que había esperado, es decir, que las ante-

riores noticias de campos sin agua fueron sustituídas por otras diametralmente opuestas, cuya exactitud he venido comprobando diariamente.

Conseguí además que, dado el caso, me acompañarían hasta el Río Negro dos indios en calidad de baquianos, por un número de yeguas o vacas que fijamos de antemano.

Con esta seguridad, no me faltaba otra cosa que reunir los elementos necesarios para efectuar en las mejores condiciones un viaje de reconocimiento.

Tropecé al principio con muchas dificultades, de las que la mayor era la escasez de caballos en Santa Cruz, que hacía muy difícil reunir el número necesario, pero haciéndolos comprar uno a uno hasta de Punta Arenas, reuní los que me eran indispensables.

Escribí al señor coronel Barros pidiéndole su cooperación moral y su auxilio material para que me ayudase únicamente para el pago de los baquianos, pero no obteniendo ni el honor de una respuesta, solicité directamente el permiso necesario.

Habría pedido también el apoyo pecuniario del Superior Gobierno, pero temí que cualquier contratiempo hiciese fracasar mi empresa, y por este motivo todos los gastos hasta el último momento los he hecho con recursos propios.

EXTRACTO DEL INFORME

Por el Río Chico, Cordillera y Río Senguerr

. . . . . .

Esta y otras consideraciones serias que omito por no extenderme demasiado, me hicieron preferir el camino del interior, más corto en la práctica, y en el cual los mismos accidentes naturales tan notables de la cordillera guiarían al viajero con sencillas indicaciones.

Tracé por tanto mi itinerario de la manera siguiente: seguiría el río Chico hasta los primeros cerros de la precordillera y después, faldeando por éstos, iría a encontrar la gran vuelta del río Senguerr, que corriendo al noreste me llevaría al Chubut.

El 1º de octubre ppdo. (1880) me encontraba listo para salir.

Me acompañarían don Cipriano García, excelente compatriota que como hombre de campo avezado, debía encargarse de ciertos detalles del viaje además, don Augusto Guillaume y don Francisco Poivre, franceses, vecinos de Santa Cruz, que deseaban conocer el camino; los marineros Juan Pintos y Luis González, y los dos indios baquianos Lara y Cachihuano, hijo este último del cacique Casimiro.

La práctica adquirida en los viajes anteriores me permitió organizar la expedición de manera a quedar en lo posible a cubierto de los casos fortuitos que pudieran hacerla fracasar.

Inmediaciones del lago Buenos Aires

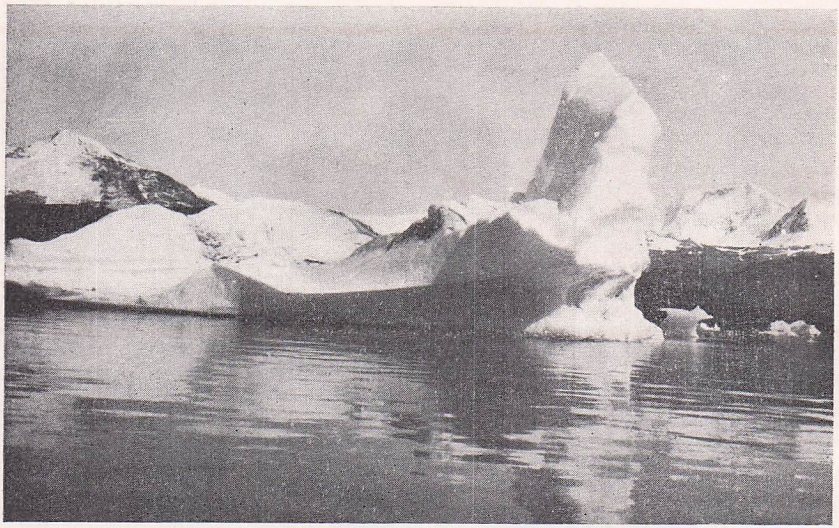
(Foto Néstor Gianolini)

Lago Buenos Aires

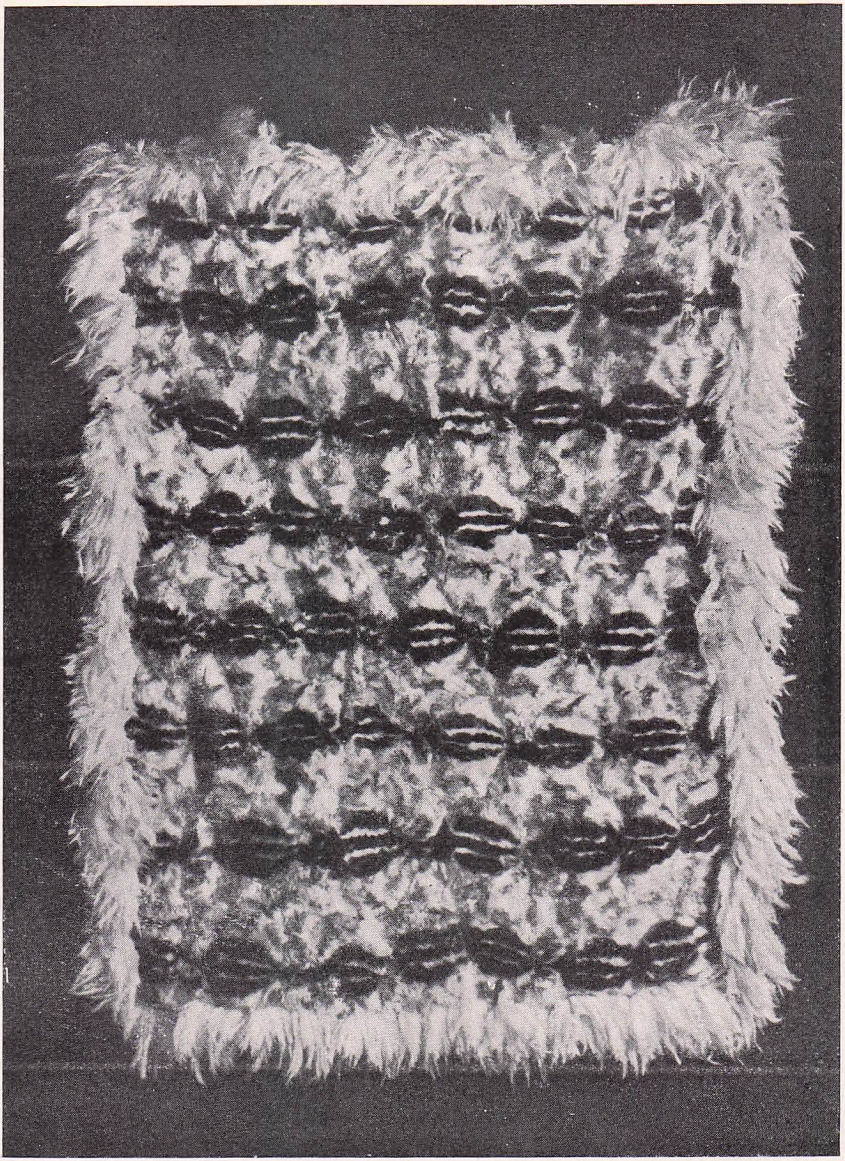
(Foto Néstor Gianolini)

Lago Buenos Aires

(Foto Néstor Gianolini)



Hielos flotantes en el lago Buenos Aires



Quillanguito de pieles de chara, regalo de casamiento de los indios tehuelches.

científica en la Exposición Geográfica Internacional que se celebra en aquella ciudad.

Creo pertinente asegurar anticipadamente a V. H., que en el desempeño de esta honrosa misión el capitán Moyano prestará indudablemente un nuevo servicio a su país, haciendo conocer en el extranjero los progresos que hemos alcanzado en aquella ciencia, debido no sólo a su consagración y distinguidas facultades intelectuales, sino también al concurso poderoso de los otros jóvenes exploradores: Zeballos, Lista y Moreno.

BENJAMÍN VICTORICA.

Del capitán de fragata Teodoro Caillet-Bois, en su conferencia en Mendoza:

. . . . . .

Esta expedición, costeada enteramente por Moyano, como casi todas las que realizó, fué considerable. Acompañábanle varios colonos voluntarios y llevaba 55 caballos y 15 perros.

Sigue al principio la ruta de Musters, a lo largo del río Chico y luego rumbo al norte, frente a la precordillera. Descubre el lago Buenos Aires, el mayor de los de la Patagonia, sin contar otros menores, y reconoce las fuentes del río Deseado. Allí se aparta del itinerario de Musters y se dirige al nordeste, en busca del recodo del río Senguerr. Sigue a éste y visita y describe prolijamente las dos grandes lagunas de Colhue Huapi y Musters, sólo conocidas hasta entonces por referencias de los indígenas y por vaga indicación de dos galenses, y llega por fin a la colonia del Chubut.

En el camino se ha entretenido en sembrar árboles frutales cada cinco leguas. No sólo no ha perdido un solo caballo, sino que todos llegan sanos y fuertes; ni un día faltaron aguadas ni pastos, y la caza fué siempre abundante. Queda pues probada la practicabilidad de la ruta, y para confirmarla, Moyano prepara en el Chubut un arreo de trescientas vacas que saldrá en la primavera siguiente para Santa Cruz.

La conquista del desierto y el arreo de Moyano

Del Chubut Moyano se proponía seguir hasta el Río Negro, por Gaimán y Choele Choel, pero era muy grande allí el peligro de indios.

El año anterior (1879) en efecto, había sido el de la expedición del general Roca, que había barrido a pampas y ranqueles hasta más allá del río Negro, dejándolos enconados; la tropa de línea había tenido que volver a Buenos Aires con motivo de una de las eternas luchas civiles, aplazando para los tres años siguientes la terminación de su obra, Moyano tuvo, pues, que renunciar a su propósito.

En cambio el gran arreo preparado en el Chubut llegó a destino

al debido tiempo y con todo éxito, sano y gordo, y merece destacarse la hazaña, la penosa marcha de doscientas leguas entre polvareda y mugidos, por pampas y páramos, mesetas y cañadones, expuesta en todo momento al temido encuentro de indígenas. Pues éstos andaban para entonces al sur del río Negro, y en la confluencia se asomaba un fortín sobre el misterioso triángulo del Neuquén, o sea sobre los dominios del poderoso Sayhueque; éste no se hacía ilusión acerca del porvenir, por más que no hubiese participado ostensiblemente en los últimos malones. Según una memoria ministerial, 1881, quienes realizaron aquel arreo de Moyano fueron sus mismos compañeros de exploración, los cazadores de pluma Cipriano García, Augusto Guillaume y Francisco Poivre, nombres que en aquella época figuran en todos los relatos patagónicos.

OPINIONES DE LA ÉPOCA

De El Constitucional, de Mendoza, enero 4 de 1881:

El explorador Moyano

El Gobierno de la Nación ha resuelto premiar las fatigas del capitán de marina don Carlos M. Moyano, hijo de esta provincia, ascendiéndolo a sargento mayor y abonándole los gastos que en su reciente viaje de exploración desde Santa Cruz al Río Negro ha hecho de su peculio particular.

Y en el número del 7 de mayo de 1881:

Carlos Moyano

Es necesario hacer ruido hueco de frases o de bombo, en nuestro país, para salir a flote sobre la superficie de los sucesos y despertar la admiración o el entusiasmo de los contemporáneos.

Hay figuras modestas que se ocultan en la sombra de su propia suficiencia, no comprendida por los mismos que la poseen, y que no salen arriba porque no mendigan los favores de la opinión.

Carlos Moyano es uno de esos jóvenes modestos y abnegados, que van abriendo la brecha con el esfuerzo propio, desmontando el camino con el vigor del brazo y la potencia inquebrantable de la voluntad.

No ha buscado el aplauso, ni lo solicita para su esfuerzo.

Ha buscado regiones ignotas, inexploradas y lejanas como teatro de sus nobles anhelos.

Trabaja por su país y para su país, allá en la tierra patagónica salvaje y desconocida, de donde no nos llega el ruido del hacha que rasga el tronco, ni de la azada que escudriña el suelo de la expedición valiente y solitaria que se interna en el bosque o avanza en la llanura.

Este joven ha luchado por la vida, por el porvenir y por la gloria con tesón verdaderamente viril.

Es ahora capitán de la Armada y ha llegado allá, no con el simple transcurso de los años estériles, sino con el trabajo rudo y tenaz.

Carlos Moyano ha nacido en Mendoza, y es para nosotros un deber recordar su triunfo y sus méritos, que también nos pertenecen.

Su conferencia en el Instituto Geográfico ha llamado con justicia la atención de los hombres inteligentes.

Reciba el joven y atrevido explorador nuestras felicitaciones sinceras.

El mismo diario de Mendoza transcribe, con fecha 7 de mayo de 1881 un artículo aparecido en el diario *La República*, de Buenos Aires:

La conferencia de Moyano en el Instituto Geográfico

Ante inmensa concurrencia que llenaba el salón del Instituto Geográfico presentó anteanoche el capitán Moyano su plano de la Patagonia y el informe detallado de sus excursiones durante cinco años en dichos territorios.

El acto fué interesante bajo todos conceptos. Un joven modesto e inteligente que nos presenta casi palpablemente las regiones desconocidas hasta ahora de la Patagonia, la relación minuciosa de su viaje, describiendo con claridad de expresión todos los accidentes de un territorio tan rico en aguas y pasto como variado por la continuidad de cerros, lagos y valles, no podía menos de cautivar la atención del selecto auditorio que lo rodeaba y el que le tributó un estruendoso aplauso al explorador argentino.

El plano de la Patagonia, es decir, al verdadero plano de la Patagonia, confeccionado por Moyano, es una obra de indiscutible mérito, tanto por la perfección y exactitud del trabajo material, en sí, cuanto porque descubre ante nuestros ojos admirados la riqueza de la región patagónica, comprendida entre el río Santa Cruz y el río Chubut.

Moyano buscaba en sus exploraciones un camino que pusiera en comunicación el Chubut con los valles andinos.

El triunfo ha sido espléndido.

Es sabido que la Colonia Chubut dispone de escaso territorio fértil. Para que la población sea un hecho práctico algún día en la Patagonia, es necesario disponer de grandes extensiones de tierra fértil y bien regada.

Pues bien, no sólo se han encontrado estos territorios por Moyano, sino que ha dejado trazado el camino que debe seguirse para cruzar con seguridad estos desiertos. El agua no le faltó un solo día, la caza y la pesca eran abundantes.

Quince días es lo sumo que se empleará para recorrer desde la Colonia Chubut hasta las faldas andinas a la altura de las nacientes del Santa Cruz.

Ha sido una verdadera revelación el relato de las exploraciones del joven marino argentino.

Ha corregido, con toda la certeza del hombre que ha visto y palpado por sí mismo la fertilidad del interior de la Patagonia, a los sabios europeos que pretendieron bautizar esas regiones con el terrible y desconsolador nombre de "tierra maldita".

Honor pues, a la República Argentina por los brillantes resultados de las exploraciones surgidas de su propio seno.

Honor al audaz y experto marino que no satisfecho con arrostrar los peligros del océano, se lanza intrépido a los desiertos de la tierra firme, expuesto a mayores riesgos por ser completamente desconocido, obteniendo resultados fecundos para el engrandecimiento moral y material de su propio país.

EL INSTITUTO GEOGRÁFICO

Para entonces el Instituto Geográfico cuenta al explorador sargento mayor Moyano entre sus socios más activos, y en 1881 le envía a Santa Cruz la siguiente nota, fechada enero 27:

Tengo el agrado de remitir a usted el diploma que lo acredita como miembro correspondiente del Instituto Geográfico Argentino según nombramiento que le fué oportunamente comunicado.

Al mismo tiempo me es grato saludar a usted en nombre de la Sociedad, agradecida a la valiosa cooperación que le ha prestado y felicitarlo por el éxito de sus empresas geográficas, haciendo votos por que igual buena fortuna lo acompañe con las que emprenda sucesivamente para honor suyo y de la patria.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

Y en su boletín del año 1881, inserta lo siguiente:

Los viajes del explorador Moyano son muy interesantes. Él ha vivido en la Patagonia cinco años permanentemente; mientras que los demás exploradores de este territorio han recorrido rápidamente ciertas regiones del mismo, sin detenerse en ellas.

Las exploraciones que consigna en su mapa fueron hechas sucesivamente en 1876, 1877, 1878 y 1880.

El señor Moreno no exploró solo el río Santa Cruz, ni descubrió solo, como generalmente se cree, los lagos de que nace.

Hizo estos viajes en íntima compañía con el capitán Moyano, quien preparó los elementos de las expediciones geográficas con instrumentos propios, quedando a cargo del señor Moreno la descripción del aspecto del país, y las observaciones etnográficas.

Todo esto resulta del mapa que ha levantado, de los informes que ha dirigido en diferentes épocas al Gobierno de la Nación, algunos de los cuales han sido ya publicados en el boletín del Instituto, y de lo que dijo en su conferencia.

El público no lo sabía en general debido al constante aislamiento del capitán Moyano en la Patagonia y a la extraordinaria sencillez y modestia de este joven oficial.

Fué también el compañero de Lista, en las excursiones de este miembro del Instituto en busca de las nacientes del río Chico.

Hasta ahora no teníamos una carta de la Patagonia.

Los exploradores nombrados y otros se limitaban a tomar cartas conocidas, haciendo marcar en ellas las líneas de sus marchas, trazadas a tanteo, con brújula a veces.

El capitán Moyano ha venido a llenar una necesidad nacional; y si bien su carta no es sino parcial, por cuanto solamente se refiere a los territorios recorridos por él, éstos son ya tan extensos, que sus trabajos asumen un carácter general.

Con los viajes que sucesivamente piensa realizar el capitán Moyano, su carta progresará invadiendo nuevas zonas con detalles determinados científicamente; y él tendrá el honor de ser el revelador de la geografía interna de la Patagonia, como lo fué de sus costas el insigne capitán Fitz Roy de la marina inglesa.

Del diario *La Prensa,* de Buenos Aires, 8 de mayo de 1881:

EXPLORACIÓN A LA TIERRA DEL FUEGO

El gobierno nacional ha resuelto nombrar al capitán Moyano para que acompañe al teniente Bove en la exploración a la Tierra del Fuego, que debe practicar a fines del corriente año.

Es un acertado nombramiento, que estamos seguros que el capitán Moyano sabrá desempeñar con honor para los argentinos.

Sus antecedentes así lo hacen presumir.

Idem, con igual fecha:

OBRA IMPORTANTE

El ministro de Guerra ha designado al subdelegado del Río Gallegos don Manuel A. Fernández, para que efectúe la traza del camino terrestre delineado por el capitán Moyano, desde el Chubut hasta Santa Cruz.

Es una obra de trascendental importancia para el progreso de nuestros territorios patagónicos.

Idem, junio 22 de 1881:

EL EXPLORADOR MOYANO

El gobierno nacional ha expedido ayer un decreto mandando imprimir, por su cuenta y bajo la dirección del autor, el informe y el mapa que presentó desinteresadamente el explorador Moyano al ministro de Marina como resultado de una parte de sus importantes y peligrosas excursiones a través de la Patagonia.

EL "ANCLA DORADA"

Hace muchos años en la calle Maipú, había un edificio indicado con el número 189, destinado a casa de pensión. Llamábase "El Ancla Dorada" y, a modo de confirmación, lucía orgullosa una ancla dorada sujeta a la reja de hierro del balcón central de su primer piso.

Quien le puso ese nombre quizás lo hizo añorando andanzas marinas, o bien porque simpatizara con las actividades náuticas.

Ya fuese por el buen trato que se daba a los pensionistas o por lo atractivo del nombre, la verdad era que allí se hospedaban muchos marinos.

Ese era el paradero de mi padre cuando regresaba de sus largos viajes por la Patagonia.

De vuelta de uno de ellos, una noche necesitó de su asistente. Como en esa época no había timbres internos en la casa, debió llamarlo de viva voz. Por la fuerza de la costumbre,

pronunció el nombre del marinero olvidando que este nombre tiene el significado que en seguida veremos.

Parece que su asistente no lo oyó en seguida, pero sí algún otro pensionista, que alarmado trasmitió sus temores a otro y así corrió, como reguero de pólvora, que el joven Moyano debía hallarse en grave apuro. Como sucede en esos casos, cada uno que recibía la nueva la comunicaba a otro agregando algo y haciendo conjeturas, cundiendo la alarma en tal forma que al momento se halló mi padre rodeado de todos los pensionistas, del personal de servicio e incluso la dueña de casa; en una palabra, toda "El Ancla Dorada" se había conmovido y estaba dispuesta a prestarle auxilio, y también su asistente que ya había acudido.

Mi padre no salía de su sorpresa al ver delante de sí a tanta gente alarmada, pero en seguida se aclaró todo al caer en la cuenta que se debía a su distracción al pronunciar el nombre de su asistente: éste, en efecto, se llamaba *Socorro*. Mi padre, muy fastidiado, en ese mismo momento resolvió cambiarle el nombre. Desde esa noche en adelante se llamó Juan.

X

EL "TRIUNFO" DE VENECIA (1881)

DELEGADO ANTE EL CONGRESO GEOGRÁFICO DE VENECIA

Su valioso aporte a la geografía patagónica mereció a Carlos Moyano la justa designación de delegado del Gobierno y del Instituto Geográfico Argentino ante el Congreso Geográfico Internacional a celebrarse en Venecia.

Leemos en uno de los boletines del Instituto Geográfico Argentino:

Del ministerio de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, Mayo 17 de 1881.

Al presidente del Instituto Geográfico Argentino, doctor Estanislao Zeballos:

En contestación a la nota de ese Instituto de 28 de abril último, acompaño al señor presidente, en copia debidamente legalizada, el decreto expedido en la fecha, por la cual se encarga al capitán de la Armada Nacional don Carlos M. Moyano de la conducción, arreglo y dirección de los trabajos que debe enviar la República a la Exposición de Geografía que tendrá lugar en Venecia durante el segundo semestre del corriente año.

BERNARDO DE IRIGOYEN

Departamento de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, mayo 17 de 1881:

De acuerdo con lo que propone el Instituto Geográfico Argentino y con el objeto de corresponder a la invitación hecha por el gobierno de S. M. el rey de Italia, el Presidente de la República ha acordado y

DECRETA:

Artículo 1º — Encárguese al capitán de la Armada Nacional don Carlos M. Moyano, de conducir los trabajos que debe enviar la República a la Exposición Geográfica que tendrá lugar en Venecia, así como su arreglo y dirección.

Artículo 2º — Destínese la suma de $ 2.000 para los gastos que ocasione el cumplimiento de este decreto, debiendo imputarse esta cantidad a eventuales de Relaciones Exteriores.

Artículo 3º — Comuníquese a quienes corresponda, publíquese y dése al R. N.

JULIO A. ROCA
BERNARDO DE IRIGOYEN

El diario *La Prensa,* de Buenos Aires, ocupándose del mencionado Congreso Geográfico, dice en el mes de julio de 1881:

COLECCIÓN GEOGRÁFICA

Como se anunció, tuvo lugar anteanoche la asamblea del Instituto Geográfico, con objeto de dar cuenta de la colección que el Gobierno Nacional debe enviar a la Exposición Geográfica de Venecia.

La colección ha sido puesta en exhibición en el local del Instituto hasta hoy.

Puede asegurarse que la República estará bien representada en la Exposición.

El 7 del corriente debe partir para Europa el capitán Moyano comisionado por el Gobierno para presentar al Congreso Geográfico aquellos trabajos, cuyo catálogo es extenso.

Más adelante, con fecha 7 de ese mes:

Hoy parte para Europa el capitán de la marina argentina y explorador de la Patagonia don Carlos M. Moyano.

Como se sabe, ha sido nombrado Comisario argentino en la Exposición Geográfica de Venecia.

Lleva consigo la importante colección que se ha organizado para aquel torneo.

. . . . . .

El capitán Moyano es a la vez delegado del Instituto Geográfico en el Congreso que debe inaugurarse en la próxima quincena de septiembre.

El joven marino enviará correspondencias a *La Prensa* desde Venecia, en las que se ocupará con particularidad de las sesiones que celebre el Congreso Geográfico y de los asuntos que trate.

Hacemos votos por el buen éxito de la importante misión que se le ha confiado.

INSTRUCCIONES DEL DOCTOR ZEBALLOS

Antes de que mi padre emprendiera viaje a Venecia, el doctor Zeballos le entregó un pliego con instrucciones sobre las normas a seguir allí durante su actuación como delegado. Estaba escrito en un tono algo paternal.

Veamos algunos párrafos de esas recomendaciones:

El señor Moyano es modesto y retraído y debe observar que en Europa necesitará ser más expansivo para lograr mejor los propósitos del Instituto y del Gobierno.

Presentará un mapa y una reseña en francés de todos sus viajes en la Patagonia, llamando la atención sobre sus Memorias publicadas en el boletín del Instituto, pues acreditará que sus trabajos son lo más importante que se ha hecho hasta hoy del punto de vista geográfico.

PROYECTO DEL MONUMENTO INTERNACIONAL A COLÓN

Al pasar por Venecia, Moyano tuvo la idea de que debería levantarse una estatua de carácter internacional a Cristobal Colón en el futuro canal de Panamá.

Consultó sobre este punto al entonces coronel Lucio V. Mansilla, que se hallaba en Europa.

Veamos su carta fechada en Venecia, septiembre 12 de 1881:

Mi distinguido coronel:

En este momento he tenido el honor de recibir su atenta carta del 5 y el recorte de *L'Italie* del 10.

Delegado del
Instituto Geográfico Argentino

Verona Febr 20/881

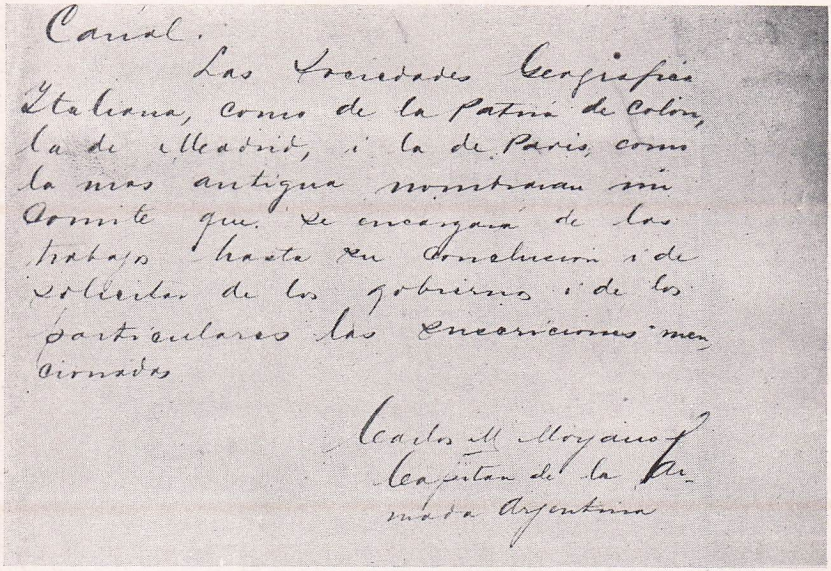
Sr Presidente de la Seccion VIII

En nombre de la Asociacion que tengo el honor de representar espero el voto de que el 3er Congreso Geográfico, inicie los trabajos para erijir a Cristóbal Colon una estatua de carácter internacional

Hasta hoy solo se le han levantado monumentos aislados, pero es tiempo ya que la humanidad entera le levante uno digno de él i de ella

Los gastos que se originen deberan costearse por suscripciones levantadas en el mundo entero

Entre el proyectado Canal de Panama para el asiento del Monumento, sobre la mas alta eminencia de cualquiera de sus orillas, preservando que en inauguracion coincida con la apertura del



Canal.

Las Sociedades Geográfica Italiana, como de la Patria de Colon, la de Madrid, i la de Paris, como la mas antigua monstruan mui Deseos que se encargará de los trabajos hasta su conclucion i de solicitar de los gobiernos i de los particulares las concesiones necesarias

Carlos M. Moyano
Capitan de la Armada Argentina

Borrador de la moción presentada por Moyano al Congreso de Geografía

Había leido ya tan importante artículo preguntándome varias veces quien sería el alma caritativa que lo escribió, pues no me sospechaba su presencia en Roma; y su estilo, tan bien conocido para mí, que he leído tantas de sus producciones, al encubrirse bajo el francés ha defraudado hoy la pretensión que tenía de reconocerlo en cualquier parte.

Comprendo las dificultades que habrá tenido para su inserción, y también la satisfacción que le causará el poder contribuir de ese modo al mejor conocimiento de nuestro país que quizás jamás se lo agradezca como es debido.

Le agradezco sus líneas sobre Bove y no dudo que tendrán una influencia decisiva en sus asuntos.

Me tomo la libertad de pedirle consejo sobre un asunto un poco serio, rogándole que si se digna dármelo, sea lo más pronto posible por la premura del tiempo.

Al pasar por Génova se me ocurrió que Cristóbal Colón debería y podrá tener un monumento de carácter internacional en el futuro canal de Panamá, lugar único quizás para ello, por razones que Ud. comprenderá mejor que nadie.

Creo que la reunión del Congreso Geográfico sea una ocasión propicia para emitir la idea en esta forma: Que el monumento sea costeado por suscripciones en todo el mundo; que sea inaugurado simultáneamente con el Canal, eligiéndose para ello la mayor eminencia sobre sus costas, y que la Sociedad Geográfica de Italia, como patria de Colón, sea la que se encargue de levantar las suscripciones y correr con todos los trabajos hasta su terminación.

Sobre la pregunta que me hace respecto a su obra, le diré que el ejemplar expuesto es de la edición de Buenos Aires de 1870. Tenía dos, pero habiéndole regalado el otro al príncipe de Teano, le confieso con franqueza que no me he fijado si era de la misma o de otra edición.

CARLOS M. MOYANO.

Respuesta del coronel Mansilla a su amigo Moyano:

París, septiembre 17 de 1881, rue de Turin 12.

Mi estimado capitán:

Recibo y contesto "sobre la marcha" su atenta e interesante carta del 12, que me viene de Roma.

Feliz es su idea. Ahí estará bien la sombra de Colón, entre el uno y el otro hemisferio. Pero es menester que la estatua sea grande como el genio del hombre y encumbrada como las aspiraciones de América.

Gracias por sus noticias. Yo me incorporé al Congreso "eléctrico" el 15. Aquello era un mundo de *Las Mil y Una Noches*.

¡Salud y alegría!

LUCIO V. MANSILLA.

Fundado en tal aprobación, Moyano presentó su moción a las autoridades del Congreso:

Venecia, septiembre 20 de 1881:

Señor Presidente de la sección VIII:

En nombre de la Asociación que tengo el honor de representar, expreso el voto de que el III Congreso Geográfico, inicie los trabajos para erigir a Cristóbal Colón una estatua de carácter internacional.

Hasta hoy sólo se han levantado monumentos aislados, pero es tiempo ya que la humanidad entera le levante uno digno de él y de ella.

Los gastos que se originen deberán costearse por suscripciones levantadas en el mundo entero.

Indico el futuro canal de Panamá para el asiento del monumento, sobre la más alta eminencia de cualquiera de sus orillas, procurando que su inauguración coincida con la apertura del canal.

Las sociedades geográficas italianas, como de la patria de Colón, la de Madrid, y la de París como la más antigua, nombrarán un comité que se encargará de los trabajos hasta su conclusión y de solicitar de los gobiernos y de los particulares, las suscripciones mencionadas.

CARLOS M. MOYANO.
(Capitán de la Armada Argentina.)

Moyano hizo cuanto estuvo de su parte para que la sección argentina alcanzara un puesto brillante en ese certamen.

Empiezan a llegar a Buenos Aires las noticias que envía desde Venecia. En un boletín del Instituto Geográfico hallamos la siguiente carta, dirigida al doctor Zeballos:

Mi distinguido amigo:

Acabamos de alcanzar una verdadera victoria; hemos obtenido veinte premios, con lo muy poco que hemos expuesto.

(Sigue la lista de los trabajos premiados y el nombre de sus autores.)

. . . . . .

Capitán don Carlos M. Moyano, *Carta de la Patagonia y Relación de Viaje,* etc.

Acreedor a la medalla de oro en el Congreso, Moyano renunció a entrar en concurso para poder votar en el *jury* que clasificaba la colección de la República Argentina.

LA EXPOSICIÓN DE VENECIA

Carta de Moyano al doctor Zeballos, Venecia, 2 de septiembre de 1881:

Tengo el placer de comunicarle que después de mi última, todo ha seguido una marcha regular en el arreglo de nuestra sección, cuyos trabajos se encuentran hoy completamente concluídos, y me complazco en comunicarle que el arreglo de las colecciones por pequeñas que ellas sean, me han merecido la felicitación de varias personas que la han visitado.

Restringido por la falta de espacio, temí en el primer momento no poder colocar algunas de nuestras obras notables, pero debido a la galantería del señor conde Viola, representante del Canadá, ocupo las dos terceras partes del salón que dividíamos. El 31 de agosto fuí invitado a la reunión de los comisarios y representantes extranjeros para nombrar un delegado que contestase en nombre de todos, al discurso de la apertura de la exposición que debía verificarse al día siguiente, resultando nombrado el señor van der Brooks, representante de Francia.

Por fin ayer, 1º de septiembre, a las 9 a. m. , el príncipe de Teano declaró abierta la exposición aunque en forma privada, esperándose el 15 de este mes para hacerlo solemnemente. El diario que tengo el honor de adjuntarle me excusa de entrar en detalles sobre este acto. Una multitud de personas han visitado hoy y ayer las diferentes secciones. No ha dejado de sorprenderme el que muchísimas personas al visitar nuestra sección se mostrasen asombradas de encontrarnos a tanta altura moral y material como se deja ver en lo poco pero muy bueno que exponemos. La prensa de Buenos Aires, especialmente, ha hecho un verdadero ruido, acudiendo a ver nuestra colección de diarios muchísimas personas que se pasaban la voz.

El representante de Hungría, entre otros muchos, me felicitó calurosamente por ser argentino, agregando muchas palabras que manifestaban la grata impresión que le causaba nuestro "increíble" (como él decía) movimiento intelectual, concluyendo por último, que en su opinión había pocas capitales en Europa y América que contaran con una prensa cotidiana como la nuestra.

Las obras de los doctores Gould y Bourmesteir, han llamado muchísimo la atención. Las fotografías mostrando gráficamente la belleza y arquitectura de nuestros principales edificios, han hecho más que una obra descriptiva de tres o cuatro volúmenes.

Si no me detuviesen consideraciones que usted comprenderá, me extendería unas líneas sobre las honrosas felicitaciones que he recibido de geógrafos muy distinguidos por mi carta general de la Patagonia, y el folleto que contiene mi último viaje.

Agobiado como me encuentro de trabajo, no me es posible hoy entrar en más detalles que reservaré para otra oportunidad.

El mismo día 1º el príncipe de Teano dió un gran banquete al que tuve el honor de ser invitado. Reinó la mayor cordialidad y ani-

mación, cambiándose brindis lisonjeros en obsequio de los jefes de las naciones que estaban allí representadas.

En otra carta fechada también en Venecia, el 17 de septiembre de 1881, leemos las siguientes impresiones:

Esta mañana hemos tenido al rey y a la reina en la exposición, los cuales con su comitiva se detuvieron un buen rato en nuestra sección. Entre las varias cosas que le llamaron la atención al rey, parece que la principal fué la vista de Buenos Aires, ante la que se detuvo un buen rato, pidiéndome detalles sobre los primeros edificios que aparecen sobre el río y que hacen tan bonito efecto.

Durante el día hemos continuado nuestro trabajo ajustándonos al programa.

El día anterior recibimos una invitación para una comida en el Palacio Real, que debía tener lugar hoy a las 6 30. No puede figurarse nada más espléndido que este banquete al que asistían 84 personas.

Durante la comida, que verdaderamente era regia, tuve ocasión de trabar relación con mis dos vecinos, el coronel Monticelli y el señor Julio Dini, maestro de ceremonias de S. M. Este último conocía nuestro país como si hubiese estado en él, por cuyo motivo hablamos largamente sobre su presente y porvenir. En Montevideo tiene un sobrino sobre el cual me pide que le procure noticias. Ha llevado su amabilidad hasta el punto de ofrecerme visita para mañana.

Concluída la comida pasamos al "gran saloni" donde SS. MM., con una llaneza de que allá no nos damos cuenta, principiaron a conversar con todos y cada uno de nosotros sin distinción de personas y nacionalidades. Cuando llegó donde me encontraba con algunos otros señores, me reconoció al momento, me honró con un apretón de manos y comenzó a hacerme algunas preguntas, concluyendo con palabras lisonjeras para nuestro país.

Mr. Lesseps y varias otras personas notabilísimas en las ciencias que se encontraban presentes, daban a esa reunión un carácter especial.

Moyano siempre conservó un grato recuerdo de su estada en Italia. Dejemos que él nos dé (en carta a un amigo) algunas impresiones:

La impresión que recibe el que llega por primera vez a Italia, está siempre más arriba de todo cálculo anticipado, y la galante y afectuosa hospitalidad con que honra al extranjero, contribuye a que el encanto dure indefinidamente. Nosotros especialmente, que estamos tan familiarizados con las costumbres y modos de ser de los italianos, podemos creernos por un momento en nuestra propia casa,

Moyano a los 27 años cuando estuvo en Venecia

(Óleo de su amigo el pintor Augusto Ballerini)

si la distancia inmensa que nos separa y su belleza extraordinaria no se encargaran de advertirnos que es "la caja de otra colmena".

Por todas partes donde he andado he tenido ocasión de notar el aprecio que los italianos tienen por la República Argentina y la confianza que les inspira la actual situación política y comercial, a lo que ha contribuído no poco la honradez y puntualidad con que hasta hoy hemos cumplido con el más mínimo de nuestros compromisos, sean ellos financieros o morales respecto a los inmigrantes. Por otra parte nuestra actitud en la cuestión con Chile y la leal y caballeresca neutralidad que hemos guardado, descubierta en los archivos de Lima, ha puesto muy arriba la seriedad de nuestra diplomacia. La regla de conducta que han seguido nuestros gobiernos de aceptar siempre cualquier idea de progreso que se haya lanzado, tomando parte en todas las exposiciones, en todos los congresos y convenciones que se han celebrado, el aliento y protección que da el propio país a la industria, las artes y las ciencias con un cosmopolitismo norteamericano, nos ha hecho conocer mejor en el exterior.

Indudablemente vamos ocupando el lugar que en el porvenir nos está reservado.

¡Cuánta diferencia de ahora veinte años!

CELEBRACIÓN EN EL INSTITUTO GEOGRÁFICO

El Instituto Geográfico Argentino publicó en su boletín pormenores del desarrollo de la misión argentina y de su éxito.

Al regreso de Moyano esa institución celebró un acto público en el que se reconoció en forma elogiosa la actitud del delegado argentino al Congreso de Venecia.

Con motivo de la distribución de los premios acordados a la República Argentina en ese certamen, dice así el boletín del instituto:

El 15 de mayo el Instituto celebraba el IV aniversario de su fundación, y la inauguración del 5º período de conferencias públicas.

La Comisión Directiva, de acuerdo con lo que establece el reglamento, creyó oportuno que el acto fuese solemnizado con la distribución de los premios que se acordaron a la República Argentina en el Congreso de Venecia, y a ese fin se dirigió al Poder Ejecutivo nacional solicitando así se acordase, toda vez que el concurso del país se hizo bajo los auspicios de aquél, en cuya virtud le correspondía presidir el acto.

Éste no tuvo inconveniente en acceder a los deseos de la Junta Directiva, expidiendo un decreto con tal motivo, y disponiendo que

la entrega se hiciera bajo la presidencia del señor ministro de Relaciones Exteriores.

Por consiguiente, quedó fijado para el 15 este acto solemne.

La concurrencia, a pesar del mal tiempo, llenaba nuestros espaciosos salones, y la formaban distinguidos miembros del cuerpo diplomático, notabilidades científicas y literarias, y una selecta cantidad de nuestros consocios.

Ocupaba la presidencia el doctor Victorino de la Plaza, rodeado por la comisión directiva del Instituto, estando también presente el capitán don Carlos María Moyano, delegado del gobierno y del Instituto ante el Congreso de Venecia.

Declarado abierto el acto por el presidente del Instituto, cedió la palabra al Dr. de la Plaza, quien entre otras cosas dijo:

. . . . . .

El tiempo era breve, y como no teníamos elementos preparados con anticipación, fué necesario hacer empeñosos esfuerzos para figurar allí con dignidad. Me complazco en reconocerlo: el Instituto por medio de su comisión nombrada al efecto, superó todas las dificultades, y los resultados obtenidos han coronado tan laudable tarea. Justo es también recordar, en este momento, los méritos contraídos por el capitán don Carlos M. Moyano, comisionado para trasladarse a Venecia en representación del gobierno.

Tócanos ahora darnos cuenta de la importancia que reviste para nosotros aquel acontecimiento.

La invitación misma lo decía: era para el tercer congreso geográfico que debía producirse en nuestros tiempos, bajo el doble carácter de científico en el orden abstracto y comparativo en el de las producciones y obras científicas relacionadas con aquella materia.

La tarea era, pues, mayormente difícil, dada la premura del tiempo para conseguir un resultado que no nos colocase en una posición relativamente secundaria o inferior.

. . . . . .

Al concurrir la República al Congreso de Venecia, tenía que encontrarse con los representantes de gobiernos y expositores de un gran número de naciones. Su situación podía ser, pues, si no difícil, embarazosa al menos, por las circunstancias que recordé al principio; pero, felizmente, podemos complacernos de haber salido con honor en el certamen.

Veintiocho son las naciones que han asistido al Congreso, entre las que figuran la Inglaterra y sus colonias, que hasta hoy dominan los mares continentales, Francia, Italia, Austria, Estados Unidos, Brasil y otras de Europa y América.

Señor capitán Moyano: Habéis renunciado a una medalla de honor que os fué legítimamente acordada por vuestros trabajos, pero que no pudisteis aceptar para ajustaros al programa y llenar vuestros deberes de jurado.

Tan noble acción merece un agradecimiento que os dedico en nombre de vuestro país y de vuestro gobierno.

Luego hizo uso de la palabra el vicepresidente del Instituto, señor Emilio B. Godoy, quien, entre otras cosas dijo:

. . . . . .

Muchos son estos obreros, premiados algunos de ellos en esta solemnidad, que deben su vocación a los estímulos del Instituto; pero cúmpleme sólo nombrar en esta circunstancia al capitán Moyano, que tan dignamente ha representado al país en Venecia y que ha dado en esta ocasión un bello ejemplo de patriótica abnegación, renunciando al primer premio adjudicado a sus exploraciones para no encontrarse inhibido de votar en el jurado que debía estimar las obras argentinas. ¡Nobilísima manifestación del olvido de sí mismo, que como primera cualidad se requiere en los Cook y en los Mungo Park, los Livingstone y los Stanley!

Esta es la ocasión de recordar que antes, en la Exposición de París, concurrimos con obras que hoy en Venecia han alcanzado un primer premio y que entonces quedaron olvidadas, hasta que un sabio extranjero, las sacó de su escondite, a tiempo aún para conquistar la admiración de las corporaciones sabias, aunque tarde para entrar en concurso y disputarse el premio que sin duda habrían obtenido. Cualquiera que sea la parte que al Instituto Geográfico Argentino y a nuestro delegado el capitán Moyano quepa, en el distinto papel que hemos hecho en la Exposición Geográfica de Venecia y en el distinto éxito alcanzado, debe servirnos de motivo para reiterar nuestras gracias al supremo gobierno que nos honró con su confianza, haciéndonos sus agentes e intermediarios, y de estímulo para llevar adelante las tareas que son objeto de nuestro esfuerzo colectivo.

ELOGIO OFICIAL

En la memoria de Guerra y Marina presentada al H. Congreso y correspondiente al año 1882, tomo II, página 64, LXIV, leemos lo que sigue:

Con verdadera satisfacción puedo manifestaros que la expedición que a su propia costa practicó a través de la Patagonia, en el año anterior, el subprefecto de Santa Cruz capitán de Marina don Carlos Moyano, ha producido los benéficos resultados que ya os había anunciado.

Por comunicaciones de aquel oficial se sabe que el camino por él descubierto ha dado paso a quinientos animales entre vacunos y caballares que salieron del Chubut y llegaron a Santa Cruz después de sesenta días de viaje y en el más perfecto estado de conservación.

La simple enunciación de este hecho, basta para demostrar que tenemos resuelto de una manera incontestable el problema de la colonización de la Patagonia, y ante el éxito feliz de tan grande

empresa, debo recordar nuevamente a vuestra consideración al atrevido e inteligente explorador que, al propio tiempo, ha representado dignamente a nuestro país en la Exposición Geográfica Internacional celebrada en la ciudad de Venecia.

BENJAMÍN VICTORICA.

GONDOLERO VENECIANO

Contaba mi padre que cuando se hallaba en Venecia, desempeñando su cargo de delegado argentino ante el Congreso Geográfico que se celebraba allí, tuvo un incidente con un gondolero.

Como lo hacía todos los días, tomó una góndola para dirigirse desde su hotel a la sede del Congreso.

La airosa barca se deslizaba por los canales, y mi padre no se cansaba de admirar las bellezas de esa maravillosa ciudad.

A poco de andar, el gondolero le preguntó si era gustoso que hiciera subir un remero a la barca; mi padre, creyendo que fuese necesario, dió su aprobación.

Contemplaba embelesado los palacios y monumentos de la ciudad llena de leyendas, y distraído en sus pensamientos apenas atendía a lo que le preguntaba el patrón de la barca, que siguió haciendo subir a ella otros remeros. No obstante, acabó por intrigarlo la presencia injustificada de tantos hombres para impulsar una góndola pequeña y liviana, y que sólo lo llevaba a él como pasajero.

Cuando llegó a su destino, la embarcación llevaba más de seis hombres como tripulantes.

Al desembarcar, el patrón le presentó una cuenta exorbitante para esa clase de viajes. Ante la legítima protesta, el gondolero le respondió que como él no se había opuesto a que subieran los remeros, tenía que abonarles el trabajo a cada uno. Para evitar un escándalo debió pagar ese lujo que se le había impuesto de tan astuta manera, sorprendiendo su buena fe de forastero.

Ese abuso contribuyó quizás a reforzar la opinión poco favorable que tenía de casi todos los conductores de vehículos.

En esa época quizás fueron muy poco escrupulosos, pues él no era hombre de juzgar a la ligera; debió tener muchas pruebas para haber llegado a tal conclusión. No excluía en general a ninguna de las ramas que componen ese gremio.

DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS

La Société de Géographie de Paris s'efforce de réunir dans ses Albums les portraits des personnes qui se sont fait un nom dans les sciences géographiques et dans les voyages.

Elle vous sera reconnaissante de vouloir bien lui faire parvenir votre photographie, portant au revers l'indication de vos noms et prénoms et les renseignements que vous jugeriez convenable d'ajouter, tels que le lieu et la date de votre naissance, et l'énoncé succinct de vos travaux.

Lans l'espoir que vous voudrez accuillir favorablement cette demande, nous vous prions d'agréer, monsieur, l'expression de nos sentiments les plus distingués.

JAMES JAKCSON
L'archiviste-bibliothecaire.

CADENA DE RELOJ

Muchas veces los indios le habían llevado a mi padre pepitas de oro de Cabo Vírgenes o de otras partes, pero más demoraban ellos en regalárselos que él en destinarlas a sus amigos. Con el único oro que retuvo para sí mandó hacer una cadena para su reloj. Era corta y la parte central estaba formada por tres o cuatro eslabones o anillos finos muy delgados, que medían, más o menos, dos centímetros de largo por uno de ancho; del extremo de ella pendía un "argentino" oro de cinco pesos. Esa moneda le había sido obsequiada por un alto personaje como una primicia por ser la segunda que salió de los cuños, cuando, en 1881, el Gobierno mandó hacer la primera emisión de "argentinos".

XI

SUBPREFECTURA DE SANTA CRUZ (1882)

Terminada la misión en Venecia, y el agasajo de que fuera objeto en Buenos Aires por su lucida actuación, el teniente de fragata Moyano vuelve en seguida a Santa Cruz, con nombramiento de subprefecto.

El capitán de fragata Caillet-Bois al llegar a esta parte, en la mencionada conferencia de Mendoza, dijo:

> De regreso al país y en Santa Cruz, Moyano tendrá por de pronto que organizar militarmente la defensa del río para evitar que puedan franquearlo o dar un golpe las últimas indiadas (los caciques Foyel e Inacayal), desalojados ahora del Chubut. Lo hace con eficacia, y entre otras medidas toda la hacienda se pasa con ímprobo trabajo a la margen sur del río [1].

En sus funciones de policía de las costas tiene Moyano oportunidad de salvar a los náufragos de dos barcos encallados: el *Cuba* y el *Valetta*.

De ese período es el episodio que vamos a relatar, referente a uno de esos barcos.

---

[1] Vagas referencias dan a entender que Inacayal y Foyel —los dos caciques amigos de Musters y de Francisco P. Moreno— hayan intentado franquear al Santa Cruz, pero es muy improbable que lo hicieran. No eran tehuelches sino araucanos sedentarios, de la precordillera en la región del Nahuel Huapí. Arrojados de ella, ambos vagaron por la llanura patagónica, hacia la costa de Rawson y Deseado, y los dos fueron apresados allí en 1884. (Información del capitán de fragata Caillet-Bois.)

MATEO

En los últimos meses del año 1881, navegaba por los mares del sur el velero *Valetta,* pero quiso el destino que encallara en las rocas de la costa a inmediaciones de Santa Cruz.

En esos años, un accidente de esa naturaleza en las desiertas costas patagónicas equivalía a una muerte casi segura; pues aun cuando el barco se mantuviera a flote, siempre se corría el albur de que se acabaran los víveres y el agua, antes de que los náufragos fueran avistados y socorridos por los poquísimos barcos que entonces surcaban esos mares.

En tales circunstancias se hallaban los pasajeros y tripulantes del *Valetta,* que desde hacía varios días soportaban angustias mortales.

Mi padre, cuando sus tareas terrestres lo dejaban libre, realizaba la policía de las costas para ahuyentar a los merodeadores.

Efectuaba una de esas giras por el mar, cuando quiso la Providencia que se acercara hacia el lugar del siniestro; viendo la nave encallada acudió en su socorro y logró salvar a todos los náufragos.

Entre los salvados estaba un suizo alemán, bajo, grueso, rubio casi pelirrojo, con mirada de niño y trato suave y bondadoso, de una regular cultura y de origen noble. Se llamaba Mateo von Broch.

Este hombre, que así había visto la muerte muy de cerca, quedó tan agradecido a mi padre que no quiso separarse ya de su lado. Lo acompañó en todas las penurias y estrecheces de su vida en la Patagonia; fué el abnegado y fiel servidor, el compañero humilde y de confianza de todos los momentos malos y buenos.

Además de desempeñar funciones de cocinero, hacía cuanto fuera necesario: entre otras cosas lavaba y remendaba las prendas rotas, pues allí había que cuidar mucho lo que se poseía, ya que la renovación era difícil y tardía. No teniendo plancha para alisar la ropa, se ingeniaba para hacerlo poniendo arena caliente dentro de botellas de barro, con lo cual lograba su objeto. Así se daba mi padre el lujo, inusitado entonces en Santa Cruz, de tener ropa planchada.

Mateo solía acompañar a mi padre en alguno de sus viajes a Buenos Aires. Cuando después de muchos años volvió a Mendoza a visitar a los suyos, fué también Mateo a conocer la tierra de su salvador. Cuidaba y atendía a mi padre con un afecto algo paternal; su agradecimiento no tenía límites.

De vuelta de nuevo en Santa Cruz, Mateo continuaba en sus tareas; pero ya habían mejorado los tiempos; la vida se hacía más llevadera y podían permitirse ciertos lujos, como el de usar mantel para la mesa y otros detalles de relativo confort.

Alguien trajo a la subprefectura una guanaquita guacha. Mateo le puso el nombre de Fanny y se encargó de su cuidado; se hizo regalona de todos, los perros la respetaban y tenía puerta franca para entrar en las habitaciones.

Un día Mateo había puesto la mesa para el almuerzo, retirándose luego para continuar otras tareas en la casa. Al poco rato oyó un ruido que se le hizo sospechoso; acudió con presteza a la habitación que les servía de comedor, en el preciso momento en que Fanny tiraba con la boca por una de las puntas del mantel de la mesa recién puesta, arrastrando cuanto había encima; allá fueron platos y copas a romperse contra el suelo.

Mateo tuvo un gran disgusto, y desde entonces la traviesa Fanny no tuvo ya acceso a las habitaciones. Más tarde fué traída a Buenos Aires para ser pensionista del Jardín Zoológico.

Cuando mi padre se alejó de Santa Cruz y se radicó en Buenos Aires, Mateo siguió todavía a su lado durante muchos años, pero solía sentir nostalgias de la Patagonia e iba allá por temporadas, para regresar luego a casa de mi padre.

Más adelante sus añoranzas sureñas debieron ser muy grandes, pues se quedó varios años en las misiones de los padres salesianos. Pero el recuerdo de quien lo había salvado tenía más fuerza y lo trajo de nuevo a su lado.

Ya anciano y achacoso vivió, en calidad de jubilado, en casa de mi padre, donde era querido y respetado de todos.

SE APLAZA NUEVAMENTE EL VIAJE A MENDOZA

Por diversas causas, recién en 1881 Alejandro tomó posesión de los bienes que le ofreció su hermano; con ese motivo le dice:

No puedes calcular a la distancia la magnitud del bien que me has hecho, porque no conoces cuántos sinsabores he pasado. Debido a tu favor en adelante trabajaré con independencia para asegurar la subsistencia de mis hijos.

No puedes figurarte el pesar que nos ha causado el párrafo de tu carta en que me dices que te vuelves a Santa Cruz sin llegar hasta aquí; con ansia te esperábamos todos.

Sus trabajos no le dan a Moyano tiempo para trasladarse al lado de los suyos. El viaje a Europa, para representar a su patria en el Congreso Geográfico de Venecia, lo obligó a diferir una vez más el tan anhelado deseo de ver a su familia.

En 1882 aún no ha podido llegar a Mendoza. Deplorando esto Alejandro, le dice:

. . . . . .

Opino como tú, que los deberes ha de anteponerlos el hombre a sus afecciones.

Alejandro pide consejo y parecer a su hermano antes de emprender cualquier negocio, ajustándose siempre a sus instrucciones, lo que le valió tener éxito en la mayoría de sus empresas a partir de entonces.

PROYECTO DE NUEVA EXPLORACIÓN

Un boletín del Instituto Geográfico del año 1882 se refiere a un nuevo proyecto de exploración:

Misión Moyano

El capitán Moyano, miembro del Instituto Geográfico Argentino, apenas llegado de Venecia, en donde representaba al gobierno y al Instituto con ocasión del gran torneo geográfico allí celebrado, partió para la Patagonia a continuar sus exploraciones sostenidas con celo

y abnegación desde 1876. El capitán Moyano lleva un cúter con el cual piensa extender sus investigaciones hasta la Tierra del Fuego.

Remontará por cuarta vez el río Santa Cruz, para buscar las fuentes occidentales o desagües al Pacífico, si existen, de las fuentes de aquel río.

Moyano nos tendrá al corriente de esta campaña científica que durará dos años probablemente.

El modesto explorador mendocino se siente alentado por el éxito obtenido en su último viaje de Santa Cruz al Chubut a lo largo de la Patagonia. Confirmando él sus datos con hechos brillantes, reunió sus economías, compró seiscientas vacas, y las lanzó por sus rastros desde el Chubut a Santa Cruz y han llegado gordas. Así el capitán Moyano acaba de abrir a la civilización una vía a lo largo de inmensas comarcas patagónicas, completamente inexploradas.

Hacemos votos por la felicidad de sus nuevos viajes.

UNA CARTA

Del señor Carlos A. Mansilla, capitán general de Puertos:

Buenos Aires, mayo 16 de 1883.

Al capitán de fragata Carlos M. Moyano.

Estimado amigo:

Tengo el gusto de felicitarlo por la honrosa y merecida distinción de que ha sido usted objeto anoche, en el Instituto Geográfico, y también por su noble y digna actitud en el Congreso de Venecia.

Me enorgullezco de tenerlo a usted de compañero de tareas al frente de una de las reparticiones de mi dependencia, pues esto es un verdadero honor para la Prefectura Marítima.

Le estrecho la mano cordialmente, quedando su afectísimo amigo.

C. A. MANSILLA.

XII

QUINTA EXPEDICIÓN (1882) DE SANTA CRUZ A DESEADO

En agosto de 1882, Moyano emprende su quinta expedición. Para su resumen volvamos a la conferencia del capitán Caillet-Bois:

. . . . . .

Luego reanuda sus exploraciones, y su conocimiento cada vez mayor del territorio le induce a intentar una nueva ruta para el norte, a lo largo de la costa. Los informes sobre esa ruta eran contradictorios y más bien desfavorables, a causa de la aridez del suelo.

Sus elementos fueron parecidos a los de la expedición anterior y ella se inició en invierno, y duró casi un mes (29 de agosto a 23 de septiembre). No hubo mayor dificultad y quedó también demostrada la posibilidad de una nueva vía para el ganado. Entretanto, con sus economías había comprado 600 vacas, y un nuevo arreo, más considerable que el anterior, se encaminaba desde el Chubut hacia el desierto del sur.

PÁRRAFOS DEL INFORME

Veamos algunas partes del informe que Moyano presentó al ministro de Guerra y Marina doctor Benjamín Victorica, a raíz de esa expedición:

Tengo el honor de dirigirme a V. E. dándole cuenta del viaje de exploración que acabo de efectuar por tierra desde Santa Cruz hasta Puerto Deseado, adjuntándole el croquis levantado, que da una idea del trayecto recorrido.

Hacía mucho tiempo que me halagaba la idea de emprender este viaje para buscar cerca de la costa un camino de comunicación que ligase por tierra estos dos puntos que más tarde tendrán una importancia indiscutible; pero informes falsos y contradictorios que me suministraban los indios y otras personas que me aseguraban haber recorrido una parte del mismo camino, me hacían siempre desistir por no exponerme a perecer de sed o tener que regresar sin éxito, con las caballadas estropeadas por la piedra.

Por fin, confiando en la experiencia que cada día adquiría de viajar en la Patagonia, me resolví a tentar la empresa, y hechos los preparativos necesarios salimos de Santa Cruz el 28 de agosto de 1882 con rumbo al Deseado.

Mis acompañantes eran el vecino don Cipriano García —mi excelente compañero de todos los viajes— don Pedro Bernasconi, y los marineros Juan Pintos, Juan Rasso, J. Coronel y J. Ibáñez.

Nuestros elementos se componían de 40 caballos, varias cargas de víveres, perros de caza y las armas y municiones necesarias.

Los instrumentos con que debía levantar el croquis los llevaba duplicados, precaución utilísima para evitar que cualquier accidente interrumpiera los trabajos.

Llevaba, además, útiles instrucciones que me había trasmitido mi buen amigo el doctor Zeballos, con las alentadoras palabras de estímulo que decidieron mi resolución.

Con estos recursos y mucha fe en mi buena suerte, esperaba corresponder a la confianza con que V. E. me honró al autorizarme a emprender las exploraciones que creyese oportunas para ir adquiriendo datos sobre estas y otras regiones completamente desconocidas para la geografía.

Las dificultades de la comunicación, me impidieron pedir a V. E. el concurso del superior gobierno para realizar este viaje, por cuyo motivo lo hice a mi propia costa.

Baguales

. . . . . .

Día 12. Salimos hoy muy temprano, aguijoneados por la ardiente curiosidad que se despierta en el viajero al encontrarse en lugares como éstos, donde no ha puesto antes el pie ningún ser humano.

. . . . . .

El campo está sembrado de rastros de baguales.

Las señales evidentes de la presencia de estos animales por los alrededores hacen que García, como buen hombre de campo, no pueda contenerse y se decida a buscarlos para bolear algunos.

Apenas García se separó un poco, vimos tres magníficos potros de un solo color, bayos, cola y crin negras, que pasaron disparando al alcance de mi rifle, pero sentí matarlos y no les tiré, pensando que más tarde podrían ser útiles a algún otro más feliz que García, que quedó desesperado al ver que habían pasado tan cerca de mí cuando él los buscaba en rumbo opuesto.

. . . . . .

Cerros Espejo, Brown y Rosales

Tomo la posición geográfica de tres cerros bastante importantes, y usando del derecho de primer descubridor, les he dado los siguientes nombres que ruego a V. E. quiera ratificar.

1. Latitud 48° 29', longitud 67° aproximada oeste de Greenwich, el monte Espejo, glorioso sobreviviente de los generales de la independencia [1].

2. Latitud 47° 55', longitud aproximada 66° 23', el monte Brown, en memoria del ilustre almirante a cuyo nombre están vinculadas nuestras glorias navales.

3. Latitud 47° 50', longitud aproximada 66° 41', el de Rosales, como un recuerdo al bravo compañero de Brown.

Descripción de la región (Kaolin)

Cumplido este acto de justicia, me permitirá V. E. que me extienda en otras consideraciones que me sugiere el estudio en conjunto de esta vasta zona que acabo de recorrer.

. . . . . .

La explotación de las salinas y otras valiosas substancias análogas cercanas al mar, y de que es tan rico este paraje, será también un aliciente para la población que allí vaya.

El territorio del Deseado se presta igualmente para colonias pastoriles, y aunque he visto allí menos aguadas, hay mucha facilidad para abrir jagüeles.

Además esta zona, como otras muchas de la Patagonia, cuenta con un recurso natural sobre el que llamo la atención del superior gobierno. Me refiero a los grandes yacimientos de kaolín, cuyas muestras traídas por el señor Godoy, han sido clasificadas como de primer orden, según él me lo informó.

Más tarde, antes de muchos años, nos asombraremos de la indiferencia con que se mirará probablemente la nueva de que somos una de las naciones del mundo más rica en kaolín, noticia que en otro país que no tenga plétora de riquezas naturales, habría causado al momento un gran movimiento industrial.

Colonización ganadera

Para la introducción de los primeros ganados con que se han de poblar las colonias que se funden en el sur, indicaré la vía de tierra para las vacas, que podrían sacarse del Chubut, y la del mar para las ovejas que pueden importarse de Malvinas.

Dentro de poco espero hacer cerca de la costa el estudio de un nuevo camino del Chubut al Deseado, lo cual facilitará la conduc-

---

[1] Espejo era mendocino, paisano de Moyano. Había sido el cronista de la Expedición Libertadora de San Martín.

ción de haciendas a los puertos intermedios hasta el Estrecho de Magallanes.

Uno de los medios más eficaces para facilitar la colonización sería vender algunas zonas a precios reducidos al alcance de todos, lo que en justicia podría hacerse, vista la dificultad de poblarlas con ganados, y la perspectiva muy lejana de que puedan llegar éstos a un número suficiente para el planteo de saladeros u otras industrias que den salida a los productos, tanto más si se las compara con el bajo precio a que se pueden adquirir buenas tierras a poca distancia de los mercados.

Los trámites de mensura previa para la venta en puntos donde no hay elementos ni aun para explorar, podría suplirse por boletos provisorios de propiedad que se darían dividiendo en lotes numerados, zonas de cien leguas o más, tomando como base las cartas hidrográficas.

La simple posesión de una área de tierra en esos parajes no obligará a ningún capitalista a hacer los sacrificios pecuniarios para formar estancias, lo que únicamente puede hacer el aliciente de la propiedad.

No dándose así, en pequeña escala, principio a un corto acumulamiento de recursos que facilite más tarde la mensura y reconocimiento de tantos miles de leguas cuadradas, tendrá después el superior gobierno necesidad de llevarlos con todos los sacrificios y dificultades que el abajo firmado conoce por experiencia propia, lo cual sería infinitamente más caro que la diferencia del valor en la venta de la tierra; y sobre todo se evitaría el mal, más grave aún, de retardar indefinidamente la colonización espontánea.

Para que después la tierra valga doble o triple precio, se necesita empezar a darle valor desde ya, facilitando la formación de los primeros núcleos, alrededor de los cuales, se irán agrupando los que vengan, atraídos por esa ley inmutable que rige la creación de todos los pueblos. Se necesita, en fin, echar la pequeña simiente, que, como la del árbol, tomará más tarde las proporciones de éste.

Antes de concluir, me permito recomendar a la consideración de V. E. al vecino de Santa Cruz don Cipriano García, cuya ayuda desinteresada me ha sido lo más eficaz para el mejor éxito de mi cometido, y al mismo tiempo a las demás personas que me acompañaron, cuya conducta no ha dejado nada que desear.

Las colecciones de Historia Natural que he podido hacer en el viaje, las he puesto a disposición del Instituto Geográfico, el cual las ha donado al Museo Público para su estudio y conveniente colocación.

Proyecto para después nuevas exploraciones, para contribuir así con mi grano de arena en la gran obra del reconocimiento de la Patagonia, que poco a poco y a medida que se devela el misterio que la cubría, va demostrando que es digna de ocupar un lugar en los desvelos de nuestros estadistas, y que, por ser casi la tercera parte de nuestro territorio, está llamada a ejercer una justa influencia en nuestro porvenir económico.

Humilde obrero del progreso, ambiciono sin embargo presenciar la fundación de la primera colonia pastoril que allí se establezca;

y tengo motivos para creer que ello será tan pronto como lo exijan nuestro adelanto y civilización, en deuda de honra con el comercio y la navegación, que exigen puertos habitados y con recursos en esta extremidad del Continente americano.

CARLOS M. MOYANO.

Más detalles de esta expedición en la obra citada: *Viajes de Exploración a la Patagonia.*

SEMIHELADOS

Contaba mi padre que en una oportunidad, él y varios hombres cruzaron en un bote el río Santa Cruz, con el fin de hacer un trabajo en la orilla opuesta.

Terminada la tarea al anochecer, se embarcaron de regreso a la subprefectura. Corría un aire bastante fresco.

Debido a la correntada o a otra causa, el bote zozobró apenas retirado de la costa; todos lograron salvarse a nado volviendo a la orilla que acababan de abandonar, pero el bote se hundió con cuanto llevaba adentro. En la semioscuridad hicieron señas hacia la subprefectura pero allí no las advirtieron.

Los náufragos no podían hacer fuego, pues carecían de medios; la noche avanzaba y la temperatura se volvía cada vez más baja. Con la ropa mojada no podían entrar en calor; se hallaban en el dilema insalvable de quedarse con la ropa puesta o sacársela y quedar sin resguardo al viento helado.

Para mayor desdicha, ni alimentos tenían, lo que complicaba la ya crítica situación. El sueño comenzó a invadirlos; apenas advertido de ello mi padre, les ordenó que hicieran ejercicios y, no siendo esto suficiente, los hizo azotarse con los cinturones unos a otros y él mismo participó de esa violenta práctica para ahuyentar el sueño que les hubiera sido fatal. Así transcurrió la noche.

Al amanecer llegaron los hombres de la subprefectura, que habían salido en su busca, temiendo una desgracia. Los hallaron extenuados, con las fuerzas agotadas y tiritando de frío. Se dieron prisa para auxiliarlos sometiéndolos a enérgicas fricciones y echando mano de todo recurso para hacerlos

reaccionar, como ponerlos en cama bien abrigados, darles café caliente, etc.

Dios los ayudó para que pronto se restablecieran, sin que su salud se resintiera de los rigores pasados en esa "noche toledana", como él decía.

VISITA DE ESTUDIOSOS

El "paso de Venus" del 6 de diciembre de 1882, llevó a Santa Cruz comisiones de hombres de ciencia con el fin de estudiar ese fenómeno celeste.

Con ese motivo el ministro del Interior, doctor Bernardo de Irigoyen, envía la siguiente carta a don Carlos Moyano, subdelegado de Santa Cruz:

Buenos Aires, agosto 26 de 1882.

Señor subdelegado:

El portador de la presente, señor Fleuriais, comandante de *La Romanche,* que tengo el placer de presentar a usted, es el jefe de la misión francesa que deberá estudiar en esa localidad el próximo tránsito de Venus.

Desearía que por todos los medios que estén a su alcance, facilitara el feliz éxito del elevado propósito que lo lleva a ese puerto.

Es con este objeto que me es grato recomendarlo a usted con el mayor interés.

Los buques que estuvieron en Santa Cruz fueron en realidad las corbetas *La Volage* y *Brooklyn,* francesa y norteamericana, respectivamente. Moyano informa que hizo lo posible para serles útil, y que la presencia de tan distinguidos huéspedes impartió inusitada animación al solitario paraje.

PRIVACIONES

De la pobreza de elementos y de la vida de estrecheces que se pasaba en Santa Cruz, nos habla una de las memorias presentadas por el capitán Moyano a la Superioridad. Dice así:

Costa patagónica

(Foto Néstor Gianolini)

Santa Cruz, diciembre de 1882.

Al señor Prefecto Marítimo don Carlos V. Mansilla:

El movimiento que ha tenido este puerto durante el año ha sido casi nulo, y podría consignarse en pocas líneas, ya que todo él se reduce a la entrada y salida de algunos buques de guerra extranjeros y nacionales que llevaban correspondencia o víveres para los empleados.

El pequeño comercio que antes se hacía con los indios está muerto hoy por falta de buques mercantes que lleven y traigan los géneros con que se sostenía.

Con motivo del paso de Venus hemos tenido allí dos comisiones científicas para observarlo, una americana y otra francesa, y la presencia de tan distinguidos huéspedes dió alguna animación a este paraje de ordinario tan solitario; puedo asegurar a V. E. que con los escasísimos medios a nuestro alcance hemos tratado de hacerles lo más grata posible su permanencia.

El cúter *Santa Cruz,* que debía hacer la policía marítima, se vió obligado a permanecer casi todo el año en Buenos Aires, porque cuando fué al sur no tenía víveres, ni anclas ni ropa para la tripulación, y en esas condiciones no podía prestar muchos servicios.

El cúter *Los Estados,* desde que se le quitó la sobrequilla que tenía destrozada, no ha quedado apto para salir a la mar y sólo realiza el servicio de la bahía, para el que es utilísimo.

Los oficiales de la *Volage* han hecho algunos estudios en el puerto y pronto veremos publicado el resultado de sus trabajos.

El abajo firmado ha hecho algunos estudios en el interior, y ellos serán materia de una comunicación aparte.

La casa que ocupa la subprefectura se encuentra en un estado deplorable de ruina, y se hace necesario construir otra.

He dado cuenta a V. E. de la pérdida de la lancha a vapor *Monte León* y de las circunstancias en que se produjo este accidente.

No quiero hacer un cuadro de las penurias por que ha pasado esta repartición por la falta de comunicaciones; sólo debo hacer notar que mientras no se establezca una línea regular no habrá, en esta naciente población, adelantos de ninguna clase, y serán estériles sin este requisito los gastos aislados que se hagan para fomentarla.

Tengo fundados motivos para creer que en 1883 mi memoria comprobará los nuevos adelantos, y el principio del importante movimiento que tendrá este puerto en el porvenir, debido a la realización de diversos proyectos de la superioridad tendientes a producir este resultado.

Deseaba aprovechar una oportunidad como ésta para recomendar a V. E. los empleados a mis órdenes cuya disciplina y buena conducta han sido ejemplares.

Tengo el honor de saludar a V. E. con mi mayor consideración y particular estimación.

CARLOS M. MOYANO.

LAS SUBPREFECTURAS DEL SUR

Informe del prefecto C. V. Mansilla al señor ministro de Guerra y Marina, sobre las subprefecturas del sur.

Deseado y Santa Cruz nada tienen de adelantado; allí no va buque alguno a no ser el *Villarino* de tiempo en tiempo, lo que hace que aquello permanezca estacionario y desconocido de esta prefectura marítima; cosa que siempre sucederá con todas las subprefecturas de la costa del Atlántico, desde San Blas hasta Santa Cruz y hasta la Tierra del Fuego y Los Estados, últimos pedazos de tierra nacional donde se han creado nuevas subprefecturas, mientras no haya comunicación frecuente entre esta capital y aquellas comarcas; no habrá allí ni población ni buques, y por consiguiente ni comercio: siempre será aquello un desierto primitivo.

Informe de Mansilla en el expediente del subdelegado de marina en Santa Cruz, solicitando la provisión de varios artículos:

Señor ministro:

Aunque el subdelegado de marina de Santa Cruz no ha iniciado este expediente por intermedio de su superior inmediato, como corresponde, lo cual es bastante falta para anular lo actuado, rehaciendo el expediente, creo sin embargo que, dada la urgencia de la provisión que se solicita, y las condiciones especiales en que se encuentra aquella subdelegación, puede prescindirse esta vez de dichas consideraciones; máxime si se tiene en cuenta que el subdelegado recurrente no ha incurrido deliberadamente en esta falta.

Los artículos que se piden son de un valor relativamente pequeño; y como puede verlo V. E. por los presupuestos que se acompañan, presentados a esta capitanía general por el mismo subdelegado, el pedido Nº 1, sólo importa cuatrocientos setenta y dos pesos fuertes ($ 472), y el Nº 2, doscientos cuarenta pesos fuertes ($ 240), total: setecientos doce pesos fuertes ($ 712), en artículos de que debe forzosamente estar dotada una subdelegación como la de Santa Cruz lanzada en el desierto, abandonada a sus propias fuerzas y comunicada con la capital apenas una vez al año.

La Comisaría General de marina parece no sospechar estas circunstancias, ni menos las necesidades que de ellas se derivan, y veo con satisfacción que esta vez ha tomado el camino que debe seguir, siempre que se trate de la Capitanía General y sus dependencias;; esto es, pedir su opinión, porque es la única que puede dar luz respecto a las más ínfimas necesidades y conveniencias de ellas.

La relación que acompaña la Comisaría General de marina, de algunos artículos suministrados a la subdelegación de Santa Cruz, si bien tiene por objeto confirmar su opinión negativa respecto de

la provisión solicitada, arroja sin embargo un resultado contraproducente, pues prueba que aquella subdelegación ha sido notablemente económica en los consumos y cuidadosa de los artículos que se le suministraron: basta pasar lista a la mencionada relación para cerciorarse de que los artículos en ella mencionados son de consumo y provistos dos o tres años atrás; no puede exigirse, pues, mayor duración para loza, géneros, pinturas, herramientas de uso, etc.

C. V. MANSILLA.

CARTA DEL COMODORO SOMELLERA

No obstante el alejamiento en que vivía mi padre, mantenía con sus amigos una correspondencia asidua y cordial. Veamos una de esas cartas del comodoro Antonio Somellera a Moyano:

Buenos Aires, julio 10 de 1882.

Estimado amigo:

Muy satisfactorio me fué recibir la suya del 14 de marzo fechada en ese lejano y solitario punto, donde con amor a la ciencia y a la patria, con abnegación sublime, se ha constituído en soldado del progreso un joven de las condiciones de usted, digno de figurar en los estrados de la más exquisita sociedad por su ilustración, cultura y delicado físico. Quienquiera que no le conozca ha de figurarse que es un misántropo, segregado de los demás seres racionales, se entiende.

No sé si ya sabrá usted que hace más de tres meses que yo también, queriendo salvar mi dignidad, estoy segregado de los estúpidos, así es que a pesar de que el Gobierno me considera como Jefe del E. M., estoy tranquilo en casa; se dice que así que sea suprimida la Comandancia de Marina iré a mi puesto.

Ayer tuve alegría cuando leí en un diario que la Comisión Exploradora ha bautizado con su nombre a un puerto de la Isla de Los Estados, y espero que el P. E. así lo confirme.

Me he puesto a escribirle después de cinco días de cama, pues los fríos son terrible enemigo de los viejos, sobre todo de los que mucha parte de la vida lo han pasado acariciados por las adversidades y torturas que experimentan los marineros pobres.

El *Rosetti*, que tan bien se portó en el viaje que lo condujo a usted a ese desierto, hoy está en serias reparaciones de averías sufridas en la Boca del Riachuelo. Este buque merecía estar bien mandado.

Ha sido instalado el Centro Naval, cuyos miembros creen alcanzar laudables resultados. Hago votos por que así sea, pero temo porque ya empiezan a hostilizarlos algunos seres malignos, que por desgracia ejercen dominio sobre algunos espíritus apocados.

Tal vez hago mal en molestar con esto la tranquilidad de que disfruta usted en su retiro.

XIII

INTERLUDIO (1883)

POR FIN: VIAJE A MENDOZA

A comienzos de 1883, por fin, Moyano aprovechó unas bien ganadas vacaciones para ir a Mendoza. Pudo así cumplir su gran deseo de abrazar a los suyos después de doce años de ausencia.

Volvía a Mendoza, la tierra de sus mayores, que se sentía orgullosa de contarlo entre sus hijos. Se le recibió con alegría, y se le hizo objeto de grandes agasajos. Uno de sus buenos y queridos profesores del colegio del Salvador, don Remigio Acevedo, que le profesaba gran cariño, le ofreció una demostración que *El Constitucional* de Mendoza, el 3 de abril de 1883 registró así:

> El sábado a las seis y media de la tarde, tuvo lugar un suntuoso banquete dado al capitán Moyano por don Remigio Acevedo.
>
> No dejó nada que desear. Los brindis fueron muy oportunos, llegando hasta relatar algunas anécdotas de nuestro simpático y valiente capitán.
>
> Después de la comida se improvisó animada tertulia que duró sin interrupción hasta las dos de la mañana, retirándose los concurrentes muy satisfechos del éxito de aquella manifestación.

Pasó en Mendoza una temporada de descanso, rodeado de sus familiares e íntimos, contento de sentirse tras de tantos años entre quienes casi lo habían llorado por muerto.

En los primeros días de mayo de 1883, dejaba nuevamente Mendoza para reintegrarse a sus tareas patagónicas.

Con fecha 3 de mayo de 1883 dice "El Constitucional":

Aun no se ha marchado, como se anunciaba, el capitán de marina don Carlos M. Moyano.

Sabemos que ha tropezado con el inconveniente de no encontrar asiento en la mensajería "La Protegida de los Andes".

Tenemos, pues, el gusto de que se encuentre aún entre nosotros tan simpático como distinguido comprovinciano.

Después de su regreso a Buenos Aires, Alejandro le dice en una carta:

. . . . . .

Dices que cuando se movió el carruaje de la Agencia, no tuviste valor para darme el último adios y que me habré reído de tu debilidad; a mi turno te diré que al verte alejar y al pensar que tal vez no vuelva a verte, se me cayeron las lágrimas como a un niño; ya ves cuán lejos estaba de reírme.

Ulteriormente y siéndole tan difícil a mi padre volver nuevamente a Mendoza, combinaba por carta la forma de encontrarse con su hermano en Buenos Aires, a su regreso de sus prolongadas estadas en Santa Cruz.

DEL DIARIO "LA NACIÓN", DE BUENOS AIRES (1883):

ALIMENTACIÓN

El capitán Moyano, velando por la buena alimentación del personal a sus órdenes, se ha dirigido al Gobierno haciéndole presente que no es posible continuar proveyendo a dicho personal con carne salada, o por lo menos con la clase que aquí se envía, sin grave perjuicio de la salud de sus subordinados. Hasta hace poco, la carne salada se alternaba con la de guanaco y avestruz, que la subprefectura compraba a los indios, pero hoy son raros los ejemplares que se encuentran cerca de "Misioneros", y traerla de mayor distancia es casi imposible. La mayor parte de las veces llega esa carne en estado de descomposición. En virtud de esto el capitán Moyano propone se provea de carne de vaca y oveja, por existir ya un número regular de la citada hacienda. Pero en adelante podría traerse hacienda ya sea por tierra o por mar. El capitán Moyano espera que sea aceptada su indicación.

(De una carta de don Juan E. Williams, publicada en "La Nación", 5 de diciembre de 1883.)

PERROS

Tanto en el transcurso de sus expediciones como durante su estada en la subprefectura, el alimento más seguro, y muchas veces el único, era la carne de guanaco y avestruz. Pasaban a veces meses sin que arribara a esas costas ningún barco con víveres.

Para proveerse de la carne de los guanacos y avestruces, no solamente empleaba Moyano las armas, sino además un elemento más económico y casi tan eficaz como ellas: los perros de caza, pero no los clásicos que por tal se conocen.

Decía que debió buscar una clase de perros que unieran a la agilidad y rapidez del galgo la fuerza y tenacidad del perro de presa. Logró formar una jauría de esa clase de animales, que fueron valiosos auxiliares de sus expediciones. Se facilitaba enormemente la provisión de carne con ese factor siempre dispuesto, que le ahorraba llevar cargueros con víveres secos, y le economizaba una gran cantidad de balas para sus armas.

En las primeras exploraciones, sobre todo, fué donde más utilizó a los perros, pues no disponía de mayores medios de movilidad y debía sujetarse a llevar muy pocos cargueros con lo indispensable.

Pero debieron serle valiosos los servicios de los perros en todas las expediciones, porque vemos que hasta en las que contaban con todos los elementos que en esa época era posible conducir, también figuraba un buen número de perros. Su espíritu previsor le hacía pensar en posibles pérdidas de la hacienda u otros inconvenientes en el transporte de las cargas. Con los perros estaba a resguardo de carecer de alimento.

Uno de sus favoritos se llamaba "Colohue".

EL "PELADO"

Durante su permanencia en la Patagonia, mi padre se vió precisado a tener mucho trato con los indios tehuelches.

Decía que eran de buena índole, pacíficos, y dotados a menudo de cualidades estimables.

Los indios por su parte sintieron apego por él y con razón pudieron llamarlo su amigo. Procuró hacerles justicia y los trató con benignidad; eso le valió ganar su confianza y afecto, cosa algo difícil dado el carácter desconfiado del indígena, acrecido por los atropellos de que había sido víctima por parte de los civilizados.

Solía recordar las costumbres y otras modalidades curiosas de los tehuelches.

En una oportunidad se disponía mi padre a realizar una expedición, para la que debía comprar caballos a los indígenas y obtener datos de la región a recorrer. Ellos se reservaban celosamente la información sobre ciertos parajes, y ponían toda clase de obstáculos a los extraños que quisieran acercarse a ellos.

En la ocasión pusieron infinidad de pretextos para no darle los datos requeridos y, por último, cuando se trató de la compra de los caballos, se negaron a la venta.

Mi padre trató en vano de persuadirlos. Como hacía poco que había muerto el cacique de la tribu, se dirigió a la viuda, y ella le respondió que no podía porque no era la dueña de los caballos: el propietario era el perro "pelado", quién había sido nombrado heredero del difunto, y era preciso solicitar permiso al perro; la contestación dependía de las manifestaciones que hiciera el cuzco.

Mi padre hizo las diligencias para que se le interrogara, pero según la interpretación de los salvajes el "heredero" se negaba a entrar en negociaciones. En diversas oportunidades insistió mi padre, pero siempre se estrellaba contra la supuesta negativa del "dueño" de los caballos.

No era hombre de darse por vencido fácilmente. Redobló su paciente diplomacia con los indios, y a fuerza de procederes rectos y leales, y con el argumento de diversos regalos del gusto y preferencia de los indígenas, ganó por fin su confianza. Una vez logrado esto, hizo interrogar nuevamente al "pelado", y éste dió su conformidad para la venta de los animales.

Se hizo la negociación, y además los indios se prestaron a acompañar a mi padre al sitio que él deseaba explorar; durante el viaje pudo comprobar que las noticias contradictorias y los obstáculos que le oponían los indígenas obedecían al propósito de que no llegara hasta allí.

Toldería de indios tehuelches

(Foto A. Madsen)

Para ganarse la confianza de los indios, en esa y otras oportunidades, debió usar de mucha diplomacia y hasta realizar verdaderos sacrificios.

Contaba que en una ocasión los indios quisieron hacerle un agasajo y lo invitaron a comer.

Cuando estaba sentado en rueda, le presentaron un manjar en un recipiente que nada tenía de decoroso.

Mi padre debió sentir que su estómago se rebelaba en convulsiones, pero era preciso no dar muestras de desagrado; afrontó pues la situación con entereza, comiendo algo de lo que le habían brindado de tan extraña manera. Debía apreciar el agasajo por la sana y cordial intención que lo movía, sin fijarse en los medios empleados, pues dada la crasa ignorancia de los indios no cabía mala intención en ese sentido. Los tehuelches, sin duda, habían visto que los civilizados servían la comida dentro de recipientes; uno cualquiera les había parecido bueno para ese fin.

Decía mi padre que los tehuelches, al igual que otros indígenas, usaban prácticas supersticiosas para embaucar a los crédulos.

Realizaban la inspección de vísceras de animales recién sacrificados para interrogar el porvenir; con esta y otras artimañas semejantes, engañaban a los incautos, invocando un poder extraordinario para hacer su voluntad. También practicaban las aspersiones y libaciones.

Contaba que los tehuelches nunca hablaban directamente a la suegra; aun estando ella presente se dirigían a su hija para cuanto deseaban comunicarle a la "madre política".

Entre los tehuelches eran las mujeres quienes hacían los trabajos pesados, tales como el transporte, arme y desarme de los toldos.

Sabido es que las chinas hacían primorosas combinaciones de pieles en los quillangos, utilizando lezna o punzón y tientos para las costuras. Mi padre quería facilitarles esta tarea enseñándoles el uso de la aguja, pero no consiguió que la adoptasen. En vano les llevaba de Buenos Aires agujas de

todo tamaño y grosor: no tuvo éxito, pues siguieron aferradas a su método.

Refiriéndose al instinto de orientación de los indígenas, escribió lo siguiente:

> ... Una vez descendidos a la planicie el indio nos indicó el rumbo que debíamos hacer, agregando que aunque nos desviásemos un poco de él, debíamos siempre encontrar el arroyo que corre de este a oeste. Con asombro vi el maravilloso instinto de estos hombres, pues su mano indicaba justamente el N 20° O magn., o sea el norte verdadero de la aguja en aquel punto.

Durante sus expediciones, cuando debía pasar la noche cerca de los toldos indígenas, su sueño se veía interrumpido con frecuencia por los alaridos y gritos destemplados de éstos. Cuando alguno había tenido un sueño desagradable creía que era el *gualicho* que se hallaba cerca de ellos, y entonces, para ahuyentar el espíritu malo, comenzaba el indio, y con él cuantos le rodeaban, a dar un grito monótono y plañidero semejante a: ¡Huala lá! ¡Huala lá! ¡Huala lá!..., repetido en forma indefinida por toda la toldería, así que se oía el primer grito. Continuaba la retahila hasta que el sueño los vencía o llegaba el día.

Los indios, cuando se hallaban a grandes distancias unos de otros y deseaban comunicarse, lo hacían por medio de fuegos, cuyas columnas de humo indicaban, según el número, el significado que querían darle.

Sobre esto dice mi padre, refiriéndose a la "mata negra":

> Este arbusto se presenta en manchones espesos, y siendo muy resinoso arde con suma facilidad, aunque esté verde, dando un humo negro, denso, que se eleva en gruesas columnas y a gran altura; esta circunstancia lo convierte en un curioso telégrafo, utilísimo para los que recorren o viven en la Patagonia, especialmente para los indios que lo emplean en sus cacerías. El compañero extraviado o el que por cualquier causa, se queda a pie en pleno desierto, debe muchas veces su vida a esta manera de revelar su presencia, a distancias a veces mayores de diez leguas.

SACRIFICIO DE YEGUAS

En su correrías llegó cierta vez a una toldería de indios. En amistosa conversación con ellos, preguntó por uno a quien

apreciaba mucho y que pertenecía a esa tribu. No recibió respuesta; la conversación siguió y mi padre advirtió que los indios habían traído la caballada, apartaron una yegua y la mataron.

Al rato volvió a preguntarles por el indio que antes nombrara. Nuevo sacrificio. Los indios enlazaron otra yegua, degollándola como a la primera.

Preguntó mi padre la razón de ello, y uno de sus amigos le respondió que esas yeguas habían sido sacrificadas por cada vez que él había pronunciado el nombre del indio; éste había muerto y según la costumbre de ellos, su nombre no debía volver a repetirse jamás, y si alguien incurría en esa falta, como desagravio debía inmolarse una yegua.

Como consecuencia, mi padre debió pagar los dos animales que mataron.

Del ascendiente que Moyano supo adquirir entre los indígenas habla elocuentemente el siguiente recuerdo:

A fines de la "Conquista del Desierto", 1883, Orkeke — el último patriarca tehuelche, amigo de Piedra Buena, de Moyano y de Lista— fué injustamente apresado cerca de Deseado por los soldados del coronel Winter, y llevado a Buenos Aires con toda su tribu en el transporte *Villarino*. Por intercesión de Moyano y de Lista el cautiverio se transformó en seguida en apoteosis, con recepción por el presidente Roca, banquete, función de gala en el teatro y otros agasajos. Pero Orkeke, que llevaba posiblemente noventa años de vida en los páramos patagónicos, con manta de guanaco como única vestimenta, contrajo en Buenos Aires una pulmonía y murió al cabo de un mes. Dicen que en sus últimos momentos expresó su indignación por la injusticia del apresamiento con estas palabras: —"Si me muero, ¿qué dirá el gobierno? ¿Qué dirá Moyano?"

Para él Moyano era la autoridad moral máxima entre los "cristianos".

---

1 De la revista "Argentina Austral".

ZORROS

Mi padre había observado repetidas veces la forma ingeniosa que tenían los zorros para poder comer los huevos de avestruz.

Por el tamaño del huevo no lo podían romper de una dentellada; por tanto, se valían de otro medio.

Cuando un zorro encontraba un huevo "guacho" de avestruz —o sea puesto fuera del nido, o en cualquier parte—, lo empujaba con el hocico hacia una barranca; a veces debía recorrer en esa forma varias cuadras. Una vez llegado al borde, lo dejaba caer por la pendiente; el huevo se rompía al chocar contra las piedras, proporcionándole el codiciado banquete.

Los zorros no desmienten su fama de astutos. Una vez mi padre cazó uno cuya piel le interesaba. Lo ató a los tientos de su montura, y continuó su camino, en compañía de un indio cuyo nombre tehuelche quería decir "media víbora".

Apenas andadas unas cuadras, el caballo empezó a dar muestras de inquietud, luego más, hasta que acabó dando corcovos. Sujetó mi padre el caballo y bajó para revisar la cincha u otro detalle que pudiera molestar al animal. Todo estaba en perfecto orden, y volvió a montar.

Pero antes de una cuadra se repite la inquietud del caballo, con los consiguientes corcovos; vuelta a descender y a revisar, nada había que pudiera provocar esa nerviosidad; las ataduras que sujetaban a la montura al zorro muerto seguían firmes. Cerciorado de que todo estaba bien reanudó otra vez la marcha. A las pocas cuadras vuelta a lo mismo. Ya estaba perdiendo la paciencia por este contratiempo que se repetía reiteradamente.

El indio sugirió que el zorro debía ser el causante. En opinión de mi padre eso no podía ser, pues el zorro estaba muerto; no obstante, se propusieron observarlo, cuando el caballo hubiera marchado cierto trecho.

Pudieron comprobar así, que el astuto animal se hacía el muerto mientras lo tocaban y el caballo estaba parado, pero cuando éste tomaba el galope, hincaba los dientes en la piel del animal.

Debió proceder a ultimar al zorro, de forma que no quedara la menor duda de su muerte, y así pudo continuar el viaje tranquilamente, sin que el caballo volviera a dar muestras de inquietud.

En sus expediciones mi padre usaba una montura estilo mejicano. Sus caballos predilectos para las campañas eran los de sobrepaso, modalidad que caracterizaba a los caballos baguales de la Patagonia.

EN LA SOCIEDAD CIENTÍFICA

Hacia entonces, agosto 8 de 1883, Moyano se incorporó a otro instituto cultural de importancia que llevaba ya varios años, la Sociedad Científica Argentina.

Señor don Carlos M. Moyano, capitán del Ejército Nacional.
Muy señor mío:
Me es satisfactorio el poder comunicar a usted que la Sociedad Científica Argentina ha resuelto aceptar a usted para formar parte de ella en calidad de socio activo.
Le remito el número de los Anales que está en circulación, como asimismo el reglamento de la Sociedad.
Oportunamente se le mandará a usted el diploma correspondiente.
Saluda al señor Moyano con su consideración más distinguida,

CARLOS D. DUNCAN
(Secretario)

GUILLERMO WHITE
(Vicepresidente)

ELOGIO DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO

Al finalizar el año 1883 el doctor Zeballos escribió en el Boletín del Instituto lo siguiente:

El año 1883 termina dejando en completa actividad a los exploradores que tienen por teatro de su fecunda actividad al territorio argentino.
He aquí una reseña de este interesante movimiento.

El capitán D. Carlos M. Moyano había llegado a Santa Cruz con felicidad.

Nos comunica que durante varios días había caído en aquellas regiones una nutrida lluvia de ceniza que formaba como un denso velo, a término que los cazadores se perdían en los campos no viendo más allá de veinte metros.

La ceniza es evidentemente volcánica por las muestras que el el capitán Moyano ha remitido al Instituto.

El capitán Moyano, como se sabe, ha marchado en desempeño de una misión científica del Instituto Geográfico Argentino, que lo cuenta entre sus más activos obreros.

Remontará el río Santa Cruz, que tantas veces ha explorado, hasta los lagos, y salvando los límites en que se detuvo con el señor Moreno en el viaje famoso de ambos exploradores, procurará conocer los contornos de aquellos grandes recipientes de agua, estudiando su relación con las cumbres andinas, la sospechada articulación con las aguas del Pacífico o sus derrames al sur si los hubiera.

La región es misteriosa y no hollada aún por la planta del explorador.

En 1881 el capitán Moyano descubría un nuevo y grande lago, que debía unirse a las fuentes del río Santa Cruz, conocidas ya con los nombres de lagos Argentino, San Martín y Viedma.

En su excursión hacia el norte de los lagos, el viajero procurará reconocer los volcanes de reciente erupción, cuyas cenizas han volado hasta las costas del Atlántico.

Si no le fuera posible rodear los lagos por el oeste para descender al Pacífico o al sur, el explorador sacará todo el partido posible de las circunstancias y se internará hacia las nacientes del río Gallegos, que recorrerá en todo su curso.

El capitán Moyano lleva un material suficiente para levantar el plano topográfico del viaje y para hacer colecciones de vistas fotográficas, etc.

Será ésta una de las empresas geográficas de mayor novedad y para asegurar sus resultados el Instituto ha proveído al capitán Moyano de los elementos que pidió y lo ha autorizado para gastar sin limitación en caballos y otros recursos que encontrará en Santa Cruz y en Magallanes.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

UN GRAN COMILÓN

Contaba mi padre que un buen amigo suyo, capitán de barco y hombre de mediana edad, se distinguía por su apetito desordenado, particularidad que le era proverbial. No se privaba de comer cuanto le venía en gana. Tanto engrosó que

la mesa del comedor de a bordo, en el sitio donde él se sentaba, debió sufrir un corte en forma circular para dar espacio al abdomen del capitán.

Su apetito era verdaderamente fabuloso. En la vajilla reservada para él los platos se habían reemplazado por fuentes. Una tras otra eran devoradas las viandas con apetito increíble, y era impresionante verlo comer.

De regreso de una larga ausencia se enteró mi padre que su amigo el capitán había estado gravemente enfermo, como consecuencia lógica de tanto exceso en la comida.

Mi padre fué en seguida a visitarlo y lo halló mejor, pero triste y disgustado. Por imposición médica debía comer un solo plato en cada comida. No cesaba de lamentarse pero debía obedecer, y deplorando esa contrariedad, dijo a su amigo con el énfasis de quien no admite la derrota:

—Como un solo manjar, es verdad, pero le advierto que siempre en fuente.

CONSERVATORIO DE MÚSICA

De regreso de uno de sus viajes por el sur, mi padre se alojó como de costumbre en la casa de pensión "El Ancla Dorada".

A poco de haber entrado en la casa tuvo la desagradable sorpresa de ver instalado dentro de la misma, y frente a las habitaciones que él siempre ocupaba, nada menos que un Conservatorio de música, donde se desarrollaba gran actividad.

Su directora era una ex actriz baja y gorda, característica, esta última, casi obligada de los cantantes. Además de cultivar el canto, impartía con otros profesores lecciones de varios instrumentos musicales, con lo que había huído la paz de la casa.

Es de imaginar el efecto desastroso que debió causar a mi padre, todo ese desconcierto de ruidos heterogéneos, acostumbrado como estaba a los largos silencios patagónicos, sólo interrumpidos por el silbido del viento.

En "El Ancla Dorada" ya no había momento de descanso; desde las primeras horas de la mañana hasta entrada la noche discípulos y maestros no se daban tregua, y los tonos y desentonos invadían todos los ámbitos de la casona.

Era algo intolerable. Mi padre desesperado se quejó a la dueña de casa, la que con buenas maneras se excusó diciendo que no podía inmiscuirse en las actividades de la profesora de música que, por otra parte era buena pagadora; no obstante, le aconsejó que hablara directamente con la cantante.

Hízolo así mi padre y con su acostumbrada cortesía rogó a la señora que, por lo menos durante algunas horas, disminuyeran los ruidos.

Todo fué en vano. La ex diva no quiso atender razones y luego, en forma áspera y grosera, le dijo que ella no podía privar a sus discípulos de horas de estudio, y mucho menos por culpa de un oficialito; y por último, agregó, en tono imperativo, que ella pagaba el alquiler de esas habitaciones y que por tanto estaba en su pleno derecho.

Mi padre se retiró sin dar mayores muestras de disgusto, pero su temperamento tesonero no le permitía darse por vencido a los primeros obstáculos; rápido en sus resoluciones, escribió a un su amigo militar, jefe a la sazón de un regimiento en el cuartel de Palermo. Pedíale que le enviara con el portador (que lo era su asistente, el tartamudo Butelli), un clarín, el más desafinado que hubiera en el cuartel.

El militar, al recibir la carta, aunque se extrañó mucho por lo inusitado del pedido, trató de complacer a su amigo, mandándole de inmediato el instrumento solicitado.

Mi padre ya en posesión del clarín, se lo entregó a su asistente diciéndole:

—Anda a la orilla del río, donde nadie te oiga y ensáyate en el manejo de este instrumento. Toca lo que quieras, pero debes buscar el modo de tocar lo más fuerte posible, y te repito, ensáyate bien.

El asistente cumplió el encargo y regresó satisfecho de sus ensayos.

Al día siguiente, mi padre le dijo que abriera de par en par las puertas de las habitaciones que él ocupaba en la casa, y que luego tocara con el clarín todo lo que le viniera en gana la mayor parte del día.

Para el tartamudo fué una tarea muy agradable, y sin empacho puso de manifiesto su falta de talento musical, agravada por las deficiencias del instrumento. Por cierto que mi padre no regresaría a la casa hasta muy entrada la noche.

Durante todo el día resonaron las clarinadas enervantes

en el reducido patio de la casa de pensión. El asistente encantado de hallarse dueño del instrumento, y pudiendo tocar sin trabas, dió rienda suelta a su desaprensivo gusto musical, que en nada se detenía. Las estridencias retumbaban insolentes desafiando las notas de los estudiantes del Conservatorio.

Cuando a la noche regresó mi padre había alguien que lo esperaba impaciente: la profesora de música, "echando chispas", como decía él, lo increpó ásperamente, quejándose de su asistente, por cuya culpa sus discípulos no habían podido estudiar ni dar lecciones de música en todo el día.

Él le respondió con sus finos modales acostumbrados:

—Señora, mi asistente me ha pedido permiso para aprender a tocar el clarín, y usted comprenderá que yo no puedo privarlo de su deseo.

Con esa respuesta la cantante debió tragar todo el veneno que había acumulado mientras aguardaba el regreso del "oficialito".

Durante los días subsiguientes continuaron resonando las estridencias del clarín en el ámbito de la vieja casona. Poco tiempo después la profesora se mudaba de casa llevándose a sus discípulos.

En esa forma volvió a reinar la calma en "El Ancla Dorada", y los pensionistas, si bien tuvieron que soportar unos días el clarín, celebraron la ocurrencia que los había librado de una vez por todas del malhadado Conservatorio.

XIV

SEXTA EXPEDICIÓN (1883)

DE GALLEGOS AL PACÍFICO

Dijo el capitán Caillet-Bois en su conferencia de Mendoza:

La zona del río Gallegos, 1883-4

Quedábale a Moyano un último campo de acción, la zona entre los ríos Santa Cruz y Gallegos, desconocida en su interior. Con elementos no menos considerables que en las anteriores expediciones, Moyano la recorrió en todo sentido. A la altura del río Gallegos, y cerca del Pacífico, descubrió con asombro que ya no había cordillera; ésta se hundía en el océano. De acuerdo con el tratado de las "altas cumbres" todas aquellas tierras pertenecían, por tanto, a la Argentina y tendríamos aun puertos en el Pacífico. Así lo creyó al menos Moyano, pero sabemos que el laudo final no confirmó sus esperanzas.

La región occidental entre el Gallegos y el Coy, era según él, "de las más desheredadas de la Patagonia", lo que no es poco decir. Reconoce la región del imponente cerro Paine y del "maravilloso" lago Sarmiento y explora por última vez el lago Argentino.

ORGANIZACIÓN DE LA PARTIDA

Veamos ahora algunas páginas del diario de viaje de esta expedición:

El 2 de noviembre del año 1883 salimos de la Subprefectura, situada sobre la bahía del Santa Cruz, con dirección a la isla Pavón, desde cuyo punto debíamos tomar ya definitivamente al sur.

La expedición se componía de catorce personas: el teniente

don Teófilo de Loqui, don Cipriano García, don Francisco Tonini del Furia, don José Manzano y Carlos Ross, Juan Rasso, Agustín Tiaoni, Pedro Anderson, Ramón Mansilla, Julio Coronel y tres indios.

Llevábamos 65 caballos, 30 perros de caza y nueve cargas con los víveres, armas, instrumentos y algunos cueros de buey y otros materiales para la construcción de un bote que debería servirnos para el reconocimiento de los lagos.

. . . . . .

Día 4. — Continuamos acampados a fin de hacer los últimos preparativos: ver lo que falta o lo que sobra; contrapesar con cuidado las nueve cargas que llevamos y asegurarnos de que están bien tomadas esas mil pequeñas precauciones que, a primera vista, parecen insignificantes, pero que, al armonizarse, forman el conjunto necesario para asegurar el éxito de un viaje como éste, en que, por algunos meses tal vez, no veremos ningún ser humano, ni encontraremos más recursos que los que llevamos.

Salinas

La luz descompuesta por los múltiples prismas y facetas de los cristales de una salina, trajeron a su memoria los cuentos maravillosos que embelesaron su niñez:

. . . . . .

Día 6. — Tres Chorrillos presenta un magnífico panorama a la salida del sol. Situados a media falda, se extendía a nuestros pies la gran salina que refleja en sus cristales, de una manera fantástica, las primeras luces del día, como una acumulación colosal de piedras preciosas, o la realidad de un cuento de las "Mil y Una Noches"; aunque el cóndor, que en estos momentos se cierne en las alturas, es demasiado pequeño para que se le tome por el "Ave Rook", de "Simbad el marino".

. . . . . .

Caminando por la orilla misma de la salina, encontramos unos pequeños cráteres de barro líquido, muy bien disimulados en la superficie, donde apenas se reconocen por una ligera eflorescencia que no dejaría sospechar jamás el peligro que se oculta debajo, porque, a pesar de su pequeñez, si alguno cae dentro, y no es socorrido, corre el peligro de ahogarse. Dió fe de esto el foguista Ross, de nuestra comitiva, que fué salvado por milagro. El barro es amarillento y de mal olor. Sacada la primera capa o costra, la sonda dió tres metros de profundidad.

Casi todas las salinas de la Patagonia presentan el mismo fenómeno.

Hago notar esta circunstancia, poco importante si se quiere, porque servirá para evitar algún disgusto a los que las visiten por primera vez.

. . . . . .

Día 16. — Dejamos el Paso del Medio siguiendo al oeste las márgenes del río.

Este empieza a recostarse sobre la gran meseta sur, cuyas pendientes suaves son sustituídas por farallones verticales de basalto.

El valle se encierra, corriendo encajonado entre murallones de piedra más bajos desde la garganta que le forman los dos cerros muy semejantes, concluyendo también aquí la meseta sur, dislocada, deshecha, se dirige al S. S. O. convirtiéndose en un confuso hacinamiento de cerros en cuyas cumbres toma el basalto las formas más variadas y caprichosas, desde el fantástico castillo derruído, hasta los macizos torreones o aéreos minaretes.

Desde aquí hacia el oeste, la naturaleza del suelo cambia y el aspecto general del país es más pintoresco, desapareciendo en parte la cansadora monotonía del territorio vecino a la costa del mar, donde las mesetas suceden a las mesetas y las cañadas a otras siempre iguales.

Debo agregar, sin embargo, que si bien el paisaje es diferente. la vegetación conserva el mismo carácter y aunque desde la "Garganta" o angostura que he mencionado, el río continúa siendo bastante tortuoso, las vueltas que da son pequeñas, siendo su dirección general este oeste hasta frente al cerro de la Garita, donde fuimos hoy a alojar, justamente al principio de la gran curva que aquí da hacia el sur.

Al pie de este cerro, característico por la linda garita natural que domina su cumbre, desemboca un largo cañadón que viene del noroeste, conocido con el nombre de Alquinta, por ser el de un cazador de avestruces que vivió allí mucho tiempo.

El "Cerro de la Pelea" (Río Gallegos)

El día de hoy ha sido de emociones, no sólo por la larga jornada, con las cacerías a que ha dado lugar, y el aspecto inusitado y variadísimo de la comarca (al que no estamos acostumbrados), sino por el curioso encuentro que hemos hecho de lo que podría considerarse una población prehistórica.

No vaya a creerse que se trata de alguna ciudad de los Césares, ni mucho menos.

Conocidas son ya las caprichosas acumulaciones de las piedras volcánicas, y especialmente las de basalto que han creado las gruta de Fingal y tantas otras maravillas, de tan perfecta regularidad, que se conciben sin esfuerzo las fábulas que rodean a algunas de ellas haciendo remontar su construcción a los tiempos heroicos. Así no es extraño que en las orillas del río y sobre los valles de la vecindad que pertenecen a esta formación, se encuentren numerosas grutas o toscas cavidades que han servido de habitación a poblaciones cuyo estado social no exigía mayores comodidades domésticas.

Estos reparos naturales no lejos del mar que temperaba el clima; las ventajas que ofrece el terreno quebrado para la caza al acecho; los muchos manantiales que nacen de la falda, y la proximidad del río que facilitaba la pesca, han sido, sin duda, razones suficientes para hacer de estos parajes, en aquella remota época, el París patagónico.

Lástima, y grande, es que Volney no hubiese visitado o sospechado ésto para agregar un capítulo más a sus meditaciones sobre la ruina de los imperios, que habría sido interesante por el caso, novísimo para el filósofo, de que los restos de éste pertenecen más bien a la geología que a la arqueología.

Pero, si la novedad del tema le habría conducido al idilio, creyendo encontrar aquí la felicidad en camisa o, para ser más exacto, en cueros, se hubiera pronto convencido de que el hombre conserva en todas partes ciertas tendencias instintivas propias de su especie, cualesquiera que sean su patria y estado social.

A pesar de nuestras pesquisas no encontramos trazas ni indicios de construcción alguna, por más rústica que se la imagine, ni el más pequeño vestigio de esa noble industria que crea en todas partes el hombre casi al crear la familia: la cerámica; pero en cambio se ven y conocen con facilidad los sitios en que se han dado batallas: torreones naturales de basalto coronados y circundados por los huesos ya medio pulverizados de sitiados y sitiadores, y hondas cavernas que, conservando aún en las puertas las barricadas de piedras, deben haber sido teatro de sangrientos dramas, donde el humo que asfixia, más que el hambre y la sed, habría jugado un papel importante.

Durante la marcha nuestro compañero de viaje, el indio Compem, nos ampliaba un poco las escasas noticias que otros indios nos había dado ya sobre estos antiguos *paraderos* o *Aikens*.

La tradición que él, como los otros, conocía, era tan oscura y deficiente que no avanzaba sino muy poco a lo que la lógica más simple podría deducir de la inspección del teatro de los sucesos.

—"Mira aquél cerro —me decía—. allí han peleado mucho los indios de *antes*; la tierra estaba llena de huesos *como pasto* y por eso se llama *Cerro de la Pelea*."

Y me señalaba, casi al centro del gran recodo que hace aquí el río al sur, una enorme masa cilíndrica aislada en la llanura, un verdadero capricho del basalto. Sus flancos verticales, las piedras sueltas que coronaban la cumbre sirviendo de parapeto, debían en efecto haber hecho de él una fortaleza inexpugnable.

Cuando el teniente Loqui y el señor Tonini trataron al día siguiente de escalarlo, no encontraron sino un punto donde esto era posible, y apoyándose en las grietas y salientes de las rocas estuvieron cien veces a punto de despeñarse.

De su inspección resultó que los huesos que, según la gráfica y original expresión del indio, se encontraban allí antes *como pasto*, estaban hoy casi todos pulverizados por la acción del tiempo y la intemperie, que sólo había respetado algunos pedazos que, por su posición, estaban mejor defendidos, pero suficientes para dar fe del

aserto. Arriba del cerro había una cantidad de piedras, de todos tamaños, amontonadas y dispuestas cerca de la arista, como para servir de armas arrojadizas.

Su altura sobre el nivel del suelo es mayor de 20 metros y el diámetro de la mesetita circular que lo corona es próximamente de 75 metros, lo que explica la dificultad que tendrían los sitiadores para ofender a los sitiados con palos, flechas y hondas.

Ciudad de trogloditas

Ahora pasaremos a lo que, por la fuerza de la costumbre, llamaré pomposamente con el nombre de la *ciudad,* es decir, al extenso radio donde la constitución del suelo ha producido un mayor número de grutas, relativamente próximas unas de otras.

Los principales centros son, como creo haber dicho ya, las costas del río y un vallecito paralelo a éste, en cuyas barrancas laterales están situadas.

No es muy fácil en el primer momento ver las grutas, porque estando situadas a media falda, disimulan u ocultan por completo su entrada grandes trozos de piedra que se han ido desprendiendo de lo alto de la barranca y se han acumulado en la base hasta formar los escabrosos repechos por donde hay que subir para llegar a ellas.

Lo mejor que se puede hacer para descubrir muchas de ellas, es retirarse a cierta distancia hasta dominar el conjunto, en cuyo caso, con el auxilio del anteojo, se notan fácilmente las aberturas.

Visitamos como una veintena de todas formas y tamaños, que variaban del simple hueco con capacidad para una o dos personas hasta algunas de dos o tres compartimientos que se sucedían al interior hasta catorce metros de la entrada.

No están estas visitas exentas de incomodidades y hasta de cierto peligro, porque a lo molesto de la subida por entre las piedras resbaladizas y puntiagudas se puede agregar la complicación, muy posible, de encontrarse un puma en el fondo de la gruta, en tal caso la defensa no es fácil, porque a la oscuridad se agrega lo reducido del local, que, rellenado actualmente con la tierra, etc., sólo permite andar encorvado, y en el caso de tirar tiros dentro, la trepidación arrojaría infaliblemente, sobre la cabeza del imprudente, trozos de roca de todas dimensiones, que se desprenderían de los techos, donde sólo milagros de equilibrio parecen sostenerlos. Las pisadas frescas aún, y otras señales características indicando la presencia de una familia entera de pumas en una de las primeras cuevas que visitamos, nos puso en guardia con respecto a las demás, por lo que a mi vez hago la advertencia en obsequio de otros visitantes, ya que un encuentro de esta naturaleza en tan desventajosas condiciones, si bien daría lugar a una página emocionante, podría darlo también a que no la escribisee el protagonista.

La gruta de los asfixiados

Piloteados siempre por Compem, llegamos a la *Gruta de los Asfixiados,* famosa entre los indios por la tradición existente de que en

ésta se refugiaron algunos combatientes derrotados en el *Cerro de la Pelea,* y después de una resistencia desesperada fueron ahogados por el procedimiento tan conocido de los matadores de vizcachas: un humazo, del que no pudieron librarse, detenidos por la sólida barricada que ellos mismos habían hecho a la entrada, para defenderse y que aún existe en parte.

Había dentro, como prueba gráfica del drama de que fué teatro, muchos huesos humanos medios pulverizados, y en el tercer compartimiento, encontró el señor Tonini un cráneo muy bien conservado con la señal patentísima de la causa que había producido la muerte del dueño: un tremendo bolazo estaba estampado en él, dejando ver el hueco redondo donde se había incrustado la *bola.* Las paredes de este cráneo tienen un espesor extraordinario y las viejas cicatrices que presenta de muchos otros golpes que han ofendido también el hueso y curado más tarde, evidencian el carácter belicoso del salvaje.

El piso primitivo de las grutas más grandes, es decir, el hollado por los primeros ocupantes, no lo pudimos ver por más que excavamos. Bajo la primera capa de tierra acumulada por los vientos y piedras desprendidas del techo, seguía un manto de huesos rotos, tributo de la fauna patagónica, entremezclados con carbones, escamas de silex, etc., de un grosor tal, que antes de horadarlo acabó con nuestros cuchillos y uñas al mismo tiempo que se agotaba la paciencia, no estimulada sino por las reflexiones a que éste daba lugar y que hacían, por supuesto, poco honor a las teorías sobre higiene doméstica de los dueños de casa, porque, para producir tan formidable cantidad de inmundicias, es de creer que han vivido sobre ellas, amontonándolas, muchas generaciones de desaseados.

Se hace notar la falta absoluta de conchillas y otros restos marinos, falta que sólo se explicará por la distancia del mar o incomunicación de estas tribus con las de la costa.

Sepulturas

Como es natural, abundan también las tumbas, fáciles de reconocer por el amontonamiento evidentemente artificial de las piedras con que han cubierto los cadáveres, a falta de instrumentos de excavación. Estas necrópolis ocupan con preferencia la cumbre de los más altos cerros de piedra, como lo comprobé más de una vez al subir a ellos para hacer la topografía.

Deben datar de una fecha antiquísima, porque en cinco o seis de ellas que revisamos con Manzano, sólo hemos encontrado vestigios de huesos.

He aquí todo lo que queda de las numerosas tribus que en época tal vez muy remota habitaron esta comarca y cuyo parentesco con los tehuelches actuales sólo a la antropología le será dado establecer, ya que no compruebe la exactitud de la teoría de que los fueguinos, dueños antes de este extremo del continente, fueron lanzados al otro lado del estrecho por los tehuelches que venían del norte, huyendo, a su vez, de otras razas conquistadoras.

¿Quién podría reconstruir la historia de estos pueblos, de la

que no quedan ni las tradiciones que han servido para embrollar la de los otros?

Los héroes deificados, las glorias guerreras, las conquistas del trabajo y de la industria, ¿qué se han hecho?

Han desaparecido, no dejando tras de sí más que algunos cráneos rotos, puntas de flechas groseramente trabajadas y montones de huesos quebrados para chupar su médula.

Si no hay pueblos sin historia, la de éstos es probablemente la más concisa.

Concluyendo sobre este asunto, debo decir que ésta es la única parte, en la vasta zona de la Patagonia que he recorrido hasta la fecha, donde he encontrado reunidos mayor número de vestigios, probando la existencia de una población prehistórica estable, que ha debido forzosamente formarse para aprovechar los accidentes del suelo, felizmente combinados con los elementos de vida que abundan en los alrededores.

Día 18. — Dejamos por fin el campamento frente al *Cerro de la Garita* que tanto nos dió que hacer con las grutas, fortalezas, etc., dando motivo al mismo tiempo para borronear tantas páginas como una indemnización a la esterilidad de argumento de los días precedentes.

. . . . . .

La planicie de Diana

Día 23. — Alojados. El horizonte limpio a todos lados nos ofrece esta mañana una gratísima sorpresa: trepados a la más alta colina inmediata, vimos, al oeste, el portentoso conjunto de mil nevados picos que se destacan de la gran cordillera; al sur las crestas de los cerros de la costa septentrional de Skiring-Waters, y al noroeste, y muy cercana, la pequeña cadena que, desprendiéndose perpendicularmente de la base de la precordillera, limita por el norte el extremo oeste del gran bajo donde nace el Gallegos, señalado en las cartas marítimas con el nombre de "Planicies de Diana".

. . . . . .

Parece que estamos en el punto preciso de transición de las dos grandes zonas en que racionalmente se puede dividir la Patagonia, puesto que presentan diferencias tan marcadas en su constitución física, que tratar de armonizarlas en su conjunto, sería casi lo mismo que hacerlo con las pampas de Buenos Aires y la región boscosa de Tucumán.

La flora y la fauna no son del todo semejantes a lo que hemos visto hasta aquí: la primera se muestra más exuberante en su desarrollo y aumentada por algunos bellos ejemplares; en la segunda se hace notar mayor número de insectos, especialmente abejas y algunos pájaros desconocidos o rarísimos en la costa.

Los arbustos que podrían utilizarse para leña faltan todavía absolutamente; pero, al norte, sobre nuestro mismo meridiano, la elevada cima y las laderas de la cadena *La Falda del Monte* aparecen

Bosque patagónico

(Foto A. De Agostini)

ya cubiertas de grandes bosques, presentando una linda perspectiva que alivia el espíritu, cansado del interminable paisaje en que sólo se ve pasto, y siempre ese pasto amarillento, al que rara vez se asocian algunos arbustos raquíticos que no se levantan más de un metro sobre el nivel del suelo.

Me explico bien aquí que el hombre modifique su carácter y tendencias merced a la poderosa influencia que ejerce en la imaginación el aspecto del país en que se vive.

En nuestra comitiva hay algunos que jamás han visto selvas vírgenes ni montañas, cosa no difícil en nuestro país, y era curioso ver la impaciencia nerviosa que los dominaba a la vista de ambas novedades, de que tan magníficas muestras se les presentaban a la distancia. Cuando aparecieron los primeros picachos de los Andes y se convencieron de que no eran nubes lo que veían sino cerros reales y efectivos, cubiertos de verdadera nieve eterna, su entusiasmo llegó al colmo, traduciéndose en unos por ruidosas exclamaciones, en otros, en una contemplación respetuosa.

Todos los proyectos y los trabajos en embrión se aplazaban *para cuando lleguemos a los bosques*, sin sospecharse nadie, ni por asomo, los malos ratos que nos esperaban en tan suspirado momento.

Entre bosques

Las penurias pasadas durante esa expedición debieron ser extraordinarias para que Moyano las consignara en su libro de viaje:

Desde que estuvimos al otro lado, marchamos bien en un corto trecho algo descampado, pero a causa de nuestro empeño para acercarnos al río, que calculamos corría por el centro del gran valle, fuimos poco a poco engolfándonos entre bosques cada vez más espesos, hasta que nos fué imposible avanzar y aún retroceder, por no encontrar otra vez el camino por donde habíamos entrado.

Muchas veces veíamos ante nosotros un descampado del que sólo nos separaba una faja de bosque de cincuenta o sesenta metros, que después de haber lastimado a los caballos y a nosotros mismos entre las puntas de los palos, para llegar al centro teníamos que volver atrás vencidos por el inextricable tejido. De aquí resulta que aprovechando uno y otro claro y haciendo saltar los caballos en otras partes, nos encontrábamos a lo mejor encerrados de tal manera que había necesidad de dos o tres horas de ímprobo trabajo para volver de nuevo atrás, y repetir a otro rumbo la misma tarea.

Si sólo hubiese sido la selva el único inconveniente con que luchásemos, todo habría marchado a las mil maravillas, pero eran cinco los que a un tiempo se coaligaban, concurriendo a hacer de esta jornada la más detestable que haya hecho en mi vida.

Al de los bosques se agregaba el del suelo mismo, horadado por millones de tucu-tucos *(Ctenomys)*, en cuyas cuevas los caballos se hundían, cayendo con los jinetes, con tanta frecuencia, que la mayor parte de este trayecto lo hemos hecho a pie. Calculo en cinco o seis cuevas por metro cuadrado, cruzadas y ligadas entre sí como galerías,

de modo que el subsuelo que queda fofo y la capa superficial tan delgada que no puede sostener ni el peso de un hombre, sin que éste se entierre hasta la rodilla. Desde que se entra en la región andina empiezan a aparecer los tucu-tucos, aumentando después su número tan prodigiosamente, que hay retazos de varias leguas donde sería imposible penetrar a caballo sin salir con la cabeza o algún miembro rotos.

La lluvia menuda y fría que caía constantemente desde mediodía, hacía más intransitable el camino, empapando los ponchos de paño, con que nos cubríamos, y cuyas largas puntas se enredaban y mojaban aún más con el roce de las altas hierbas, adquiriendo así un peso enorme.

En estas condiciones, a pie, con el caballo de la rienda y nuestros rifles al hombro, cayendo aquí y levantando allí, cruzábamos sudando gota a gota, a pesar del frío, este suelo removido por los tucu-tucos, o los pantanos con el agua al tobillo, deteniéndonos a sacar alguno de los caballos que se hundían hasta el pecho.

A completar este cuadro, que parecerá exagerado a cualquiera, menos al que con el andar del tiempo le toque comprobarlo, concurría una nube de mosquitos de todas las razas y tamaños, especialmente jegenes y los llamados zancudos, que aprovechando la calma del viento entre los árboles y sin temor a la fina lluvia, nos destrozaban el rostro y las manos, produciéndonos con sus picaduras y su presencia esa irritabilidad nerviosa, mezcla de fiebre y rabia, en que se traducen el dolor y la impotencia.

Nuestros caballos, materialmente cubiertos de jegenes, se echaban al suelo y se revolcaban desesperados con los flancos, la cabeza y el pecho hinchados y sangrando.

He sufrido en mi asendereada vida varios ataques de mosquitos y aún conservo latente en la memoria el recuerdo de las islas del alto Uruguay, durante la Campaña de Entre Ríos, y sobre todo aquella formidable noche que pasamos con el explorador Moreno en los "Manantiales" del río Chico en 1877, y que él no olvidará, como yo; pero todo aquello lo considero una pobre parodia de lo que nos ha pasado hoy.

Si he hecho detallada mención en este diario de los graves obstáculos con que hemos luchado en esta jornada, es porque ellos dan una idea muy gráfica de la naturaleza del territorio que visitamos y servirá también de experiencia al que vaya allí más tarde.

Cuando nos convencimos de nuestra impotencia para avanzar por el centro de la selva, que más adelante presentaba el mismo o peor aspecto, todos nuestros esfuerzos se redujeron a salir de ella, ganando la falda de la *Cadena del Norte* que estaba casi limpia de árboles, camino que deploramos ahora no haber seguido desde el principio, debido al interés de costear siempre el río para ver sus afluentes y también con el de acortar la distancia, puesto que geométricamente era una línea más larga que ésta, en que manifestamos tan tardío arrepentimiento.

Lagos

Era cerca de la noche cuando encontramos un pequeño lago como de milla y media de diámetro, con aguas cristalinas y costas altas, algo barrancosas, a cuya orilla alojamos. Cerca de éste, al sur, se ve otro y creo que comunican por el fondo haciendo uno solo.

No puedo calcular en este momento la distancia directa que hemos hecho hoy, porque los altos árboles que por todas partes nos rodean, me impiden ver cualquiera de los cerros o accidentes conocidos para situarme por triangulaciones. Mañana cuando esto me sea posible, trataré, desde alguna altura, de marcar este lago, que, por su tamaño es difícil confundir con muchos otros más pequeños que hasta aquí hemos visto y que son el batidero predilecto de millares de gaviotas marinas, de diferentes especies, que vienen desde los cercanos canales.

Día 29. Amanece lloviendo y todo indica que esto sucede aquí con mucha frecuencia. La gran depresión de la cordillera ocupada por los canales que la atraviesan a este lado, debe dar también paso franco a las evaporaciones del Pacífico, impulsadas o traídas por los vientos del oeste, las que, condensándose al cruzar la zona enfriada por el contacto de las nieves eternas, se precipitan a este lado en forma de garúas, lluvias o nieves.

De esta manera se explica también que las fuentes del Gallegos, con excepción del brazo que viene del norte, pueden alimentarlo constantemente y producirle fuertes crecientes, naciendo en un espacio tan relativamente reducido como el que les demarca su configuración orográfica.

Apenas escampó un poco, nuestro campamento se vió de nuevo asaltado por los jegenes que, en prodigioso número se vengaban de la inacción de la noche en que habían sido sustituídos por los zancudos.

Esto dió la señal de marcha, prefiriendo seguir haciendo, en viaje, la triste mímica a que nos obligaban durante el descanso.

Como he dicho antes, nuestro afán era salir lo más pronto posible del corazón de la selva a fin de continuar otra vez por mejor camino hacia los canales. La distancia que nos separaba de la deseada falda, donde dicho camino se presentaba tan bien, era corta, pero toda ella ocupada por una masa compacta de bosque, que la dura lección del día de ayer nos hacía dudar que consiguiéramos atravesarla.

Seguimos un poco por la orilla del pequeño lago, encontrando muerto sobre la arena un pescado de pie y medio de largo y de la misma clase de los que habíamos tomado en el río, lo que da un ligero indicio de su comunicación con éste.

Después de esto caminamos constantemente desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde, empleando por consiguiente 13 horas para recorrer las tres millas que resultó había directamente

desde el punto de partida hasta el desmonte por donde habíamos de seguir en adelante.

En cuanto al camino indirecto, calculando la marcha que se efectuó en su mayor parte a pie, a razón de 2 millas por hora, no ha sido menos de 25 millas.

Relatar los incidentes de la jornada de hoy, sería sólo reproducir más coloreado el cuadro que traté de bosquejar ayer, porque siendo igual la naturaleza del suelo, había los mismos obstáculos, aumentados por la precisión imperiosa que teníamos de cruzar por un punto dado, aceptándolos como los encontrábamos, sin pretender desviarnos a buscar mejores. No nos faltó ni aún la garúa que, empezando poco después de nuestra salida, duró hasta las cinco de la tarde.

El teniente Loqui y García se me han mostrado como unos leñadores de primer orden, y estoy seguro que con la madera que han cortado hoy para abrirnos paso, habrían hecho una fortuna, vendida al precio corriente de Buenos Aires; gracias a la energía y tesón que desplegaron en tan ingrata tarea, pudimos salir de la curiosa prisión, en que tan impremeditadamente nos habíamos metido. De otra manera no nos hubiera quedado más recurso que abandonar y perder nuestros caballos en la espesura y volver a pie al campamento general a buscar nuevos elementos, y sólo Dios sabe las penalidades que esto nos hubiera ocasionado, sin contar la pérdida irreparable de varios instrumentos y armas que no hubiéramos podido transportar, caminando extenuados, con el pasto y yerbas a la cintura y cruzando arroyos correntosos con el agua al pescuezo.

¡El Pacífico... sin Cordillera!

Apenas salvado el último pantano y última faja de monte que defendía el paso de un arroyo caudaloso, subimos ansiosos a una altura desde la cual pudimos fácilmente dominar todo el conjunto.

Allí, a cuatro pasos, estaba con su imponente y grandioso aspecto el vasto canal o sonda de Worsley; paralelamente a éste los dos grandes brazos en que se divide, corriendo el de la Última Esperanza directamente al N.O. y el otro, Obstruction Sound al sur, como buscando las aguas de Skiring, un Mediterráneo en miniatura, cerca de las cuales termina detenido por una angosta faja de tierra. Numerosas islas e islotes de piedra desnuda salpicaban las aguas tranquilas encerradas o, mejor dicho, encajonadas entre altísimas costas formadas de cerros cayendo a pico sobre el agua o con pendientes rápidas cubiertas de árboles desde la base hasta la cumbre. La única costa baja y con playa era la del E. donde nos encontrábamos, y el profundo dentellamiento de las otras daba origen a centenares de penínsulas, cabos y bahías que se internaban como hendiduras en todas direcciones.

Confieso que nunca había visto un panorama semejante, a no ser el de algunos lagos andinos a los que se parecía este canal de un modo notable en su configuración hidrográfica, y por la topografía de los alrededores: costas bajas al Este; en el fondo, es decir al oeste, el macizo principal de los Andes, fácilmente reconocible por la línea seguida de altos picos completamente blancos; al noroeste y

sudoeste los cerros de la pre-cordillera conservando hasta el otoño, en sus cumbres de tres y cuatro mil pies, algunas estrías de nieve cuyos derrites serpentean como hilos de plata por las faldas boscosas.

Me siento impotente para hacer una descripción completa, por pálida que sea, de esta maravilla hidrográfica escondida a este lado de la cordillera, y que sólo han visitado algunos animosos marinos con el único fin de levantar sus planos.

Las costas orientales de la América no presentan nada que ni siquiera se le parezca, y creo que en el mundo entero, exceptuando tal vez la Noruega, sólo al Pacífico austral le sea dado ostentarlas mucho más grandiosas aún que éstas, con esa belleza *sui generis* que asocia en la mente, sin quererlo, la idea del cataclismo que modeló sus contornos en el escenario donde se produjo.

. . . . . .

Día 30. — Pasamos una noche toledana porque, como si no fuese suficiente la brisa andina que soplaba, vinieron algunos chubascos a refrescar aún más nuestros miembros cansados y doloridos por la jornada anterior.

Resueltos a llegar a la misma orilla del agua de este Océano Pacífico tan deseado, nos pusimos nuevamente en marcha a las seis de la mañana, después de haber hecho un infame almuerzo compuesto de mate amargo y unos loros que habíamos cazado en los bosques el día anterior, con ánimo de guardarlos para la colección zoológica.

Atravesamos varios pantanos y arroyos que caían de la falda del norte a engrosar el Gallegos, pero nos fué imposible conseguir nuestro objeto de sacar una botella de agua del mar debido a que, poco antes de llegar a la orilla, encontramos que estaba cubierta de un bosque de leña dura, tan tupido y aparragado que, por más esfuerzos que hicimos, no pudimos atravesar ni a pie ni a caballo.

. . . . . .

Páramo

Algunas millas más adelante, se encuentra una cadena de colinas que corren al este, destacándose aisladas. Estas colinas parecen marcar también un punto de transición para la flora, porque el suelo, hasta allí, está cubierto de excelentes pastos y árboles gigantescos que forman bosques más o menos espesos; pero, en adelante al norte y al noroeste, la altiplanicie se convierte en un *páramo,* en la más genuina acepción de la palabra, donde no se ve un solo árbol, ni un arbusto que se levante más de medio pie del suelo y que pueda usarse como combustible. Esta transición tan brusca causa una desagradable impresión, porque no se está preparado a ella, ni se percibe causa aparente que la justifique.

A medida que se avanza, el pasto mismo va escaseando, y la flora sólo está representada por algunas gramíneas que crecen en matas aisladas, la mutilla y una planta parecida al césped, que crece también en la costa del mar, pero que aquí tiene más vigor y es más abundante. Los montículos que ella cubre y consolida, tienen

hasta dos metros de diámetro y son tan compactos que a primera vista parecen rocas verdes.

Sobre estos curiosos bloks vegetales pasan los cascos de los caballos casi sin dejar huellas, porque éstas desaparecen al poco rato, como cuando se pisa una esponja.

Es difícil describir la impresión que causa al viajero el espectáculo de tantas leguas cuadradas cubiertas de estos montículos, de forma casi regular y sucediéndose simétricamente unos a otros separados sólo por unas pequeñas zanjas excavadas por los vientos donde el suelo descubierto queda expuesto a su acción. Producen el efecto de la vista en grande escala de los cementerios donde la piedad de los vivos sólo ha marcado con montecillos de césped el espacio que ocupa cada muerto.

Esta disposición del terreno no solamente se hace desagradable para la imaginación, sino que la marcha por él, a caballo, es penosísima cuando se trata de un trayecto largo.

Considero este páramo, en toda su extensión, como uno de los parajes más desheredados de la Patagonia. En esta región tan elevada, los vientos deben soplar con una violencia formidable durante todo el año, y no habiendo reparo de ninguna clase, ni leña, deben ser para el hombre de una habitabilidad poco atrayente. Cuando la cruzamos, el viento tuvo siempre una fuerza de temporal, hasta el punto de no permitirnos tener parada la carpa, lo que nos fué muy penoso, porque, a pesar de estar en enero, el frío era tan intenso como si fuese pleno invierno.

Debo hacer notar, sin embargo, un hecho curioso, y es que, a pesar de todo, encontramos aquí mayor número de guanacos y avestruces que en ninguna otra parte. Nunca he podido explicarme esta anomalía.

. . . . . .

El valle del Coile

Entretanto, hemos llegado al valle del Coile y nos ocuparemos de él.

En las primeras páginas de este diario dije que a este estuario, por su analogía con el del Santa Cruz, podían aplicársele las mismas teorías en que se apoyaba el ilustre Darwin para creer que éste fué probablemente, en otra época geológica, un estrecho o canal de comunicación entre los dos océanos, teoría igualmente aplicable, con mayor razón al del Gallegos, donde las aguas sólo necesitan levantarse 150 metros para hacer de él un estrecho navegable como el de Magallanes.

Esta gran depresión, una de las más notables de la Patagonia austral, es tan profunda como la del Santa Cruz, y tiene en este mismo meridiano, casi doble anchura, aunque su forma no es tan regular como la de aquél.

Prescindiendo de los variados accidentes topográficos que lo caracterizan, y de los que trataré después, procuraré dar sus límites, tomando en cuenta únicamente las grandes líneas, aquellas que pue-

den apreciarse sólo abarcando el panorama en su conjunto, desde una altura, o que poco a poco van destacándose en el croquis a medida que éste se trace.

Por el sur, hemos dicho ya que lo limita la altiplanicie que acabamos de cruzar, cuya altura máxima, en su punto de arranque, será de 3.200 pies cobre el nivel del mar y a la cual, para distinguirla en adelante, la llamaremos "Meseta del Sur".

Por el norte está limitado por una cadena basáltica que arranca de la pre-cordillera dirigiéndose en línea recta hacia el Este. En su principio, esta cadena, que llamaremos "Basáltica", tiene como 1.000 pies de altura, pero ésta va disminuyendo a medida que se acerca al Este, lo mismo que el espesor del manto de lava que la forma, el cual concluye por desaparecer totalmente a inmediaciones del meridiano 70° 30' oeste de Greenwich, dejando al descubierto la meseta terciaria en que descansa, y la cual sigue a su vez limitando el valle en una línea no interrumpida hasta la costa del mar.

Por el oeste remata en dos grandes lagos que se internan por entre las sinuosidades de la cordillera de los *Baguales* y que lo limitan también a este rumbo.

Este gran bajo, considerándolo al desprenderse de la cordillera de los "Baguales", no sólo se extiende al Este llevando al Coile al Atlántico, sino que en el meridiano 72° 20' se corta en ángulo recto y se dirige al sur, encerrado entre el remate de la meseta sur y los primeros contrafuertes de aquella cordillera, buscando el encuentro del valle del Gallegos.

Esta parte del valle la distinguiremos con el nombre de "Brazo del Sur".

En el meridiano 72° la cuenca del Coile tiene un ancho de cerca de 30 millas, pero aquí, hay que descender por una sucesión interminable de colinas o mamelones que corren en todas direcciones formando un laberinto del cual no se cree salir nunca. Estas colinas, por su formación, demuestran palpablemente ser debidas a la erosión de las aguas y de los fenómenos geológicos consiguientes a la época glacial.

La orografía del brazo del sur es más curiosa todavía, ella acusa, de una manera que no deja lugar a dudas, que este brazo fué formado por un hundimiento, como lo demuestra la inclinación de las capas de algunos trozos de mesetas que lo cortan. Una de éstas, marcada en el croquis con el nombre de *Cadena Estrada,* presenta un aspecto sumamente curioso. Esta cadena, aislada en la llanura, sigue una línea casi recta de norte a sur; por el oeste se levanta abruptamente, con una pendiente muy rápida, casi a pique y desciende inmediatamente después por el Este, formando un plano suavemente inclinado. En el corte que presenta en su extremo norte se puede ver desde una gran distancia, esta inclinación que sigue la estratificación de sus capas geológicas netamente dibujadas por el colorido de los materiales. Esta misma disposición se ve también en los contrafuertes de la "Meseta del Sur" y en general en todas las demás colinas vecinas a ella.

La inclinación de las capas va de este a oeste por donde se puede juzgar la dirección seguida por el movimiento.

El Paine

La cordillera de los "Baguales", que he citado como límite oeste del Coile, se empieza a distinguir hacia el noroeste, a pocas millas después de subir la meseta del sur, destacándose en primera línea un curioso pico que los indios designan con los nombres de "Paine", "Carron" y otros, demostrando cierta confusión al denominarlo, lo que me permite aprovechar con júbilo esta circunstancia, para darle en nombre de una de nuestras glorias patrias, el de *Andrade*. Este monte presenta cinco agujas colocadas circularmente, dejando adivinar una depresión en su centro que bien pudiera ser el cráter de un volcán, afirmación sobre la cual me parece aventurado insistir, puesto que no tengo otros datos para ello y que señalo, sin embargo, al estudio de los que vayan después.

Antes de continuar la descripción de lo que nos resta ver en esta parte del valle del Coile y sobre todo para tratar algo de su sistema hidrográfico, creo necesario dar algunos detalles sobre la orografía general de la región, porque con ellos se facilitará mejor la descripción de lo que diga al respecto.

La cadena de los Baguales

La cadena de los "Baguales", a mi modo de ver, no es otra cosa que la continuación de un ramal que acompaña paralelamente a los Andes en casi toda la extensión de la Patagonia austral, siguiendo una línea norte sur tan recta, que sus picos principales apenas se separan de la vecindad del meridiano 72° oeste de Greenwich.

Esta curiosidad geográfica (y la llamo tal, puesto que se trata de una cadena de más de cien leguas de extensión, dispuesta de este modo), ha venido a revelárseme recién cuando he reunido en un solo cuerpo todos los datos parciales que venía tomando desde hace diez años, sobre la región andina y que, como los trozos aislados de un mosaico, han necesitado estar unidos en un plano general para tomar forma.

. . . . . .

Enero 7. — Acampamos. Llueve por la mañana.

Descansamos este día y hacemos nuestros preparativos para reconocer desde mañana la "Cañada de los baguales", y los dos lagos que se divisan al sudoeste.

No han perdido sin embargo su tiempo nuestros compañeros, pues lo han aprovechado cazando y corriendo las numerosas tropillas de caballos salvajes o baguales que le han dado su nombre y que abundan en sus alrededores.

Estos animales deben proceder de yeguas perdidas por los indios en una época quizás muy lejana. Su número se calcula en varios miles, extendidos en una zona bastante amplia, pues los hemos encontrado desde tres leguas al norte del Gallegos.

Los indios, y algunos vecinos de Punta Arenas, vienen casi

Picos del Paine

(Foto A. De Agostini)

De la sierra de los Baguales

(Foto A. De Agostini)

anualmente a darles caza. Como animales de trabajo, una vez domesticados, son muy inferiores a todos los otros que conozco; se cansan fácilmente; pero cuando se trata de subir cualquier pendiente por rápida que sea, aventajan a cualquier caballo de otra raza.

Su talla no es muy grande y aunque anchos de pecho, acusan en todas sus formas una raza degradada por falta de cruzamiento. Los colores más comunes son el blanco y el rosillo, y, generalmente todos tienen el andar conocido por de "paso" que ha caracterizado el tipo de los caballos de nuestros antiguos médicos.

. . . . . .

Hemos andado hoy ocho millas, alojándonos bajo unos magníficos bosques de hayas antárticas.

Enero 9. — Nos ocupamos de visitar con atención los alrededores.

La falda norte desde su último tercio estaba cubierta de selvas casi impenetrables de árboles gigantescos, y en todas partes, desde la cumbre hasta lo plano y donde quiera que alcanzara nuestra vista, semejaba el suelo un vasto prado de excelentes pastos, abundando, sobre todo, la cebadilla, cuyos altos tallos recordaban las espigas del trigo.

Por momentos el viajero olvida que esta zona pertenece a la misma Patagonia que ha venido viendo desde el Atlántico, con sus altiplanicies, cuya eterna monotonía apenas rompe uno que otro arbusto raquítico y encorvado por la influencia de los vientos. Este es otro país distinto: las montañas, los bosques, los lagos profundos y cristalinos, los torrentes y las cascadas que saltan por doquiera y la vegetación lujuriosa, le imprimen otro sello, otro carácter.

Una linda pincelada de este cuadro era ver, a cada momento, las numerosas tropillas de caballos salvajes, que han hecho de este valle su cuartel general, presentarse a cada rato coronando las cumbres en número de ocho hasta treinta, echar una curiosa mirada a los extraños visitantes y desaparecer en rápida carrera por entre los bosques y los precipicios que les presentan inexpugnable asilo contra las terribles boleadoras y el lazo de nuestros cazadores.

. . . . . .

Fatigas

Ante nuevos e insalvables obstáculos que le presenta el terreno para seguir adelante en sus investigaciones geográficas Moyano dice:

Parecerá extraño que contando con los poderosos elementos de movilidad que teníamos, no hubiésemos podido comprobar la exactitud de este detalle de tanta importancia para la hidrografía, pero debo confesar que no fué por falta de buena voluntad, ni de repetidas tentativas. El inconveniente, a primera vista pueril, pero muy serio en la práctica, de encontrarse minado el suelo por los tucutucos, hace casi imposible la marcha sobre él, sea a pie o a caballo, y esto no sólo nos ha impedido comprobar el hecho que menciono,

sino también visitar los alrededores, tan interesantes bajo todos conceptos, y retraernos de seguir la costa del lago hasta el monte Andrade o Paine, cuya ascensión intentábamos.

Todas las excursiones que hemos podido realizar en estas inmediaciones las hemos hecho fatigosamente a pie, después de haber casi inutilizando nuestra caballada en tentativas que sólo daban por resultado la recorrida de algunas cuadras, y el regreso a pie con el caballo manco o rengo por quebraduras o dislocaciones de sus miembros, producidas por las violentas caídas que daban los pobres animales casi a cada paso. Es excusado, me parece, decir que el jinete, desde los primeros, descabalgaba prudentemente y seguía con su caballo de la rienda, con la esperanza siempre de encontrar un suelo más sólido, hasta el momento en que se veía obligado a volver al campamento.

. . . . . .

Lago Sarmiento

Durante los dos días que permanecimos en la costa del primer lago del norte, al cual todavía no quiero darle un nombre, los ocupé en visitar una parte de su costa este, luchando siempre con los inconvenientes que he citado.

Sus aguas dulces son de una transparencia semejante a la del mar, viéndose el fondo hasta algunas brazas de profundidad.

En la orilla se nota un fenómeno muy curioso que señalo a la atención de los naturalistas: todas las piedras cubiertas actualmente por el agua, o que lo han sido antes según las alternativas de su nivel, se hallan revestidas y aún soldadas entre sí por una gruesa capa de concreciones silicosas.

No podría decir si este silex proviene de las mismas aguas o de las lluvias de cenizas volcánicas que en tan gran cantidad cayeron este invierno en la Patagonia austral, llegando hasta Santa Cruz y que, más espesas aquí por la vecindad, aun no averiguada, del volcán productor, se haya amalgamado en esa forma de concreciones, debido al contacto de las aguas del lago, o de algún agente químico que ellas contengan.

Queda, pues, este asunto a la orden del día de los aficionados.

El ancho medio de este lago varía de tres a cuatro millas, pero su largo debe ser considerable porque se interna entre la cordillera hasta donde llega la vista. Numerosos témpanos de hielo flotaban en sus aguas tranquilas, con el mismo color y aspecto que los que se ven en todos los demás lagos de la Patagonia.

. . . . . .

Desde algunas alturas encontradas en el camino pudimos ver, al fondo del lago, algunos ventisqueros y más allá, muy a lo lejos, una extensa llanura completamente cubierta de nieve y sobremontada por algunos blancos cerrillos de forma completamente cónica.

¡Feliz el mortal que algún día recorra esta llanura que hasta hoy, en que pongo en limpio estas páginas de mi diario, ejerce sobre mi imaginación la atracción más poderosa que jamás haya experimentado por lo desconocido, tal vez porque en el momento en que

la vi, cruzó por mi mente el recuerdo de las fantásticas descripciones del Polo Antártico, de Edgardo Poe!

. . . . . .

Hemos visto en el trayecto numerosas ostras y conchas fósiles, lo mismo que la formación geológica del suelo tal cual se ve en las barrancas de las costas del Atlántico.

Debo citar también el hallazgo de varias salinas que marco en el croquis, lo mismo que otras que vimos anteriormente al descender al valle por la parte sur, lo que nos fué de gran utilidad, porque este condimento se nos había concluído por un descuido, y su falta nos hacía sufrir extraordinariamente.

Tal vez algún día estas salinas situadas tan lejos de la costa, serán una providencia para los futuros pobladores de la región.

El Lago Argentino, una vez más

Más adelante, cuando llega al lago Argentino dice:

Difícil me sería explicar el placer con que volví a ver este lago, que no visitaba desde que en 1877 lo recorrimos en una buena extensión con don Francisco P. Moreno, usando el bote con que habíamos remontado el río desde su embocadura.

Cada cerro, cada lengua de tierra, tenía para mí un recuerdo más o menos grato y dediqué algunos minutos a la punta "Walicho", en cuyas inmediaciones permanecimos varios días detenidos por un temporal, hasta que por último, locos de hambre, resolvimos embarcarnos y jugar el todo por el todo, teniendo la fortuna de poder embicar en la costa del este, donde casi nos ahogamos, perdiendo Moreno sus colecciones, entre cuyos objetos recuerdo un famoso tronco pintado por los indios, cuya falta lo desesperaba y que a los dos días tuvimos la suerte de encontrar entre las resacas de la playa.

. . . . . .

Fabricación de un bote

El 24 de enero llegamos a la falda del monte "Mayo", último punto accesible sobre las costas del lago que se divide aquí en tres grandes brazos, de los cuales el uno toma al norte, otro al oeste y el tercero al sudoeste, lamiendo la base del monte citado.

Mi intención era comprobar si este brazo del sudoeste se comunicaba con su prolongación por detrás del monte "Mayo" con el otro lago que queda al sur del "Argentino", y sabiendo, por lo que habíamos visto en 1877, que éste no era posible hacerlo sino por medio de botes, me había preparado en consecuencia y traía, desde Santa Cruz, tres cueros de buey, las herramientas y demás materiales necesarios para construir uno sólido y fuerte que nos permitiese internarnos con seguridad por entre los canales.

Los pescadores americanos de lobos usan estos botes de cuero a los que dan la forma de balleneras, con preferencia a los reves-

tidos de madera, porque la elasticidad del cuero, en caso de un choque contra puntas agudas de rocas, los pone a cubierto de muchos accidentes que son inevitables en aquéllos.

Así pues, inmediatamente de nuestra llegada, nos pusimos a la obra desmontando y limpiando el lugar que debía ocupar el improvisado astillero y desbandándonos unos por un lado y otros por otro para buscar la madera con que debíamos construir el esqueleto.

No fué esto tarea tan fácil como la creíamos al principio, porque, si bien teníamos inmensos bosques a nuestra disposición, era difícil encontrar, entre ellos, trozos secos de forma apropiada para cortar las curvas, etc.

La construcción del bote duró ocho días, que empleamos en hacer excursiones y relevamientos por los alrededores.

Cualquiera que lea el bien escrito libro que publicó el señor Francisco P. Moreno sobre nuestro viaje a los lagos en 1876 y 1877, podrá ver las penurias que nos costó recorrer esta misma falda del monte Mayo, en donde nos encontramos, a causa de que el suelo horadado por los tucu-tucos nos presentaba casi los mismos inconvenientes que he señalado en otras páginas de mi diario; así es que, preparándome de nuevo para luchar con ellos aquí, podrá juzgarse mi asombro al notar que el suelo estaba firme y casi libre de estos roedores.

¿A qué se debe esto? ¿Han emigrado por alguna causa que ignoro, o han perecido víctimas de alguna nevada extraordinaria que por mucho tiempo les ha impedido buscarse el alimento? Señalo el hecho a los naturalistas.

. . . . . .

El Argentino y el Rico forman un solo lago

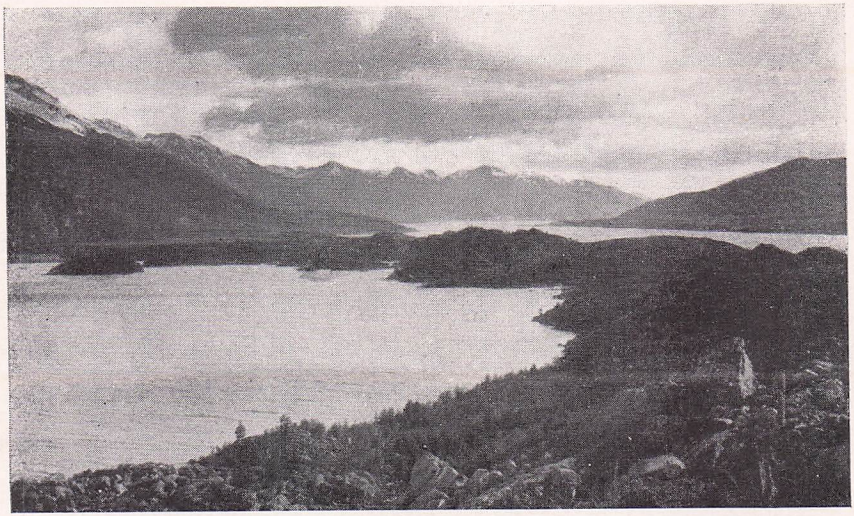
El día que se concluyó la construcción del bote, fué de verdadero regocijo, porque todos habíamos puesto en ella una parte de trabajo. Se le echó al agua con las solemnidades de estilo, bautizándolo con el nombre de "Héctor Álvarez", pobre pero sincero homenaje a quien tanto había hecho y hacía por el progreso de la Patagonia.

El "Héctor Álvarez" tenía sólo diez y siete pies y sus condiciones marinas eran satisfactorias. Me embarqué en él con el teniente Loqui y dos marineros; cruzamos la pequeña laguna en cuya orilla lo habíamos construído y nos lanzamos al canal sudoeste.

Desgraciadamente en estos lagos, aunque haya calma como la había ese día, existe siempre un oleaje tal, que en nuestra excursión estuvimos cien veces expuestos a ahogarnos, hasta que comenzando a levantarse la brisa y encontrándonos en el canal con una costa de piedra y a pique, resolvimos no continuar adelante, regresando al punto de partida.

Nuestra excursión marítima había sido corta, pero provechosa, puesto que, si bien no habíamos conseguido penetrar en el lago del sur, comprobé que éste se une con el Argentino por medio del canal del sudoeste que rodea la base del monte Mayo y se interna en él formando así ambos un solo cuerpo.

Nada nos quedaba ya que hacer, sino elegir el lugar conveniente



Lagos Frío y Argentino

(Foto H. Zechner)

para depositar el "Héctor Álvarez", que tal vez pudiera servirnos más tarde, o a lo menos quedar allí para recuerdo. Desde el punto donde lo dejamos, "Castle Hill" demora al norte 46° oeste, "Howler Hill" 9° 30' este.

. . . . . .

Denominación de lugares

A pesar del derecho que me correspondía para dar nombres a ciertos puntos cuya situación precisa señalo en el croquis, no he querido usar de él, dejándolo para otra oportunidad. Me he permitido únicamente denominar tres cerros, y espero que los nombres que les he dado sean aceptados. En latitud 50° 58' 30" y longitud 73° 5' un pico de 5.890 pies de altura aproximada, con el nombre de Monte Andrade, en honor de nuestro malogrado poeta; en latitud 50° 5' y longitud 72° 25' un pico de 4.266 pies de altura aproximada, con el nombre de Monte Guido en honor del señor Carlos Guido y Spano cuyo apellido es ilustre por tantos conceptos; y por último, en latitud 50° 28, 30" otro pico de 4.500 pies de altura aproximada, con el nombre de Monte Guerrico, como un homenaje de gratitud a mi ilustre maestro el coronel Martín Guerrico, a quien el país debe la formación de tantos oficiales jóvenes de nuestra Armada, y le toman y debieran tomar siempre como ejemplo, por las singulares virtudes que lo distinguen [1].

ELOGIO OFICIAL

El informe de Moyano sobre su penosa exploración a la zona del Gallegos mereció honrosa mención en la memoria ministerial y en el mensaje presidencial, se publicó oficialmente y valió a su autor el ascenso a sargento mayor y la gobernación del territorio de Santa Cruz, de reciente creación.

MEMORIAS DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO

Hallamos en uno de los boletines del Instituto Geográfico, correspondiente al año 1887:

---

1 Más detalles de esta expedición podrán leerse en la citada obra: *Viajes de exploración a la Patagonia.*

Nuestro socio corresponsal teniente de navío don Carlos María Moyano, gobernador de Santa Cruz, acaba de presentar al Ministerio de Guerra y Marina, el diario de su interesante viaje de exploración a las nacientes de los ríos Gallegos, Coile y Santa Cruz.

En breve vamos a publicar íntegro el informe de esta importante exploración que hizo en el término de dos meses y medio, y se estudió toda la zona comprendida desde la costa del mar a las cordilleras y desde el grado 50 al 52 de latitud, en la Patagonia austral.

El señor Moyano llevó a cabo esta expedición con sólo trece hombres que lo acompañaron voluntariamente, y de los cuales solamente el oficial de la Armada, don Teófilo de Loqui, podía ayudarlo con los conocimientos indispensables en esta clase de estudios.

SU TÍA CLARISA EN BUENOS AIRES

El año 1884 traería para mi padre varias alegrías y satisfacciones.

En el mes de febrero don Manuel E. Sayanca resolvió trasladarse con la familia a Buenos Aires para completar la educación de sus hijos, y se instaló en una casa quinta cerca de la plaza de San José de Flores.

La presencia de su tía Clarisa en Buenos Aires, llenó una verdadera aspiración de mi padre; ella había ejercido sobre él una influencia bienhechora fundada en las altas virtudes que la adornaban. Ella había suplido en todo cuanto era posible la falta de la madre de su sobrino, tomando sobre sí la responsabilidad de dirigirlo y dándole su apoyo moral en todo momento. Él valoraba en toda su extensión esos desvelos.

Ya no sería tan larga la distancia que lo separaba de una parte de su famiila. Si bien era cierto que él pasaba largas temporadas en la Patagonia, al regresar se encontraría con el calor de un hogar.

Los hijos de su tía Clarisa fueron sus hermanos, tal era la unión y afinidad de caracteres que hubo entre ellos; se profesaban mutuamente un verdadero afecto fraternal. Dos de ellos fallecieron muy jóvenes; los otros dos le sobrevivieron: el doctor Joaquín Sayanca, que ocupó los más altos cargos en la magistratura de Mendoza y gozó de bien fundado prestigio de juez; y la señora Elina Sayanca de Casavega, dama inteli-

gente y virtuosa, que prodigó afectos como de una segunda madre a la hija de su primo Moyanito, como le llamaban cariñosamente.

UNA CARTA DE DON EMILIO B. GODOY

A mediados de 1884 el Instituto Geográfico renovó sus autoridades; con ese motivo el nuevo presidente don Emilio B. Godoy, escribe a Moyano en Santa Cruz, con fecha 13 de junio, lo siguiente:

Mi distinguido amigo y consocio:

He leído con sumo interés en los diarios la transcripción del informe pasado por Ud. a la oficina central de Tierras y Colonias, que se ha publicado sólo en la parte relativa a los ganados. Está escrito con esa animación, claridad y caudal de buena información que caracteriza todos los trabajos de Ud., cualidades que hacen amena, agradable y (lo más valioso), nutritiva su lectura.

Ya habrá llegado a su noticia, que nuestro activo, inteligente, oportuno y (por estas y mil cualidades más), irreemplazable presidente el doctor Zeballos, ha opuesto a los deseos de nuestra asamblea el inquebrantable propósito de renunciar si era reelecto, lo que dió lugar a fuese yo elegido para sucederle, que es como alumbrar con una pavesa después de apagada la lámpara.

Uno de los cargos del puesto es dirigir la redacción de los anales. Ya usted comprenderá que entra en mis propósitos utilizar cuanto salga de la pluma de Ud. para enriquecer nuestra publicación.

He empezado ahora la transcripción de su informe de que al principio he hablado, incompleta tal como la publicó "La Nación". Pero en lo sucesivo, deseo que Ud. nos envíe directamente los trabajos para que sean publicados de primera mano ¿será esto posible?

Hago votos por su felicidad y bienestar, y me le ofrezco en mi nuevo cargo social y a la vez como antiguo conocido y amigo.

EMILIO B. GODOY.

TRANWAY DE CABALLOS A FLORES

Dije ya que la familia Sayanca vivía en Flores, que en esos años era lugar de veraneo, ya que se consideraba distante del centro de la ciudad.

Uno de los medios de comunicación más corriente con ese paraje eran los tranways de caballos. Era un viaje largo y molesto que demoraba varias horas en las que había que soportar el descarrilamiento del vehículo cuando menos una vez en cada viaje; a esto se agregaba el cruce de los pantanos, paradas forzosas por el mal estado de las vías y mil otros trastornos.

Los coches eran abiertos o cerrados, según fuese la estación del año. Los cerrados tenían dos asientos que corrían a lo largo del coche, uno enfrente del otro, y a ambos extremos las puertas de acceso. Los abiertos o de verano se llamaban jardineras, tenían asientos tranversales, y se subía por un estribo que corría longitudinalmente por la parte externa del coche.

Esos viajes no carecían de algún peligro, en ciertos parajes, para los pasajeros que debían ir parados en las plataformas, pues las vías estaban muy cerca de los postes del alumbrado y el tranway pasaba casi rozándolos; en otros lugares habían curvas violentas. Por estas causas solían ocurrir desgracias.

Se hallaba mi padre en Buenos Aires. Era un domingo y había pasado el día con su familia en la casa de Flores, pero por sus ocupaciones debía regresar al centro, a su alojamiento de "El Ancla Dorada". Por ser día feriado había gran afluencia de pasajeros y los vehículos se llenaban totalmente, por lo que mi padre se vió precisado a ubicarse parado en uno de los estribos de un coche abierto, pero tuvo la precaución de ponerse de espaldas hacia el interior del coche para poder defenderse mejor de los postes y curvas peligrosas.

Estando en tan incómoda postura, con riesgo de caerse a cada movimiento brusco del coche, oía a su espalda, que una señora sentada junto a él decía a una joven que la acompañaba:

—Ese oficialito es un grosero, nos está dando la espalda.

Durante mucho tiempo, con cortos intervalos, siguió oyendo majaderías al respecto; no le perdonaban el no haber podido entablar conversación con el apuesto oficial, cuyos galones habían seducido a ambas.

Él estaba bastante fastidiado, pero callaba, por tratarse de una mujer.

El lento y zarandeado viaje continuaba y la señora seguía con indirectas de toda especie, chocando siempre con la pa-

ciente indiferencia del "oficialito"; ella volvía a la carga con impertinencias, haciendo siempre alusión a que él "les hacía desprecio" dándoles la espalda. Llegaron a ser tan ofensivas las frases indirectas, y por fin las directas, que mi padre, perdida por completo la paciencia, le contestó:

—Señora, yo aprecio tanto mi espalda como mi pecho.

La mujer quedó callada por el resto del viaje, que por cierto ya estaba próximo a su fin.

OBSEQUIO

Un buen amigo brasileño quiso usar una atención con mi padre. Tuvo la peregrina idea de traerle de su país un magnífico papagallo que lucía un plumaje de variados y brillantes colores.

Mi padre quedó encantado ante la hermosura del ave, que recibió en momentos en que debía salir con premura de "El Ancla Dorada" para la atención de un compromiso. Antes de retirarse le hizo poner alimentos, y la dejó encerrada en una de las habitaciones que ocupaba en la casa, la que le servía de sala,luego salió por todo el día sin preocuparse más del huésped que dejaba en la casa.

Cuando regresó a la noche, al encender la luz del gas pudo ver cómo había empleado el tiempo el cacatúa.

El sofá había gozado de las preferencias para su campo de acción; empezando por la madera del mueble, continuó con el tapizado y luego el relleno de paja; los destrozos que le había hecho dejaron el sofá inutilizado.

Es de imaginar la indignación de mi padre ante el cuadro, y no se diga del violento disgusto que acometió a la dueña de la pensión al enterarse, y luego ver el mueble arruinado y los demás destrozos que había hecho el ave; encarándose duramente con mi padre le exigió el pago de los daños y un sofá nuevo.

Con su asistente mandó de regalo el papagallo a un amigo que tenía casa con jardín espacioso, donde el ave pudiera ser grata sin causar daño.

NOTICIAS DE SANTA CRUZ

Durante sus cortas ausencias de Santa Cruz sus compañeros lo tenían al corriente de lo que ocurría allí. Veamos una carta de don Juan Williams, fechada en ese puerto el 12 de septiembre de 1884, y relativa a la *Cabo de Hornos* que acababa de cambiar de comando por fallecimiento del benemérito capitán Piedra Buena.

Mi querido amigo:

Le escribo la presente en medio de la mayor alegría motivada por la salida de la *Cabo de Hornos*. Nunca buque alguno ha recibi do una ovación tan popular y sincera como ésta. Todos hacemos votos por que vientos propicios le soplen hasta el infierno y la estrellen en esas playas de modo que no pueda volver a hacernos "felices" con su presencia.

Este dichoso buque a más de no devolvernos los víveres que le prestamos nos lleva el salvavidas (el bote). Para esto me pasó una nota, diciendo que el buque carecía de botes, etc., que no podía hacerse a la mar en tales condiciones, y todas esas bellas cosas que se dicen con el objeto de justificar un pedido por más injustificable que sea, y que sería devuelto de Bahía Blanca en primera oportunidad.

No teniendo yo cómo justificar el rechazo de un pedido hecho en forma tan apremiante, he tenido que cedérselo con todo el dolor de mi corazón. ¿Lo volveremos a ver?

Sobre la carne que le ha suministrado García, arreglé con el comandante del modo siguiente: dejarle a García un vale por el total de kilos suministrados (mil doscientos y pico), y que el Comisario entregue a Ud. el importe en esa, para que a su vez se lo entregue a García.

En el próximo mes se probará pasar el resto de las vacas que han quedado al sur. Creo que se conseguirá. Loqui le habrá dado detalles. No olvide mandar todos los datos posibles sobre lo que la Comisaría de marina ha remitido a ésta desde su venida en el *Rosetti*. Sin eso no se puede arreglar los libros.

Cuando venga se va a sorprender al ver el adelanto de nuestra pobre quinta. Es un nuevo parque 3 de Febrero. Todo aquí sigue perfectamente.

Un abrazo de su amigo

JUAN WILLIAMS.

DEL CENTRO NAVAL

El Centro Naval envía al capitán de la Armada Carlos M. Moyano, la siguiente nota, fechada en Buenos Aires, septiembre 17 de 1884:

Me es satisfactorio comunicar a Ud. que la Asamblea, en sesión del día 1º del corriente, se sirvió nombrarle miembro de la Comisión Directiva. La Comisión Directiva me encarga signifique a Ud la satisfacción que tendría toda vez que Ud. aceptase esta comisión que le confiere esta Sociedad.

Con este motivo me es grato saludarlo y expresarle toda la consideración de mi estima

C. Eyroa
Secretario

Agustín del Castillo
Presidente

El Centro Naval llevaba dos años de existencia; antes de los cuales los marinos formaban un solo club con los militares. En nota de agosto de 1883, el Club Militar había enviado a Moyano diploma de socio activo.

DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

Del doctor Germán Burmeister, Museo de Historia Natural, 13 setiembre 1884, al capitán Moyano.

Por encargo del señor Ministro de Instrucción Pública, estoy autorizado para repetir al señor capitán las gracias más vivas, que ya he dado verbalmente, en nombre del Superior Gobierno de la República, por el valioso regalo de tres cueros de "huemul" y de otras interesantes colecciones que Ud. ha mandado antes a este establecimiento.

EXISTENCIA DE HACIENDA EN SANTA CRUZ EN 1884

La hacienda lanar, caballar y vacuna es la siguiente; con los nombres de cada propietario:

Cipriano García y Cía.: 500 animales vacunos y 78 caballares, traídos del Chubut. A unas treinta leguas al sur de Misioneros, otros 180 vacunos y 30 caballares, propiedad de don Augusto Guillaume; 70 animales caballares, 120 ovinos y 70 cabras de Angora, de Juan Richmond y Cía.; 6 vacunos y 30 caballos y 180 ovinos, propiedad de Gregorio Ibáñez, teniendo a su cuidado 7 animales vacunos del ex colono teniente Gregorio Albarracín. El colono Manuel Coronel: aumento de su concesión, 45 vacunos y 15 caballares. En poder de va-

rios vecinos cazadores; cerca de 100 animales caballares y 60 cabras ordinarias. Lo que hace un total de: perteneciente al Gobierno nacional, 125 vacunos, 18 caballares y 525 ovinos. Propiedad de particulares: vacunos 738, caballares 315, ovinos 300, cabras finas y ordinarias 130. (Informe de Moyano al director de Tierras y Colonias).

SOBRE UBICACIÓN DE SUBPREFECTURAS

En 1884 estaba sobre el tapete la cuestión de instalar subprefecturas en la Patagonia.

Moyano expresó su opinión en el siguiente informe al ministro de Guerra y Marina general Victorica. (Memorias de G. y M., año 1884, tomo II.)

Debiendo en breve partir para el sur en cumplimiento de órdenes recibidas, y no siéndome posible por esta causa asistir a las deliberaciones de la comisión nombrada para realizar la instalación de las sub-prefecturas de la Isla de los Estados y Tierra del Fuego, a la que V. E. se sirvió asociarme, creo de mi deber expresar hoy la opinión que he formado sobre los elementos y recursos con que deben dotarse dichas sub-prefecturas y sobre todo en lo relativo a su ubicación.

I — Comunicaciones y Elementos de Movilidad

A pesar de haber sancionado el H. Congreso una fuerte subvención para atender a la comunicación con estos puertos, tenemos el antecedente del pésimo servicio que las empresas particulares han hecho hasta hoy, alegando en su descargo diferentes causas o casos fortuitos, que, juntos o no, repercuten desgraciadamente en las tripulaciones atenidas a ellas, como puede comprobarlo personalmente el abajo firmado, que año por año, ha creído se remediaría el mal, sin conseguirlo.

Hasta que la práctica no nos demuestre lo contrario, no debemos pues, fiarnos exclusivamente de la comunicación subvencionada, tanto más que consta que en el país no hay compañías con elementos suficientes para garantir un buen servicio con el solo aliciente de la subvención.

Por consiguiente, para atender como es debido estos lejanos establecimientos a cuyo cargo deben estar los faros, y fines humanitarios, que no deben dejarse a las contingencias de un azar desgraciado o mala fe de una empresa, se hace necesario e indispensable que el Gobierno cuente con elementos propios para poderse comunicar con ellos cada mes y medio por lo menos.

II

Sabido es que actualmente la Nación no cuenta con buques a propósito para este servicio de paquetes y siendo muy remota la esperanza de poder hacer un contrato con una compañía seria que cumpla sus compromisos, henos aquí ante un obstáculo sumamente serio; porque, obrando juiciosamente, aconsejar la instalación de estos establecimientos, sin contar de antemano con una flotilla que responda a sus necesidades reales, y además, prevenga las eventualidades que puedan sobrevenir al intentar una empresa nueva y no escasa de obstáculos, que una vez planteada hay que atender como se debe, so pena de desdoro para el país que adquiere un compromiso con las naciones cuyas naves frecuentan esos mares.

Así pues, pasando revista uno por uno a nuestros buques de guerra y a las actuales compañías de navegación, debemos venir necesariamente a esta conclusión: "no tenemos hoy día sino elementos aislados e ineficaces para atender bien la comunicación con el sur".

Por tanto, faltando esto, faltará todo, y creo que nadie quiere afrontar la responsabilidad del inmediato establecimiento de las subprefecturas, hasta que este requisito no sea llenado.

Para salvar esta dificultad reitero nuevamente lo que me había permitido indicar antes: "la adquisición de seis pailebots mixtos, de 200 toneladas, con cuyos buques nos independizaríamos completamente de las empresas particulares de navegación, que tienen que ser caras allí donde no hay comercio que ayude a sus gastos, y haríamos con menos costo una excelente comunicación mensual y un eficaz servicio de vigilancia en esas costas, que, de otro modo, tendría que ser hecho independientemente.

Paso, ahora, a las embarcaciones para el servicio interno de las sub-prefecturas.

Cada una de ellas necesita indispensablemente uno de los pailebots mixtos de que he hablado; porque no creo conveniente que sean dotadas de embarcaciones a vela, expuestas a perderse a cada momento en costas como esas, sembradas de escollos, y para poder auxiliar rápidamente a los buques que lo necesitasen, con lo que se ahorraría, además, la necesidad del remolcador para entrar los buques al puerto.

Además debería dárseles un bote salvavidas, y una ballenera del tipo de las que usan los pescadores americanos.

III. — Ubicación

Al tratar de la posición geográfica que han de ocupar esos establecimientos, debemos tener en vista las necesidades del comercio internacional y los fines políticos y económicos que han exigido su creación.

Si la de la Isla de los Estados va, como creo, más por proteger la navegación interoceánica del Cabo de Hornos que a otra cosa, la elección aconsejada por la expedición austral del Puerto de San Juan, no puede, por consiguiente, ser más acertada.

Situada en la parte oriental de la isla, está sobre el derrotero de los buques, muy cerca de donde debe colocarse el faro y será el centro de los recursos que ofreceremos a los navegantes.

La sub-prefectura de la Tierra del Fuego, además de auxiliar también la navegación, responderá a otros fines.

Debemos, pues, buscar para asiento de ella un lugar tal que concilie todo: buen puerto, proximidad al derrotero de los buques, suelo apropiado para la colonización y posición topográfica aventajada para defenderse de las incursiones de los indios, que guarecidos por los espesos bosques, pueden llegar a ser un serio obstáculo al desarrollo de la población y de la industria.

Desgraciadamente en todo el litoral de la parte argentina, desde el cabo Espíritu Santo hasta el canal de Beagle, no hay sino dos puntos que pueden llamarse tales: San Sebastián y Buen Suceso, siendo los otros calas insignificantes, inaccesibles para buques grandes.

Quedan sólo a discutirse las ventajas de estos dos.

Como punto de abrigo, es superior San Sebastián a Buen Suceso; pero en cambio, este último le lleva una ventaja inmensa por su posición geográfica.

San Sebastián, a trasmano del derrotero de los buques no será jamás un puerto de recalada, y con sólo mirar la carta, se comprende que serán ilusorias las ventajas que preste a la navegación. No así Buen Suceso, que colocado a la entrada sur del estrecho de Lemaire y no lejos del Cabo de Hornos, nos permitirá con la subprefectura de los Estados, atender los dos puertos precisos del pasaje de los buques, es decir: la extremidad oriental de la isla y el estrecho citado. Además, cerca como he dicho del cabo, si se le proveyese de un faro serían incalculables los servicios que prestaría a los buques averiados al montarlo, lo que sucede con tanta frecuencia.

Por otra parte, su posición cerca de las misiones religiosas inglesas, nos permitiría atender a éstas, ayudándolas en su humanitaria tarea civilizadora, y haré notar que esta sola circunstancia, sería por sí misma, un poderoso argumento en su favor.

Nos falta ahora el otro paralelo entre estos puntos, considerándolos bajo el doble punto de vista de la colonización y la defensa contra los salvajes.

Teniendo, como tengo, la convicción de que San Sebastián no será jamás lugar de arribada, no tendrá por muchísimos años otra comunicación con el resto del mundo que la artificial y casi forzada que le proporcionen las líneas subvencionadas, o los buques de guerra, mientras que Buen Suceso, como "paso preciso", será frecuentado por todos los buques que crucen el Estrecho de Lemaire, que cuando menos irán a refrescar allí sus víveres y aguada, después de larguísima navegación de ida y vuelta, lo que desarrollaría varias industrias y el consiguiente movimiento comercial; siendo para los buques de vela, lo que es Punta Arenas para los vapores; pues es sabido que aquéllos casi nunca toman la vía de Magallanes, por no poder luchar con las dificultades y peligros que éste le presenta.

Por otra parte es tan estrecha la faja del territorio argentino que rodea a San Sebastián, al norte y al oeste, que al poco tiempo quedaría ahogado a estos rumbos, no quedándole sino el recurso de extenderse "a lo largo" de la extensa zona sin puerto que corre al sur; y como es casi una ley que las poblaciones se extiendan en círculos concéntricos alrededor de los núcleos principales, sólo conseguiríamos dar valor al territorio chileno vecino, cuyos puertos quedan sobre el Estrecho de Magallanes.

No así Buen Suceso, cuya población adonde quiera que se extienda, encontraría territorio argentino, que pasarán centenares de años sin que sea ocupado hasta encontrar el límite chileno.

En cuanto a las ventajas que ambos pueden prestar para su defensa contra los indios, basta echar una ojeada al mapa, para ver la diferencia. San Sebastián queda completamente abierto a las incursiones de los indios de toda la gran "Isla del Fuego", mientras que Buen Suceso, situado en el vértice del ángulo agudo en que termina ésta al oriente, puede con facilidad atender la corta línea para defenderse.

El estudio atento que he hecho de este asunto, me hace creer que debe aconsejarse la elección de Buen Suceso, para asiento de la sub-prefectura de Tierra del Fuego.

IV — Instalación

Tanto la Isla de los Estados, como Tierra del Fuego, tienen materiales para construir con poco costo buenas casas, por haber allí las maderas y piedras necesarias.

Teniendo en cuenta el rigor del clima y las consiguientes lluvias, sería preferible que las casas fuesen hechas de piedra, con techos de madera machimbrada, y una capa arriba de una de las tantas composiciones que tienen por base la brea.

Debería por tanto llevarse de aquí solamente las puertas, cal (si no fuese posible hacerla allí con conchillas, etc.), tierra romana para pisos, y aquellos otros materiales que a juicio de la Comisión no se encuentren allí.

El moblaje dependería de las condiciones en que quiera construirse la casa.

Las construcciones deberían constar de cuerpo principal para oficinas y depósitos, y dedicar ranchos pequeños con chimeneas para los marineros con familia, y situados de manera que cada uno pueda cultivar una huerta de legumbres y otros sembrados.

En cuanto a animales, deberían llevarse algunas vacas y cabras para proveerse de leche, algunos caballos o yeguas para el servicio; además del ganado que se destine para la alimentación en número suficiente para alternar con los víveres secos.

No diré nada de los artículos navales y otros elementos de que deben estar provistos; porque ello depende de la latitud que quiera darse a los recursos con que se quiera ayudar a los buques que allí llegan a solicitarlos.

Como no se trata por el momento de la instalación de faros, no diré nada al respecto.

En la Tierra del Fuego, convendría que los edificios fuesen construídos dentro de un pequeño campo fortificado, como medida de precaución, ya que no conocemos bien la índole de los indios, ni la actitud que asumirán respecto a los nuevos pobladores. Con la abundancia que hay allí de maderas, este trabajo será poco costoso.

Respecto al detalle de los pedidos que deben hacerse, la Comisión juzgará de ello en vista de las necesidades que note.

V. — Dotación

Toda ella debe ser voluntaria y por lo menos la mitad con familia.

Para los Estados, debería elegirse con preferencia buenos marineros; porque allí no tendrán otro campo de acción que el mar.

En la Tierra del Fuego, sería conveniente que se llevase individuos que pudieran ser también agricultores, a fin de formar con ellos el núcleo de la colonia.

En cuanto a la alimentación, vestuarios, etc., el cuerpo médico de la Armada, podría dar a V.E. datos dignos de tomarse en consideración, y más si se tiene en cuenta que algunos cirujanos de la Armada han tenido ocasión de juzgar prácticamente las condiciones de existencia de esos lugares.

XV

EL PRIMER GOBERNADOR DE SANTA CRUZ (1884)

En busca de síntesis acudamos una vez más a la conferencia del capitán Caillet-Bois:

En ese mismo año 1884, al crearse por ley los territorios nacionales, Moyano, con ascenso a teniente de navío, fué nombrado gobernador de Santa Cruz. No cabía nombramiento más justo ni más acertado. Pero esa gobernación del desierto era en realidad un presente griego; sin recursos ni elemento alguno, todo había que sacarlo de la nada, y fué admirable la obra de Moyano en el corto tiempo que la ocupó.

Cuatro años antes (1880) un decreto del gobierno había intentado crear una colonia pastoril en Santa Cruz, la que para comenzar se limitaría a treinta familias. Pero sólo había acudido al llamado un candidato (el teniente Gregorio Albarracín, que llegó a destino en el pailebote *Santa Rosa*).

El nombramiento de Moyano, y su arribo en el aviso *Villarino,* inspiran confianza a todos. De punta Arenas llegan ese año cuatro familias para instalarse con hacienda en tierra argentina. Moyano se traslada a las Malvinas en el lugre *Piedra Buena,* puesto al servicio de su gobernación, para fomentar las relaciones comerciales y atraer pobladores y ganado.

. . . . . .

Y ese mismo año el Gobierno contrata con el rico hacendado señor H. Wood la introducción de 30.000 ovejas en un campo de 80 leguas al sur de Gallegos. Las ovejas (dice el diario "La Nación" de aquella época) ya están listas en Malvinas y en el Estrecho y se está fletando el barco.

Años antes, en 1872-3 la malhadada colonia pesquera de don Ernesto Rouquaud había elegido en Santa Cruz al Cañadón de los Misioneros para su instalación. Moyano prefirió para capital del territorio otro cañadón, El Quemado, a corta distancia del anterior. Allí

comenzó a surgir la actual población de Santa Cruz que por varios años sería capital, antes de pasar ésta a Gallegos.

Pronto pudo informar Moyano que el Gobierno tenía allí más de 200 vacunos, 20 caballos y 500 ovejas y que varios colonos (Augusto Guillaume, Juan Richmond, Gregorio Ibáñez y Manuel Coronel) sumaban por su parte un millar de vacunos y equinos y cabras. Este plantel se agrandó a los pocos meses, en el mismo año 1884, con un enorme arreo de 2.500 lanares y 100 vacunos que condujo de Río Negro a Deseado el sargento mayor Crespo. Este fué el primer arreo de lanares desde el norte. Así comenzó en la Patagonia la era de la ganadería, tan próspera hoy día, y a Moyano corresponde el gran mérito de haberle señalado rutas, y de haberla impulsado con toda energía e inteligencia.

Un año más, 1885. Fontana, gobernador del Chubut y émulo de Moyano, realiza una expedición exploradora con un grupo de colonos galenses. Cerca de la cordillera encuentra un inmenso arreo, 1500 vacas, en viaje al sur por el camino trazado por Moyano. "Conducíalo el vecino del Chubut Juan Acosta, y no llevaba más baquiano que el libro de Moyano, sin haber tenido inconveniente hasta la fecha". Así reza el informe admirativo de Fontana.

ASCENSO Y GOBERNACIÓN

Moyano es ascendido a sargento mayor el 4 de noviembre de 1884, y el 25 del mismo mes se le confía la gobernación de Santa Cruz, de reciente creación. En diciembre recibe la misión de trasladarse a las islas Malvinas para hacer allí un estudio de las condiciones de colonización, así como propaganda para atraer colonos hacia Santa Cruz.

Esta misión respondió, sin duda, a una propuesta del mismo Moyano, a juzgar por uno de los innumerables borradores encontrados entre sus papeles.

He aquí este borrador:

Después del breve plazo de cuatro años desde que las primeras 500 vacas llenaron su misión esencial, y única impulsante de su envío y establecimiento en el corazón de este territorio, ya no habrá razón alguna para continuar los ingentes gastos que demanda su cuidado, con el numeroso aumento de sus crías (comprobatorias de la bondad del suelo), pues no hay absolutamente mercado para ellas por falta de población y, por consiguiente, de consumidores de su carne; tampoco hay cómo conseguir peones para rodearlas en esta región abierta y completamente desierta, con lo que la cría queda ca-

si abandonada. Debe substituírsele por ganado ovino, de provecho inmediato por la lana, y que se lanza a torrentes desde Patagones por el camino terrestre abierto cinco años antes, largo pero seguro, o por vía marítima por donde se introducen de las islas Malvinas miles y miles de magníficas ovejas finas que conseguí atraer yendo personalmente a esas islas al mes siguiente de ser nombrado gobernador, en diciembre de 1884. Los resultados de ese primer ensayo, reforzado con las experiencias que se hacían en el Estrecho de Magallanes, infundieron confianza y convencieron a los ganaderos de esas islas.

Consecuencia de este esfuerzo colonizador fué el decreto de arrendamiento de territorios nacionales del 12 de octubre de 1885 y la locación de unas 400 leguas de tierra a los estancieros malvinenses, que ese año y el siguiente transportan al territorio cerca de 40.000 ovejas.

FUNDACIÓN DE SANTA CRUZ

Cuando era gobernador de ese territorio fundó la ciudad de Santa Cruz, para que fuera capital del mismo.

(Testimonio dado por don Juan E. Williams, quien colaboró con él en dicha fundación siendo subprefecto de ese puerto.)

FELICITACIÓN

Buenos Aires, noviembre 28 de 1884

Señor gobernador del territorio de San Cruz, sargento mayor don Carlos María Moyano.

Mi querido compatriota:

Voy a pagarle una deuda de corazón que el ciudadano, nunca indiferente a las glorias y justas recompensas de sus compatriotas, reconocen a los que se elevan en la consideración pública por sus méritos.

Usted, que tan joven y llevado sólo por sus nobles aspiraciones, ha sabido abrirse una senda envidiable en los horizontes de la vida;

merecía más que nadie los ascensos que el Gobierno de la República acaba de discernirle.

Un grado más, que representa una hazaña, un servicio o una gloria nueva —levantarle en la jerarquía de la Marina Nacional—, y la Gobernación titular de uno de los territorios de más porvenir: son las recompensas actuales de la patria agradecida.

La ciencia le recompensará igualmente mañana lo que le debe por sus exploraciones y descubrimientos, en lo que se relaciona con la Patagonia y las tierras australes.

Lo felicita ardientemente y le desea prosperidad dejando para después un abrazo, su affmo. amigo

FÉLIX M. GÓMEZ

EN LAS ISLAS MALVINAS

Estamos aún en el año 1884; en las postrimerías del mismo, y después de tomar posesión del cargo de gobernador de Santa Cruz, Moyano realiza el viaje a las islas Malvinas, del que ya hemos hablado en las páginas anteriores; va acompañado de su buen amigo el señor Juan Richmond.

En Malvinas conoce a la que luego será su esposa, la joven Ethel Turner, nacida en esas islas, de padres ingleses.

Él desea casarse a mediados de 1885, pero el futuro suegro pone reparos por la juventud de su hija. Da el consentimiento para cuando cumpla los 18 años. Los novios deberán aguardar hasta 1886.

Veamos sobre el tema algunos párrafos del artículo escrito por el capitán Caillet-Bois, titulado "Nupcias patagónicas", aparecido en el número de diciembre de 1947, de la revista *Argentina Austral*:

El flamante gobernador arriba a Santa Cruz en el *Villarino*, el mejor transporte de la incipiente Armada, y una vez en el territorio asume con entusiasmo sus funciones "en el vacío". Por de pronto instala la gobernación en el cañadón del Quemado, a corta distancia del de Misioneros, notorio éste por tres iniciativas fracasadas: una misión protestante, una importante empresa pesquera Rouquaud (1872-3) y un intento de colonia agrícola oficial (1880). Del norte, por las "rutas de los arreos" abiertas por él, comienzan a llegar tropas considerables: 25.000 lanares. . . 1.500 vacas. . . , y el desierto se va poblando, siquiera de animales; cuatro familias, y más hacien-

das, vienen del sur, desde Punta Arenas. Falta una tercera fuente, la de las Malvinas, donde abundan los lanares de la raza hecha al clima austral. Allá va Moyano, en el lugre *Piedra Buena*, para atraerse nuevos pobladores, y sobre todo ovejas. Más tarde diría jovialmente: "Fuí por lana, sin imaginarme que saldría trasquilado". Como no habla inglés le acompaña don Juan Richmond, casado con Adela Dufour, cuñada de Piedra Buena.

Puerto Stanley, asiento de la gobernación de las Malvinas, no pasa de ser una regular aldea; sin embargo tiene su pequeña sociedad de funcionarios y estancieros, culta y sencilla, con alguna vinculación patagónica debida a Piedra Buena y a los Richmond; uno que otro barquichuelo suele traficar entre Port Stanley y Santa Cruz.

Moyano entabla pues, por medio del amigo intérprete, sus conversaciones para atraer pobladores y ganado a la Patagonia, encuentra ambiente propicio y logrará el mayor éxito. Entretanto llega el domingo, día cerrado a los negocios, y aunque cae nieve ligera, salen a caminar y a presenciar la salida de la gente en el pequeño templo protestante. Llámale la atención a Moyano una inglesita que sale arrebujada en coqueta mantilla de lana, menuda y delicada en el escenario de nieve como un "edelweiss". —Es miss Ethel Turner, le informa Richmond; la hija de James Turner, huérfana desde hace tres años de su madre, Rosa Clare, y sobrina del gobernador James J. Felton, pues éste es casado con doña Elisa Turner, tía de Ethel...

El hecho fué que en el atrio, o en la esquina, atisbaba el travieso Cupido, y que su flechazo fué certero. Para el marino mendocino que lleva años de vida salvaje entre páramos y mesetas, aquella aparición resulta encantadora. Le asalta la nostalgia de la lejana Mendoza, del cálido hogar que le vió alejarse a los 14 años de edad... Ahora tiene 29, con quince de aventuras por mar y tierra...; piensa que él también ha adquirido derecho a las dulzuras de una compañera en la vida...; que bien podría dar por terminada su tarea histórica de explorador y de "pioneer"...; que su empresa ganadera, los arreos traídos desde el Chubut y el Río Negro a los campos vírgenes de Santa Cruz, han prosperado y le proporcionan una situación holgada...; más aún, su grado, su situación de alto funcionario le imponen como ejemplo la formación de una casa respetable...

Richmond lo presenta a la inglesita risueña, y se entabla el primer diálogo, sabe Dios cómo, pues ella no habla español y él apenas sabe palabras de inglés... Así se esboza el idilio.

Pero el tiempo es corto, pues los buques no saben esperar; si Moyano ha de llegar a buen puerto tendrá que apurarse. En los días siguientes, nada tímido a pesar de la vida áspera que ha llevado tanto tiempo, visita el chalet de los Felton, segundo hogar de miss Ethel, donde se siente recibido con simpatía, y en el confortable "living" y con ayuda del intérprete les habla sin duda del terruño natal y de su famoso terremoto, del que salvó milagrosamente la vida; de sus andanzas por Entre Ríos y de su incorporación a la ma-

rina durante la revolución jordanista; de sus viajes con Guerrico y Piedra Buena; de la inmensa Patagonia que exploró en toda dirección...; de su triunfo geográfico en la exposición de Venecia; de sus vinculaciones con los centros cultos de Buenos Aires, donde proyecta establecerse, pues lo reclama el ministro de Relaciones Exteriores para la cuestión de límites; de sus empresas ganaderas...

En las Malvinas, confín del mundo, el aislamiento oceánico no es menor que el terrestre de la Patagonia, y la niña Ethel escucha con mayor atención que nadie los relatos del marino andariego... En sus ojos castaños éste cree leer respuesta favorable a su fantasía, y finalmente, formula su demanda al señor Turner.

La diferencia de religión no será obstáculo; cada cual seguirá con la suya; y ya que ambos parecen estar de acuerdo, Moyano es aceptado como pretendiente...; pero, eso sí, como Ethel sólo tiene 16 años, habrá que esperar para la boda a que cumpla los 18...

Moyano, henchido el corazón de esperanza, vuelve a su gobernación de los Páramos. Resultarán bien largos esos dos años de espera, sin que siquiera pueda ver una vez a su novia, pues son por demás precarias las comunicaciones. Por lo menos una vez envía a Ethel el recuerdo de un prendedor relicario recamado de turquesas...

Menos mal que el territorio virgen, al que afluyen los ganados, y donde todo hay que crearlo sin recursos, reclama incesante actividad. De las Malvinas llegan pobladores —que le traen gratas noticias— y con ellos vendrán 60.000 lanares...[1].

Por lo demás, en el período de espera se intercala un importante viaje del gobernador a Buenos Aires.

DE "LA PRENSA", BUENOS AIRES, MARZO 19 DE 1885:

Desde ayer se encuentra en esta capital el sargento mayor de la Armada, don Carlos María Moyano, procedente de las Malvinas. De estas islas fuése a Punta Arenas y de allí se embarcó para Montevideo en los buques de la línea al Pacífico. El señor Moyano llevando de intérprete al señor Juan Richmond; desde Santa Cruz fué a las Malvinas con el lugre *Piedra Buena*, puesto al servicio de la gobernación al comando del teniente de fragata Cándido Eyroa, a estudiar la posibilidad de crear relaciones comerciales entre esa población y el territorio de Santa Cruz, a objeto de fomentar la explotación rural de las tierras a su mando. El expedicionario trae favorables impresiones y tiene fundadas esperanzas en que se podrán ligar operaciones que darán por resultado la población de la Patagonia austral con el elemento de hombre y de ganado de Malvinas.

---

[1] Editorial de *La Prensa*, febrero 18 de 1887.

DE "LA NACIÓN", 6 DE AGOSTO DE 1885:

El gobernador del territorio de Santa Cruz, sargento mayor Carlos M. Moyano, ha terminado con éxito una negociación de suma importancia, que es de la aprobación del gobierno. Consiste en un contrato de arrendamiento de ochenta leguas al sur del río Gallegos, con la obligación de parte del contratista, señor H. P. Wood, de introducir 30.000 ovejas en un plazo de 5 años. Las ovejas serían del Estrecho de Magallanes o de las Malvinas. El contratista se ocupa ya en fletar un buque para dar principio a la conducción de ganado. El señor Wood es un hombre distinguido y que dispone de un capital más que suficiente para el negocio que emprende. El contrato se firmará de un momento a otro. Es un acontecimiento digno de celebrarse.

COLONOS MALVINENSES

De las Malvinas llegaron a la Patagonia los siguientes colonos: Herbert Felton, pariente de la esposa de Moyano; John Scott, John y William Rudd, J. Blake, Henry Jamieson, G. Mac George, John Halmolton, Donald Patterson, J. Halliday, Woods, Weldon, Woodman y Redman, que se asentaron en la zona Gallegos y Coyle; y Robert Blake y Donald Munro cerca de San Julián. Éstos sin contar multitud de ovejeros, puesteros, alambradores, domadores y esquiladores. Herbert Felton trajo de Gallegos, en 1886, ochenta ovejas malvinenses, y al año siguiente hizo un viaje a Punta Arenas del que regresó por tierra en travesía memorable por sus penurias.

UNA INVITACIÓN

En marzo de 1885 Moyano recibe invitación para formar parte de la comitiva presidencial, que debe inaugurar la línea ferroviaria entre Buenos Aires y Mendoza.

El jovencito que en 1872 escribía en *La Opinión Nacional*, del Rosario, sobre la conveniencia de construir esa línea férrea, argumentando ya contra los que se oponían a ese medio

de progreso, no soñaba entonces, seguramente, que él podría ser algún día uno de los integrantes de la comitiva oficial.

El cumplimiento de sus deberes le impidió participar de ese viaje inaugural; pero lo llenaba de alegría saber que de allí en adelante se abrirían las puertas del progreso para su provincia natal, lo que tanto había deseado desde su adolescencia.

Alejandro le escribe al respecto:

Mucho hemos sentido no haberte visto llegar en el acompañamiento del Presidente; todas las personas amigas han preguntado por ti y sintieron como yo que no hayas venido a las fiestas más grandes y concurridas que se han visto en esta tierra.

CAPELLÁN PARA LA GOBERNACIÓN

El espíritu cristiano de mi padre le hizo comprender que los habitantes de la Patagonia necesitaban instrucción religiosa.

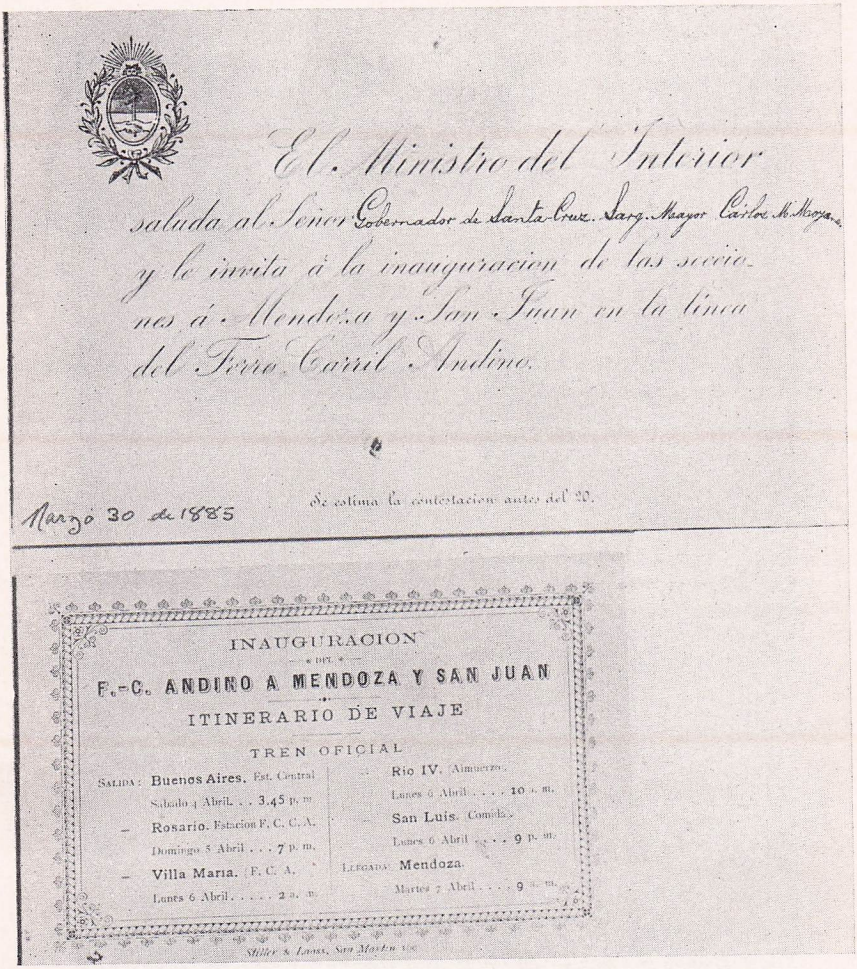
Al efecto aprovechó su breve permanencia en Buenos Aires para tratar de llevar un capellán a la gobernación. Con ello interpretaba —sin saberlo— el deseo de don Bosco, fundador de la orden salesiana, quien deseaba vivamente extender sus misiones evangelizadoras en toda la Patagonia.

Se entrevistó con monseñor Juan Cagliero, que acababa de llegar de Italia para dar impulso a esas obras piadosas, y concertó con él el modo de llevar a Santa Cruz no sólo el capellán deseado, sino además otro sacerdote auxiliar y misionero.

El primer capellán de Santa Cruz, fué el venerable sacerdote salesiano José María Beauvoir, quien me dirigió muchos años después —febrero de 1923— una carta en la que relataba esa primera entrevista. Veamos algunos párrafos:

Era el mes de mayo de 1885, cuando un día se presentó en el colegio salesiano Pío IX, calle San Carlos 4050, un señor pidiendo hablar con monseñor Juan Cagliero, que hacía poco tiempo que había llegado de Italia en calidad de Vicario Apostólico de la Patagonia.

El visitante era el gobernador del territorio de Santa Cruz, sargento mayor don Carlos M. Moyano, distinguido marino e ilustre explorador de la Patagonia.



El Ministro del Interior

saluda al Señor Gobernador de Santa-Cruz. Sarg. Mayor Carlos M. Moyano

y le invita á la inauguracion de las seccio-

nes á Mendoza y San Juan en la línea

del Ferro Carril Andino.

Se estima la contestacion antes del 20.

Marzo 30 de 1885

INAUGURACION

DEL

F.-C. ANDINO A MENDOZA Y SAN JUAN

ITINERARIO DE VIAJE

TREN OFICIAL

SALIDA: Buenos Aires, Est. Central
Sabado 4 Abril . . . 3.45 p. m.

— Rosario, Estacion F. C. C. A.
Domingo 5 Abril . . . 7 p. m.

— Villa Maria, F. C. A.
Lunes 6 Abril . . . . 2 p. m.

— Rio IV, Almuerzo.
Lunes 6 Abril . . . . 10 a. m.

— San Luis, Comida.
Lunes 6 Abril . . . . 9 p. m.

LLEGADA: Mendoza.
Martes 7 Abril . . . . 9 a. m.

Stiller & Laass, San Martin 106

Invitación para la inauguración del ferrocarril a Mendoza

El venerable sacerdote salesiano R. P. José María Beauvoir. Primer capellán de la gobernación de Santa Cruz

El objeto de la entrevista era para pedir un misionero salesiano para capellán de la gobernación.

Los interlocutores no tuvieron necesidad de mucho discurso para entenderse, pues providencialmente, casi sin darse cuenta, se atraían mutuamente.

Monseñor Cagliero, como he dicho, acababa de llegar de Italia trayendo la misión de civilizar la gran Patagonia, evangelizando a los indios y a los habitantes por medio de la religión católica. Sólo esperaba que se le presentara una ocasión favorable para dilatar las fronteras de la civilización, que entonces llegaba a la ribera del río Negro, introduciéndose paulatinamente para tomar posesión de esa gran zona, a la sazón completamente desierta; aceptó gustosísimo la proposición del señor Moyano, y en seguida le destinó un sacerdote que aceptaría gustoso el cargo; el sacerdote en quien monseñor Cagliero había puesto sus ojos era el mismo que después de treinta y ocho años de aquella fecha relata estas memorias.

Hacía pocos meses que me hallaba en Buenos Aires de regreso de la misión del Río Negro. Sí, señorita, yo soy aquel a quien el buen Dios, en su Providencia, destinaba para ser el capellán del territorio de Santa Cruz, y como tal el compañero del señor Carlos Moyano.

Éste me aseguró que por lo menos una vez al año iría un barco a Santa Cruz.

Me halagaba mucho el destino que se me proponía, pero por otra parte temía encontrarme en trance de muerte sin tener un compañero religioso que me auxiliara espiritualmente en medio de esas dilatadas comarcas. Planteé la dificultad. El señor Moyano dijo que él no tenía autorización más que para llevar un capellán, pero que sí podía figurar entre el personal de la gobernación un agricultor, y preguntó a monseñor Cagliero si entre los sacerdotes que deseaban ir había alguno que poseyera conocimientos de tal; no hubo dificultad en ello, pues como es sabido, todos los salesianos profesan algún oficio.

El señor Moyano invitó gentilmente a monseñor Cagliero, al otro sacerdote y a mí, a almorzar en la casa de pensión donde se hospedaban los marinos de aquellos tiempos, "El Ancla Dorada". Aceptamos gustosos, y el señor Moyano, de carácter franco, expansivo y cortés, pronto fué nuestro amigo. Terminado el almuerzo, tomó un ligero examen de agricultura al padre Ángel Savio, que era el candidato, y quedó satisfecho de él.

En esa forma tan sencilla y estimable quedó resuelta la dificultad que me detenía para desempeñar tranquilo el cargo que se me confiaba.

El padre Savio y yo partimos muy pronto con el señor Moyano a Santa Cruz.

Pbro. José María Beauvoir
Vicario foráneo de la Patagonia.

CONDECORACIÓN POR LA CAMPAÑA DE RÍO NEGRO

En noviembre de 1885 el Estado Mayor de la Armada envía a Moyano, sargento mayor, gobernador de Santa Cruz, la siguiente nota:

Para los fines consiguientes comunico a usted que por disposiciones superiores recaídas en la nota de este Estado Mayor General, se ha concedido a usted la medalla y diploma acordados por el Honorable Congreso de la Nación a los señores jefes y oficiales que tomaron parte en la expedición del Río Negro, llevada a cabo por el malogrado general don Conrado Villegas.

M. CORDERO.

PROYECTO DE UNA EXPEDICIÓN QUE NO SE REALIZÓ

(Del boletín del Instituto Geográfico del año 1885)

Insertamos los documentos referentes a la expedición andina que bajo el patrocinio de nuestro Instituto se llevará a cabo el año entrante.

A la resolución del Instituto acompañamos una nota del mayor Moyano y el conforme de la comisión correspondiente.

El Instituto Geográfico Argentino resuelve:

Artículo 1º — Organízase una expedición andina en la Patagonia, que partiendo del lago Nahuel-Huapí, practique un reconocimiento geográfico a lo largo de la ladera argentina de los Andes, hasta el Estrecho de Magallanes.

Art. 2º — Nómbrase director y jefe de la expedición al sargento mayor de la Armada D. Carlos M. Moyano.

Art. 3º — El director y jefe de la expedición presentará al Instituto, a la brevedad posible, un proyecto que contenga:

1º El plan de trabajos.
2º Elementos y materiales necesarios.
3º Personal de la expedición.
4º Presupuesto de gastos.

Art. 4º — Este proyecto será sometido a la opinión de la comisión directiva, y una vez aprobado, la misma nombrará el vicedirector y empleados a propuesta del director y jefe, mayor Moyano.

Art. 5º — Una comisión del Instituto Geográfico Argentino solicitará del Excmo. señor Presidente de la República:

1º La licencia por todo el tiempo que necesite el mayor Moyano para desempeñar esta comisión.

2º La cooperación de las fuerzas militares de las fronteras del Limay.
3º La provisión de elementos de movilidad de la misma frontera.
4º El envío de un cutter de la Armada al mar Pacífico, para que opere en combinación con el mayor Moyano y bajo sus órdenes.

FRANCISCO SEGUÍ. ESTANISLAO S. ZEBALLOS.
Aceptado: J. ROCHI. — S. GARCÍA.

De Moyano al presidente del Inst. Geográfico, don Luis A. Huergo

Buenos Aires, agosto 31 de 1885.

De acuerdo con lo dispuesto por la comisión directiva al organizar la expedición andina que se sirvió confiarme, tengo el honor de informar sobre los siguientes puntos:

1º Plan de trabajos.
2º Elementos necesarios.
3º Personal de la expedición.
4º Presupuesto.

1º — Sobre el plan de la expedición creo que aunque los estudios a hacerse deben abarcar toda la extensión posible, sería, sin embargo, conveniente que debiera hacerse obligatorio para los miembros de ella informar de una manera precisa sobre lo siguiente:

Topografía, hidrografía y posición geográfica de los accidentes más notables, especialmente de las altas cumbres de la cordillera, las entradas o pasos que diere, aprovechables para la viabilidad terrestre o marítima y la dirección de las corrientes de agua que de ella se desprenden:

La geología y mineralogía;
Botánica y meteorología;
Zoología y paleontología;

Formación de colecciones de historia natural, lo más completa que sea posible dados los medios de transporte que se disponga, para ayudar al estudio de la constitución física de la región;

Estudio descriptivo del territorio recorrido, desde el punto de vista económico, especificando las industrias que pudieran desarrollarse ventajosamente para facilitar el intercambio.

La expedición procurará seguir una línea paralela a la de los Andes, a una distancia que le permita dominar las principales alturas para situarlas, e internarse en la cordillera, siempre que encuentre uno de los grandes estuarios que corta la Patagonia del E. al O., o donde se vea alguna gran depresión que prometa la posibilidad de algún camino hasta el otro lado.

Sería muy difícil, si no imposible, apreciar la duración del viaje, ya que ello dependería no sólo de los elementos que se llevasen, sino

también de los obstáculos o facilidades que pudiera ofrecer esa región todavía desconocida para el estudio propuesto.

La expedición puede partir, según convenga, de dos puntos diferentes: el Río Negro o Santa Cruz. El primer punto ofrece, como es consiguiente, más recursos tanto en personal subalterno como en elementos de movilidad, pero la distancia desde el mar hasta las cordilleras, es tan considerable, que ese trayecto que hay que recorrer forzosamente con las caballadas, cargas, etc., sin utilidad hasta llegar al campo de acción que se indica, implicaría desde ya un viaje tan largo como la tercera o cuarta parte del camino que se recorrerá más tarde, trayendo como es consiguiente, deterioro en las cabalgaduras, etc.; y consumo de víveres que no se podrán reponer más tarde; Santa Cruz es uno de los puntos más próximos a la cordillera y si bien hay allí más dificultades para conseguir recursos, tiene en cambio la ventaja que desde el primer día se empezará a aprovechar el tiempo.

2º — Los elementos que se necesitarían para llevar a cabo este viaje, es muy difícil poderlos precisar hasta el momento que se tenga reunido todo el personal, a fin de cada especialista haga la relación detallada de los instrumentos y útiles que le son necesarios para el mejor estudio de su ramo o para la conservación y acondicionamiento de sus colecciones respectivas.

Así, pues, cuando se haya precisado el material y su peso, será fácil el cálculo de los elementos de movilidad y el personal necesario para conducirlo, como así mismo los víveres, carpas, monturas, etc.

3º — El personal científico debe reducirse al menor número posible, por lo que propongo se componga de:

1 Jefe.
1 Segundo jefe encargado de la topografía, hidrografía, etc.
1 Geólogo.
1 Mineralogista.
1 Oficial de marina como auxiliar de los trabajos topográficos.
1 Encargado de formar las colecciones de historia natural.

En cuanto al personal subalterno, no me creo por el momento en estado de poderlo precisar hasta tanto no se hayan reunido los datos que indico en la segunda cuestión, y se haya fijado el punto de partida.

4º — En cuanto al presupuesto de gastos, tampoco me es posible decir nada hasta tanto se me remitan de Patagones los informes que solicitaré o que personalmente consiga, aunque debo adelantar que si la expedición sale de Santa Cruz, ella podrá contar gratuitamente con todos los recursos de mi propiedad particular que me han servido para llevar a cabo mis expediciones anteriores.

Como no puedo englobar en esta ligera exposición todos los demás detalles que podría dar sobre las cuatro cuestiones que debo contestar, los daré verbalmente a la comisión directiva cuando ella lo crea necesario.

Saludo al señor presidente con mi mayor aprecio y respeto.

CARLOS M. MOYANO.

Buenos Aires, septiembre 9 de 1885.

1º Apruébase la precedente propuesta del mayor Moyano.
2º La expedición partirá de Santa Cruz en septiembre de 1886.
3º El mayor Moyano presentará oportunamente el detalle de los elementos que han de necesitar y el presupuesto de gastos.

J. García. — N. Piñeiro. Luis A. Huergo.

PREPARATIVOS

(Del Boletín del Instituto Geográfico Argentino, año 1886)

La Junta Directiva se ha preocupado seriamente de organizar la expedición andina que a las órdenes del sargento mayor don Carlos M. Moyano, deberá practicar reconocimientos geográficos y hacer estudios en todos los reinos de la naturaleza.

Esta expedición se realizará en distintos períodos, durante los meses del año que las condiciones climatológicas permitan hacer excursiones en el sur de la Patagonia.

La primera excursión partirá de Santa Cruz en septiembre próximo. El jefe superior de la expedición será, como se ha indicado, el sargento mayor don Carlos M. Moyano.

La comisión científica, que constará de un geólogo, un mineralogista, un encargado de los trabajos de topografía, hidrografía, etc., un coleccionista y los auxiliares necesarios, estará bajo la dirección inmediata de nuestro sabio naturalista don Florentino Ameghino.

A la comisión científica, que costeará el Instituto, y bajo sus órdenes, se agregará otra por cuenta de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba.

Todas las colecciones que hagan estas comisiones, pertenecerán exclusivamente al Instituto.

En este momento la Junta Directiva trata de reunir los elementos indispensables para llevar a buen término la expedición.

Ésta, por el número de sus elementos, por su plan, por la variedad de los estudios que llevará a cabo y por la competencia notoria de las personas que la realizarán, será seguramente una de las más importantes que hasta ahora haya emprendido el Instituto.

La junta directiva tiene buenas razones para creer que los resultados serán fecundos para la geografía argentina y para las ciencias naturales en general.

RECUERDO DE UN "PIONEER": DON SATURNINO GARCÍA [1]

Vasco, de Peña del Castillo, nació en 1860 y a los 14 años se embarcó en un vapor que se llamaba casualmente *Patagonia*. Así llegó a Buenos Aires, donde a los pocos meses dió en el puerto con la goleta *Santa Cruz*, mandada por don Luis Piedra Buena, que hacía viajes continuos al sur. Se incorporó a la tripulación en calidad de mozo de cámara del comandante. El buque partió el 9 de julio de 1875, y en el curso de 31 días tocó en Madryn, Chubut, San Julián y Santa Cruz, puertos entonces desiertos. Tan sólo en Santa Cruz podían verse los restos de una pequeña fábrica para extraer aceite de ballenas, lobos, etc., de unos franceses (la arruinada colonia Rouquaud).

En este viaje venía como aspirante de guardiamarina Carlos Moyano, a quien el capitán desembarcó en una casita existente en la isla Pavón, junto con Pedro Dufour (cuñado de Piedra Buena), Cipriano García y yo. Dufour desembarcó víveres y mercaderías para comerciar, y yo me contraté de peón, ganando $ 4 mensuales; Cipriano más bien venía para acompañar a Moyano. Éste quedó muchos meses con nosotros en la isla Pavón, y recuerdo que en una oportunidad salió con el futuro perito Moreno remontando el río Santa Cruz. En aquel entonces no había ovejas, y nos alimentábamos con guanaco y avestruz. Teníamos un bote con el que pasábamos los indios para que nos vendieran sus plumas y quillangos a cambio de víveres; por un quillango se les entregaba 30 jarritos de yerba, harina o azúcar. Muy poco nos duraban las provisiones, y muchas veces pasábamos largas temporadas a sólo avestruz o guanaco. Cada seis meses, aproximadamente, nos visitaba Piedra Buena trayéndonos nuevo cargamento, que prácticamente se reducía a tres o cuatro botes de víveres. Así permanecimos durante dos o tres años, siendo los únicos hombres blancos entre los indios. Con éstos no hablábamos entonces castellano; nos entendíamos por señas. Trajimos de Buenos Aires dos caballos, uno de los cuales se llamaba *General Flores*, y nos sirvieron mucho tiempo para nuestra cacería. Luego fuimos comprando otros a los indios, a cambio de víveres y a razón, más o menos, de treinta platillos de yerba por caballo. Los indígenas siempre fueron buenos; en aquel tiempo no conocían el alcohol, pues los mercachifles que salían de Punta Arenas sólo llegaban al río Coyle. Si mal no recuerdo, las primeras ovejas fueron traídas desde Buenos Aires por mar para el padre del doctor Albarracín.

Así fueron pasando unos cinco años. Allá por el 80 vinieron los primeros colonos, entre ellos Pedro Semino, Anacleto Leoz y Marcelino Tourville. Luego se nombró gobernador al señor Moyano, y con ello se estableció en Misioneros el presidio militar. Data de ese tiempo el arribo de don José Piñero, que llegó con mercaderías y se estableció en un galpón de la antigua fábrica de aceite, al lado de la subprefectura.

Todo esto ocurría, según dije, en 1880. La primera casa que se

[1] De *Argentina Austral*, según don Carlos Borgiali.

hizo en Santa Cruz fué un rancho de adobe construído por don Silvestre Alquinta. Don Máximo Clemente llegó por tierra desde Punta Arenas y se quedó conmigo trabajando en la isla Pavón: don Juan Razo vino por el año 81 como marinero. La primera casa construída en El Paso fué la de Gregorio Ibáñez, el que acompañó a Piedra Buena durante muchos años en sus viajes al sur, también en calidad de marinero.

Finalmente recuerdo que don Luis Piedra Buena había desembarcado en la isla Pavón un cañoncito para defendernos de los indios, el que nunca fué necesario. Cada vez que desembarcaba, repartía entre la pequeña e improvisada población banderas argentinas, y dirigiéndose especialmente a los indios, llevando un manojo de ellas y agitándolas, se las entregaba diciéndoles: "Mira, ésta es tu bandera, recuérdala".

Aún recuerdo como si fuera hoy, cuando salió Moyano con Moreno, remontando, en un bote muy pesado, el río Santa Cruz.

Volvieron a los cuatro meses, hambrientos, rotosos, descalzos y barbudos, de modo tal que nos dió trabajo para reconocerlos. ¡Qué bueno y sencillo era Moyano!

LA FIEBRE DEL ORO EN CABO VÍRGENES

En 1876 —según un relato de Lista— una goleta pescadora (probablemente la de Piedra Buena) mandada por Gregorio Ibáñez, encalla cerca de Cabo Vírgenes y la tripulación se salva llegando a la costa. Uno de los náufragos, al cavar un pozo en busca de agua, encuentra muestras de oro y las obsequia a un minero inglés, quien las envía a un señor Enrique Sewell, de Londres.

En diversas ocasiones los indios llevaron a Moyano, partículas y pepitas del metal, que no le llamaban mayormente la atención, pues sus preocupaciones eran otras.

Pero en 1885 llega a Buenos Aires la noticia de que un gran grupo de gente estaba explotando clandestinamente un yacimiento de oro hallado en el mismo sitio de Cabo Vírgenes.

Según los periódicos de Buenos Aires ("Cabos sueltos de Historia Patagónica", por C. Borgiali, *Argentina Austral*, junio de 1942), el descubrimiento se debía al naufragio del *Artic*, gran buque francés, encallado en pleamar, con mercaderías por dos millones de pesos. En la aventurera colonia de Punta Arenas no se desperdicia semejante regalo, y los se-

ñores Nogueira e Izanategui llevaron medio centenar de hombres para rescatar el cargamento.

Pero ninguno se les quedó en el "raque" al momento de descubrirse partículas de oro al lado mismo del buque. Así no más, con la punta del cuchillo, recogían algunos diariamente hasta cinco gramos del codiciado metal...

...¡Cómo para quedarse con el señor Nogueira sacando carbón mojado por ochenta pesos mensuales!...

Una ola humana hormigueaba en la huella de Punta Arenas a Cabo Vírgenes, "para ir a robar el oro argentino", y "estaban estaquillando" la costa para adjudicarse las pertenencias por cuenta propia, pero —eso sí—, con la mayor armonía. Dos franceses hermanos (los Guillaume, sin duda) habían recogido en dos meses cinco kilos de oro cada uno...; otro francés, Francisco Gontier, con un suizo y un chileno, treinta kilos cada uno en un trimestre...; un cuarto francés, cincuenta, con una pepita de más de 4 gramos... La capa aurífera se extendería hasta Gallegos, y además del oro había platino...

Relato de un minero

Una interesante autobiografía del pioneer patagónico, Eugenio Fernández (también recogida por don C. Borgiali), describe en forma gráfica la situación en Cabo Vírgenes. Fernández, natural de San Pedro de Navas (Asturias), 1870, se había entusiasmado con Tierra del Fuego y la Patagonia a través de las cartas de su tío materno José Montes, instalado en Punta Arenas. A los 14 años (1884), por más que sus padres lo destinaran "al sacerdocio o a las Filipinas", consiguió embarcarse para Buenos Aires. No estuvo allí más que de paso, y casi en seguida siguió a Punta Arenas por vía Montevideo.

Conchavado a diez pesos mensuales en el comercio de don Victoriano Rivera, comenzaron a llegar allí mineros procedentes de Cabo Vírgenes y Tierra del Fuego con buena cantidad de oro. Poco tardó el muchacho en seguirlos, así que los ahorros le alcanzaron para comprarse un caballo, y al cumplir los 15 años llegó al páramo con algunos compañeros, y plantó carpa en la desamparada costa del Cabo.

Encontramos allí a más de un centenar de personas, en su mayoría franceses y españoles y gente toda aventurera, entre ellos bastantes con gran cultura y educación... Mi trabajo consistía en recoger con la bajante la arena batida por el agua y llevarla con *catangas* (carretas chicas) hasta unos manantiales a dos kilómetros de la costa; allí, lavando la arena le extraíamos la mayor parte de su contenido de oro.

Vida dura, viento huracanado y frío espantoso, todo por unas pocas pepitas: ¡cuánta lágrima vertí recordando el dulce hogar de Asturias!...

En unos dos meses alcancé a juntar medio kilo de oro y algunas pepitas, que me representaban unos mil pesos; y hubiera permanecido algún tiempo más, de no impedírmelo una comisión argentina que un buen día llegó a comunicarnos la prohibición de continuar lavando arena, por cuanto el gobierno había concedido exclusividad de explotación a una firma recién constituída; ésta traería maquinaria y personal de Buenos Aires.

Supe después que dicha compañía se retiró a los pocos meses con resultado financiero desastroso. Es que en el lavado de aquellas arenas el éxito sólo dependía del rudo trabajo individual. Las compañías atraídas por los exagerados informes de riqueza, sufrieron todas grandes descalabros.

La fiebre del oro en Buenos Aires

Buenos Aires ha perdido el sueño. A la Patagonia se la llama "el país del oro", todos quieren ir allá...; Cabo Vírgenes vale más que diez Californias..., es una montaña de oro...; el gobierno debe intervenir...; tales los comentarios que corren por todas partes.

Se solicitan pertenencias, se presentan proyectos fantásticos para explotar y colonizar esas tierras, se organizan compañías, surgen mineros de todos lados dispuestos a hacerse ricos con el codiciado metal.

Los pedidos de concesiones llegan a un número tan elevado que obliga a decir al procurador de la Nación, doctor Costa: *que no alcanzará la Patagonia de punta a punta para satisfacer tanto ardor.*

Entretanto llega del sur el *Villarino* trayendo muestras de oro; eso estimula más aún la atención pública. El gobernador Moyano, que está en Buenos Aires, es llamado en consulta con el Gobierno. Poco después sale para el sur con el coronel de marina Daniel de Solier, en el *Villarino,* cuyo comandante es el capitán Spurr, llevando materiales para el edificio de la gobernación en el "Quemado" y para la sub-

don Carlos Moyano (1884). Tenía por misión informarle del paraje donde nos habíamos asentado y pedirle esas tierras.

Aquella travesía no era entonces tan fácil como pudiera suponerse. La acometí a rumbo, y en el largo trayecto no encontré una sola persona; cuando me detuvo el río me encontré desviado por error unas diez leguas al interior. Entre ida y vuelta me costó algo más de un mes.

Moyano, asombrado sobremanera de mi corta edad, me atendió muy bien. Me alojó en su propia casa y se interesó vivamente en mi odisea y en nuestros propósitos; al despedirme me recomendó muy especialmente escribir a España para que vinieran otros compatriotas y así contribuyésemos a poblar la Patagonia.

El señor Moyano fué entusiasta propulsor del progreso del territorio. Transcurrido un año de mi visita, envió una comisión adonde nos encontrábamos para apreciar la vida que llevábamos y averiguar si precisábamos algún auxilio.

Poco después me separé de mis compañeros, para poblar cada uno su lote por separado; de modo que a los 16 años ya me hallaba convertido en estanciero. Yo y los amigos que mencioné fuimos así de los primeros que llegamos para poblar las costas del río Gallegos

---

LOS PREMIOS DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO

En 1886 el Instituto acordó honrar a las personas que se distinguieron en empresas y estudios geográficos en la República. El premio consistía en una medalla de oro y un diploma.

Fueron varios los agraciados, uno de ellos fué el sargento mayor Carlos Moyano. Pero como estuviera ausente, el premio fué recibido en la secretaría, para serle entregado a

prefectura en Río Gallegos, y con instrucciones para desalojar a los intrusos de Cabo Vírgenes.

Moyano desembarca en Santa Cruz, luego por tierra se pone en marcha hacia Gallegos con su jefe de policía y llevando caballadas arreadas por el gaucho Coronel. Llega el 19 de diciembre, al día siguiente del arribo a ese puerto del *Villarino*. Esa fecha de conjunción máxima de autoridades en el desierto puerto, bien merece considerarse como la fundación de Río Gallegos. Marinos y funcionarios siguen luego por tierra a Cabo Vírgenes, donde se encuentran con que los aventureros, sabedores de su aproximación y temiendo ser apresados, han huído ya; por lo demás, en las arenas tan codiciadas nada queda que valga la pena.

Otra empresa de Buenos Aires, imprudentemente llamada "La Fortuna", se instaló allí y poco después fracasó. Es que la famosa montaña de oro sólo había existido en la fantasía de los porteños; la producción no pasó de 250 mil pesos, conseguida mediante durísimo trabajo individual con el fatigoso lavado de las arenas, cuando éstas eran removidas por violentos oleajes.

Epílogo de la "Quimera del oro de Cabo Vírgenes"

Uno de los pocos mineros que juiciosamente supieron ahorrar el fruto de su búsqueda de oro en Cabo Vírgenes, fué E. Fernández, el simpático muchacho asturiano cuyo relato habíamos iniciado. Veamos la continuación:

Volvimos todos a Punta Arenas y yo, guiado por el consejo de mi tío don José Montes, cambié mi oro por 180 ovejas de la estancia San Gregorio, de don José Menéndez (una de las primeras en el Estrecho). Con ellas me interné en el territorio argentino hasta la orilla del río Gallegos, donde me reuní con mis inseparables amigos Rodolfo Suárez, José Fernández y Pedro Montes, para instalarnos en "Paso del Medio"

Recuerdo que al llegar donde se encuentra hoy Río Gallegos, encontré un rancho de adobe, ya en ruinas, que creo había sido levantado muchos años antes por el gobierno chileno.

Entre todos alcanzamos a reunir más de un millar de ovejas, pero afrontábamos constantemente el peligro de perderlo todo con la matanza que nos venían haciendo los leones, abundantes entonces también en la costa; sin embargo nunca nos desalentamos.

Al cabo de un año marché un día, solo, a Santa Cruz, donde supimos se había instalado la primera gobernación a cargo del capitán

condecoración de ese linaje, que ella ha discernido en un veredicto consagrado por el voto unánime y entusiasta de sus miembros.

El mundo civilizado señala a los estudios geográficos un rango eminente en el orden de la acción levantada y de los conocimientos más útiles para la humanidad, y todos hemos percibido y percibiremos la repercusión inmensa de la gloria de los grandes y arrojados exploradores modernos, que se disputan el desierto con la pasión del enamorado, como una preciosa prenda codiciada, con esa vehemencia indefinible con que el artista ama un ideal forjado en su mente, por una inspiración excelsa.

. . . . . .

Los laureados son Fontana, Moyano, Araoz y Molina.

. . . . . .

Deploro tener que ocuparme ahora de un ausente, que debería estar presente en este acto, como lo está en las simpatías y en la consideración nacionales, el sargento mayor Moyano, gobernador de Santa Cruz.

Hace once años que el gobierno argentino decidió enarbolar la bandera de la patria en la Patagonia, en testimonio de dominio, para contener el avance de un vecino a quien contradecíamos sus pretensiones ilegítimas, y colocó allí al joven teniente Moyano, para que la cuidase, sobre la margen del río Santa Cruz.

Las soledades del desierto inconmensurable despertaron en su espíritu la pasión del explorador: la Patagonia le inspiró un profundo cariño y se dispuso a reivindicar su nombre deprimido por la ignorancia. En diversas exploraciones la recorrió parcialmente, hasta que se creyó en aptitud de atravesarla de parte a parte, arrancando de Santa Cruz y llegando al Chubut, desde cuyo punto pudo decir con segura y sincera convicción, que la Patagonia ofrece agua y pastos abundantes al viajero.

Al mayor Moyano corresponde la gloria de la vindicación de la calumniada Patagonia, que no es un páramo, ni la región de la sal y de la ceniza, que no permiten la germinación de la yerba. Ahí

Carlos M. Moyano y su esposa Ethel Turner

1886

Todo está dispuesto y Moyano envía especialmente a Malvinas el barco que tiene a sus órdenes en la gobernación, para conducir a su novia y demás familiares a Santa Cruz. Su tío político, Mr. James J. Felton, gobernador de las Malvinas, trae la representación del padre de Ethel, que no puede concurrir al acto por razones de salud.

El 12 de septiembre la joven Ethel cumple 18 años; tres días después se realiza la boda, el 15 de septiembre de 1886.

El reverendo padre José M. Beauvoir escribe a ese respecto:

> El año 1886, el vapor *Villarino,* comandado por don Federico Spurr, trajo a Santa Cruz a la señorita Ethel Turner y a sus familiares de las islas Malvinas.
>
> En septiembre de ese año tuvo lugar la celebración de ese matrimonio con las mayores pompas que permitían el lugar y las circunstancias.

La novia lucía un hermoso traje nupcial de raso blanco y ricos encajes con los clásicos azahares; el novio su uniforme de gala.

Bendijo la boda el padre Beauvoir, foráneo de la Patagonia, y fueron padrinos el doctor Adolfo Dávila y su esposa, representados en ausencia por el capitán de marina Federico Spurr y la señora Margarita V. de Williams. El acto figura inscripto en foja Nº 2 del libro primero de matrimonios celebrados en Santa Cruz.

Los indios tehuelches regalaron en la ocasión varios quillangos muy hermosos y de gran tamaño, y oro en polvo y pepitas.

Uno de los quillangos era de pieles de zorro con fleco de colas del mismo animal, una junto a la otra; tan grande que cubría el piso de una habitación de regular tamaño. Mi padre se lo regaló al general Roca, quien a su vez lo obsequió a la princesa Eulalia de España.

Pero el quillango más hermoso fué uno pequeño, hecho con pequeñas pieles de charas (pichones de avestruz) antes de salir del cascarón. Para esto los indios debían aguardar a que la nidada estuviera a punto de nacer, lo que representa una destrucción enorme de nidos, pues es corriente que el avestruz abandone el nido cuando advierte que alguien lo acecha.

El quillanguito estaba formado por unas setenta de estas

pieles, y en su borde llevaba una orla tupida de blanca pluma de avestruz; constituía una pieza hermosísima y de gran originalidad.

El padre José M. Beauvoir decía en 1920, que ya hacía muchos años que los indios de la Patagonia no hacían esa clase de quillanguitos, por ser muy difícil hallar los huevos empollados a su debido tiempo.

Volvamos al mencionado artículo "Nupcias patagónicas", del capitán de fragata Caillet-Bois:

. . . . . .

El enlace del gobernador con la sobrina de su colega británico tendría la grandeza correspondiente al extraño escenario: el Desierto frente al Mar.

Como en nupcias entre pueblos de pasadas épocas, un buque —el transporte *Villarino,* comandante Federico Spurr— es enviado especialmente a las Falkland para traerse a la "princesa de Oriente" con todo su séquito de familiares, incluso el gobernador Felton, quien trae la representación del señor Turner, impedido por razones de salud.

. . . . . .

Para bien o para mal de la Patagonia, no había nacido aún su periodismo, y no disponemos de crónica sobre el acontecimiento; y como además han desaparecido todos los testigos, no quedan más recuerdos que los de la tradición familiar.

. . . . . .

De los presentes hechos a la pareja sólo conocemos los de los únicos "súbditos" de la gobernación, los tehuelches nómades, de imponente estatura, envueltos en manta cruda de guanaco por única vestimenta.

El tehuelche, de vida miserable, con hambre mitad del tiempo, cuando no es suficiente la caza, es sin embargo rumboso como un potentado en tres circunstancias de la vida: nacimiento, matrimonio y muerte. El hijo es el rey del hogar, mucho más que entre los civilizados; todo para él, y nunca un regaño por más travesuras que haga; el matrimonio se acompaña con valiosos regalos de mantas y yeguas —la única riqueza—; y en el sepelio se matan todos los caballos del extinto para formar con los cueros, estaqueados sobre palos en pie, macabro acompañamiento al difunto en el "chenque".

En el caso del popular gobernador los tehuelches "echaron el resto"; y dos de los varios quillangos que regalaron fueron, probablemente, los más suntuosos jamás confeccionados en la Patagonia.

. . . . . .

Al poco tiempo los recién casados emprendieron viaje

a Buenos Aires, recalando de paso en Patagones, donde permanecieron más o menos un mes.

Llegaron en diciembre a Buenos Aires, y se instalaron en una casa quinta situada en el centro de San José de Flores, junto a los familiares de mi padre.

La tía Clarisa acogió a la esposa de su sobrino Carlos como a una nueva hija, y ésta supo valorar y corresponder ese cariño.

Ganó prestamente el afecto de toda la familia con su carácter simpático y jovial. Inteligentemente adoptó en seguida nuestros usos y costumbres sin que chocaran nunca las modalidades sajonas con las latinas, y su nueva familia le cobró un verdadero cariño que ella retribuyó en igual forma.

Al establecer mi padre su hogar en Buenos Aires, lo hizo junto al de su segunda madre, la tía Clarisa, tanto para volver a vivir en el cálido ambiente familiar de que había carecido durante tantos años, como para que la joven Ethel pudiera quedar al lado de la buena tía durante sus ausencias en la Patagonia. Sus obligaciones de la gobernación lo llamarían a Santa Cruz, y además, aunque el reumatismo ya lo había atacado, no desechaba la idea de lanzarse por nuevas rutas geográficas que bullían en su mente.

Varios años más adelante nació su hijo Juan Luis, y otros años después su hija María Clarisa.

La vida del hogar se deslizó tranquila y serena.

XIV

EN BUENOS AIRES

UN JUICIO DE "LA PRENSA"

El diario *La Prensa*, de Buenos Aires, publicó en su editorial del 18 de febrero de 1887 el siguiente elogio de Moyano, debido seguramente a la pluma de don Adolfo Dávila, jefe de redacción y gran amigo suyo:

Exploración Moyano. — Una Campaña que honra a la Armada y al País

El gobernador de Santa Cruz, sargento mayor don Carlos María Moyano, ha presentado al señor ministro de Guerra y Marina los diarios, planos, fotografías y demás resultados de una de las importantes y fecundas exploraciones realizadas en la Patagonia austral, en la región comprendida entre Santa Cruz y Magallanes y los océanos Pacífico y Atlántico.

Moyano ha explorado por primera vez, una parte de estas tierras y ha verificado o rectificado en otra parte los estudios de exploradores chilenos y argentinos. Ha estudiado completamente, por primera vez, las famosas "Planicies de Diana", por las cuales corre la línea divisoria entre Chile y la República Argentina; ha seguido las costas del Pacífico, que él cree argentinas y lo prueba en esa región; ha determinado definitivamente las nacientes de los ríos Gallegos y Coile, enriqueciendo copiosamente la geografía nacional, y después de orillar esas costas encantadoras del mar y los ríos y arroyos tributarios de éstas, remontó al norte a contemplar de nuevo el lago Argentino visitado por Moreno y Moyano algunos años atrás.

Allí se detuvo, y construyendo penosamente una embarcación, se lanzó osadamente a las aguas que navegó con peligro, adelantando los conocimientos que por los primeros viajes se tenían sobre el interior del lago y sus canales.

Nueve lagos ha visitado Moyano solo o compartiendo este honor

con otros viajeros, y estos descubrimientos le permiten avanzar una idea que ha meditado y estudiado en el terreno durante siete años, a saber: que existe entre la precordillera y la cordillera central, de los Andes, una napa de agua honda, navegable, que forma una serie de lagos y canales escalonados de norte a sur.

Esta napa de agua correría desde los 46° 30' y 51" 20' de latitud sur, asegurando así a esas feraces y hermosísimas comarcas una comunicación con este mar, y en todo caso al Atlántico, por el navegable Santa Cruz.

Moyano llevaba un personal numeroso y sus colecciones de historia natural han enriquecido nuestros museos, así como ha levantado planos, que con los trabajos de otros exploradores han dado accidentes y vida al mapa patagónico, reducido antes a una lámina de papel en blanco.

Ha tomado fotografías y estudiado la fertilidad y aptitud de las comarcas desde el punto de vista de la población, ganadería y colonización.

La expedición se componía de 14 personas con 65 caballos, y duró dos meses, costando seis mil pesos nacionales que ha pagado de su bolsillo Moyano.

Dice el explorador en su informe:

> Creo del caso recordar a V. E. que con esta expedición he completado en cuanto me ha sido posible, dado los escasos elementos con que he contado y quizás sin la competencia necesaria, el plan que me había trazado desde 1876 de recorrer la Patagonia austral en toda su extensión, levantando croquis de todo el terreno recorrido, y sobre la exactitud o utilidad de los cuales me permitiré citar el hecho que menciona el gobernador Fontana, de que encontró en las nacientes del Senguerr un vecino del Chubut "que transportaba de ese punto hasta el Estrecho de Magallanes un arreo de mil y tantas vacas, sin más guía que mi croquis y diario de viaje.

Las exploraciones que Moyano ha realizado durante diez años en la Patagonia, no han servido solamente para satisfacer una legítima aspiración a la gloria, ni para adquirir merecido honor en el mundo científico.

Moyano ha sido un verdadero misionero de la civilización. No ha muerto un solo indio en sus exploraciones, y a pesar de haber vivido con las más hurañas tribus de la cordillera, éstas lo han tratado como al sacerdote de la caridad, sin incomodarlo y amándolo.

Ha vinculado a los indios patagones al progreso argentino, haciéndoles servir de peones, de guías y de protectores de viajeros.

Ha abierto caminos por comarcas jamás holladas por el hombre a través de miles de leguas, de tal suerte que por esos caminos se hace hoy, con tanta seguridad como en los arrabales de Buenos Aires, el comercio de ganado entre Patagones y el Estrecho de Magallanes.

Ha poblado Santa Cruz, Río Gallegos y Puerto Deseado, dejando la colonización floreciente, trazados y en obra los planteles de las

futuras ciudades, e instalado las autoridades marítimas en su gobernación.

Ha viajado a las Malvinas a predicar entre aquellos ingleses, que viven como águilas encaramadas en las rocas del mar, la emigración a su gobernación de Santa Cruz, y los ha atraído, les ha arrendado tierras, y hoy deja en aquella región 60.000 ovejas traídas por mar, cuyos pastores comienzan a encargar carneros finos a Buenos Aires.

Ha hecho conocer en Buenos Aires la existencia del oro, que explotaban los vecinos de Punta Arenas, produciendo el movimiento actual de Cabo Vírgenes. Y todo esto lo ha hecho gastando sus sueldos, contrayendo un reumatismo serio y con una modestia ejemplar. Moyano es, por la extensión inmensa de las tierras recorridas y por los servicios prácticos y evangélicos que ha prestado a la civilización argentina, el Livingstone de la Patagonia.

Ahora ha venido a dar cuenta de esa obra generosa y fecunda, enfermo y fatigado.

El país le debe una gratitud profunda y el gobierno una demostración elocuente de aprecio y estímulo.

ALEJAMIENTO DEFINITIVO DE SANTA CRUZ

Las repetidas mojaduras, la alimentación inadecuada y los fríos tan rigurosos de la Patagonia, dejaron huellas dolorosas en el organismo de mi padre. Sus efectos se manifestaron por un reumatismo agudo en las extremidades inferiores, que le hacía padecer fuertes dolores, y aunque se presentaba en forma intermitente, le causaba gran quebranto. Poco a poco los dolores se hicieron más molestos y debió someterse a tratamientos médicos.

Cuando vino a Buenos Aires después del casamiento, los facultativos no le permitieron volver a Santa Cruz. Esas latitudes no convenían para su enfermedad, y en consecuencia, en marzo de 1887, se vió precisado a presentar su renuncia a la gobernación del territorio.

EL ÚLTIMO ASCENSO: CAPITÁN DE FRAGATA

Esta renuncia le fué aceptada (11 de marzo de 1887), pero días antes (2 de marzo) el gobierno consideró deber de justicia su promoción al grado de capitán de fragata en aten-

ción a sus méritos excepcionales como explorador y gobernador. El decreto respectivo funda expresamente estas razones.

Ministerio de Guerra y Marina, marzo 2 de 1887.

Vistos el informe y planos presentados por el teniente de navío don Carlos M. Moyano, dando cuenta de la última expedición que a su propia costa ha realizado a las nacientes de los ríos Coile, Gallegos, Santa Cruz y canales del Pacífico, y

CONSIDERANDO:

1º Que esta expedición, así como las que anteriormente ha llevado a cabo aquel jefe en casi toda la extensión de la Patagonia, importan un notable adelanto para la geografía nacional, y especialmente en lo que se relaciona con la hidrografía de aquella región;

2º Que los datos y antecedentes obtenidos en este viaje y en los otros de igual importancia que constantemente ha proporcionado sobre la Patagonia, han abierto nuevos rumbos para su estudio y mejor conocimiento;

3º Que además de los servicios que esas exploraciones representan bajo el punto de vista de su carácter militar, y especialmente la última que, por las circunstancias especiales con que se ha realizado, debe considerarse como una acción distinguida, ellas han contribuído eficazmente a facilitar las medidas que ha tomado y tomará el gobierno para desarrollar la población y colonización de aquel vasto territorio,

Usando de la autorización conferida al Poder Ejecutivo por el artículo 27 inciso 1º de la ley de ascensos militares,
El Presidente de la República

DECRETA:

Artículo 1º — Promuévase al empleo inmediato de capitán de fragata al teniente de navío don Carlos M. Moyano.

Art. 2º — Al extenderse los despachos respectivos se hará constar en ellos los motivos especiales que determinan esta promoción.

Art. 3º — Por el Departamento de Marina se publicará oficialmente el informe y planos presentados por aquel jefe, relativos a la exploración efectuada a las nacientes de los ríos Coile, Gallegos, Santa Cruz y canales del Pacífico.

E. Racedo
Juárez Celman.

ACEPTACIÓN DE LA RENUNCIA

Ministerio del Interior, Buenos Aires, marzo 11 de 1887.

Atento a los términos de la precedente nota del gobernador de Santa Cruz,

El Presidente de la República

DECRETA:

Artículo 1º — Acéptase la renuncia presentada por el capitan de fragata don Carlos M. Moyano, al puesto de gobernador de Santa Cruz y nómbrase en su reemplazo al señor Ramón Lista.

Art. 2º — Agradézcase al renunciante los importantes servicios prestados al gobierno durante el tiempo que ha desempeñado dicha gobernación.

JUÁREZ CELMAN.
E. WILDE

Con esa dimisión, Moyano abdicaba también a lo que le era tan querido: las investigaciones geográficas; se resignó por fuerza a dejar truncos los proyectos que había planeado en ese sentido. Su vida debía seguir un ritmo más tranquilo: había exigido demasiado a su naturaleza. En adelante seguiría sirviendo a la patria desde los gabinetes.

Después de su renuncia a la gobernación de Santa Cruz, Moyano queda en Buenos Aires adscripto al Ministerio de Relaciones Exteriores, sin perjuicio de desempeñar diversas actividades dependientes del de Guerra y Marina, como vocal del Consejo de Guerra, miembro de mesas examinadoras de la Escuela Naval, etc.

TESTIMONIO DE LOS POBLADORES DE SANTA CRUZ

Santa Cruz, mayo 26 de 1887.

Al señor capitán de fragata don Carlos M. Moyano, Buenos Aires.

Estimado señor:

Creemos que ha llegado el momento de dar a usted una prueba más de nuestra adhesión, respeto y gratitud, lo que hacemos por medio de la presente, felicitándolo al mismo tiempo por su mere-

cido ascenso a capitán de fragata y manifestándole el sentimiento que nos embarga al perder un gobernante que tan celoso se ha mostrado siempre por el engrandecimiento de esta parte del suelo patrio; y que gracias a los esfuerzos que usted ha hecho marcha a largos pasos por la senda del progreso, y llegará más tarde a ser un centro de población y comercio que contribuirá a dar mayor importancia a nuestro país.

Cuánta satisfacción no experimentará usted al ver convertido en un hecho la prosperidad de esta parte de la Patagonia austral, por la que tanto tiempo ha trabajado, y en lo que parecía haber puesto todas sus aspiraciones.

No seríamos justos si termináramos ésta sin hacer un recuerdo de los empleados que lo han secundado en su ardua tarea y en especial de su digno secretario, el capitán de la Armada don Cándido Eyroa, quien durante el tiempo que ha estado al frente de la gobernación parece haber sido animado de los mismos sentimientos progresistas.

Nada nos resta ya por decir sino hacerle presente que puede contar siempre con la verdadera adhesión y simpatía que con su proceder recto, ha sabido captarse de sus amigos y S. S.

José Manzano — Maximiliano Clemente — Pedro Dufour — Pedro Bernasconi — Julián León — José Guerrero — Anacleto León — M. Tourville — Gregorio Ibáñez — Rafael Mansilla — Miguel P. Buena — Cipriano García — Pedro Sambeliche.

VIAJE A MENDOZA

Ya establecido en Buenos Aires, pudo darse el gusto de hacer una visita más larga a su hermano. A fines de 1887, fué con mi madre a Mendoza a pasar una temporada de descanso en la hermosa finca que poseía su hermano a poco más de dos leguas de la ciudad. Fué también ese año a Canota, el lugar de veraneo de su niñez.

Por fin se realizaba el sueño de Alejandro de poder tenerlo una larga temporada junto a sí. Y puede decirse que fué como una despedida, porque su hermano ya tenía la salud muy quebrantada, y no obstante los cuidados que se le prodigaron, su mal se agravó hasta su fallecimiento, ocurrido en julio de 1888.

La muerte de Alejandro fué para mi padre un rudísimo golpe.

CARTA DEL CAPITÁN RHODE

Estado Mayor del Ejército, 4ª Sección, Ingenieros Militares

Del capitán Jorge Rhode al sargento mayor don Carlos M. Moyano, Buenos Aires, julio 23 de 1885.

Mi distinguido mayor:

Estamos por terminar un estudio geográfico sobre el derecho de soberanía, que debe tener nuestra República, sobre ciertas entradas del mar Pacífico en la Patagonia, que transpasan la cadena real de los Andes le apreciaría en alto grado quisiera comunicarme en algunas líneas su opinión al respecto basadas sobre sus últimas expediciones.

Siendo usted uno de los exploradores más científicos de la Patagonia, es la opinión suya de gran valor para el éxito de mi trabajo.

Asegurándole mi alta consideración, lo saluda atentamente su obediente subalterno y amigo.

UNA OPINIÓN SOBRE LA CUESTIÓN DE LÍMITES

(Del boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo VI, año 1885)

De una carta dirigida al director de *La Prensa* por J. J. Rhode, refutando un documento chileno.

. . . . . .

Citaré ahora, en prueba de mi opinión de la existencia de puertos argentinos en la costa Pacífica, una autoridad argentina, el sargento mayor de nuestra Armada don Carlos M. Moyano, gobernador del territorio de Santa Cruz.

Este señor, uno de los exploradores más científicos de la Patagonia, cuya opinión es de una exactitud matemática, me escribe lo siguiente:

Buenos Aires, julio 27 de 1885.

Señor capitán Rhode.

Mi distinguido capitán:

En su atenta carta del 23, me hacía usted el favor de pedirme mi opinión sobre ciertas entradas del mar Pacífico en la Patagonia,

que transpasan la cadena de los Andes, basándome sobre mis últimas excursiones a esa región.

Para satisfacer su pedido, me bastará transcribir algunas páginas del diario de mi último viaje, pues en ellas he condensado todas mis observaciones al respecto, pero debo ser breve y precisarlas en pocas líneas.

En diciembre de 1883, acompañado por el teniente Loqui y por doce personas más que formaban parte de nuestra comitiva, hemos ido desde las costas del Atlántico a las del Pacífico por el valle del río Gallegos, sin subir un solo cerro, ni altura mayor de 120 metros, en que calculo la elevación media sobre el nivel del mar de las Planicies de Diana, que es la costa de Disappointmant Bay, cuyas aguas son las que transpasan la línea real de la cordillera en Unión Sound para formar innumerables canales a este lado, en la Patagonia oriental, donde se internan hasta más de 45 millas.

Este hecho es tan evidente que no admite la más mínima discusión.

La sola inspección de las cartas hidrográficas inglesas y las indicaciones del derrotero de la costa bastan para convencerse de ello.

Por mi parte, haría una descripción del aspecto que nos presentan los Andes cuando desde la orilla del agua de los canales los vemos elevarse gradualmente hacia el oeste hasta rematar en los altos picos nevados de la línea divisoria, pero como podría ella tachárseme de parcial prefiero dejar la palabra al naturalista Ibar, miembro de la comisión chilena, que al mando del teniente Rogers se destacó de la corbeta *Magallanes,* en 1878, y anduvo en esos mismos parajes enviado por su gobierno en viaje de exploración.

Dice así en su informe oficial el señor Ibar:

> Estábamos un poco al norte de Disappointmant Bay, cerca de Obstruction Sound. Al sur dejábamos las llanuras de Diana. Teníamos ante los ojos el mar, un ancho canal que se interna al norte y cuyo término veíamos, dos isletas se destacaban de su azulada superficie, desnudas de vegetación arborescente.
>
> Veíamos al oeste picos cubiertos de nieves eternas y a sus pies el mar que se internaba en los canales. Desde allí podía apreciarse cómo la gran cadena de los Andes, desviada del Continente, se desparrama caprichosamente en el laberinto de islas que forman un verdadero hacinamiento surcado y subdividido por la red de canales de la Patagonia occidental.

En cuanto a las otras entradas que puedan existir más al norte, sólo puedo decirle lo siguiente, que son deducciones más o menos fundadas, puesto que en mis viajes por la falda de los Andes hasta el 45° paralela, no he intentado traspasarlos y reconocer por falta de elementos, las grandes abras que se veían a la distancia.

El naturalista Darwin en su estudio geológico sobre el estuario del río Santa Cruz, dice que éste, es indudable, que debió en alguna época haber sido un estrecho como el de Magallanes hoy día.

Ahora bien, varios otros estuarios cortan la Patagonia de Este a oeste, como ser el del Gallegos, Coile, Chico, Chalia, Arroyo Seco,

Gio, Deseado y Alto Senguerr, y presentando todos el mismo aspecto geológico y conformación orográfica que el Santa Cruz, no se estaría muy errado al suponer que todos ellos han sido también antiguos estrechos por donde se comunicaban las aguas de los dos océanos atravesando, como en Magallanes, el macizo central de la Cordillera.

La serie de grandes y profundos lagos que hemos ido encontrando en estos últimos años en la parte sur del Continente, es una de las pruebas exidentes de la gran depresión que existe entre la cordillera y la precordillera, y no tendría nada de extraño que más al norte, donde estos bajos de la Patagonia oriental correspondiesen a soluciones de continuidad de los Andes, fuesen ocupados por las aguas del océano, que se internasen como sucede en los canales que limitan las Planicies de Diana, que he mencionado antes.

Es cosa digna de notarse que estos grandes estuarios que he nombrado antes corresponden a grandes golfos o canales que en casi las mismas latitudes se internan muy al oeste por el lado del Pacífico.

Uno de los más ilustres oficiales de la marina chilena, el comandante Simpson, da a entender algo de la posible existencia de estas entradas de agua hacia el oriente de los Andes, en las comunicaciones que dirigió al Gobierno dando cuenta de los tres viajes de exploración que hizo con la corbeta *Chacabuco* en 1870 y 71 al río Aysen, más al sur del 45° de latitud.

El Comandante Simpson deseaba probar que la faja fértil de la Patagonia oriental (la región andina), pertenecía más bien al Pacífico que al Atlántico, por ser más accesible de este lado, de modo, dice, que parecía que la naturaleza misma prescribiese para ella la soberanía de Chile.

En la relación de mi último viaje a los Andes, que menciono al principio de esta carta, transcribo muchos párrafos de los informes del comandante Simpson pertenecientes a este asunto y que pueden encontrarse en el anuario hidrográfico de Chile del año 1875.

Todos los estudios hechos por tierra y por mar demuestran como un hecho que los Andes, desde ciertas latitudes hacia el sur hasta el Cabo de Hornos, dejan de ser una cadena continuada y que por causas geográficas más o menos conocidas, sus más altos picos se encuentran aislados unos de otro por depresiones a veces inferiores al nivel del mar que los ocupa.

Espero que estos detalles le servirán para sacar algunas deducciones útiles al objeto que se proponga, pero opino que no habiendo ninguna ley física por la cual se pueda ni entrever siquiera que en tales o cuales puntos deben existir o no existir accidentaciones como las de que trato, opino —repito—, que sería mejor ocurrir al terreno y ver con sus contendores quién tiene la razón.

Esta más que ninguna otra es verdaderamente cuestión de *Res, non verba.*

Sin más, me subscribo de usted su afectísimo amigo y S. S.

CARLOS M. MOYANO.

COMISIONES DEL SERVICIO NAVAL

Del Ministerio de Guerra y Marina al capitán de fragata Carlos M. Moyano, Buenos Aires, septiembre 5 de 1887:

Comunico a usted a sus efectos que por decreto de fecha 27 de agosto último, ha sido usted nombrado Vocal de la Comisión que se ha designado para estudiar el punto más conveniente para el establecimiento definitivo de la División de Torpedos.

O. Córdoba.

DE LA COMISIÓN DE ANTIGÜEDAD

Buenos Aires, octubre 10 de 1887.

Al señor capitán de fragata don Carlos M. Moyano:

La Comisión que suscribe nombrada por la Superioridad para establecer la antigüedad de los jefes y oficiales de la Armada, constituída en las oficinas del Estado Mayor de Marina, se dirige a usted para que se sirva manifestar de oficio, si las anotaciones que aparecen en el escalafón últimamente confeccionado, referentes a los diversos empleos que ha alcanzado están de conformidad con los despachos y documentos que posee y cuyo detalle es el siguiente:

Ingreso a la Armada, 14 de junio de 1873.
Aspirante...
Guardia Marina, 14 de enero de 1874.
Alférez de fragata, 27 de diciembre de 1875.
Alférez de navío, 15 de mayo de 1877.
Teniente de fragata, 9 de julio de 1880.
Teniente de navío, 4 de noviembre de 1884.
Capitán de fragata, 7 de mayo de 1887.

Al mismo tiempo se le pide a usted quiera hacer saber a la Comisión si ha ocurrido alguna vez interrupción en su carrera, sirviéndose en tal caso exponer cuándo tuvo lugar y el tiempo que estuvo separado del servicio a fin de poder obtener de esa manera los datos exactos que le son precisos para el mejor desempeño de su cometido.

Dios guarde a usted.

Jorge Lawry, Carlos Lartigue, Juan J. Dailey.

VOCAL DE UN CONSEJO DE GUERRA

Del Estado Mayor de la Armada Nacional, Buenos Aires, octubre 20 de 1887:

Al capitán de fragata don Carlos M. Moyano:

Comunico a usted que por resolución Superior de fecha 19 del presente mes ha sido usted nombrado Vocal del Consejo de Guerra que bajo la presidencia del señor comodoro don Agusto Lasserre, debe ver y fallar en la causa seguida al teniente de navío don..., con motivo del naufragio del transporte...

El consejo deberá tener lugar el día 22 del presente mes a la 1 h. p. m. en este Estado Mayor General.

MIGUEL SOLER.

SECRETARIO DE LA JUNTA SUPERIOR DE LA ARMADA

Buenos Aires, febrero 4 de 1888.

De don Mariano Cordero, Comandante en jefe de la Armada, al capitán de fragata don Carlos M. Moyano:

A sus efectos pongo en su conocimiento, que por Superior decreto fecha 26 del p. p. mes, ha sido usted nombrado Secretario de la Junta Superior de la Armada.

PREMIO

Buenos Aires, agosto 22 de 1888.

Del general Nicolás Levalle, jefe del E. M. G. del Ejército

Al capitán de fragata don Carlos M. Moyano:

Comunico a usted que habiéndosele concedido el premio acordado por el H. Congreso a los que hicieron la Campaña de los Andes, debe pasar por la secretaría de este Estado Mayor General a recibir el diploma y medalla correspondiente.

VOCAL DE UNA COMISIÓN EXAMINADORA

Buenos Aires, septiembre 22 de 1888.

De don Mariano Cordero, Comandante en jefe de la Armada Nacional, al capitán de fragata don Carlos M. Moyano:

A sus efectos comunico a usted que por decreto Superior de fecha 11 del presente, ha sido usted nombrado Vocal de la Comisión que debe examinar a los alumnos de la Escuela Naval, siendo su presidente el señor contralmirante don Bartolomé Cordero.

El día fijado para dar principio a los exámenes es el 24 del corriente.

HELIOTROPO

Mi padre era muy poco afecto a los perfumes. Puede decirse que sentía una verdadera aversión por casi todos, siéndole especialmente antipático el de heliotropo. Sólo toleraba dos o tres esencias, pero a condición de que fueran muy suaves.

Solía encargar algunas cosas a París, y entre ellas algunos de esos perfumes delicados, de las mejores marcas que se fabricaban en esa época, para uso de él y de los suyos, y también para obsequiar a las amistades íntimas.

Llegó cierto día una encomienda de París y en ella la remesa de perfumes, en la que por error se había incluído un frasco de heliotropo del que, como es de imaginar, en seguida pensó deshacerse.

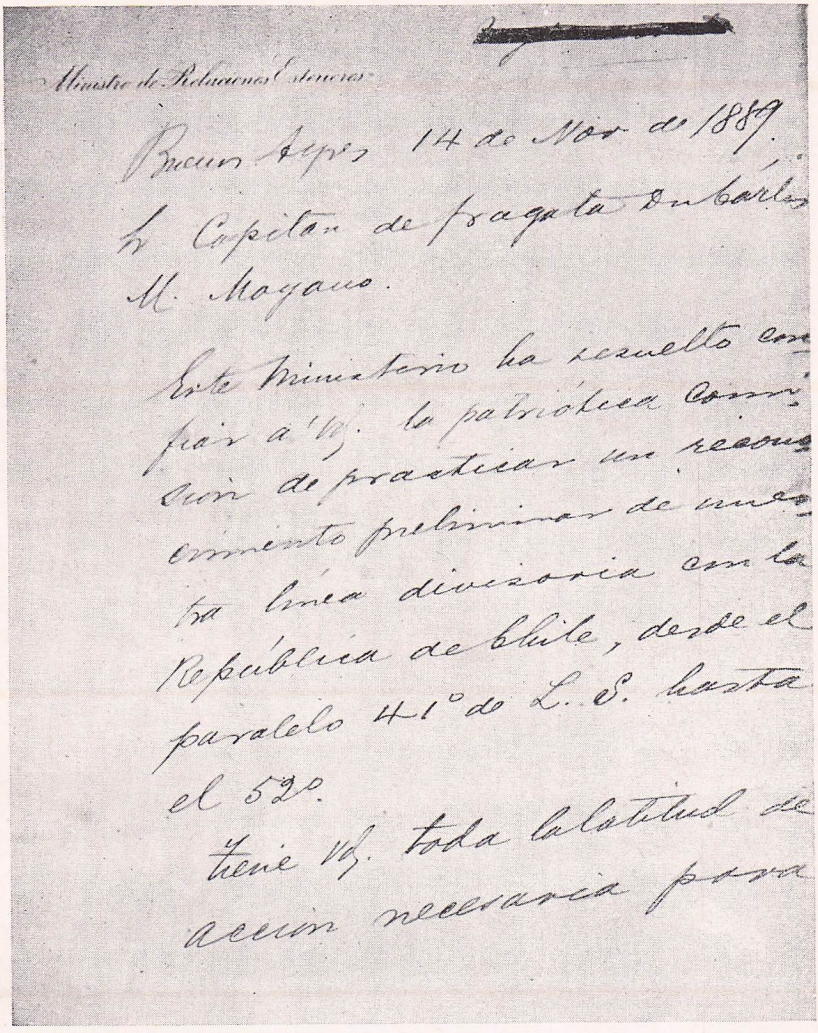
En ese tiempo mis padres vivían en su casaquinta situada en la calle Santa Fe esquina Acevedo; lindera a ella estaba la casa del general Zacarías Supiciche, gran amigo de mi padre; y una amistad cordial unía a ambas familias.

Sabedor mi padre que la señora de Supiciche tenía especial predilección por el perfume de heliotropo, le indicó a mi madre la conveniencia de regalarle a ella la esencia llegada de París.

La señora de Supiciche iba con frecuencia a casa de mis padres, donde visitaba a la vez a las ancianas tías Cesaria y Clarisa. Mi padre en su deseo de tener una atención con sus amigos, había olvidado que junto con la grata visita de la se-

ñora, también entraba el perfume de heliotropo que tanto le disgustaba. Y así se vió obligado a soportarlo hasta la terminación del frasco.

Desde entonces quedó escarmentado en cuanto a regalar perfumes que no le agradaran a personas que frecuentaran su casa.



Ministro de Relaciones Exteriores

Buenos Aires 14 de Nov de 1889.

Sr Capitan de fragata Dn Carlos
M. Moyano.

Este Ministerio ha resuelto con
fiar a Vd. la patriótica comi
sión de practicar un reconoci
miento preliminar de nues
tra línea divisoria con la
República de Chile, desde el
paralelo 41° de L. S. hasta
el 52°.

Tiene Vd. toda latitud de
acción necesaria para

Carta del doctor Zeballos a Moyano

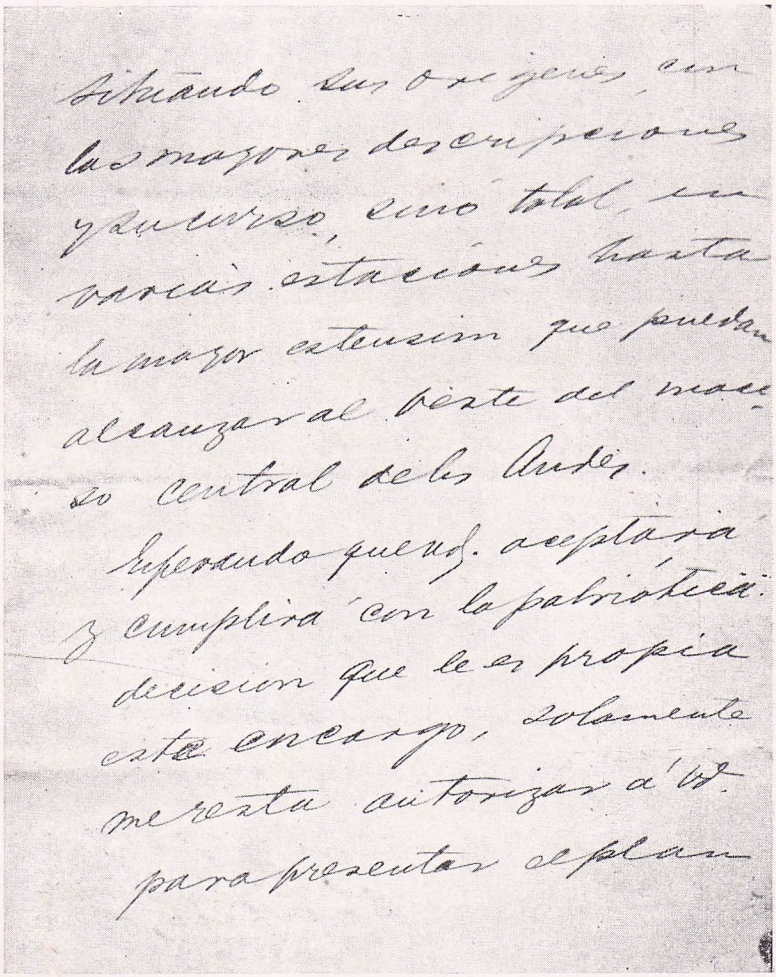
proceder, pero debe oy dedicar mas preferente atencion a dibujar los siguientes accidentes:-

1º Linea mas elevada de las Cordilleras.

2º Linea de las mayores alturas de la precordillera.

3º Direccion de las aguas entre las Cuencas andinas.

4º Rios que nacen en la Republica Argentina y desaguan en el Pacifico,



Carta del doctor Zeballos a Moyano

de gastos y elementos y proponer el personal necesario.

Queda igualmente autorizado V.S. á invitar al ingeniero de Peón Zeurra para ocupar el puesto de segundo gefe de la espedicion.

Dios gde a V.S.

Estanislao Zeballos

XVII

SÉPTIMA EXPEDICIÓN (1889-90)
ÚLTIMA VISIÓN DE LA PATAGONIA

ESTUDIO DE LÍMITES

En 1888 el Instituto Geográfico solicita la cooperación de Moyano para el estudio de los límites con Chile y Bolivia, para lo cual le envía el nombramiento.

Julio 18 de 1888.

Señor don Carlos M. Moyano:

Tengo la satisfacción de comunicarle que la Junta Directiva del Instituto en sesión de hoy, ha designado a usted para formar parte de la Comisión Especial que ha de estudiar los documentos referentes a la cuestión de límites con las repúblicas de Chile y Bolivia.

Saludo a usted atentamente,

LUIS A. HUERGO
ULADISLAO S. FRÍAS

VOCAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO

Buenos Aires, mayo 18 de 1889.

Al capitán de fragata don Carlos M. Moyano:

Tengo el agrado de comunicarle que la asamblea de socios del Instituto Geográfico Argentino, reunida en sesión extraordinaria el 8 del corriente, ha tenido a bien designar a usted para desempeñar el cargo de Vocal de la Junta Directiva.

Esperando que se sirva aceptar esta honrosa y merecida distin-

ción, y agregar su valioso concurso al adelanto y prosperidad de esta Asociación, me es grato saludarlo con mi consideración más distinguida,

FELIPE YOFRE
ULADISLAO S. FRÍAS

CUESTIÓN DE LÍMITES

En 1889 adquirió nueva gravedad la cuestión de límites a causa de la frecuente contradicción entre los dos términos del tratado de 1881: "altas cumbres" y "que dividen aguas". Muchos ríos nacidos en plena llanura patagónica, en vez de dirigirse al Atlántico preferían encajonarse en la cordillera para ir a desaguar en el Pacífico.

Fué necesario hacer un nuevo reconocimiento de los límites en la Patagonia, y el Ministerio de Relaciones Exteriores acudió al capitán Moyano para confiarle la delicada misión de dirigirse a la zona precordillerana del Chubut con nombramiento (14 de noviembre 1889) de jefe de la comisión exploradora respectiva; como segundo iba el ingeniero y futuro ministro Pedro Ezcurra. La misión era altamente reservada.

La nota del ministro de R. E., doctor Estanislao Zeballos, dice así:

Este ministerio ha resuelto conferir a usted la patriótica comisión de practicar un reconocimiento preliminar de nuestra línea divisoria con la república de Chile, desde el paralelo 41° de L. S. hasta el 52°.

Tiene usted toda la latitud de acción necesaria para proceder, pero debe usted dedicar una preferente atención a situar los siguientes accidentes:

1º Línea más elevada de las cordilleras.
2º Línea de mayores alturas de la precordillera.
3º División de aguas entre las cuencas andinas.
4º Ríos que nacen en la República Argentina y desaguan en el Pacífico, situando sus orígenes con las mayores descripciones y su curso, si no total, en varias estaciones hasta la mayor extensión que puedan alcanzar al oeste del nacimiento central de los Andes.

Esperando que usted aceptará y cumplirá con la patriótica decisión que le es propia este encargo, solamente me resta autorizar a usted para presentar el plan de gastos y elementos, y proponer el personal necesario.

Queda igualmente autorizado usted para invitar al ingeniero don Pedro Ezcurra para ocupar el puesto de segundo jefe de la expedición.

La expedición, que duró seis meses, se inició el 29 de noviembre. Pero antes de relatarla daremos dos cartas del ministro Zeballos que contienen instrucciones interesantes sobre la reserva necesaria.

Carta del doctor Estanislao S. Zeballos al capitán de fragata Moyano:

Buenos Aires, 21 de diciembre de 1889.

Es posible que Ud. encuentre en su viaje pobladores o autoridades de Chile, si se acerca a la región central de la cordillera por el occidente de los Andes. No olvidará Ud. en ningún caso que ambas naciones cultivan estrechas relaciones de amistad y que sus gobiernos tienen el propósito de robustecerlas cada día. De esta suerte todos sus actos deben concurrir a demostrar ese espíritu fraternal y sincero.

Si en territorio argentino hallara Ud. exploradores de Chile observará la misma conducta, informando a sus superiores reservadamente. En caso de desinteligencia de sus subalternos con personas que allí encuentre, debe Ud. siempre dar soluciones conciliatorias y proceder con la prudencia que lo caracteriza.

El deseo de este Ministerio es evitar que se atribuya a Ud. y a sus trabajos propósitos hostiles a los intereses de un país vecino y amigo.

Ruego a Uds. que para evitar malas interpretaciones y las constantes noticias que publica la prensa de esta capital sobre su viaje se sirva Ud. prohibir al personal a sus órdenes toda correspondencia que indique su situación, noticias descriptivas, etc., limitándose a fechar todo en el Chubut y a las noticias de salud que son las únicas de interés para sus familiares.

Las comunicaciones sobre su viaje solamente deben ser dirigidas al superior de Ud.

Saluda a Ud, etc.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

Otra idem.

Diciembre 24 de 1889.

Mi querido Moyano:

Felices Navidades y mejor año nuevo para Ud., Ezcurra y demás expedicionarios.

Hoy le mando una nota oficial, cuyo espíritu penetrará Ud. en

el acto. Los diarios han seguido la pista de su viaje, a sus telegramas y demás andanzas del *Villarino,* como si se tratara de una perdiz en campo de trigo.

De ahí que el señor Ministro de Chile me hiciera una indirecta que contesté con la franqueza y cordialidad con que tratamos nuestros asuntos internacionales. Mis declaraciones abundaron en el sentido de los términos de la nota que Ud. recibirá por este propio.

No sería extraño que de Chile salga alguna expedición en estos días y en tal caso Ud. debe estar prevenido para que si se encontraran todo sea cordial entre Uds. como corresponde a dos naciones que cultivan vínculos cada día más estrechos, por lo menos en las regiones gubernativas de ambos, si bien el pueblo de Chile parece desfavorablemente impresionado para nosotros.

Si para evitar inconvenientes cree Ud. necesario limitar sus exploraciones hacia el Oeste, hágalo en la forma que su ciencia y conciencia le aconseje.

No hay novedades políticas acá. Su familia (la parte de la que es posible saber algo) buena. Lo mismo la de Ezcurra.

Pico en Europa. Dávila muy contento. El oro empieza a bajar algo.

Deseándoles felicidad me repito de Uds. afmo. amigo y s. s.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

Encargue Ud. al gobernador del Chubut que no dé noticias suyas a los capitanes que allí arriben y demás viajeros. Que se limite a decir que Ud. está en el *Deseado.* Vale.

LOS ANDES DEL CHUBUT

PARTIDA DE LA EXPEDICIÓN

Se agregaron a esa expedición, además del teniente Lorenzo Bravo, otras personas que iban con fines de estudio, el doctor Burmeister y los señores Luis Botassi y Alberto Alcobendas.

Los expedicionarios partieron de Buenos Aires con rumbo al Chubut el 29 de noviembre de 1889, a bordo del vapor *Villarino.*

Al cabo de tres días llegaron a Patagones donde se les incorporaron diez soldados del regimiento 2 de caballería, que al mando del teniente Bravo les servirían de escolta.

El 3 de diciembre anclaban en el Golfo Nuevo, o sea Puerto Madryn.

Partida de la comisión exploradora del año 1889

La fuerte marejada les impidió desembarcar de inmediato, y debieron aguardar varias horas.

A poco de estar allí vieron llegar una pequeña embarcación a vela, tripulada por dos hombres, en la que venía el subprefecto de ese puerto, don Pedro Derbes, desafiando el recio temporal. Con hábiles maniobras logró arrimarse al *Villarino* y subió a saludar al jefe de la expedición y demás componentes de la misma.

Para trasladarse de Puerto Madryn a Trelew esperaron la llegada del ferrocarril, que hacía un viaje semanal.

La pequeña colonia galense celebraba en esos días unas fiestas, a las que fueron invitados los miembros de la expedición.

En el programa de festejos figuraba un concierto, pero la noche elegida par él fué tan poco propicia que no les permitió apreciarlo ni en lo más mínimo.

Corría un viento muy recio, que fué adquiriendo cada vez mayor violencia. La mayoría de los expedicionarios, no acostumbrados a los vientos patagónicos, creían ver volar el techo por momentos, no así los ejecutantes que sin inquietarse seguían tañendo sus instrumentos. Los invitados no pudieron dar razón de la calidad del concierto, pues el ruido ensordecedor del vendaval les impidió en absoluto su apreciación.

La atención afectuosa de los buenos pobladores galenses compensó a los visitantes y pasaron un grato momento en su compañía.

Pasados dos días en Trelew se encaminaron a Rawson.

Allí permanecieron ocho días para ultimar los preparativos de marcha hacia la cordillera.

Los acompañaron varios colonos galenses, e indios como baquianos y peones.

Contaban con todos los elementos de que podían disponer en ese tiempo para el mayor éxito de la empresa.

Rumbo al oeste

La comisión reanuda la marcha el 12 de diciembre, compuesta por más de 25 personas. Llevaban tres carros con víveres, carpas, un bote, etc.; además de la caballada y mulas, conducían un arreo de vacunos para el suministro de carne

fresca, y como de costumbre en esas expediciones los acompañaba la indispensable jauría de perros cazadores.

Las primeras jornadas se hicieron sin dificultades. Marchaban a razón de ocho leguas, más o menos, por día, pero a medida que se internaban en valles y quebradas comenzaron los inconvenientes. Poco más adelante debieron dejar los carros y llevar a lomo de mula sólo lo indispensable.

A medida que se acercaban a las estribaciones de la precordillera los paisajes se hicieron más hermosos, pero los tropiezos para la marcha también se acrecentaron.

El 1º de enero de 1890 lo pasaron acampados a la orilla del río Chubut. Para festejar el día salieron a bolear guanacos y avestruces, trayendo excelentes piezas que luego saborearon en celebración de la fecha.

Cuando estaban en la cacería, pasó cerca de ellos una cuadrilla de guanacos, entre los que se distinguía uno completamente blanco, caso de albinismo; como es de imaginar, trataron de atraparlo, pero fué imposible ya que los perros dispersaron la cuadrilla y el curioso animal desapareció.

Las dificultades del Río Chubut

Continuó la marcha; ya a la vista de las crestas nevadas de la cordillera comenzaron los trabajos del relevamiento de esas cumbres.

Leamos algunos trozos entresacados de las páginas de su diario de viaje:

Enero 20 a 28.

Desde los varios campamentos que tuvimos en nuestro trayecto se situaron todas las alturas visibles a uno y otro lado, con sus altitudes y demás accidentes del terreno que fué posible notar, durando nuestra marcha desde el 20 hasta el 28 de enero, pues estábamos obligados a permanecer dos o tres días en cada campamento, no tanto por exigirlo así los trabajos del relevamiento, como también porque era indispensable enviar adelante destacamentos que a fuerza de hacha abriesen picadas y buscasen o construyesen puentes para pasar nuestros cargueros por los espesos bosques, innumerables arroyuelos, pantanos y tembladerales que existen.

. . . . . .

Así, pues, mientras que concluíamos los trabajos de relevamiento, preparábamos una expedición para subir al oeste siguiendo el curso del río que, por una curiosa socavación del cauce, corre hacia ese rumbo siguiendo un lecho abierto en un terreno con barrancas

cada vez más perpendiculares y profundas, por estar invertidas las pendientes del valle y del río.

Reconocimientos parciales efectuados previamente nos habían demostrado ya la seria dificultad de dirigirnos para la margen derecha, por lo cual, aunque el paso del río según el resultado de las varias tentativas hechas, ofreciese serios obstáculos, resolvimos probar seguirlo por su margen izquierda, o sea del sur, pues no debe olvidarse que en este punto corre de este a oeste.

La cruzada fué, efectivamente, tan difícil como peligrosa. Después de probar muchos pasos que resultaron todos a nado, se halló uno a 2 y 1/2 kilómetros al este de nuestro campamento, por el cual se vadeó el río casi a nado, con la contrariedad de que uno de los expedicionarios fué arrebatado, y se salvó milagrosamente, no sin la pérdida de sus víveres y dos hachas que llevaba destinadas a abrir las picadas, lo que representaba una pérdida de un factor importante para nuestro propósito.

. . . . . .

Región de bosques. (mes de Febrero)

Siguiendo la margen sur marchamos como una legua sin grandes inconvenientes, pero desde allí el terreno comenzó a presentarse cada vez más quebrado, el bosque más denso y en algunos sitios bajos aparecía la caña llamada por los indios "colihué", bien conocida en sus efectos por nuestros veteranos, puesto que era de ella que aquéllos se servían para construir sus lanzas. Para poder seguir adelante se hizo indispensable abrir una picada, y a ello se pusieron algunos hombres desmontados que se iban relevando por turno, según el tiempo y dificultades que presentaba el camino, mientras los demás, de un modo u otro, hacían pasar las cabalgaduras por la estrecha senda abierta, tirándolas de las riendas y haciéndoles practicar verdaderos milagros de equilibrio por sobre los troncos y empinadas cuestas del trayecto.

Desde que entramos a los bosques de ciprés, las dificultades se hicieron casi insuperables, pues estas selvas, que han sido incendiadas en épocas muy remotas, abundan en inmensos árboles muertos por el fuego, algunos de los cuales se conservan aún en pie, habiendo sido derribados otros por la violencia de los vientos, y estos troncos caídos, cuyo diámetro alcanza muchas veces a un metro con su ramazón muy desarrollada, forman tejidos que presentan barreras insalvables, siendo necesario abrirse camino con el hacha. A este trabajo rudo y constante, se unía el asalto de enjambres de mosquitos, que con furia inconcebible hacían nuestra marcha lenta y penosa, dominándonos la fiebre típica que producen sus picaduras cuando pasan de cierto límite fisiológico.

. . . . . .

El martes 4, temprano, nos pusimos en marcha. A unos 500 mts. de nuestro campamento hallamos el primer arroyo de alguna importancia que por la banda S. le cae. Lo cruzamos y seguimos nuestro camino por un terreno quebrado como es en general el valle del Carren Leufou y con tanto bosque que los hacheros que abrían la

picada se veían imposibilitados de trabajar, por la impenetrable red que formaban las lianas, los troncos muertos tendidos y los cañaverales de colihué, cuya densidad aumentaba a tal punto que no era posible ver a una persona a más de dos metros de distancia.

A las 4 p. m. sólo habíamos avanzado unos 2 1/2 kilómetros desde nuestro campamento anterior, y después de trepar una cuesta muy fatigosa nos encontramos con que la colina que la formaba terminaba a pique por el lado del O. Imposibilitados de continuar por ese punto, retrocedimos algo, inclinándonos al S., buscando el modo de salvar ese obstáculo, sin haber podido conseguirlo hasta las 6 p. m. en que resolvimos acampar en una pequeña abra que hallamos, a fin de tomar una resolución meditada y de acuerdo con los reconocimientos parciales que se practicarían a pie en todos lados.

El 5 de febrero llovió casi todo el día. A pesar de esto continuó el reconocimiento de los alrededores del campamento, encontrando por el lado del río la picada practicada por la expedición chilena. Tratamos de seguirla, pero bien pronto notamos que era intento vano, pues hallándose el río con mucho mayor caudal que en la época en que se practicó esta picada, mucha parte de ella resultaba ahora dentro del agua. En cuanto a la idea de seguir a caballo, hubo que rechazarla por completo, pues de los reconocimientos resultó la imposibilidad de avanzar de ese modo, ni aun a costa de varios días de trabajo. En vista de esto se resolvió que el ingeniero Ezcurra, acompañado por el sargento de la escolta, Manuel Díaz y un peón, saldrían el día siguiente a pie, llevando cada uno a las espaldas víveres para seis días, tratando de avanzar hasta donde fuese posible al O. para verificar si realmente este río se unía con el Palena en el punto que sospechábamos.

. . . . . .

El ingeniero Ezcurra regresó a los cuatro días sin haber podido realizar su propósito a causa de los bosques y las dificultades insalvables que presentaba el terreno.

. . . . . .

Los días 6, 7 y una parte del 8, se emplearon en esta fatigosa marcha, en que cada metro que se avanzaba exigía un esfuerzo ímprobo. El piso blando, casi de pura turba, empapado por la lluvia del día anterior y siguientes, cedía fácilmente y dejaba penetrar el pie hasta el tobillo; los cañaverales de colihué tupidos como cabellera de indio; las ramas de los árboles en pie y los troncos entrelazados de los caídos; las innumerables lianas tejidas como una colosal telaraña donde uno queda aprisionado; el olor antes tan grato, después intolerable por el abuso, de las frutas del corinto, y sobre todo la indescriptible cantidad de mosquitos que defendían el terreno palmo a palmo con un encarnizamiento increíble, impidieron ver la unión de los ríos; pero no pudieron evitar tomásemos los datos que nos dieron la seguridad del hecho, habiendo visto además un campamento de la expedición marítima chilena, y hallado un afluente que le llega al río por un abra que viene del sur.

. . . . . .

Un lago de importancia (el hoy llamado Vinter, ex General Paz)

En la mañana del 18, después de salir del campamento que tuvimos, llamado Catan-Có, y de seguir durante una hora la dirección del río que parecía venir siempre del sur, notamos que éste cambiaba rápidamente hacia el oeste, pareciendo salir de unos altos cerros nevados que se veían hacia ese lado. Obligados a ascender una colina que nos ocultaba el horizonte, tuvimos al llegar a la cumbre una de las más gratas sorpresas de viaje al encontrarnos con el espléndido panorama presentado por un gran lago que daba origen al río.

Veíamos a tres leguas de distancia hacia el oeste el azul de sus aguas purísimas encerradas por todos lados, menos al este, por una muralla de alturas coronadas de nieves eternas y cubiertos sus flancos de densísimos bosques que descienden altivos hasta humedecer sus raíces en las aguas del portentoso lago.

. . . . . .

Tres días permanecimos a orillas de este hermoso lago, habiendo en ese tiempo relevado todos los cerros importantes de las inmediaciones y practicado algunas exploraciones parciales con el objeto de conocer sus pintorescos alrededores, dando una de ellas, realizada hacia el norte, el encuentro de dos pequeños lagos que dan origen a uno de los afluentes del Carren Leufou que habíamos cruzado cuando intentamos seguir este río aguas abajo hasta su confluencia con el Palena.

Dejando de lado la parte pintoresca de los alrededores que sólo es comparable a lo más bello de Suiza, debemos decir que su terreno, como todo el perteneciente a esta zona andina, es de excelente calidad, en buenos y variados pastos, extensos frutillares y bosques con variadas maderas, alternando con llanuras que le dan la fisonomía de un parque colosal.

Abundancia de caza (mes de febrero)

Por los obstáculos que les ofrecía el terreno siguieron avanzando lentamente hacia el sur. Más adelante dice:

Los días 22 y 23 los pasamos en este mismo paraje, detenidos por un temporal que nos impedía hacer ningún trabajo de relevamiento, pues densas nubes cubrían las cumbres de los cerros que necesitábamos ver para llevar adelante la triangulación.

En estas inmediaciones se hallaron numerosos rastros de animales vacunos alzados, y habiendo desprendido algunos hombres para darles caza, consiguieron apoderarse de seis de ellos, que nos suministraron una excelente carne gorda de espléndida calidad, y lo que es más, grasa en abundancia de la que carecíamos por completo, sometidos al régimen que nos proporcionaban nuestros aniquilados novillos, que habían tenido tiempo de ponerse incomibles siguiéndonos en nuestras marchas, para ellos forzadas, desde Rawson.

Los vacunos flacos y cansados iban quedando a lo largo del trayecto, por lo que debieron acudir a la caza. Fué así como en la mesa de los exploradores figuraron las más variadas viandas; además de la carne de guanacos y avestruces ya clásica en esos viajes, comieron leones, huemules, quirquinchos, liebres y muy buenos pescados.

Nubes, lluvia, granizo y tucu-tucos. (mes de febrero)

A los obstáculos que les oponían las condiciones del terreno se agregaban otros factores adversos: lluvias y granizadas, bosques, tucu-tucos (pequeños roedores que perforan la tierra dejándola como criba); el frío de esas regiones se hacía sentir, registrándose en el termómetro siete grados bajo cero los días del mes de enero y febrero, siendo la temperatura media de 2½ grados bajo cero.

Sigamos con su diario de viaje, al referirse al cruce de un arroyo profundo y encajonado:

Después de buscarle inútilmente vado por más de dos horas, costando cada tentativa un baño a los que la efectuaban, se dió por fin con uno que permitió el paso de las mulas de carga, acampando en seguida en la margen izquierda porque granizaba con violencia, situando nuestro campamento por alineaciones sobre cerros conocidos en 44° 13 lat. y 71° 23' long.

El tiempo parecía estar contra nosotros: cuatro días hacía ya que los constantes nubarrones que venían del oeste nos ocultaban por completo los cerros de la cordillera, imposibilitando todo trabajo de relevamiento sobre ellos. Aunque esto nos molestaba no nos sorprendía, porque este estado atmosférico es el normal en estas regiones sujetas a desequilibrios tan intensos como pueden originarlos las montañas nevadas y las mesetas pedregosas que se hallan en sus proximidades y que se caldean fácilmente con los rayos solares.

. . . . . .

El aspecto del suelo, minado por los tucu-tucos, según pudo juzgarse en un corte producido por el derrumbamiento de una barranca de un torrente seco, era idéntico al de un panal de abejas en un espesor de cerca de un metro.

. . . . . .

El 26, incorporados ya los que habían ido a explorar el arroyo, y continuando la cordillera invisible por las nubes que la envolvían, resolvimos seguir al sur, poniéndonos en marcha en esa dirección por un terreno ascendente, suave y con mucho bosque. A mediodía, habiendo alcanzado el punto culminante, comenzamos nuevamente a descender, notando que disminuía el bosque a medida que adelantábamos en nuestra marcha. Pronto vimos que íbamos a llegar al fondo de un valle desprovisto de monte, acariciando entonces la esperanza de que ese día haríamos una marcha cómoda por un buen

terreno. Ella fué sin embargo vana, porque la parte limpia del valle desprovisto de monte estaba totalmente minada por los tucu-tucos, a punto de que su suelo era una verdadera criba donde jinetes y cargueros iban dando tumbos, levantándose para volver a caer, lo que nos obligaba a hacer fila india. Sólo a las 7 p. m. pudo acamparse a la orilla de un pequeño arroyo, cuyas aguas corren también al oeste, sin haber podido alcanzar aún el plan del valle.

. . . . . .

El trayecto de ese día fué de lo más penoso: obligados siempre a ascender por un terreno muy áspero formado casi exclusivamente por fragmentos de cuarcita y traquitas, cuyas aristas agudas hacían saltar a pedazos los cascos de nuestras cabalgaduras, molestados en todo momento por un viento violentísimo y helado del oeste, y azotados unas veces por el granizo y otras por la lluvia, conseguimos al fin llegar a la cumbre tan deseada, donde nuestros barómetros marcaron 1700 mts. sobre el nivel del mar, sin sernos dado detenernos allí, a pesar de la ventaja de la posición para nuestros trabajos, por la falta absoluta de pasto para los animales y por no existir sino raquíticos musgos para alimentar nuestros fogones, que hubieran tenido que ser hechos apartando la espesa capa de nieve casi solidificada, que, tal vez, desde el último invierno cubría el suelo.

Fuimos, pues, obligados a continuar hacia el sur, descendiendo por las orillas de un torrente cuyos orígenes arrancaban precisamente de la cumbre de estas sierras, y después de marchar tres horas, siguiendo las sinuosidades de su lecho cubierto de grandes piedras que constituía el único camino practicable, acampamos a las 5 p. m. en un sitio que en cualquier otra circunstancia lo habríamos calificado como un retazo de páramo, pero que en aquella circunstancia constituía para nosotros un pequeño oasis por tener algún pasto para los animales y, sobre todo, leña suficiente para secar nuestros cuerpos transidos por el frío. La noche se presentó menos cruel que el día: el viento había disminuído mucho en su violencia; la lluvia y el granizo habían cesado y pudo verse por intervalos entre los claros dejados por las nubes, algunas estrellas que nos sirvieron para determinar nuestra posición con más o menos un minuto de error, la primera en 44° 49'0" lat. y 71° 1" long.

. . . . . .

Al día siguiente levantamos campamento muy temprano, dirigiendo nuestra marcha por el valle del arroyo principal, cuya dirección era siempre de oeste a este. Cuanto más avanzábamos, tanto más minado se presentaba el suelo, teniendo en muchos parajes que desmontarnos y continuar a pie por trechos más o menos largos, con los animales de la rienda y siguiendo la senda formada por los pobres cargueros y novillos cuya marcha era una serie no interrumpida de caídas.

Lago Fontana. (mes de marzo)

A las 4 p. m. alcanzamos un punto en que el arroyo, cambiando su curso, tomaba rectamente al norte, dejando nuestro frente, o sea al oeste, unas colinas poco nevadas que nos cerraban el horizonte.

Por este incidente y dadas las pequeñas dimensiones del arroyo, comprendimos recién entonces que no era el Senguerr, resolviendo en consecuencia continuar nuestro rumbo al oeste hasta encontrar el lago Fontana que le da origen y cuya situación lo señalaba en ese rumbo. Efectivamente, una hora más tarde, desde la cima de las colinas contemplamos el magnífico espectáculo del inmenso lago que se extendía casi desde nuestros pies hasta una inmensa distancia hacia el OSE, perdiéndose las líneas de su fondo entre las brumas que velaban los cerros como si tratara de ocultarnos su forma y dimensiones [1].

Por fin el viernes 7, después de haber relevado aproximadamente la forma y dimensiones del lago y conseguido rectificar nuestra longitud y altitud ligándolas con los de los cerros conocidos, resolvimos continuar al sur, renunciando con gran sentimiento a relevar la lejana cordillera impedidos por el implacable manto de nubes que la cubrían. Nuestros baquianos indios encontraron esto muy natural: la cordillera se *enojaba* con la presencia de gente extraña, sucediendo otro tanto respecto del lago cuyas aguas son agitadas sin descanso por los eternos vendavales que constituyen el estado atmosférico normal de estas regiones.

. . . . . .

Nubes y viento... Viento y nubes. Regreso

En la mañana del 9 tentóse continuar el relevamiento, pero habiendo ascendido con este objeto a una de las estaciones del día anterior, tuvimos el sentimiento de comprobar que la cordillera continuaba más cubierta de nubes que el día anterior y que el viento del oeste era tan fuerte que apenas se podía permanecer en pie en los sitios dominantes que forzosamente teníamos que elegir para estaciones. Por esto, y teniendo en cuenta el aspecto del tiempo que anunciaba un fuerte y largo temporal, resolvimos volver al campamento, emprendiendo en seguida marcha al sur, saliendo a poco andar del curioso laberinto de colinas y entrando a un terreno ondulado con poco bosque, que se presentaba en grupos aislados y con pendiente general al rumbo que seguíamos.

Durante el día arreció más aún el viento, que arrastraba desde la cordillera grandes nubes que concluyeron por ocultarnos hasta los cerros más próximos, descargándonos chubascos y granizadas que nos incomodaban mucho.

. . . . . .

Este día 10 amaneció con un viento violentísimo y sumamente frío del oeste, que como siempre arrastraba densas nubes que continuaban implacablemente ocultándonos el horizonte a ese rumbo, por esta causa y porque veíamos más colinas elevadas hacia el sur, aparentes para nuestro trabajo, resolvimos marchar hacia ellas, llegando a su pie al caer el día y estableciendo nuestro campamento sobre las costas de un arroyo más importante que el que dejamos en la mañana; pero cuyo rumbo era precisamente opuesto al primero; pa-

[1] Lago Fontana.

Tormenta en los Andes patagónicos

(Foto N. Gianolini.)

recía venir del este y se dirigía rectamente al oeste, corriendo siempre al pie de las colinas citadas que se extendían en esa dirección por espacio de algunas leguas.

Con tesonero afán y los mayores sacrificios, hicieron cuanto estuvo a su alcance para llevar a buen término la misión encomendada, pero considerando que la estación, ya avanzada, no les permitiría continuar las tareas, resolvieron regresar.

. . . . . .

Nuestro campamento al caer al Aysen lo situamos a 45° 30' 00" de lat. y 71° 00' de long. y no teniendo confianza de que, una vez llegados a las mesetas de la Patagonia central, pudiésemos encontrar agua por el paralelo 46 o sus inmediaciones al seguirlo hacia el este, resolvimos regresar a Rawson siguiendo las márgenes de este arroyo donde, a todo evento debíamos contar con agua y pasto para las caballadas.

Esta resolución la tomamos en vista de los informes que nos proporcionaban las excursiones parciales dirigidas hacia el sur, sobre todo, porque era evidente que en adelante nada podríamos avanzar en nuestro relevamiento sobre las cordilleras, puesto que la mala estación la teníamos ya encima: nevadas y granizadas constantes hacían imposible todo trabajo serio.

Por otra parte, la circunstancia de encontrarnos sin víveres por haber tenido que abandonar en el camino casi la mitad de ellos en obsequio a la celeridad del viaje, y reducidos sólo a la carne flaca y cansada de los pocos novillos que habían podido seguirnos en nuestro escabroso y largo itinerario soportable apenas para mulas, nos obligaron a tomar la medida extrema del regreso.

. . . . . .

Debieron regresar a marchas forzadas durante el cruce de las últimas etapas próximas al Chubut, en zonas áridas y desoladas. El último día de marcha carecieron por completo de víveres; la mayoría de los componentes de la expedición ansiaba llegar cuanto antes, y no quería detenerse a cazar, además mi padre se hallaba enfermo. El clima riguroso de la región visitada y las mojaduras y fríos que soportó en ese viaje, resintieron su salud, que ya no estaba en condiciones de resistir esas rudas jornadas.

Llegaron de regreso el 15 de mayo, después de seis meses de campaña. Esta última expedición fué la más larga, y quizás la más penosa, de cuantas realizó, a pesar de que contara al principio con abundantes elementos.

Presentó el informe correspondiente, cuyo final dice:

Hemos procurado corresponder como patriotas a la confianza del gobierno y los intereses de la Nación y si no hemos hecho todo lo que deseábamos, hicimos todo lo que hemos podido.

Aprovechamos esta oportunidad para saludar a V. E. con nuestra mayor consideración.

MOYANO. — EZCURRA.

DE LA MEMORIA DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Límites con Chile, Caja Nº 26, Anexo 2º, 1889-90

Al capitán de fragata don Carlos M. Moyano, en el año 1889 se le nombró jefe de la Comisión Exploradora de la Patagonia, quien en unión del ingeniero don Pedro Ezcurra como segundo jefe, a fines de 1889, con su demás personal de la misma comisión, se trasladaron al Chubut. De allí dicha comisión se internó en la Patagonia a practicar un reconocimiento geográfico de la zona limítrofe con la república de Chile, entre los 42° y 46° de latitud sur.

Para el mes de mayo de 1890 estaban de regreso,y en octubre de ese año el capitán de fragata Carlos M. Moyano y el ingeniero Pedro Ezcurra presentaron al señor ministro de Relaciones Exteriores doctor Eduardo Costa, un extenso informe de la exploración.

Al regreso de su comisión secreta por la Patagonia, Moyano continuó ocupando su puesto como Secretario de la Junta Superior de Marina, hasta que esta institución fué sustituída por el Estado Mayor General, en el cual ocupó el cargo de Ayudante General.

DE RAFAEL BLANCO A CARLOS MOYANO

Buenos Aires, noviembre 7 de 1890.

En nota fecha de ayer el señor contraalmirante B. Cordero, presidente de la Junta Superior de Marina, me dice lo siguiente:

Al señor capitán de Marina y jefe de la 2ª División Naval, don Rafael Blanco:

Me he enterado del interesante informe que me pasa la comisión encargada de informar sobre el racionamiento de la Armada y de la que usted era presidente. Veo que se han ocu-

pado con verdadero interés de este importante asunto y me complazco en reconocerlo, y en la fecha lo elevo al Ministerio de Marina pidiéndole su aprobación, pues creo que con su adopción se dará un gran paso hacia el progreso de la Armada Nacional. Al dar a V. S. las gracias por la diligencia y competencia con que han desempeñado la Comisión que les confié, le pido lleve a conocimiento de los demás miembros de la Comisión lo que le manifiesto a V. S. en la presente nota.

Al dar a usted las gracias por su inteligente cooperación en el desempeño de la Comisión que nos fué confiada ofrezco a usted las seguridades de mi consideración.

Dios guarde a Ud.

EN UNA ESCUELA

Siendo muy joven, en los primeros años de su carrera, llegó mi padre con su gran amigo el ingeniero Ezcurra (entonces guardiamarina), a un pueblo remoto de la República. Allí había una escuelita particular donde un pobre maestro, con más voluntad que ciencia, procuraba enseñar algo a los niños. Sin embargo se sentía muy orgulloso de lo aventajados que creía a sus alumnos.

Sabedor de la llegada de los jóvenes marinos los invitó a visitar su escuela y, además les propuso (para mutua satisfacción) que tomaran examen a los niños en clase.

Aceptaron gustosos la invitación.

Los recibió con gran solemnidad, y les señaló el lugar de examinadores ocasionales. Los niños fueron interrogados sobre puntos varios y sencillos, pero los pobres no acertaban con las respuestas, ya fuese porque no sabían o porque se sintiesen cohibidos ante la presencia de extraños.

—¿Quién ganó la batalla de San Lorenzo?

Silencio absoluto. Esperaban pacientemente, y en vano trataban de sacarlos del paso; por último los examinadores ponen en práctica una ayuda más eficaz:

—El general San Mar...

—tín... —concluyen en tono estruendoso los niños.

Nueva pregunta:

—¿Qué otra batalla ganó el general San Martín?

Nuevo silencio. Ya tomada la cosa en broma, pero simulando seriedad, empiezan los jóvenes marinos:

—La batalla de Chaca...

—¡buco!... —gritan a coro los chicos.

En esa forma continuó el examen sin que los muchachos dieran muestras de saber algo. Pese a todo, el maestro seguía afirmando que sus alumnos estaban muy bien preparados.

En vista de ello, mi padre y Ezcurra resolvieron clasificar a los niños en la categoría de "sobresalientes".

Maestro y alumnos quedaron muy satisfechos del veredicto que creían justiciero.

Pasados los años, los dos amigos recordaban con regocijo el seudo agasajo de que habían sido objeto.

CANDIDATURA POLÍTICA

En el año 1890 Mendoza atravesó por un período de descontento con sus gobernantes. Para zanjar la situación se propiciaba la proclamación de una candidatura, que si no era ajena al ambiente, sí lo era en cuanto a apasionamientos políticos; fué sin duda una fórmula de transacción.

Un diario de la capital publicó en sus páginas el siguiente telegrama, enviado por su corresponsal en Mendoza:

La cuestión gobernación. — Horizontes que se aclaran. — Candidatura Moyano

(De nuestro corresponsal)

Mendoza, martes 29. — La política mendocina que ha sido la piedra de escándalo de toda la república, parece que pronto se aquietará y esta provincia tendrá un gobernador digno de ocupar el sillón que honró San Martín. Todos los partidos, radicales, mitristas, orteguistas, liberales, etc., aceptan sin objetar la candidatura del teniente coronel de marina Carlos M. Moyano, hijo de esta provincia y uno de los jóvenes más ilustrados de su generación. La candidatura

Moyano satisface las aspiraciones de todos sus comprovincianos, como prenda de paz, concordia y honradez administrativas.

Reina con este motivo gran contento y se espera que Guiñazú tendrá el buen tino de renunciar inmediatamente para principiar la solución política que todos anhelan ver realizada.

LA TÍA CESARIA

A fines de 1890 supo mi padre que su tía Cesaria había quedado sola y sin recursos de ninguna clase.

Por un exceso de delicadeza ella había ocultado celosamente la afligente situación a su hermana Clarisa y a su sobrino Carlos. Pero no pasó mucho tiempo sin que él se enterara.

Hacia entonces se trasladó con su familia a Mendoza, y allí lo primero que hizo fué visitar a su tía Cesaria. Tuvo una penosa impresión al hallarla en el mayor abatimiento y pobreza.

De inmediato alivió su situación, y al regresar a Buenos Aires la trajo para que en adelante viviera junto a él, en su casa.

Tía Cesaria fué un miembro más en el hogar de mis padres, donde era cuidada y querida por todos; hasta las amistades solían darle el nombre cariñoso de "tía".

INVITACIÓN

En los primeros meses de 1891 aún se hallaban mis padres en Mendoza, allí recibió Moyano una invitación para ir con su familia en el tren oficial que inauguraba el primer tramo del ferrocarril transandino, o sea desde Mendoza a Uspallata. Tuvo así el gusto de poder llegar en tren algo más adelante de lo que había soñado en sus años juveniles.

LA OFICINA DE LÍMITES INTERNACIONALES

En 1891 recibe nombramiento de Director de la Oficina de Límites Internacionales de reciente creación en el Ministerio de R. E.

Buenos Aires, diciembre 21 de 1891.

Señor capitán de fragata don Carlos M. Moyano:

Tengo la satisfacción de acompañar a Ud. copia auténtica del decreto expedido hoy, según el cual se crea en este ministerio la Oficina de Límites Internacionales y se nombra a Ud. director de la misma.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

El decreto creando la Oficina Internacional

Del Departamento de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, diciembre 21 de 1891.

Considerando:

1º Que es necesario agregar al Ministerio de Relaciones Exteriores una oficina que se ocupe exclusivamente del estudio de las cuestiones de límites internacionales, y reúna y organice todos los datos históricos, geográficos y topográficos hasta ahora conocidos y autorizados sobre las fronteras de la República;

2º Que es igualmente necesario someter a un procedimiento sistemático los nuevos estudios que se practiquen sobre dichos límites, relacionándolos con los anteriores;

3º Que el funcionamiento independiente de las Comisiones de Límites con las repúblicas del Brasil y de Chile, exige la creación de una oficina encargada de suministrarle los elementos de estudio y de labor científica que necesiten en el desempeño de su cometido, a la vez que de recibir, estudiar y conservar debidamente cumplidos los trabajos que terminen y presenten al Ministerio;

4º Que las deficiencias e inexactitudes de que adolecen la generalidad de las cartas geográficas publicadas en el interior y en el exterior, sobre la nación y sobre las provincias argentinas revelan en la parte limítrofe por lo menos ignorancia de los antecedentes necesarios sobre los títulos y derechos de la República y sobre los tratados y trabajos que los reconocen y trazan en el terreno, lo cual motivó la nota del 20 de noviembre de 1889 que este Ministerio comunicó al de Justicia, Culto e Instrucción Pública la resolución del señor

Presidente de la República de desconocer todo carácter público a dichas cartas y planos no debiendo interpretarse las subvenciones del Estado en su favor sino como simple estímulo a la labor intelectual;

5º Que en consecuencia la Oficina mencionada sería la encargada de consignar el trazado del Mapa Nacional de aquellos títulos y derechos, de los tratados sobre fronteras en los casos de estar ya canjeados los resultados de los trabajos de las comisiones internacionales demarcadoras;

6º Que esta Oficina puede instalarse sin aumentar los gastos previstos del Ministerio, pues se utilizará los servicios de una parte del personal agregado a las comisiones especiales de límites con las repúblicas de Chile y del Brasil, y los pequeños gastos extraordinarios para un auxiliar técnico, servicio de dibujo y adquisición de planos y otros elementos, están autorizados por las leyes de 19 de agosto de 1889 y 18 del corriente.

El Presidente de la República

DECRETA:

Artículo 1º — Créase en el Ministerio de Relaciones Exteriores una Oficina de Límites Internacionales que tendrá a su cargo la realización de los propósitos expresados en los considerandos de este decreto.

Art. 2º — La oficina preparará y ofrecerá al Ministerio y por su órgano de los Poderes Públicos, los informes necesarios sobre puntos de su competencia. Preparará igualmente los elementos necesarios para la defensa de los intereses nacionales en los arbitrajes que establezcan los tratados respectivos.

Art. 3º — El subsecretario entregará a la Oficina bajo inventario:

1º La colección de cartas existentes en la Biblioteca del Ministerio;

2º Copia auténtica de todos los tratados de límites y documentos relativos a su ejecución, que sean necesarios para el funcionamiento de la oficina;

3º Un catálogo de las obras de la Biblioteca del Ministerio, relacionadas con dichas cuestiones y que la oficina de límites podrá obtener de aquella repartición bajo recibo y por el tiempo necesario.

Art. 4º — El jefe de la Comisión de Límites con el Brasil entregará a la nueva sección bajo inventario y acta firmada por los respectivos jefes y autorizada por el subsecretario del Ministerio, los antecedentes de los trabajos y las memorias y planos de la Comisión Internacional sobre el territorio de Misiones.

Art. 5º — El perito para la comisión demarcadora de límites con Chile, hará igual entrega, y con las mismas formalidades, de los documentos del servicio a su cargo, cuya conservación no sea de inmediata utilidad a su cometido.

Art. 6º — El ministerio adquirirá oportunamente con destino a la Sección de Límites los trabajos geográficos que se hallen en los

archivos públicos, en el extranjero y en el comercio, cuya adquisición o copia convenga obtener.

Art. 7º — La Oficina de Límites dependerá directamente del Ministerio de Relaciones Exteriores e intervendrá siempre que sea necesario en la tramitación de los asuntos de límites en la forma que el ministerio disponga.

Art. 8º — El jefe de la extinguida Comisión de Límites con el Brasil, general de brigada don José Ignacio Garmendia, continuará agregado al Ministerio de Relaciones Exteriores con el sueldo que actualmente goza y en el carácter de Consejero de Límites, hasta la terminación del litigio sobre Misiones.

Art. 9º — Nómbrase Director de la Oficina Internacional de Límites al capitán de fragata don Carlos M. Moyano actualmente agregado a la Comisión de Límites con Chile como compilador de datos y antecedentes, y con el sobresueldo de que goza.

Art. 10. — Pasarán a prestar servicios en la Oficina de Límites, los siguientes empleados del Ministerio y con los sueldos que actualmente perciben:

El capitán don Sebastián Carrasco de la Comisión de Límites con el Brasil, el escribiente del Ministerio don Juan Drivet y el ordenanza de la Comisión de Límites con Chile, don Faustino Álvarez.

Art. 11. — Nómbrase ayudante técnico de la oficina al alférez de navío don José Moneta, con el sobresueldo de ochenta pesos mensuales, y dibujante principal al ciudadano don Daniel González con el sueldo de ciento veinte pesos mensuales. Estos dos sueldos serán imputados a la ley del 18 del corriente.

El dibujante de la Comisión de Límites con el Brasil ciudadano Hugo Oberle pasará a prestar servicios en esta Oficina con reducción de su sueldo actual a cien pesos mensuales.

PELLEGRINI.
ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

Moyano estuvo cinco años al frente de esta Oficina, hasta su supresión en 1896.

De allí en adelante, durante nueve años, siguió adscripto al Ministerio de Relaciones Exteriores. En diciembre de 1905 pidió su retiro del servicio activo.

En ese largo intervalo al servicio de otros ministerios desempeñó sin embargo diversas comisiones en el de Marina, y merece mencionarse muy especialmente, su excelente defensa del capitán de fragata Leopoldo Funes, segundo jefe del cazatorpedero Rosales, en el proceso que deslindó responsabilidades en el luctuoso naufragio del barco en 1892.

EN TORNO A LA CUESTIÓN DE LÍMITES

De E. Zeballos a Moyano, marzo 18 de 1893:

Mi amigo Moyano:

Me dicen que el protocolo habla de buscar el *divortium aquarum* entre las cadenas más elavadas de los Andes.

Esta *pluralidad* de cadenas puede encerrar el *quid* que festejan en Chile.

Conviene que Ud. por patriotismo vaya a hablar hoy con Anchorena y le haga notar que se substituye un *macizo* central por varias cadenas.

No le diga nada de mí porque hará mal. Tengo mis razones.

Infórmese de lo que haya y trate de abrirle los ojos a Anchorena: es un deber patriótico.

Su amigo

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

Recuerdos a la inglesa y a los inglesitos. Lo mismo a los Sayanca.

SUPRESIÓN DE LA OFICINA DE LÍMITES INTERNACIONALES

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Buenos Aires, noviembre 17 de 1896.

Del doctor Amancio Alcorta al capitán de fragata don Carlos Moyano:

Para su conocimiento y demás efectos, comunica a Ud. el siguiente decreto:

Dice así: Departamento de Relaciones Exteriores. Buenos Aires, noviembre 17 de 1896. El Presidente de la República, decreta: Artículo 1º Queda suprimida la Oficina de Límites Internacionales, debiendo liquidarse hasta el 1º de diciembre próximo, los haberes a los empleados cesantes. Art. 2º Las existencias de la oficina suprimida serán recibidas bajo inventario en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Art. 3º El capitán de fragata don Carlos M. Moyano, jefe de la extinguida oficina, continuará prestando sus servicios como agregado al Ministerio de Relaciones Exteriores, con el sueldo de su empleo militar.

URIBURU - A. ALCORTA.

SOBRE LA FOJA DE SERVICIOS

Noviembre 23 de 1899.

Señor Ministro de Marina:

Habiéndose servido el señor jefe del Estado Mayor comunicarme la orden de V. E. de remitirle el borrador de mi foja de servicios con las observaciones pertinentes antes del 24 del corriente, me permito rogar a V. E. quiera prorrogarme por algunos días más dicho plazo, pues por causas que no han estado a mi alcance remediar, no he podido obtener aún, a pesar de mis gestiones, una gran parte de los documentos comprobativos que debo acompañar y que se encuentran en los archivos oficiales de diversas reparticiones del territorio de Santa Cruz.

Espero las copias pedidas por momentos, y como sin ellos mi foja de servicios sería incompleta, espero que en vista de estas razones V. E. se servirá acceder a lo que solicito.

CARLOS M. MOYANO.

CARTA A UN AMIGO

(De una carta de Moyano dirigida a un amigo muy íntimo, en la que se refiere a un hijo de éste y a la educación, escrita en el estilo juguetón que lo caracterizaba cuando trataba a los íntimos):

Buenos Aires, abril 23 de 1899.

Señor Elías Godoy.

Mi querido amigo:

. . . . . .

La verdad, mi amigo, es que el muchacho es una monada por lo culto y educado. En cuanto a lo de buen mozo, dispénseme que no le diga nada sobre lo poco overos que suelen salir los hijos de los tigres, aunque por otra parte tengan todos los demás rasgos. Pero es mejor que doblemos la hoja y pasemos a otra cosa.

Su chiquilín parece que ha extrañado algo el cambio de vida, pues lo noto un poco pálido y delgado no siendo, realmente, su aspecto el mismo que cuando vinimos.

. . . . . .

Debo agregarle, sobre esto, que tengo ideas muy especiales sobre la salud de los muchachos, pues para juzgar a *prima facie* sobre ella, lo primero que les miro, no es el color de la cara, sino el color de las orejas y de los labios, que deben tenerlos de un colorido más o menos como el que Ud. exige para la cresta y mollejas de un pollo que le ofrezcan en venta.

¿Me compriende?

Si es así le será fácil calcular que me haya apresurado a escribirle, pues poco me hubiera preocupado que el chiquilín estuviera un poco flacón y pálido hoy para estar mañana de un lindo color.

Todavía no hay sabañones, y aunque los hubiera, cuando veo las orejas de mi muchacho, sé, como le he dicho, atenerme sobre el resto. Las orejas de su niño no me han llenado el ojo ahora, y como quiera que las haya tenido antes, creo en conciencia que el muchacho necesita un cambio de régimen.

El colegio donde está sé que no puede ser mejor, pero sé también que allí se sacrifica implacablemente el físico en favor de lo intelectual. Sus directores parten seguramente del principio, honrado por cierto, que los muchachos se les entregan para que aprendan según programa, y no para que se críen y desarrollen según el siempre exigente criterio paterno. Le dorarán a Ud. la píldora todo lo que quiera por medio de prospectos, hechos tal vez con buena fe, en que se le ofrezca conciliar tales extremos, pero créame que una vez que su niño haya pasado el dintel y entrado al recinto, tendrá que sujetarse allí a nuestra infame y asesina tradición educacionista, que no les es posible abandonar en un día en obsequio a teorías que no comprenden ni se pueden explicar, como las que implica el sistema moderno de enseñanza, despreciable siempre para el educacionista latino, que ni lo ha inventado ni ha tenido ocasión de apreciarlo *in propio corpore,* aferrándose instintivamente a lo que hicieron con él cuando chico. No tiene, por tanto, más horizonte, y si en algo cede, urgido por las exigencias de todo progreso, lo hace en píldoras, y sólo sobre el papel, cuando no hay multas y otros correctivos que lo "obliguen" a entrar en un terreno desconocido, y hay que disculparlos porque en esto proceden con esa lógica de fierro de "antecedentes y consecuentes" que precede todos los actos de la vida humana, el "a lo que te criaste" de nuestros filósofos de poncho y chiripá.

Hablemos en serio: la niña más bonita no da más que lo que tiene, y en este concepto Ud. no es hombre que con su clarísimo criterio pueda aceptar que un colegio..., con tradiciones pedagógicas seculares, pueda, como en el cuento de hadas, transformarse de la noche a la mañana en un vasto, amplio, cómodo e higiénico colegio inglés o alemán moderno, y que los muchachos abandonen la tiesura y el continente que les imponen los claustros y patios sombríos de sus macizas construcciones, para ir a corretear como pájaros o como verdaderos muchachos, la mitad del día haciendo ejercicios gimnásticos, cuya sola tentativa es entre ellos motivo para una severa penitencia, generalmente de reclusión.

Ellos, los conservadores por excelencia le prometerán lo que Ud. quiera, pero puede estar seguro que no ha de ser por lo que a Ud. le convenga que han de arrancar un solo ladrillo de los cimientos en que se asienta su edificio por más vetusto que sea.

Harán con los lindos y sanos muchachos que se les entregue, lo que los bodegueros criollos con los ricos mostos que recogen de las parras, y que necesitan ser de uva de una fuerza nativa excepcional para resistir sin asimilarse al ambiente de vinagre que desti-

lan por todos los poros de sus bodegas, desde el techo hasta dos varas de profundidad abajo del piso.

Déjese, pues, también Ud. de embromar encariñándose por sus tradiciones al antihigiénico e inquisitorial sistema educacional... y aunque yo pueda estar equivocado, pareciéndome demasiado blancas y transparentes las orejas de su niño o descoloridos sus labios, no eche, sin embargo, en saco roto lo que le digo, aunque no sea más que por los fundamentos que expongo y que no desconocerá. Como padre y como viejo y sincero amigo le doy este consejo: saque a su hijito del formidable edificio, de la semicárcel en donde está, adquiriendo los colores típicos del preso celular o de planta de invernáculo; sin titubear ni perder tiempo llévelo a otro colegio donde haya aire, luz, jardines y recreos propios de su edad (la del chico no la suya).

Créame su siempre y afectísimo amigo

CARLOS M. MOYANO.

P. D. Cerrada ya la carta se me ocurrió que a Ud. le convendría un programa del colegio... Para que no crea que soy como los judíos que predican la doctrina cristiana sin practicarla, le diré que en vista de esos programas yo he resuelto mandar a mi chiquilín a ese colegio.

. . . . . .

Soy el primero en aceptar que los niños necesitan mucha disciplina, pero ésta debe ser racional y nunca atentatoria a los principios más elementales de higiene infantil...; tienen la tendencia impulsiva de estropear al niño, física y moralmente con castigos deprimentes que le hacen perder poco a poco su dignidad, para "embutirles" prematuramente, y con resultados lógicamente negativos, una de conocimientos que están completamente fuera de las facultades de percepción y asimilación de esos débiles y tiernos cerebros.

. . . . . .

Aunque la distancia sea, ¡ay! tan larga como es, haga un esfuerzo supremo y remóntese con la imaginación hasta cuando tenía la edad que tiene hoy su chico.

. . . . . .

Hablando honradamente, además de las pocas cosas comprensibles para su caletre de entonces, ¿se acuerda de las otras cosas que le enseñaron, tal vez a palmetazos, pero que no le entraron ni podían entrarle, como hay tantas cosas que no entran porque no hay agujero suficiente para contenerlas?

Pongo el dedo sobre la llaga al citarle hechos que me son dolorosamente personales, al ponerle ante los ojos, con sus relieves y proporciones exactas, la desproporción monstruosa, inquisitorial, en que se basa hoy nuestro sistema educacionista, y no dudo de que su inteligencia clarísima completará el cuadro en que se desarrolla la vida moral y material de un niño en pupilaje a cargo de... que se reirían a carcajadas de mí por lo que le digo de las orejas de su chico, y se burlarían aún más de Ud. si me hiciese caso.

Parece que está de Dios que yo he de llegar a conquistarme ante su criterio el rol de un "solista" epistolar digno de uno de esos "ré-

Ethel Turner de Moyano - Carlos M. Moyano - Un jovencito pariente

Clarisa Astargo de Sayanca - Cesaria Astargo de Gamir

Elina Sayanca de Casavega

María Clarisa Moyano

Juan Luis Moyano

cords" acreedores de "gran prix" y "alta mención honrosa"; pero no podrá negarme tampoco, que todo se ha confabulado contra mí, y que los temas que han dado lugar a este "solo" y al anterior se me presentan con tal importancia para Ud. que mi amistad no puede rehuirle la tarea de presentárselos con apreciaciones personales, íntimas, y a las que se dedica con gusto un exceso de trabajo mental y material cuando se sabe que no es tiempo perdido, y que el correspondiente y el corresponsal se encuentran intelectualmente tratándose de "potencia a potencia" por su sinceridad y liberalidad en la manera de apreciar las cosas de la vida.

Si Ud. se imaginase lo haragán que soy para escribir, cuando no me lo exigen circunstancias especiales, se daría recién buena cuenta de lo lucido que quedaría si en venganza de esta epístola y la otra, empezase a formarme una atmósfera de "solista".

C. M. M.

MOYANO PASA A SITUACIÓN DE RETIRO

Ya mencionamos que en diciembre de 1905 Moyano había pedido su retiro del servicio activo. Por decreto de 1º de febrero de 1906 le fué acordado ese retiro, en el empleo de capitán de fragata, pero con el sueldo del empleo inmediato superior, por tener más de 40 años de servicios cumplidos y casi 19 en la jerarquía de capitán de fragata.

Según varias informaciones, a los dos años del ascenso a capitán de fragata, los amigos de Moyano se habían propuesto obtener un nuevo ascenso, pero él se habría opuesto terminantemente por parecerle contrario al reglamento.

EN EL RETIRO

SU FÍSICO

Era de contextura menuda y su aspecto fino y delicado. Medía 1.63 m. Muy delgado, cabellos y barba negros y ojos oscuros de mirada serena y bondadosa; tenía desde los treinta años un mechón de cabellos blancos sobre la frente.

Su piel de un blanco mate, había tomado un tinte ligeramente morocho al curtirla los vientos y soles patagónicos que recibió durante tantos años.

Tenía una gran agilidad y rapidez de movimientos. La destreza asombrosa para encaramarse a la arboladura de los barcos, le valió el apodo de "Mono" entre los compañeros de armas de su juventud. Su actividad era infatigable. Siempre pesó unos cincuenta y ocho kilos.

No sabía lo que era dolor de cabeza ni de muelas; tenía dentadura completa y nunca precisó servicios de dentista.

Su labio inferior sobresalía levemente del superior.

Decía no haber necesitado jamás despertador para levantarse a la hora prefijada.

Desde los cincuenta años parecía un anciano.

CARÁCTER. — EN LA INTIMIDAD. — RETRAIMIENTO

Desde el año 1900 puede decirse que su mal fué agravándose en forma lenta pero progresiva, obligándolo a ir renunciando poco a poco a las tareas y cargos que antes desempeñara.

Se sentía incapaz de seguir luchando reciamente como lo hiciera antes. Por sí solo fué alejándose de los centros de las actividades de su vocación, a los que antes prestara tanto impulso con su aporte de ciencia.

Debió ser para él verdadera tortura verse maniatado por la enfermedad, privado de dedicarse a los trabajos tan caros en su vida.

Con su retraimiento comenzó a tenderse en torno suyo como un velo de olvido, y muy pronto sus contemporáneos ya casi no recordaban al que un día se destacó por sus trabajos. Se fueron apartando de su lado los que no eran verdaderos amigos, como las mariposas nocturnas que se alejan de la luz sin brillo.

No fué extraño que la mayoría lo olvidara; era un hombre de costumbres modestas, enemigo de jactancias y de hacer ostentaciones.

Además, ya había pasado el momento en que sus trabajos alcanzaron resonancia, imponiéndose por sí mismos. Su obra en la legendaria Patagonia de entonces había entrado en ese período por el que deben atravesar la mayoría de los hechos humanos. Período en el que permanecen como sumidos en un profundo letargo, hasta que alcancen el grado de esa especie de maduración que les exige la historia para juzgarlos con serenidad, y darlos a conocer sacándolos del olvido.

HOGAR, CULTURA, CORTESÍA

Hombre de cultura, había formado una bien nutrida biblioteca, en la que se encontraban, más o menos 4.000 volúmenes de los más calificados y variados autores.

Sus conversaciones, siempre amenas e instructivas, versaban sobre los más variados temas: las ciencias, la literatura, la política eran tratados por él con acierto. Sentía verdadera predilección por la astronomía, la física, la medicina, y también la química. Todas las manifestaciones de la ciencia y la cultura le interesaban vivamente, y estaba al día con sus adelantos.

El comedor de su casa era el lugar preferido para las reuniones familiares. Allí en rueda íntima, durante las comidas y de sobremesa, mi padre era solicitado por los circunstantes para que hiciera algún relato.

Las palabras fluían con soltura de sus labios para narrar sus recuerdos. Desfilaban día a día las anécdotas de sus antepasados y familiares, escenas del terremoto de Mendoza, sus viajes y otros tantos asuntos interesantes. Cuando recordaba a sus mayores sus palabras adquirían una cierta unción. Los aniversarios de ese terremoto del año 1861 eran para él día de recogimiento, y deseaba estar rodeado de su familia en esa fecha.

Mantenía en su memoria con toda claridad los detalles de las narraciones que oyera a sus antepasados, y las relataba como si las hubiera presenciado. En esas reuniones solía hacerle recordar a su tía Cesaria, allí presente, las travesuras que él le hiciera cuando niño, y que ella ratificaba riendo.

Las tertulias en el ambiente hogareño, rodeado de los suyos y de los amigos más allegados eran las de su predilección. Enemigo de la etiqueta, gustaba del trato culto pero llano, sin ceremonia.

En sus días de actuación oficial, se resistía a vestir el traje de gala, y sólo lo hacía obligado por la necesidad. La familia aprovechaba para que se retratara con ese atavío cuando terminaban las ceremonias oficiales o desfiles patrios, en los que se veía forzado a llevar su traje de gala. De otro modo difícilmente hubieran conseguido un retrato en esa forma.

Uno de sus rasgos sobresalientes era la cortesía innata, sin afectación.

Solía recordar la frase: "Suaviter in modo, fortiter in re", que había sido norma en su vida.

No toleraba las injusticias, y reaccionaba con viveza ante un acto arbitrario.

Espíritu elevado, nunca dió pábulo a supersticiones, ni tenía simpatía por otras doctrinas extraviadas, tan en boga en su tiempo.

Solía decir que cada día en la vida era como un tramo que cae al vacío, de un puente que cruzamos y por el cual no podríamos retroceder jamás.

Era serio en todo lo que requería formalidad. De carácter fino y sutil captaba rápidamente las ideas.

Bromista y chacotón en las conversaciones familiares, hacía derivar en gracia oportuna situaciones comunes que pudieran haber pasado inadvertidas, pero cuidaba siempre de no herir la susceptibilidad ajena ni en lo más mínimo.

Su palabra fácil amenizaba las conversaciones con cuentos al caso, frases sabrosas y ocurrentes, cuando no con refranes criollos.

Si se refería a situaciones en que actuaban contrincantes irreductibles en ambientes de confusión, decía que era "una bolsa de gatos".

Las discusiones violentas y bulliciosas las calificaba de "caranchadas".

Tratándose de un asunto muy embrollado, lleno de vericuetos, en los que se interponían toda clase de dilaciones, decía: "Tiene más vueltas que sebo de tripa".

Celebraba con sana alegría los trances jocosos sucedidos a propios y extraños, e incluso a él.

La risa le provocaba lágrimas, pero éstas no amenguaban su contento y seguía riendo a más y mejor con los chistes que le eran referidos o que él recordaba.

Decía que donde se conocía mejor la educación de las personas era en la mesa y en el juego, pues allí se ponían en evidencia sus fallas a ese respecto.

Redactaba con la mayor facilidad, pero no le gustaba escribir; prefería dictar. Años anteriores, cuando desempeñaba cargos oficiales y debía atender muchos asuntos por correspondencia, dictaba a varios secretarios simultáneamente.

Gustaba de dejar borradores para que quedara una constancia. Solía despertarse de noche con alguna idea sobre un tema que le interesaba, y lo escribía en el primer papel que hallaba a mano, aunque fuera un margen de papel de diario; lo que deseaba era no perder la idea. Esos borradores versaban sobre los más variados temas.

Añorando la actividad de los años anteriores, en su retiro forzoso procuraba ocupar su tiempo, cuando la enfermedad no lo atenaceaba, en diversas tareas, ya fuesen del espíritu o de la acción moderada.

Gustaba de la buena música y del teatro, y concurría con

frecuencia a las representaciones teatrales donde actuaban los mejores intérpretes.

AFICIÓN TÉCNICA

Cuando llegaron los aparatos del entonces novísimo fonógrafo, él fué de los primeros en adquirir uno en la casa Lepage. Era toda una novedad. La voz estaba grabada sobre cilindros de cera de color oscuro.

Poseía una colección muy completa de música selecta grabada en esos cilindros. Eran muy frágiles, y debían guardarse envueltos uno por uno en algodón en cajas tubulares.

Le agradaba hacer experimentos y ensayos de química. Otras veces preparaba algunas sencillas recetas farmacéuticas, que le prescribían y controlaban sus amigos médicos y químicos. Para ello contaba con mortero de cristal, balanza y medidas de precisión, etc. Preparaba sellos, polvos y otras mezclas más o menos simples, para su uso y el de sus familiares.

Solía sentarse delante de una gran mesa repleta de instrumentos de precisión, herramientas pequeñas y materiales variados donde hacía mil experimentos diversos, nuevas piezas para perfeccionar sus fonógrafos, dándoles mayor sonoridad, voz más clara u otras modificaciones. En esas tareas u otras semejantes, solía pasar distraído hasta altas horas de la noche.

Otras veces resolvía fundir piezas para alguna máquina; entonces el trabajo se hacía en el amplio fondo que había en la casa; él dirigía en la labor al herrero. Y no faltaba algún familiar que se prestara gustoso a ayudarlo. Tenía fragua, yunque y todos los demás implementos de herrería que pudiera necesitar para esos trabajos, además de los crisoles donde se fundían los metales, y los moldes de tierra refractaria, etc. De allí salían ruedas dentadas y otras piezas de máquinas.

Generalmente lograba éxito en sus trabajos. Recuerdo que una vez transformó un viejo fusil de caño de gruesas paredes, en una escopeta, haciendo agrandar el calibre del mismo por medio de una máquina que lo iba taladrando. Máquina que él mismo hizo preparar bajo su dirección, haciendo

fundir piezas en casa para que sirviera al efecto. La tarea duró bastante tiempo, pero el trabajo salió bien, y el que antes era fusil de balas fué escopeta para cartuchos que sirvió para caza menor.

La fotografía también le interesaba mucho. Tenía excelentes máquinas. A veces él mismo hacía las revelaciones y copias de sus fotografías.

Tenía una memoria extraordinaria para las operaciones con números, pero, no obstante, cuando hacía cálculos, así fuesen los más simples no los confiaba a la memoria; decía que siempre se corría el riesgo de errar, que lo más seguro eran el papel y el lápiz; recordaba que así se lo habían enseñado desde que empezó su carrera al lado de su querido jefe el coronel Guerrico. No permitía que los suyos los hicieran de memoria.

Se encariñaba con la casa en que vivía, y sólo transigía en mudarse cuando exigencias de fuerza mayor lo obligaban a ello, como demolición o algo semejante.

Los cambios atmosféricos lo preocupaban con más que sobrada razón, pues de esos fenómenos dependía su estado de salud; era así que tenía diversos instrumentos para controlar el estado del tiempo: barómetros, termómetros, higrómetros, etc. Pero su organismo era más exacto que todos esos aparatos, por muy precisos que fuesen.

A modo de recreo solía ir a la cocina a preparar algún plato de su preferencia, que gustaba hacerlo por sí mismo, o a dar las instrucciones precisas para aderezar algún manjar típico de Mendoza, a los que era tan afecto, pero siendo de muy poco comer se contentaba casi con probarlos.

¡Qué diferentes eran esos sabrosos platos mendocinos de aquellos que se vió precisado a comer durante tantos años en la Patagonia; pobre menú que se reducía al invariable asado de carne de guanaco, o a las picanas y alones de avestruz, con agregado de trozos de galleta seca, muchas veces rancia. De tanto en tanto, si la suerte acompañaba, podían saborear algún pescado, carne de león u otra caza menor; pero cuando las circunstancias apremiaban debían contentarse con las piezas que hallaran, así fuesen míseros loros o lechuzas.

Gustaba probar platos exóticos; invitó a su casa a unos japoneses amigos suyos, para que fuesen a preparar platos de su país. Él por su parte les hizo servir también comida criolla, en la que figuraba una cabeza de ternera con cuero, la que fué recibida con grandes muestras de asombro incontenible por los invitados.

ENFERMEDAD

Como hemos dicho anteriormente, los dolores reumáticos lo hacían padecer cruelmente. Se había sometido a todos los tratamientos que la ciencia médica de entonces podía prestarle, y siguió largo tiempo las prescripciones de los facultativos pero sin lograr ninguna mejoría. Hasta que un buen día cansado de tanta droga que le estaba perjudicando el estómago sin proporcionarle alivio, llamó al sirviente y le ordenó que recogiera todos los frascos y cajas de medicamentos y que los tirara. Desde ese día no volvió a tomar más drogas para su mal.

Cada cambio atmosférico, sobre todo si era de carácter electromagnético, significaba para él un verdadero suplicio. La intensidad de sus dolores estaba en proporción con la magnitud del temporal. Generalmente eran muy violentos y debía guardar cama. Sentía esos efectos aun cuando los trastornos eléctricos se desarrollaran en lugares muy distantes. Pasada la tormenta desaparecían por completo sus sufrimientos. Él los designaba con el nombre de "dolores eléctricos".

Su temperamento curioso lo llevaba a estudiar en diversos ramos de la ciencia. Según dijéramos antes, sentía gran afición por la medicina y por la física y poseía muchos tratados sobre esas ciencias.

Como no hallaba mejoría en los medicamentos, buscaba por otros medios una tregua a sus dolores.

Solía proporcionarle algún alivio el ponerse en contacto con una corriente eléctrica. En ese tiempo no llegaba a los

domicilios esa clase de energía; para lograr su objeto tenía una maquinita con pilas para generar la corriente, que recibía por medio de unos manubrios metálicos, y podía graduar la intensidad según fuese su deseo.

Luego halló otro medio más simple y de mayor eficacia. Consistía en ponerse en contacto directo con la tierra, lo que hacía tomándose con la mano de una canilla del agua corriente del patio, o bien establecía en cualquiera otra forma ese contacto, que generalmente le calmaba algo los dolores lacerantes.

Las personas que lo veían en esa actitud solían reírse de él, achacándoselo a rarezas de su carácter, pero bien errados estaban, y él seguía imperturbable su terapéutica.

AMIGOS

Siempre estaba rodeado de amigos y familiares. A casi todas las horas del día tenía visitas.

La amistad le merecía el más alto concepto, y de ella hacía un verdadero culto. Se entregaba por entero a sus amigos, y era así que, cuando alguno que se titulaba tal lo traicionaba, sufría hondamente el desengaño y, pasado el primer momento de reproche, sellaba sus labios para siempre.

Quien no estuviese en antecedentes nunca hubiera podido sospechar que algunas personas nombradas por él con la mayor indiferencia y sin sombras de rencor, como a simples conocidos, habían sido de los que antes se contaban entre sus amigos.

Los ayudaba generosamente en sus necesidades. Muchos supieron corresponderle con leal amistad y gratitud, pero fueron más los que luego de recibido el beneficio le volvieron la espalda. Esas actitudes lo herían en lo más íntimo, pero no lo acobardaban para seguir haciendo nuevos favores a otros y aun a los mismos que lo ofendieron. Sólo los que procedían con doblez no hallaban su apoyo.

Pareciera tributo obligado de las almas nobles sufrir sin-

sabores o, cuando menos, desdén y olvido de sus contemporáneos. Mi padre tuvo sin embargo amigos que supieron valorarlo hasta el último momento.

Era proverbial su hospitalidad; casi siempre tenía alojados en su casa a parientes o amigos venidos del sur o de provincias. Su casa era la de todos.

Gozó de gran prestigio, y a través de cartas íntimas vemos que amigos y compañeros de armas, que por su posición, apellido, etc., parecían llevarle ventaja, solicitaban su apoyo e influencia para solucionar situaciones difíciles o enojosas en el desempeño de sus cargos, y aun de asuntos particulares. Su opinión y consejo eran solicitados por propios y extraños.

Gravitaba como fuerza directriz entre sus familiares y allegados íntimos, por lo sincero y espontáneo de su carácter y el espíritu de justicia que lo guiaba.

Despertaba la confianza de cuantos lo trataban, y hallaba amigos y conocidos en todas partes.

Tenía las mejores expresiones para los amigos ausentes y para los fallecidos. Relataba sus entrevistas con don Domingo Faustino Sarmiento, al que iba a visitar al Tigre, en la isla de Carapachay; el gran hombre lo distinguía con su amistad, no obstante la gran diferencia de edad entre ambos. Recordaba con gran afecto al poeta Olegario Andrade, y a tantos otros; a los compañeros de infancia, y no echaba en olvido a los más humildes; y acudían a su memoria infinidad de anécdotas relacionadas con ellos.

Se contaba entre sus amigos el ilustre químico doctor Pedro N. Arata que, como se recordará, tenía una estatura elevada.

De común acuerdo y en forma jocosa, habían convenido que cuando se encontraran solos en la calle, y debieran seguir caminando en la misma dirección, no lo harían a la par, y si se hallasen en compañía de otro amigo, éste debería ponerse entre los dos para que no se pusiera en evidencia la diferencia de estaturas, que luego daba lugar a que los amigos que los veían juntos hicieran comentarios risueños, aunque siempre amistosos.

ARMAS

Tenía gran afición por las armas de fuego y poseía una colección de las más perfeccionadas.

Entre las más valiosas se contaba una que lo era doblemente por el recuerdo y distinción que importaba.

Cuando en 1890, el Gobierno mandó fabricar en Alemania los fusiles Máuser para el ejército, el general Roca encargó uno especial para su amigo Moyano, pero conociendo su modo de ser previó que pondría reparos en aceptar arma tan valiosa, por lo que hizo grabar en ella con letras de oro las iniciales del pequeño hijo de su amigo, Juan Luis Moyano, que contaba entonces un año de edad. En esa forma mi padre aceptó el obsequio.

Poseía una puntería asombrosa, y tiraba siempre con la mano izquierda aunque no era zurdo, pues veía mejor con el ojo de ese lado. Mi madre contaba que cierta vez, estando a orillas de un ancho río, lo vió matar un ave de tamaño chico en la orilla opuesta.

Quería que todos los miembros de su familia, hombres y mujeres, aprendieran a manejar armas, para el caso de que hubiera necesidad de defenderse.

En uno de los extremos de una amplia habitación de su casa había mandado colocar un blanco, e invitaba a íntimos y familiares a hacer ejercicios de tiro, con una escopetita de aire comprimido, muy buena, que disparaba flechitas. Invitación que todos aceptaban gustosos.

RUMORES DE GUERRA

En una época en que las relaciones de la patria con otra nación estuvieron al borde de quebrarse, mi padre había dispuesto de que, en caso de no llegar a un acuerdo pacífico, mi hermano que apenas contaba nueve años iría también a defender a su patria, a pesar de su corta edad. No lo llevaría en el barco donde él fuera, pero lo enviaría en la nave en

que se embarcara su amigo el capitán Juan Pablo Sáenz Valiente.

Sus convicciones sobre el patriotismo eran nítidas: la patria ante todo.

Encuentro en uno de sus borradores estas frases:

. . . . . .

Bajo la bandera argentina, no se cobijarán jamás ni la opresión ni la tiranía, y ella simbolizará siempre garantía para el derecho humano, para la riqueza y el bienestar, fluyentes de la robustez de su propio organismo.

Donde quiera que llegó la bandera argentina, no impuso tributo; de Chile, el Perú, etc., volvieron parte de las legiones argentinas a pie, sin más botín que los harapos colgantes de sus ropas.

RESENTIMIENTO

Un día el mucamo, con aire de satisfacción por haber cumplido con su deber, le dijo a mi padre que esa mañana había estado un loco a visitarlo, y que él lo había echado.

No fué poca su extrañeza ante la noticia, y le pidió detalles de cómo se había enterado del estado mental del visitante.

—¡Pues porque el mismo me lo dijo, señor!

El sirviente era español; trató de explicarle cómo se había desarrollado la entrevista con el "loco", y repetía el diálogo habido:

—Dígale a Moyano que soy "loco". (Eso había entendido el mucamo.)

"—Pues si es loco ¡mándese mudar en seguida!

"Se puso furioso, señor, y la mejor prueba de que era verdad lo que decía, es que tiró en el zaguán un paquete con carne seca"...

Mi padre en el primer instante quedó confuso, pero luego de reflexionar un momento comprendió el enigma.

Vino a su memoria que un marino amigo suyo, a quien apreciaba, y cuyo apellido al pronunciarse se asemejaba a la palabra "loco", se había ausentado meses antes para Salta, y al despedirse le había preguntado qué deseaba le trajera de

esa provincia; mi padre, gran aficionado al charqui, le dijo que le agradecería un poco de tasajo de esa procedencia.

Lleno de preocupación por la torpeza del sirviente, salió apresurado a averiguar si en realidad era cierto lo que temía.

Efectivamente, su amigo había vuelto de Salta y le había traído personalmente el regalo. Estaba ofendidísimo y no admitía excusas, creyendo que mi padre era el culpable del agravio. Trabajo le costó a éste convencerlo de que había estado completamente ajeno al episodio.

FRÍO

No le agradaba el frío. Con el comienzo del invierno se encendían las estufas, y ardían día y noche hasta que terminaban los fríos.

En un crudo día de invierno llegó a visitarlo su gran amigo el doctor Julio Lemos. Encontró a mi padre protestando contra la baja temperatura.

Viendo Lemos que mi padre mandaba agregar más carbón a la estufa que ya ardía vivamente, le dijo:

—Pero, amigo Moyano, yo no me explico cómo Ud. no se haya acostumbrado al frío, habiendo estado tantos años en la Patagonia, entre la nieve.

—Y dígame, amigo Julio, ¿se acostumbraría Ud. a que le dieran una paliza todos los días?

Esta anécdota me fué referida por el bacteriólogo doctor Julio Lemos, hijo del caballero mendocino don Pompeyo Lemos, de quien hemos leído un relato sobre el terremoto de Mendoza.

HONRADEZ

Su acrisolada probidad no le permitía transigir, ni aun con lo que tuviera vestigios de hurto.

En una oportunidad, un niño de 10 años, que estaba en casa de mi padre, trajo de la calle un bolón de vidrio de colores, un juguete común entonces y de ínfimo precio.

Supo mi padre que el niño lo había sacado de una casa de comercio en un descuido del dueño. Lo reprendió y le ordenó que volviera a la juguetería, que fuese a hablar con el dueño y le devolviera el bolón diciéndole la forma incorrecta en que lo había llevado.

Llorando, el niño así lo hizo. Fué el mejor castigo, pues nunca volvió a caer en la tentación de tomar lo ajeno.

Un niño como de tres años, había sacado del costurero de su madre una moneda de cinco centavos. En su inconsciencia infantil no daba valor a la moneda y la tomó como a cualquier otro objeto para jugar con él.

Como era enemigo que los niños manejaran dinero, ni aun en pequeña cantidad, cuando vió al chiquillo con la moneda en la mano, le preguntó el origen; el niño con todo candor se lo dijo. No obstante la inocencia con que había procedido, quiso mi padre darle una lección de honradez, en forma de que sin dañarlo lo recordara por un tiempo. Pintó con nitrato de plata los dedos índice y pulgar de la mano derecha del pequeño y le encargó que cuando le preguntaran el porqué de los dedos negros contestara: "Porque le saqué cinco centavos a mi mamá".

OBREROS

Si era modesto y sencillo con todos en su trato, mucho más lo era cuando hablaba a los humildes, a los que trataba con palabras afectuosas. Aun cuando se dirigiera a un desconocido empezaba por llamarlo "amigo" o "viejo" en forma cordial y amistosa, con lo que se ganaba la voluntad de entrada.

A los vendedores ambulantes de frutas, verduras, pan negro (al que era muy afecto, y que antes se vendía por la calle en canastos), los hacía entrar con su mercancía, mandaba que les trajesen una silla para descansar y que les sir-

vieran una copa de vino. Mientras, conversaba con ellos, se interesaba por sus asuntos particulares, aconsejándolos si era del caso, y después de un rato de charla les compraba algo de lo que ofrecían en venta y los despedía amablemente.

Cuando vivía en la esquina de Santa Fe y Acevedo, su escritorio tenía ventanas a la calle. En cierta ocasión, mientras descansaba de su labor se puso a mirar a la calle distraídamente. Siendo las once de la mañana vió que un grupo de obreros ocupados en empedrar la calle, dejaban su rudo trabajo para almorzar. Se puso a observarlos, y como advirtió que no tenían vino, llamó al mucamo y le dijo que les llevara una copa de vino a cada uno.

Hízolo así el sirviente, pero los trabajadores, no acostumbrados a esa clase de atenciones de mano desconocida, desconfiaron del obsequio y no quisieron aceptar las copas. Vió mi padre el movimiento de negativa, y luego supo el motivo, a lo que dió pronta solución pidiendo al mucamo que volviera junto a los obreros y bebiera con ellos del vino ofrecido. En esa forma vieron que no se trataba de ninguna burla y aceptaron el vino muy agradecidos.

En otra oportunidad, supo que el verdulero ambulante que surtía a la casa había hecho venir de Italia a un hijo pequeño para que lo ayudara en su tarea callejera. El niño era muy aficionado a la música y tocaba el mandolín.

Una tarde llamó a ambos a su casa para escuchar al mandolinista; tomó algunas grabaciones en cilindros de su fonógrafo, departió con ellos amablemente, y luego le dió una recomendación para un amigo, a fin de proporcionarle al pequeño facilidades para el cultivo de su vocación artística.

Los obreros y los pobres no se alejaban de su casa sin recibir algún favor o un regalo.

JUEGOS DE AZAR

No se cansaba de encarecer a todos la abstención de los juegos de azar. Decía que antes era preferible cortarse la mano derecha.

Sentía orgullo de no conocer el Hipódromo, así como de no haber entrado nunca en salas de juego. Sólo de tarde en tarde solía comprar algún número de lotería, o jugaba al truco, pero jamás por dinero. Eran los únicos juegos que se permitía.

Se declaraba enemigo de las apuestas, y con frecuencia se le oía repetir el refrán: "Lo mejor de los dados es no jugarlos".

REGALOS A LOS NIÑOS

Acostumbrado a los largos silencios de la Patagonia, los ruidos le molestaban mucho. Nunca pudo habituarse a ellos.

Decía que cuando se va a visitar a un amigo que tiene niños, el visitante no debe obsequiarlos con tambores, pitos, cornetas u otros juguetes bulliciosos, pues con ellos se les hace "un flaco servicio" (eran sus palabras) a los padres de los pequeños, y tanto éstos como el que hace el regalo, deben soportar resignadamente las estridencias, cuando menos mientras dura la visita, y aun poner cara sonriente y complacida cuando los niños sacan a porfía ruidos destemplados de los juguetes. Más de una vez hay que deplorar la mala elección del obsequio.

GANZÚAS

Cierta vez mi padre concurrió al remate de una herrería, que liquidaba en lote todas sus existencias, pues se interesaba por la mayoría de las herramientas que luego le servirían para sus trabajos mecánicos.

En el amplio fondo de sn casa se instaló la improvisada herrería.

Mi padre ignoraba en detalle las menudencias que se incluían en la compra hecha en forma global.

A la llegada de esos efectos, los niños de la familia y otros allegados, con su ingenua curiosidad, comenzaron a hurgar los cajones y barricas que los contenían. Pronto hallaron algo que les llamó la atención y que les pareció muy interesante para sus juegos infantiles: unos grandes manojos de ganzúas, cuyo uso les fué explicado por un malintencionado.

No es para describir la sorpresa e indignación de mi padre cuando vió en su casa, y en manos de niños, esos instrumentos del delito. Se los arrebató inmediatamente, y mandó llamar con urgencia a un herrero para que destruyera las ganzúas. No quedó tranquilo hasta que vió que todas quedaban inutilizadas.

EL JUDÍO Y EL PEQUEÑO GENOVÉS

(Cuento que solía referir Carlos Moyano)

Había un genovés, avariento y económico, para no desmentir la fama, que tenía por amigo un judío residente en un pueblito algo alejado. Al nacer uno de los hijos del genovés, éste convino con su amigo que cuando el niño tuviera 7 u 8 años, lo mandaría a su casa para que lo sometiera a una severa enseñanza de economía. El judío, muy complacido, pues quería mucho al niño, aguardaba el tiempo fijado.

Llegó el día, y el pequeño genovés entró en la casa del que sería su maestro. Anochecía.

El judío recibió con agrado al niño. Después de los saludos de práctica lo hizo sentar y le dijo:

—Como tú vienes a aprender economía conmigo, ahora mismo te daré la primera lección apagando el candil, pues para conversar no necesitamos la luz.

Apagada la mecha, siguió una larga conversación entre ambos; el judío le pedía noticias de su amigo y de otras muchas cosas que le interesaban. Así transcurrió largo rato.

Cuando terminaron de hablar, el judío encendió el candil, y observó con asombro que el niño se estaba poniendo apresuradamente los pantaloncitos. Lo interrogó al respecto.

—Señor, como usted me dijo que mientras hablábamos

se debía economizar apagando la luz, yo me bajé los pantalones para no gastarlos, pues a oscuras no se veía si los tenía puestos o no.

—Hijo, creo que poco tengo que enseñarte en materia de economía. Es así que puedes volver a tu casa, porque tú sabes de esto tanto como yo.

SALESIANOS

Sentía mi padre verdadera simpatía y admiración por la obra de Don Bosco.

Tuvo grandes amigos entre los sacerdotes salesianos, empezando por Monseñor Juan Cagliero, a quien solicitara el primer capellán para la gobernación de Santa Cruz; desde entonces cultivaron una sincera y cordial estimación que se fué prolongando a través de la correspondencia.

El padre José María Beauvoir fué uno de sus mejores amigos; el poco tiempo que estuvieron en Santa Cruz fué suficiente para consolidar el afecto que mutuamente se profesaron.

Muchos otros sacerdotes salesianos estrecharon vínculos con él, entre ellos, el padre Ángel Savio, el presbítero Pedro Bonacina, los padres Carlos Marelli y Valentín Cassini, y los hermanos sacerdotes Félix y Crispín Guerra, y tantos otros.

Recuerdo que siendo muy niña oí a mi padre decirle al sacerdote Félix Guerra:

—Usted llegará a obispo.

Varios años más tarde el padre Guerra era consagrado arzobispo. .

Con frecuencia invitaba a su casa a los amigos salesianos. Gustaba departir con ellos sobre temas diversos, y pasaba momentos muy gratos en su compañía, Después de comer, cuando regresaban al convento los acompañaba él mismo, o algún otro miembro de su familia.

Recordaba con palabras elogiosas sus obras meritorias

y procuraba facilitar la misión evangelizadora de los padres salesianos.

El presbítero José María Beauvoir, recordó siempre con gran cariño a mi padre. Deseando conservar una memoria de esa amistad, rogué al misionero que me enviara por escrito sus recuerdos e impresiones.

Gentilmente el buen sacerdote accedió a mi pedido. De esa carta copio textualmente algunos párrafos que traslucen el efecto leal y sincero que lo unió a mi padre. Dicen así:

Desde aquella fecha (mayo de 1885), hasta que falleció, el señor Moyano ya siendo gobernador de Santa Cruz, es decir representante del supremo mandatario de la Nación en este territorio (que lo fué por muy poco tiempo), como después, fué para mí, no superior sino amigo, usando como tal mucha confianza.

El señor Moyano fué no sólo apreciado, mas también amado de cuantos lo conocíamos y tratábamos en todo el territorio de Santa Cruz. He allí el motivo de haberlo sentido tanto cuando sabido su definitivo e indeclinable retiro ya no habría vuelto más. Si esto fué general en todos los habitantes de Santa Cruz muchísimo más lo fué para mí, a quien desde que nos conocimos nos tratamos con mucha confianza, así como amigos y coetáneos.

De allí que el bondadoso don Carlos (como lo llamábamos), visto y considerando el mezquino sueldo (de $ 62 por mes), con que el gobierno retribuía el servicio de capellán, el señor Moyano de *motu proprio* lo ayudase a él y a su compañero el Rvdo. P. Ángel Savio, quien tenía aún menor retribución ($ 52), obligándolos a aceptar su mesa cuando fuera de su gusto, y dándoles sin obligación más que abundante racionamiento de oficiales.

Deseaba estar siempre acompañado; a esto se prestaban (además de los susodichos padre capellán José M. Beauvoir y Rvdo. padre Ángel Savio que revistaba como agrónomo de la gobernación), el señor don Cándido Eyroa, teniente de fragata como secretario de la Gobernación, el señor Nicolás Rubado, capitán comandante de la goleta, el señor Eduardo Rivadavia, jefe político del territorio, el médico de la Gobernación, varios escribientes y casi siempre algunos estancieros ya establecidos en el territorio, y que estando de paso por las oficinas eran convidados para acompañarlo.

Para suavizar nuestra permanencia en Santa Cruz, la que si no fuera por él habría sido muy monótona por no decir molesta, especialmente en los primeros meses, se industriaba en amenizarla con paseos, ora en la goleta, que el gobierno dejaba a su disposición, ora a caballo a uno u otro lado, etc. ¡Lástima que esas albricias no debían ser muy duraderas! Habiéndose agravado de los dolores reumáticos que desde algún tiempo lo molestaban, pensó retirarse a la capital en busca de alivios y mejorar con remedios oportunos y especialmente con climas más suaves y sobre todo colocándose en estado de

completa tranquilidad, fuera de los estorbos fastidiosos que su empleo de gobernador le ocasionaba.

Llegado a Buenos Aires, nos deja para no volver más, renunciaba luego y para siempre a la Gobernación; primer gobernador de Santa Cruz, su padre y mi apreciado e inolvidable amigo.

XIX

ÚLTIMOS AÑOS

En abril de 1903 tuvo una de las mayores penas de sus últimos años: su tía Clarisa había fallecido en Mendoza donde se hallaba radicada nuevamente junto a sus hijos.

Fué un recio golpe para su alma sensible y afectuosa. Había perdido a la que desempeñó con delicadeza exquisita el rol de una segunda madre, con todo lo que tiene de responsabilidad y ternura.

En la habitación donde nos reuníamos siempre, había colgado un cuadro con un retrato de familia entre los que estaba tía Clarisa. Cada vez que mi padre alzaba la vista a su retrato, sus ojos se nublaban; fué necesario pasar el cuadro a otra habitación para ahorrarle esa pena.

Vivía en nuestra casa tía Cesaria. Mi padre no quiso que ella se enterara del fallecimiento de su hermana Clarisa; deseaba evitarle ese dolor en el ocaso de su vida; un golpe así la hubiera sumido en la mayor tristeza y amargura.

Cinco años más tarde, en 1908 fallecía también tía Cesaria, siendo otro motivo de pena para mi padre, que profesaba gran cariño a su bondadosa tía.

Los últimos años de mi padre fueron tristes. Sufrió muchos desengaños y olvidos, y la enfermedad se cebó en él con saña, haciéndole padecer crueles torturas.

Recordaba como acariciándolos los años vividos en la Patagonia, que si fueron rudos también le eran gratos porque allí realizó el ideal de su vida: sembrar civilización y progreso.

A veces se le veía en actitud meditativa, añorando sus años plenos de labor, en los que no sabía lo que era fatiga. Y quizás volvía a su memoria aquel prolongado ulular del viento que tanto había resonado en sus oídos en las largas y frías noches de Santa Cruz, y cuya enervante monotonía se asemejaba a la pertinacia del mal que lo atormentaba y que lentamente le había ido quitando su vigor.

Sus fuerzas estaban ya casi agotadas, y se reconcentraba dentro de sí mismo doblegado por la amargura que le producía su impotencia.

Esos momentos de desfallecimiento los circunscribía estrictamente al recinto de su alcoba sin que trascendiera fuera de ella. Ante cuantos lo trataran era el mismo hombre de genio bromista y cordial, con su optimismo y alegría comunicativa, con su carácter firme y tenaz como en sus mejores años.

Recordaba con mucho cariño a su provincia natal, pero pocas veces volvió a ella. En los primeros años se lo impedía el cumplimiento de sus obligaciones; siendo tan largas las distancias y precarios los medios de comunicación era difícil efectuarlo en poco tiempo. Cuando ya le hubiera sido posible trasladarse con más tranquilidad, su hermano ya había fallecido. Desde entonces parecía como si algo lo contuviera para ir allá.

No obstante fué dos o tres veces más.

En el verano de 1910 realizó su último viaje, y lo hizo a Mendoza. Sentía que su mal avanzaba y quiso llegar hasta allí.

A su regreso ya casi no podía tenerse en pie. Pocos días después se postraba en el lecho por largos meses para no levantarse más.

Se acercaban los días del centenario de nuestra independencia.

En ese tiempo mi hermano hacía el servicio militar. El 24 de mayo, víspera de la gran fecha, cuando mi hermano fué a despedirse de él para ir al cuartel, mi padre le encareció con viveza que al día siguiente la primera frase que saliera de sus labios debía ser un ¡viva la patria! La grandeza de la patria estaba siempre fija en él. Mi hermano cumplió religiosamente su deseo.

Los sacerdotes salesianos a quienes él tanto apreciaba, lo visitaban con frecuencia.

El R. P. Valentín Cassini, de esa comunidad, le llevó los auxilios espirituales. Ese sacerdote escribió luego una larga carta al cardenal monseñor Juan Cagliero, en la que le expresaba su admiración por las excelentes disposiciones en que se hallaba su alma para recibir el juicio de Dios.

No era extraño que en la hora de la muerte se encontrara tan bien dispuesto el buen católico que siempre había invocado la protección del Todopoderoso para sus empresas, atribuyendo al favor divino los éxitos alcanzados.

En sus últimos momentos, su gran amigo el padre Beauvoir, se hallaba en las lejanas misiones de la Patagonia.

FINAL

Sus meditaciones eran largas. A veces una lágrima resbalaba por su mejillas.

Quizás desfilaran por su memoria, una a una las rudas jornadas de su trabajada vida, como repasando las páginas de un libro del que ya pocas hojas blancas le restaban. Ellas habían sido escritas con caracteres indelebles que, si bien en ese tiempo y el posterior se esfumaron aparentemente, pasados algunos años cobrarían nueva nitidez para ser leídas por otras generaciones.

Vió entonces en lontananza su niñez provinciana, su adolescencia plena de aspiraciones, la iniciación de su carrera, sus ideales, sus primeros triunfos..., toda la trayectoria de su vida, que ya se hundía en la larga ruta del tiempo...

La vió como cuando en sus viajes de exploración los accidentes del terreno iban desvaneciéndose y tomando el color azulino de la lejanía, para confundirse y perderse en la línea incierta del horizonte, donde parece que van perdiendo contacto con la tierra, y no se sabe si forman parte de ella o si son imágenes formadas por los celajes...

Falleció en Buenos Aires el 7 de octubre de 1910, a los 55 años de edad. Sus restos descansan en el cementerio de la Recoleta.

EPÍLOGO

SE LEVANTA UNA ESTATUA

El 25 de mayo de 1947 la población de Santa Cruz se congregó para asistir a la inauguración de una estatua: el monumento levantado por el respeto y el cariño de los habitantes de la Patagonia a la memoria de Carlos María Moyano.

La ceremonia fué sencilla, modesta y sin ruido, pero cálida y sincera como la vida de quien motivó el significativo homenaje.

Ahora su figura en bronce seguirá haciendo la guardia en el lejano sur. Continuará erguido frente a los vientos y fríos patagónicos, como lo hiciera él en las desiertas estepas de otrora.

Allí quedará como un símbolo del puro amor a la patria que, haciendo abstracción de sí mismo, no midió sacrificios ni buscó recompensas personales.

En Buenos Aires una prestigiosa revista que se dedica exclusivamente a temas relacionados con las actividades de la Patagonia, insertó en el número correspondiente al mes de junio una información de la ceremonia en la inauguración de la estatua.

FOJA DE SERVICIOS – OPINIONES

FOJA DE SERVICIOS DEL CAPITÁN DE FRAGATA CARLOS M. MOYANO

Campañas, acciones de guerra, viajes y comisiones científicas

Ingresa a la Armada al empezarse la campaña contra la revolución de Entre Ríos, en junio de 1873, como guardiamarina a Guerra y como secretario del Jefe de la Escuadrilla del Uruguay, entonces teniente coronel Martín Guerrico.

Concluída la revolución, en enero de 1874 pasa a prestar servicios a bordo del vapor nacional "Pavón", a las órdenes del entonces capitán Lázaro Iturrieta, pasando poco después en comisión con él a Santa Fe como 2º comandante del vapor "Garibaldi", conduciendo tropas y armamentos para sofocar un motín que debía producirse en dicha ciudad, y que es sofocado.

El 14 de enero de 1874 le extienden los despachos de guardiamarina efectivo.

El 1 de mayo de ese año de 1874 pasa al bergantín goleta "Rosales", a las órdenes del entonces teniente coronel Martín Guerrico.

A principios de agosto de ese mismo año empieza en el citado bergantín-goleta las campañas que ese buque hace a la costa sur, continuando allí su instrucción teórico-práctica.

Durante esas campañas merece el honor de ser nombrado oficial de derrota, puesto que desempeña hasta su salida de ese buque.

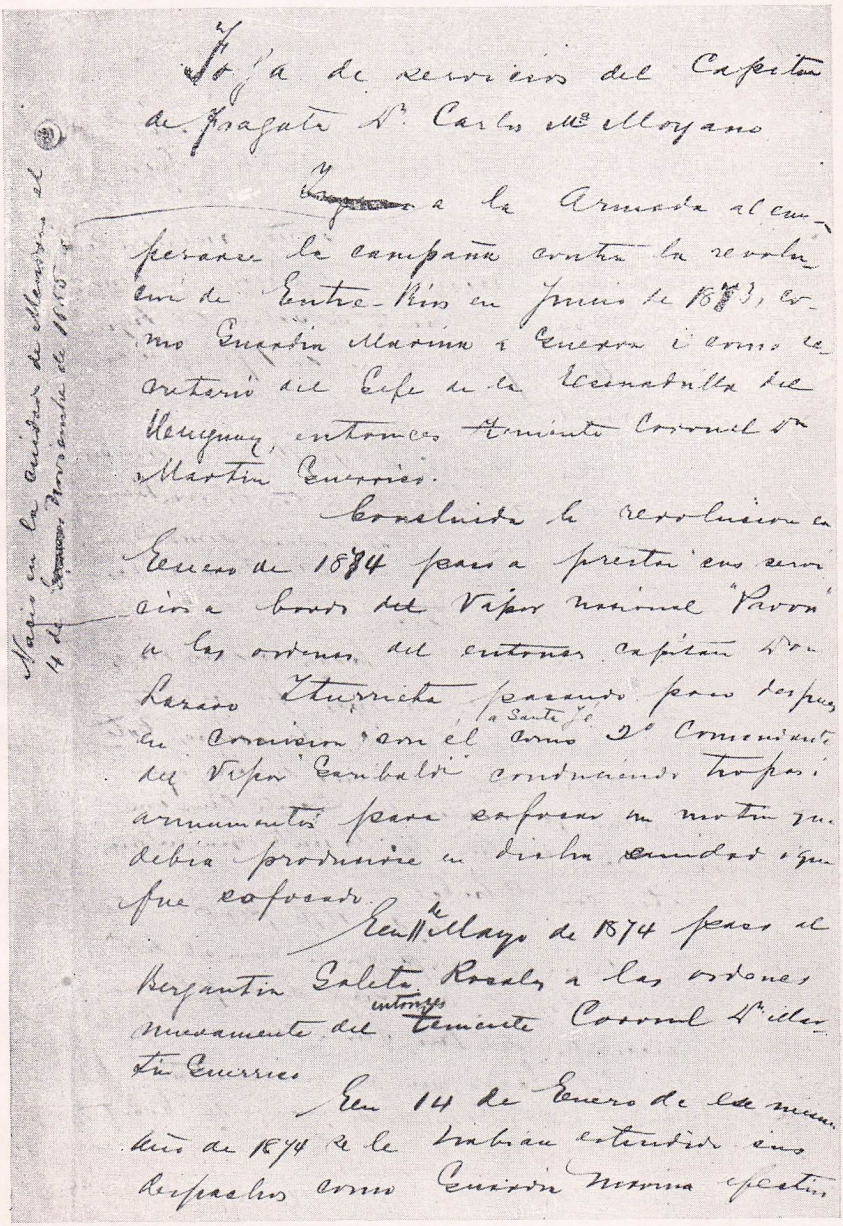
El 27 de diciembre de 1875 es ascendido a teniente.

En abril de 1876 es comisionado para acompañar al capitán Piedra Buena a las costas del sur, embarcándose como segundo comandante de la goleta "Santa Cruz" a las órdenes del citado jefe.

Después de hacer varios viajes a esa región, en esas condiciones, es puesto a las órdenes del Ministerio de Relaciones Exteriores a cargo del doctor Bernardo de Irigoyen, quien le ordena permanecer en Santa Cruz con motivo de la cuestión de límites que entonces se debate con Chile.

Tres páginas del borrador de la foja de servicios de Moyano.

(Letra de Moyano)



Hoja de servicios del Capitan de fragata D. Carlos Mª Moyano

Pasó a la Armada al empezar la campaña contra la revolucion de Entre-Rios en junio de 1873, en una Cañonera Marina á Guerra i como le ordenó del Gefe de la Escuadrilla del Uruguay, entonces Teniente Coronel D. Martin Guerrico.

Concluida la revolucion en Enero de 1874 pasa a prestar sus servicios a bordo del Vapor nacional "Paron" a las ordenes del entonces Capitan D. Lazaro Etcheverry pasando poco despues en comision con el mismo D. Comandante del Vapor "Garibaldi" conduciendo tropas i municiones para reforzar un punto que debia producirse en dicha Provincia i que fue reforzado.

En Mayo de 1874 pasa al Bergantin Goleta Rosales a las ordenes nuevamente del entonces Teniente Coronel D. Martin Guerrico.

En 14 de Enero de este mismo año de 1874 se le habian estendido sus despachos como Capitan Maritimo efectivo

A principios de Agosto de ese año em-
pezo en el citado Uruguayo Goleta las
Campañas que en Seguida hizo a la costa
En continuando allí en instrucción teori-
co-practica.

Durante esas Campañas merecio de sus
el honor de ser nombrado oficial de derrota
Puesto que desempeño hasta en calidad del buque

En 27 de Dbre de 1875 fue ex-
Cendido a Subteniente

En Abril de 1876 fue comisio-
nado para acompañar al Capitan Pierre Bouvet
a las costas del Rio Gallegos como Ingeniero
Comandante de la Goleta Santa Cruz a las
ordenes del Jefe citado.

Despues de hacer varios viajes
a esos lugares en esas condiciones fue puesto
a las ordenes del Ministerio de Relaciones Este
bajo a Cargo del Dr Dn Bernardo de Irigoyen
quien le ordeno permanecer en Santa Cruz en
Virtud de la cuestion de limites que entonces
se debatia con Chile.

En fines de 1876 por orden del
mismo Ministerio empprendio con el Capitan
Francisco Pillones un viaje de esploracion
a las cabeceras del Rio Santa Cruz a fin de
Reconocer los lagos que se encuentran
al norte de este, llevando el encargo de levantar
el plano topografico de los territorios que esos
lagos bañan, Campaña que duro hasta Mayo de 1877 en
cuyo mes, en cumplimiento de esta comision fue

cuenta en 12 de Julio de ese año con informe á los planos correspondientes, que se publicaron con ~~anotaciones~~ comentarios honrosos de parte del Sr. Ministro en la Memoria del Ministerio de Relaciones Esteriores.

Continuando acorde a las ordenes del espresado Departamento por orden del Ministro continuó la campaña al Sur pasando nuevamente allí todo el año de 1877 i 1878 ocupado en diferentes comisiones, ya a bordo de la Goleta Santa Cruz o en tierra.

Una de estas comisiones fue el levantamiento del plano de los grandes depositos de sal i otros contornos que existen en San Julian que interrumpido a su conclusion por el arribo a ese puerto de cuatro buques franceses que fletados en Punta Arenas, cuya tercera parte quedó en Santa Cruz, debiendose entonces a protestas el recibimiento de sus despachos hasta concluir embarcando a bordo de la Canonera "Paraná" que dos meses despues arribó a ese puerto a las ordenes del entonces Coronel Lasserre.

V. S. del 15 de Mayo de 1878 que acompaña a Memoria.

Hizo sus estudios en el Colegio del Salvador en Mendoza — en forma de cursar carrera comisionera.

A fines de 1876 por orden del señor ministro emprende con el señor Francisco P. Moreno un viaje de exploración a las nacientes del río Santa Cruz y a la región de los lagos que se encuentran al norte de éste, llevando el encargo de levantar el plano topográfico de los territorios que recorriesen, campaña que dura hasta mayo de 1877.

En cumplimiento de esta comisión presenta el 12 de julio de ese año un informe y los planos correspondientes, que se publican con comentarios honrosos de parte del señor ministro en la *Memoria* del ministerio de Relaciones Exteriores.

Estando aún a las órdenes del expresado Departamento, por orden del señor ministro continúa la campaña al sur, permaneciendo allí todo el resto del año 1877 y 1878 ocupado en diferentes comisiones, ya a bordo de la goleta "Santa Cruz" o en tierra.

En una de estas comisiones, la del levantamiento del plano de los grandes depósitos de sal y otras sustancias que existen en San Julián, es interrumpida su conclusión por el arribo a este puerto de ciento y tantos presidiarios sublevados de Punta Arenas, cuya tercera parte queda en Santa Cruz; dedicándose entonces a proteger al vencindario de sus depredaciones hasta conseguir embarcarlos a bordo de la cañonera "Paraná", que recién a los dos meses después arriba a este puerto, a las órdenes del entonces coronel Lasserre.

El 15 de mayo de 1878 es ascendido a teniente.

A principios de setiembre del mismo año de 1878 emprende por orden superior, y en compañía del señor Ramón Lista, un viaje de exploración a las nacientes del río Chico, detalle geográfico importantísimo que interesa al gobierno conocer.

Apenas regresado de esta comisión, a la que da cumplimiento presentando planos e informes, se incorpora a la Escuadra que en noviembre llega a Santa Cruz a tomar posesión del puerto y reprimir los avances de algunos buques chilenos.

Al decretarse la creación de la Subdelegación Marítima de Santa Cruz, es designado para ocupar el puesto de subdelegado con fecha 12 de noviembre de 1878, continuando en ese carácter, y con la fuerza de su comando a las órdenes del jefe de la Escuadra.

Retirada la división naval a principios de 1879, queda en Santa Cruz con muy pocas fuerzas con el encargo de sostener la bandera que dicha división ha ido a plantar, y la jurisdicción argentina desconocida y discutida por Chile.

Iniciada la campaña del Río Negro, se pone a sus órdenes el *cúter* "Los Estados", al mando del hoy alférez de navío Félix Paz, para aumentar con su dotación las fuerzas de la Subdelegación y poder defender de este modo los pasos de los ríos, e impedir que los indios, que estrechados al norte por las fuerzas nacionales, cruzaran el Santa Cruz y ganasen las posesiones chilenas del estrecho de Magallanes.

A fines de 1879 emprende a su propia costa una nueva expedición a la región andina siguiendo el curso del río Chalia o Koong para rectificar los trabajos topográficos anteriores, tocándole en suerte hacer el descubrimiento de un gran lago, aún sin nombre, que se extiende al norte del lago San Martín, comunicando con él.

El 9 de julio de 1880 es ascendido a capitán.

En setiembre del mismo año concibe el proyecto de atravesar la Patagonia de sur a norte con el objeto de recorrer el territorio, conocer los recursos que pudiera ofrecer a la colonización, y buscar un camino fácil con aguadas y recursos suficientes para poner en comunicación el río Negro con el estrecho de Magallanes.

Puesto en marcha desde Santa Cruz a fines del citado mes de setiembre, con sólo los recursos que con su propio peculio puede reunir, y en compañía de nueve vecinos, llega al Chubut al cabo de dos meses de viaje, levantando el croquis topográfico del camino encontrado, cuya practicabilidad prueba poco después, haciéndolo recorrer por 500 animales vacunos que por su cuenta envía con ese objeto a Santa Cruz, lo que le proporciona ser el primero que introduce de ese modo este elemento de riqueza a esa región, en donde más tarde serán la base de su industria pastoril.

A principios de 1881 presenta al gobierno el informe de su viaje con una carta general de la Patagonia, la más completa hasta entonces.

Los resultados de este viaje merecen el honor de un párrafo especial, haciendo mención de él, en el mensaje presidencial presentado ese año a las Cámaras legislativas.

El 17 de mayo de ese mismo año de 1881 es nombrado por el ministerio de Relaciones Exteriores, comisario de la República Argentina en la exposición y delegado al congreso geográfico de Venecia, cuya comisión desempeña a completa satisfación de la superioridad.

Apenas regresado de Europa, vuelve nuevamente a Santa Cruz a ocupar su puesto de subdelegado de marina, permaneciendo allí, y tomando la parte que le es posible, dados los pocos recursos militares de esa repartición, en la guerra contra los indios, que perseguidos poco antes por las fuerzas a las órdenes del general Villegas, se han esparcido por todo el territorio.

Durante el tiempo que le dejan libre estos cuidados, hace también por el mar la policía de las costas, y tiene la suerte de salvar los náufragos de dos buques encallados en esas inmediaciones: el "Cuba" y el "Valetta".

A fines de 1882 emprende nuevamente con sus propios recursos una expedición por la costa del mar hasta puerto Deseado, levantando un croquis detallado de la región, con especificación de aguadas y principales accidentes geográficos.

De esta exploración da al gobierno debida cuenta, haciéndose honrosa mención de ella en la *Memoria* del Ministerio de Marina de 1883.

A fines de 1883 emprende una nueva expedición, siguiendo desde el Atlántico las orillas del río Gallegos; consigue llegar sin dificultades ni otros tropiezos que los inherentes a un viaje por parajes desconocidos, hasta las costas del Pacífico, cuyas aguas, internadas por entre los canales que atraviesan la cordillera de los Andes, vienen a formar puertos a este lado de ella, en los terrenos bajos de la Patagonia Oriental.

Además de comprobarse este accidente geográfico, importantísimo para nuestra cuestión de límites con Chile, la expedición reconoce los fuentes del Coile, encuentra dos lagos nuevos, y comprueba la unión del lago Argentino con los que se extienden al sur de él, reuniendo los datos neceesarios para fundar la teoría de que el río Santa Cruz se forma del caudal de aguas de todos los lagos que existen desde el Deseado al sur.

En su oportunidad da cuenta al Superior Gobierno de este viaje afectuado, como los demás, con sus recursos particulares, mereciendo de la superioridad una mención honrosa, por sus resultados, en el mensaje presidencial y la *Memoria* de Marina del año 1884.

El 4 de noviembre de ese año (1884) es ascendido a sargento mayor.

El 25 del mismo mes de noviembre es nombrado gobernador del territorio de Santa Cruz, y en diciembre recibe la comisión de trasladarse a las islas Malvinas, para hacer allí un estudio de las condiciones de colonización, y al mismo tiempo hacer propaganda invitando a sus habitantes a poblar el territorio de Santa Cruz llevando allí sus elementos.

Esta comisión da por resultado el decreto de arrendamiento de territorios nacionales, el 12 de octubre de 1885, y la locación de cerca de 40 leguas de tierra a los estancieros de las Malvinas, que ese año y el siguiente transportan al territorio cerca de 40.000 ovejas.

En marzo de 1887, y a consecuencia de las enfermedades contraídas en tan continuada y casi no interrumpida campaña de cerca de doce años, se ve obligado a renunciar al puesto de gobernador del territorio por no serle posible, según consejo facultativo, soportar el clima de esa región.

De regreso a Buenos Aires es ascendido a capitán de fragata con fecha 7 de marzo de 1887, y agregado al ministerio de Marina, tocándole allí el desempeño de diversas comisiones.

En febrero de 1888 al crearse la Junta Superior de Marina es nombrado secretario de ella.

Desempeñando este puesto, el 14 de noviembre de 1889, es nombrado por el ministro de Relaciones Exteriores para efectuar un viaje de exploración sobre la región andina de la Patagonia.

Hecha esta penosa campaña que dura seis meses, envía a la superioridad los informes y planos respectivos, los que no se publican por ser aquella una comisión secreta.

A su regreso continúa ocupando su puesto como secretario de la Junta Superior de Marina hasta que esta institución es sustituída por el Estado Mayor General, en el cual ocupa

el puesto de ayudante general, hasta diciembre de 1891 en que es nombrado jefe de la Oficina de Límites Internacionales del ministerio de Relaciones Exteriores.

ALGUNAS OPINIONES REFERENTES A LA PERSONALIDAD DE CARLOS M. MOYANO

(Recibidas con motivo de la publicación del libro: "Viajes de exploración a la Patagonia", *en 1932)*

La actuación del capitán Moyano lo destaca como uno de los más conspicuos geógrafos de nuestra patria. ... de los más capaces y de los más modestos. ¡Ya lo dirá la historia!

ÁNGEL F. ELÍAS.
Contraalmirante

Soy en efecto un sincero admirador de la obra que realizó, tranquila, patriótica y eficaz: *el primero de los geógrafos argentinos.*

Por otra parte no hice más que reflejar la opinión de *los hechos* y de las personalidades que lo conocieron, como el almirante Martín y algunos viejos pobladores de la Patagonia.

La figura del capitán Moyano va tomando poco a poco el debido relieve, y bien puede usted sentirse orgullosa de ella.

TEODORO CAILLET-BOIS
Capitán de fragata

Conocía por referencias el merecido prestigio que había conquistado el capitán Moyano entre sus camaradas, como explorador geógrafo de nuestros territorios del sur y los éxitos obtenidos en su larga actuación figuran con justo derecho en la historia de los privilegiados de nuestra marina, que ofrendaron al país su esfuerzo generoso, su ponderada inteligencia y su incansable y fecunda laboriosidad.

Fué el capitán Moyano un exponente que hizo honor a la institución, y su memoria perdurará siempre por su desinterés y acendrado patriotismo.

MANUEL CABALLERO
Capitán de fragata

Veo en la recopilación de las memorias de don Carlos María Moyano la larga tarea exploradora de la región patagónica, que realizara desde 1877 hasta que, vencido por enfermedades y fatigas, debió dar término al empeño de abrir nuevas rutas al engrandecimiento de la patria.

Esas noticias me muestran de nuevo al amigo de medio siglo atrás, tal como era en realidad, sencillo y claro en su expresión, firme en el propósito y resuelto en todo lo que exigiera valor, como pureza de procedimientos. Nunca hizo alarde de su mucho saber y más bien lo disimulaba.

Sus notas son el relato sencillo de acciones cuyo mérito resalta, apenas se hurga en lo que era aquello en los años en que el teniente, el capitán o el sargento mayor que fuera don Carlos, realizaba sus diversas expediciones.

JACINTO PERALTA MARTÍNEZ.

Moyano fué un patriota. Aplicó su inteligencia y su saber al servicio de la patria, entregándolo todo, hasta su salud y su vida.

Activo, emprendedor, sereno, lo conocí y fuí su amigo. Como presidente del Instituto Geográfico pude conocer su obra. Es por ahí, que el libro *Viajes de exploración a la Patagonia* me rememora esos buenos tiempos y esos hombres meritorios, conmoviéndome una vez más las acciones de sus vidas.

FRANCISCO SEGUÍ.

Fué Moyano un ilustre marino a quien todos los argentinos tenemos que reconocerle los inmensos sacrificios que ha hecho por la patria.

DR. ALVARO J. NEWTON.

Moyano fué una de las columnas fuertes del Instituto Geográfico Argentino.

DR. ALEJANDRO SORONDO.

...por haber dado a conocer a la nueva generación un trabajo tan argentino de un benemérito jefe de la Armada, de tan vasta ilustración, justeza de sus observaciones y cariño por la tierra, como se demuestra en cada una de sus páginas.

RICARDO FITZ SIMON
Capitán de fragata.

Los que hemos viajado por la Patagonia algunos años más tarde, a fines del siglo pasado, podemos valorar debidamente los esfuerzos que han sido necesarios para realizar en lucha continua con la naturaleza, en desiertos como eran aquellos entonces, para llegar a los resultados que ha alcanzado su señor padre; un verdadero

"pioneer" quien ha puesto todo su saber para el conocimiento de la geografía de tan apartadas regiones del país.

Lo que es sensible que hasta ahora no se les haya dado debida cabida en nuestros mapas a datos geográficos reales como los que Ud. ha recopilado.

Es de desear que los hombres amantes de los estudios geográficos para el mejor conocimiento de nuestro país se inspiren en las campañas realizadas por su señor padre para tener mapas de verdad de las diferentes zonas del país, y terminar una vez por todas con recopilaciones e hilvanes para la confección de cartas geográficas que sólo sirven para desorientar a los que se interesan por el mayor conocimiento de nuestra tierra.

ADOLFO E. STEGMAN
(Ingeniero de los Ferrocarriles del Estado).

El nombre del capitán Moyano quedó consagrado al recuerdo de la posteridad, por los descubrimientos geográficos que realizó y por los grandes servicios que prestó a la Nación en la época en que la pertenencia de esos territorios nos era discutida.

Pero, por ahora, toda esa labor era poco conocida por las nuevas generaciones.

En la Marina de Guerra, por ejemplo, los oficiales superiores más antiguos, hemos ingresado a la Escuela Naval algunos años después de 1890, año en que los viajes de exploración fueron terminados.

El libro nos resulta así muy útil, al mismo tiempo que nos da la satisfacción de conocer al detalle, la obra de tan eminente servidor del país, como fué el capitán de navío Moyano.

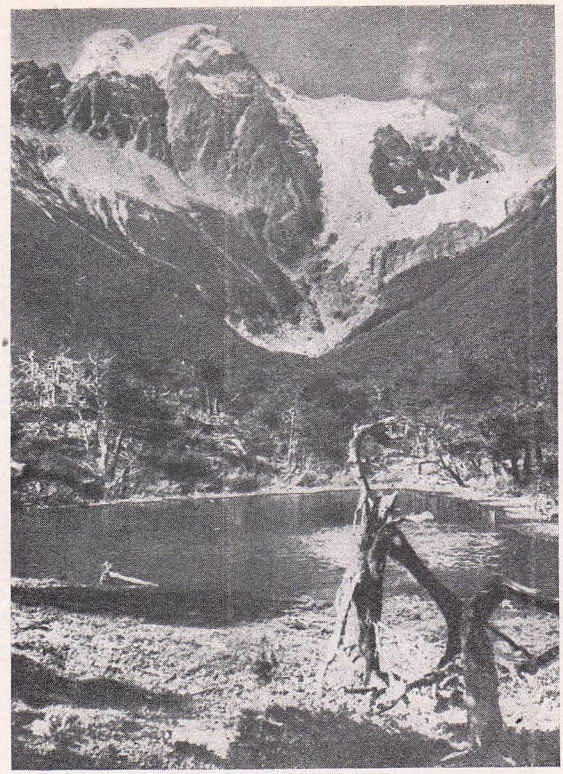
Contraaalmirante SEGUNDO R. STORNI.
Jefe del EMG. Ministerio de Marina.

DE "CARAS Y CARETAS" (mayo 27 de 1933)

Un héroe silencioso y un sabio olvidado. Monumento natural: El cerro Moyano.

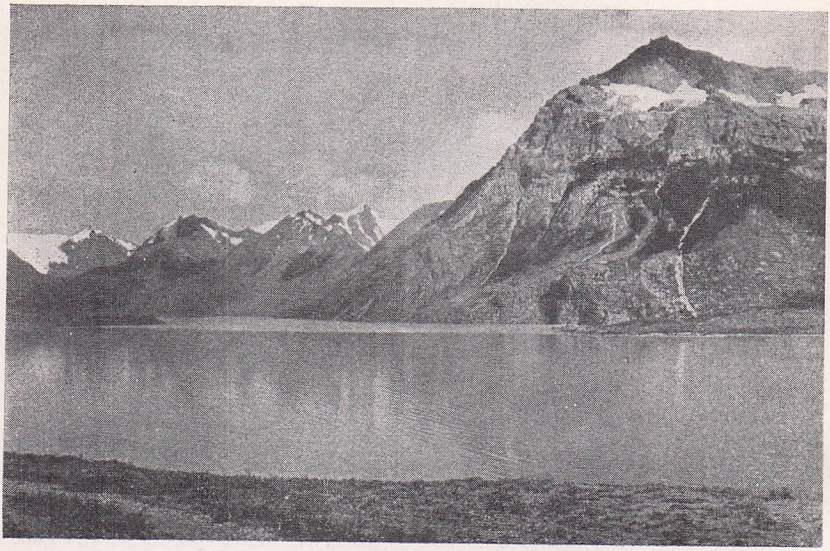
Hace cincuenta años la Patagonia era un territorio tan salvaje, que pocos se atrevían a penetrar en él. En la región de Santa Cruz, los peligros para los exploradores se multiplicaban. Un viaje a través de esas tierras torcidas y quebradas tenía, invariablemente cinco etapas: indios, fieras, tormentas, hambre, sed...

Y lo más asombroso en la vida de los exploradores patagónicos, es que se internaban en las regiones vírgenes sin soldados que los defendieran. Hacían frente a todos los peligros sin armas y sin miedo, impelidos hacia el misterio por amor a la ciencia. Ni siquiera lo hacían por amor a la gloria. ¡Qué diferencia con aquellos conquistadores primitivos de Francisco Pizarro, Hernán Cortés y Núñez de Balboa, que para entrar en una selva se juntaban quinientos y que para pelear con los salvajes iban a vestirse previamente a la ferretería!



Cerro "Moyano", al sur del lago Argentino, parte central

(Foto A. De Agostini)



Lago Viedma y Fiord Moyano

(Foto A. De Agostini)

En cambio, qué humildad, qué sencillez y qué heroísmo hallamos en las aventuras de los exploradores argentinos. Uno de ellos —el capitán de navío Carlos M. Moyano— puede servir de ejemplo. En 1877, cuando la Patagonia era (como dice Caillet Bois) *tan desconocida como el África de Livingstone,* ese ilustre marino se propuso descubrirla geográfica y científicamente. El país necesitaba conocer las condiciones de su territorio. No existían mapas, ni planos, ni observaciones técnicas de la Patagonia. Aquello era tan desconocido y tan existente como una Atlántida sumergida en el mar. ¿Por qué el gobierno no enviaba expediciones?

La patria era pobre.

Fué entonces cuando el capitán Carlos M. Moyano se dispuso a hacer la patria por su propia cuenta. Con sus ahorros de marino, sin molestar a nadie, humildemente, realizó la patriada. Atravesó los territorios de Santa Cruz y del Chubut en todas direcciones; descubrió los maravillosos lagos de la región y las nacientes de los ríos; levantó el primer mapa patagónico austral, y aportó a la ciencia en sus siete grandes expediciones, datos e informes tan valiosos que sirvieron para transformar el concepto erróneo que se tenía de esas tierras. En 1884, al crearse los territorios nacionales, el gobierno designó al glorioso marino gobernador de Santa Cruz. Pero Moyano era tan modesto, que rechazó el ofrecimiento. Resignóse a aceptarlo cuando el presidente de la República le dijo:

—No se trata de un honor, capitán. Se trata de un servicio que le pide la patria.

Moyano hablaba con ternura. Tenía unos ojos buenos; una mirada larga, lenta dulce; una mirada silenciosa, clara, perspicaz, sedante; la misma mirada sin uñas y sin dientes de todos los marinos.

Nunca quiso escribir un libro de memorias por temor, sin duda, a la pedantería. Hacía los informes y los elevaba a las oficinas de gobierno sin darles importancia. Eran informes sin literatura, sin artificios de bengala y sin tilín tilín. ¡Ah! Pero ¡cuánta emoción, cuánta belleza sabia, cuánto patriotismo sin cohetes y sin campanillas ponía en esos informes medulosos que él nunca se preocupó de reunir en un libro!

Leyendo esos informes se va viendo y viviendo el sacrificio heroico y el dolor anónimo que Moyano puso al servicio de la cultura nacional. Había nacido en Mendoza el 4 de noviembre de 1854. Desde cadete hasta capitán de navío recorrió el escalafón sin ayuda de nadie. Murió en Buenos Aires, cuando la República Argentina cumplía cien años. No hay ningún monumento que recuerde el nombre de este glorioso colonizador. No importa. En el lago Argentino —maravilla oculta de la Patagonia—, entre los cerros del sur, se levanta un pico más alto que todos:

Es el cerro Moyano.

Para quien surge en la inmortalidad como una cumbre, ¿qué mejor monumento que una cumbre?

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY.

En la obra que ha llegado a nuestra mesa figuran desde los breves apuntes sobre el río Santa Cruz, como corriente de agua, y del territorio del mismo nombre, como región apropiada para ser colonizada, apuntes presentados al Ministerio de Relaciones Exteriores en 1877, hasta el informe elevado al citado ministerio, en 1890, una enorme masa de trabajo mental, una sucesión de informaciones geográficas que fueron de enorme valor en los momentos de su obtención, momentos en que se ignoraba lo que eran las lejanas tierras del sur, esas tierras disputadas a la soberanía nacional.

En sus primeros estudios el capitán Moyano se ocupa preferentemente de la geografía física de la Patagonia, y en las páginas que estudiamos con espíritu de crítica, hallamos descriptas con minuciosidad las montañas, el mar, las corrientes de agua hablándonos también en ellas de la naturaleza de las materias que componen la corteza terrestre en ese extremo de América, revelando así al gobierno de la Nación elementos de juicio del más alto valor, y al público en general la existencia de suelos en que por el saber y el trabajo se podía conquistar el bienestar y la riqueza. Leyéndolo vemos que el capitán Moyano no sólo dedicó su capital mental y sus actividades físicas al estudio de la geología, de la orografía, de la hidrografía, sino que llegó hasta apuntar ideas sobre la flora y la fauna, y formó colecciones de valor inestimable que llegaron al Museo de Historia Natural para servir de motivo de estudio a los especialistas de esas ramas de la ciencia.

Los conocimientos adquiridos por el capitán Moyano, al recorrer esa Patagonia tan discutida en el pasado, puesto que los interesados en adquirir la tierra al menor precio posible, aseguraban que no tenía valor alguno, y el país vecino reconocía su importancia, sin quererlo, puesto que insistía en poseerla, esos conocimientos, repito, unidos a los de otros exploradores, proyectaron luz, no sólo sobre la geografía física, contribuyendo así al progreso de los conocimientos humanos, sino también desvirtuaron la afirmación del sabio que describió a esas regiones como de tierras malditas. Consideremos que esa recopilación es obra buena y que en ella se hallan informaciones de utilidad suma para los estudiosos.

. . . . . .

Como se ve, la acción que comenzó a desarrollar el subteniente Moyano en 1877 y que terminó el capitán de fragata en 1890, debe ser considerada como una serie de jalones puestos en el camino que había de recorrer el geógrafo para describir la Patagonia, y el estadista para aconsejar a lo que ella podía llegar a ser, cuando leyes sabias y prudentes, que tardaron en llegar la abrieron al capital y al trabajo, para felicidad humana.

Carlos R. Gallardo
Ingeniero.

ÍNDICE

	PÁG.
PRESENTACIÓN	9
RECUERDOS	15
CAPÍTULO I. — *ASCENDIENTES*	17
Los Moyano	17
Los Astargo	18
Baile de los federales	20
La barba de don Carmen	22
Viaje de bodas	22
CAPÍTULO II. — *NIÑEZ*	27
El cuarto hijo	27
La Mendoza de entonces	27
Tempestad en la cordillera	28
Cohetes voladores	30
Fuga	31
La trágica Mendoza de 1861	32
Los Moyano en la catástrofe	35
En San Juan	40
Arria de mulas	41
Como lista de poncho	42
Después del terremoto	43
Huérfanos	44
Analfabeto	45
Canota	46
El horno	47
La tía Pepa	48
Siesta interrumpida	50

PÁG.

El loco don Tomás 51
Velas 53

CAPÍTULO III. — *ADOLESCENCIA* 55
La salida de Mendoza 55
En el litoral 57
"El ferrocarril a Mendoza" 58
Empleado en una casa de comercio 60
En busca de rumbo 61

CAPÍTULO IV. — *EN EL MAR* 63
Guerrico y el Rosales 63
Con el legendario Piedra Buena 65
Viaje al sur en la *Santa Cruz* 66
La desconocida Patagonia 69

CAPÍTULO V. — *1ª EXPEDICIÓN. - 1877. - VIAJE A LOS LAGOS* 78
La atracción del desierto 78
Viaje a la región de los lagos 79
Páginas de su diario de viaje 79
Nota del coronel Guerrico 85
Interésase por los habitantes de Santa Cruz 87

CAPÍTULO VI. — *2ª EXPEDICIÓN. - 1877-78. - LAS NACIENTES DEL RÍO CHICO* 88
Páginas de su diario de viaje 88
Referente a la expedición al río Chico 91
Los amotinados de Punta Arenas 93
Menudencia 94
Un compañero de Moyano 95

CAPÍTULO VII. — *SUBDELEGACIÓN DE SANTA CRUZ. 1878-79* 97
Ascenso y designación como delegado 97
La escuadra de Py 97
Policía marítima 99
Sin noticias 99
Vigía en los páramos de la Patagonia 100
Penurias 100
Juicios periodísticos 102
El Instituto Geográfico Argentino 102

CAPÍTULO VIII. — *3ª EXPEDICIÓN. - 1879-80. - HACIA LOS ANDES POR EL VALLE DEL CHALIA* 104
Páginas de su diario de viaje 106
Festejo del día patrio en la Patagonia 111

PÁG.

Comunicaciones con los suyos 111
Juicios periodísticos 113
Cartas 113
Caballo desbocado 114
Brújula 115

CAPÍTULO IX. — *4ª EXPEDICIÓN. - 1881. - LA RUTA DE LOS ARREOS* 117

Juicios de la época sobre el explorador Moyano . . . 119
La primera información 122
Páginas de su diario de viaje 124
El lago Buenos Aires 125
Elogio ministerial 130
De la conferencia del capitán Caillet-Bois 131
Opiniones de la época 132
"El Ancla Dorada" 136

CAPÍTULO X. — *"EL TRIUNFO" DE VENECIA. - 1881. - EL MAPA GENERAL DE LA PATAGONIA* 138

Delegado ante el Congreso Geográfico de Venecia . . . 138
Instrucciones del doctor Zeballos 140
Moción para una estatua internacional a Cristóbal Colón 140
El triunfo de Venecia 142
Carta de Moyano a Zeballos. - Exposición Geográfica . . 143
Carta a un amigo 144
Celebración en el Instituto Geográfico 145
Elogio oficial 147
Gondolero veneciano 148
Nota de la Sociedad Geográfica de París 149
Cadena de reloj 149

CAPÍTULO XI. — *SUBPREFECTURA DE SANTA CRUZ. 1882* 150

Mateo 151
Se aplaza nuevamente el viaje a Mendoza 153
Proyecto de nueva exploración 153
Una carta 154

CAPÍTULO XII. — *5ª EXPEDICIÓN. - 1882. - DE SANTA CRUZ A DESEADO* 155

Páginas de su diario de viaje 155
Semihelados 159
Visita de estudiosos 160
Privaciones 160
Las subprefecturas del sur 162
Carta del comodoro Somellera 163

PÁG.

CAPÍTULO XIII. — *INTERLUDIO. - 1883* 165
Viaje a Mendoza 165
Alimentación 166
Perros 167
El "Pelado" 167
Tehuelches 169
Sacrificio de yeguas 170
Zorros 172
De la Sociedad Científica 173
Elogio del Instituto Geográfico 173
Un gran comilón 174
Conservatorio de música 175

CAPÍTULO XIV. — *6ª EXPEDICIÓN. - 1883-84. - DE GALLEGOS AL PACÍFICO* 178
Páginas del diario de viaje 178
Memorias del Instituto Geográfico 197
La tía Clarisa en Buenos Aires 198
Una carta de don Emilio B. Godoy 199
Tramway de caballos a Flores 199
Obsequio 201
Noticias de Santa Cruz 202
Nota del Centro Naval 202
„ „ Museo de Historia Natural 203
Existencia de hacienda en Santa Cruz 203
Sobre ubicación de subprefecturas 204

CAPÍTULO XV. — *EL PRIMER GOBERNADOR DE SANTA CRUZ. - 1884* 209
Ascenso y gobernación 210
Fundación de Santa Cruz 211
Felicitación 211
En las Malvinas 212
De los diarios 214
Colonos malvinenses 215
Una invitación 215
Capellán para la gobernación 216
Condecoración 218
Proyecto de expedición andina 222
Recuerdos de un "pioneer" 223
La fiebre del oro en Cabo Vírgenes 223
Los premios del Instituto Geográfico 227
Casamiento 228

PÁG.

CAPÍTULO XVI. — *EN BUENOS AIRES. - 1886-87* 232
Un editorial de *La Prensa* 232
Alejamiento definitivo de Santa Cruz 234
Último ascenso 234
Renuncia a la gobernación 236
Testimonio de los pobladores de Santa Cruz 236
Viaje a Mendoza 237
Carta del capitán Rhode 238
Una opinión sobre la cuestión de límites 238
Comisiones del servicio naval 241
Heliotropo 243

CAPÍTULO XVII. — *7ª EXPEDICIÓN. - 1889-90, ÚLTIMA VISIÓN DE LA PATAGONIA* 245
Estudio de límites 245
Vocal del Instituto Geográfico 245
Cuestión de límites y carta de Zeballos 246
Los Andes del Chubut 248
Páginas de su diario de viaje 250
Nota sobre una comisión 258
En una escuela 259
Candidatura política 260
Tía Cesaria 261
Invitación 261
Oficina de Límites Internacionales 262
Moyano director de la Oficina de Límites Internacionales 262
En torno a la cuestión de límites 265
Supresión de la Oficina de Límites Internacionales . . 265
Sobre la foja de servicios 266
Carta a un amigo 266
Moyano pasa a situación de retiro 269

CAPÍTULO XVIII. — *EN EL RETIRO* 270
Su físico 270
Modalidades de su carácter 270
Retraimiento, hogar, cultura 271
Afición técnica 274
Enfermedad 276
Amigos 277
Armas 279
Rumores de guerra 279
Resentimiento 280
Frío 281
Honradez 281

PÁG.

Obreros 282
Juegos de azar 283
Regalos a los niños 284
Ganzúas 284
El judío y el pequeño genovés 285
Salesianos 286

CAPÍTULO XIX. — *ÚLTIMOS AÑOS* 289
Final 292

EPÍLOGO 293
Se levanta una estatua 293
Foja de servicios 294
Juicios y opiniones 294

Este libro
se terminó de imprimir
en artes gráficas
bartolomé u. chiesino
ameghino 838 — avellaneda
buenos aires
el dia 23 de octubre
de 1948